

A woman with long, dark, wavy hair is standing in a room with green walls and columns. She is wearing a long, dark green, off-the-shoulder gown with a full skirt. She is looking over her shoulder towards the camera with a slight smile. Her hands are clasped in front of her.

HEATHER BOYD

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

PÍCAROS DISTINGUIDOS



señor del pecado

SEÑOR DEL PECADO

PÍCAROS DISTINGUIDOS

LIBRO DIEZ



HEATHER BOYD

HEATHER-BOYD.COM

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Acerca del Autor](#)

Derechos de autor © 2024 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO 1



JUNIO DE 1815

Londres

El asesinato y la muerte solo habían mantenido la atención de la alta sociedad durante unos días antes de que olvidaran las pérdidas y el impacto, y volvieran a la alegría y la decadencia de la temporada londinense. Julian, Lord Wade, no era diferente. Se alegraba de que el feo asunto hubiera quedado definitivamente atrás. La asesina había sido atrapada y enterrada hacía una semana. Dado que todos con quienes hablaba de repente se sentían mucho más seguros, un aluvión de invitaciones a fiestas y otros entretenimientos había comenzado a llegar en un flujo constante. Julian subió apresuradamente la escalera de mármol de la casa de Lord Birch, ansioso por no perderse ni un momento de los festejos para celebrar el cumpleaños de Lady Birch.

Era la tercera vez que Lady Birch afirmaba haber cumplido veinticinco años, además.

No es que él estuviera contando.

Le entregó su invitación al mayordomo y entró con paso despreocupado. Como Lady Birch era una mujer alegre, casada y generosa con su tiempo —tan inofensiva como se podía ser—, a nadie se le ocurría contradecir su historia sobre su edad. De todos modos, raramente se podía confiar en la exactitud de la edad declarada por una dama casada. Solo a las viudas, las debutantes y las solteronas que nunca se habían casado se les hacía sentir menos por alcanzar otro hito en años.

De hecho, en lo que respecta a la veracidad, Julian creía que el matrimonio era sin duda una apuesta que no debía tomarse a la ligera. Muchos hombres perdían el corazón y la cordura cuando terminaban sin nada que mostrar por los sacrificios que habían hecho al tomar una esposa. Una y otra vez, descubría que la euforia inicial de atracción y deseo de los recién casados tendía a dar paso a la frustración y la ira abierta por el comportamiento a menudo desconcertante de sus cónyuges.

Julian no había sido tan insensato como para casarse con lo que su corazón más deseaba cuando la encontró por primera vez. La traición siempre estaba a una sonrisa coqueta o un beso robado de distancia cuando la confianza se otorgaba demasiado pronto o absolutamente. No solo los caballeros se comportaban de manera pícara. Incluso las damas aparentemente correctas se deleitaban con la ocasional indiscreción.

Julian había estado esperando su momento, confiando en que pronto su amor se diera cuenta de que él era su mejor opción para un futuro feliz.

Debían encontrarse esta noche en este baile, y él daría otro pequeño paso hacia conquistarla. Afortunadamente, sus padres siempre habían sido chaperonas bastante descuidadas y desatentas, y había habido muchas ocasiones en las que ella se había escabullido de su lado.

Pero no con él. Nunca con él. Una fila de caballeros se había formado habitualmente alrededor del perímetro de Portia Hayes, casi desde la primera noche que salió en sociedad.

Se consolaba con el hecho de que habría muchas oportunidades de estar a solas con ella en el futuro. Su amor había cautivado muchos corazones, pero aún no estaba lista para quedarse con ninguno. Hasta ahora no mostraba signos de infatuación seria con ninguno de sus admiradores. Debido a eso, él se contentaba con esperar mientras ella se divertía a fondo.

Julian llegó al salón de baile y miró alrededor del amplio espacio iluminado por velas, ansioso por vislumbrar a la deliciosa mujer.

Toda la sociedad había salido esta noche, con máscaras firmemente colocadas para ocultar sus identidades y disfrutar bajo la influencia de demasiado champán y risas. A pesar de las máscaras, Wade reconoció a muchos de los presentes. Los miembros más ricos de la alta sociedad siempre eran distintivos.

Fácilmente divisó al conde y la condesa de Rothwell bailando escandalosamente cerca. El conde y su novia del año pasado, Arabella, se susurraban al acercarse. Todos esperaban que Rothwell se descarriara, pero hasta ahora parecía completamente fiel.

No lejos de ellos estaban los recién casados Windermere. Lord Windermere y su esposa, Esme, eran *la* pareja de la temporada. Todos los ojos estaban puestos en la pareja mientras se movían en sociedad, esperando, probablemente también, que alguien se interpusiera entre ellos. Pero no había duda sobre la intención detrás de las miradas ardientes que intercambiaba esa pareja. Solo tenían ojos el uno para el otro.

Julian estaba feliz por ambos hombres, conocidos suyos desde hacía años. Sus novias eran dignas de todos los esfuerzos que la pareja debió haber hecho para ganar las manos de sus amores más queridos en matrimonio. Julian disfrutaba especialmente de los escandalosos chismes que habían circulado cuando las conexiones se hicieron conocidas. No se había sorprendido ni escandalizado por ninguno de los matrimonios.

Durante años, Julian había prestado atención a las damas de la sociedad, y particularmente notó que sus pretendientes no siempre eran los primeros en ganar su atención. Había predicho con precisión varias uniones, aunque no iba a gritarlo a nadie. No era responsable de la felicidad de nadie, incluso si había jugado en secreto el papel de abogado del diablo unas cuantas veces.

Julian no se había molestado en disfrazarse mucho esta noche. No podía permitírselo. Llevaba un traje negro ordinario, botas de montar altas y pulidas de negro, y una suave máscara de terciopelo sobre los ojos para mezclarse. No estaba en el mercado para atraer la atención, pero la que buscaba siempre lo hacía.

Encontró a Portia Hayes con bastante facilidad, bailando graciosamente con Lord Grindlewood.

Julian se movió hacia una columna y se detuvo para admirar su gracia en los brazos de otro. Portia estaba delicadamente vestida y enmascarada en seda rosa y perlas, un atuendo que nunca le había visto antes. Uno que debía haberle costado una fortuna a su padre. La familia de Portia, aunque de origen común, tenía bolsillos profundos y grandes ambiciones. Gastaban extravagantemente en su hija, asegurándose de que encajara.

No era la primera vez que Julian era relegado a los márgenes, pero como siempre estaba feliz de verla bailar. Nunca prestaba mucha atención a sus parejas, ni siquiera a Grindlewood, que volvía a ser rico, titulado y poseía un rostro extremadamente apuesto.

Portia siempre atraía a los caballeros hermosos a su círculo.

Julian no le reprochaba a Portia una mirada errante, aunque durante mucho tiempo había lamentado que nunca lo mirara con gran favor. Siempre se aseguraba de que ella lo notara, sin

embargo.

El baile terminó y Portia fue escoltada de vuelta a sus padres, riendo por algo que Grindlewood le había susurrado. Portia reía mucho cuando sus parejas le susurraban. Era una mujer exuberante y apasionada. Una original. Alguien por quien se preocupaba mucho.

Su pareja de baile se demoró a su lado unos momentos más, y cuando Grindlewood finalmente se despidió de Portia, Julian se dirigió hacia ella.

Portia había recogido su espeso cabello oscuro en lo alto de su cabeza esta noche y dejado caer algunos mechones en rizos caóticos alrededor de su pálida garganta. Parecía como si perteneciera al bosque bajo las estrellas. Como siempre, sus ojos verdes brillaban con vida y alegría, y por primera vez, se mantuvieron así cuando su mirada se posó en él.

Portia extendió su mano hacia él.

—Mi señor.

—Hechicera —dijo él, mientras la tomaba y hacía una reverencia—. Me dejas sin aliento —susurró.

Se volvió hacia los padres de Portia para saludarlos, pero la pareja, como siempre, pronto estaba mirando a otra parte en la sala en busca de alguien más importante. Se volvió hacia Portia y puso sus manos detrás de la espalda.

—Bailaste bien.

Ella arqueó una delicada ceja.

—¿Solo *bien*, mi señor?

Él le dirigió una mirada afligida. A Portia le gustaba que la elogiaran, cuanto más floridos los cumplidos, mejor, había descubierto recientemente. Pero no era fácil para Julian hablar en términos tan elogiosos de nadie, y menos aún de alguien que le gustaba tanto como ella. Sin embargo, debía hacerse si tenía alguna posibilidad de ganarla algún día.

—Mejor que bien, pero siempre has sabido que mi admiración no conoce límites. ¿Puedo tentarte a visitar un rincón oscuro y privado para demostrártelo?

—No, no puedes —sonrió ella pícaramente, claramente complacida con su sugerencia—. Pero una dama siempre quiere escuchar la admiración más ardiente expresada.

—¿No has escuchado suficientes halagos insinceros de tu rebaño de caballeros por una noche? Deben estar perdiendo su toque si encuentras sus cumplidos tan escasos como para exigir los míos.

Ella se encogió de hombros.

—Pensé que estarías aquí más temprano.

Él desvió la mirada para ocultar su incomodidad.

—Mi tía cambió de opinión sobre venir en el último momento.

El ceño de Portia se frunció y se acercó un poco más, hasta que sus faldas rozaron su pierna.

—Lamento escuchar eso —susurró. Portia miró su tarjeta, frunciendo el ceño—. Mi tarjeta de baile está llena —admitió, pareciendo afligida por el hecho.

Julian estaba tan acostumbrado a no bailar con Portia que se encogió de hombros ante la noticia.

—En otra ocasión, quizás.

Ella se mordió el labio y se acercó aún más.

—¿No estás decepcionado de que no pudiera guardar un lugar para ti nuevamente?

Él ocultó una sonrisa ante su tono preocupado. Las cosas definitivamente habían cambiado entre ellos en los últimos días, al parecer. Gracias a las acciones de una asesina, Portia ahora quería a Julian cerca. Esto era una gran mejora en comparación con sus encuentros anteriores.

Para probar cuánto habían cambiado las cosas, movió ligeramente los dedos, hasta encontrar el delicado material que ella llevaba tan bien sobre su cuerpo. Con un movimiento adicional de sus dedos, rozó suavemente su muslo.

Un pequeño jadeo escapó de sus labios, y ella lo miró con agudeza.

Julian, sin embargo, fingió no haber hecho nada fuera de lo común.

—Como siempre, disfrutaré viéndote bailar.

—Sí —refunfuñó ella con un toque de frustración, pero no se alejó—. Solía encontrar eso tan molesto.

Solía. Julian ocultó otra sonrisa y rozó un poco más fuerte contra su pierna con las yemas de los dedos. Afortunadamente, la sala estaba tan llena que no debería ser visto, así que continuó comportándose de manera impropia.

Ella se giró ligeramente, y él no retiró su mano. Si no se equivocaba, pudo trazar la curva hacia su muslo interno y de vuelta, sabiendo muy bien que estaba presumiendo mucho sobre su relación al provocarla así. Observó cómo su respiración se aceleraba y un rubor de color comenzaba a oscurecer sus pálidas mejillas.

Portia era una buena chica, pero él creía que no era del todo pura de pensamiento o ignorante de las intimidades preliminares entre amantes. Sus padres no tenían idea de la cantidad de veces que casi había arruinado su reputación, y él no iba a delatarla. Una tos bien sincronizada y una palabra tranquila de advertencia a los peores de los sinvergüenzas habían logrado ahuyentar a aquellos sin disposición para casarse. Tentar deliberadamente a Portia *él mismo* era algo nuevo para ellos.

Durante demasiado tiempo, Portia Hayes había estado cerca del límite, y Julian había intentado mantenerse alejado. Ella tenía a sus pretendientes comiendo de la palma de su mano la mayoría de las noches. Se apresuraban a cumplir sus deseos, champán, besos y más... Pero no Julian. Él no jugaría juegos por el breve placer de una sola noche.

—Era muy consciente de tu desagrado por ser observada —se encogió de hombros, y el acto de hacerlo naturalmente separó sus dedos de su extremidad—. ¿Con quién bailas después?

—Lord Sullivan —dijo ella algo sin aliento, luego humedeció sus labios carnosos.

Julian apartó relucientemente sus ojos de Portia para buscar a su viejo compañero de escuela entre la multitud de invitados enmascarados. Le gustaría pensar que sería el primero en detectar a su antiguo compañero de habitación en cualquier multitud, incluso si estuviera enmascarado.

—¿Dónde estaba?

Portia se acercó más.

—Nos presentaron esta noche cerca de los helechos, y me pidió bailar inmediatamente. ¿Lo conoces?

—De hecho, sí —prometió Julian, mirando en la otra dirección sin éxito—. Estarás en buenas manos con Sullivan. Excelente pareja. A las damas solía encantarles bailar con él. Su esposa ciertamente lo hace también.

La expresión de Portia cambió a una aguda decepción.

—Nunca mencionó que tenía esposa.

—Lo hará. Incluso me recuerdas un poco a Clare, también. Especialmente cuando ríes. Dudo que comente sobre la similitud, sin embargo. Su esposa es todo en lo que piensa.

Apenas salieron las palabras de su boca cuando una mano firme se aferró fuertemente a su hombro.

Julian se dio la vuelta y luego sonrió mientras miraba a su amigo. Andrew Finch, Lord Sullivan, era alto, midiendo poco más de seis pies y tres pulgadas. El resto de él tampoco había

cambiado mucho. Cabello oscuro y largo, ojos azul brillante y un mentón cuadrado y afilado completaban la ilusión de esplendor aristocrático.

—¡Sullivan!

—¡Por Dios, si es el pequeño Wade! —exclamó Lord Sullivan antes de tomar su mano y estrecharla con firmeza—. Pareces un pato negro desnutrido mirando así a tu alrededor. ¿Cuánto tiempo ha pasado, viejo amigo?

—Algunos años —le dijo Julian, pensando en lo rápido que había volado el tiempo desde la última vez que habían estado en la misma habitación. Muchas cosas habían cambiado, no todas buenas para Julian, pero entonces notó que Sullivan también había envejecido en los últimos años. Obviamente, el matrimonio era más difícil de lo que parecía al principio para algunos. Había finas líneas en las comisuras de sus ojos y una profunda arruga entre sus cejas que Julian no recordaba. Sullivan había perdido el semblante jovial que poseía en la escuela y que lo había sacado de muchos apuros. Cuando eran mayores y se movían por la sociedad, Sullivan había usado esa sonrisa para ganarse el afecto de la joya de la temporada y había hecho de Clare su esposa tan pronto como fue posible.

Se estrecharon las manos vigorosamente. Julian nunca había envidiado a Sullivan por su apuesto rostro, pero sí lo había envidiado por su elección de esposa durante un breve tiempo. —¿Qué haces de vuelta en Londres? Pensé que te habías establecido en Kent haciendo bebés con Clare. Por cierto, ¿dónde está ella? Me gustaría presentarle mis respetos.

El rostro de Sullivan palideció. —Se ha ido.

—¿Se ha ido? —dijo Julian confundido, y entonces su corazón dio un vuelco cuando el único significado posible se hizo más claro solo con mirar la triste expresión de Sullivan.

—Ha muerto —le dijo Sullivan.

—Oh, lo siento mucho —dijo rápidamente. Se acercó a su viejo amigo y bajó la voz—. No me había enterado. Clare era una mujer verdaderamente extraordinaria.

Sullivan asintió lentamente y su expresión se volvió aún más sombría. —Ha pasado un año ya.

Julian lamentó la pérdida de Clare. La punzada de dolor en su corazón era casi insoportable. Ella había sido muy divertida antes de su matrimonio. Tenía un ingenio malicioso que le había atraído mucho. Pero no la había visto desde su matrimonio con Sullivan. La pareja se había ido a Kent para estar solos y nunca regresaron a participar en la sociedad. —¿Cómo sucedió? ¿Cómo murió?

—En el parto.

Julian cerró los ojos brevemente, imaginando el horror que había caído sobre la encantadora dama. Esto era una tragedia. —¿Y el niño?

Sullivan negó rápidamente con la cabeza. —No sobrevivió ni para dar su primer aliento.

El conde había perdido a la esposa que amaba y al hijo que siempre había anhelado. Julian agarró la mano de su viejo amigo de nuevo y la sostuvo con más firmeza. Sullivan había adorado a Clare. Julian también. —De nuevo, lo siento mucho. Ojalá lo hubiera sabido.

—El tiempo ha disminuido algo mi pena. —Sullivan se sacudió su agarre y luego miró más allá de Julian. Inspiró profundamente y esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Ah, señorita Hayes, creo que están a punto de anunciar nuestro baile.

—Sí, en efecto, Lord Sullivan —sonrió ella, dando rápidamente un paso adelante, su expresión llena de compasión al encontrarse con la mirada repentinamente llorosa de Julian—. Disculpemos, Lord Wade. Quizás podamos continuar nuestra conversación más tarde.

—Por supuesto —murmuró él, mientras retrocedía tambaleante.

Forzó una sonrisa cuando Portia pasó rozándolo, dirigiéndose al brazo extendido de Sullivan. Ella posó su mano en la manga de Sullivan con una tímida sonrisa. —Mi lord.

—Señorita Hayes —murmuró Sullivan—. He estado esperando con ansias nuestro baile.

—Yo también. Muchísimo —admitió ella, mirando al viejo amigo de Julian como si fuera un dios sobre la tierra.

Julian hizo una mueca y apartó la mirada. ¿Por qué *no* iba a coquetear Portia con Sullivan? Lo hacía con todos tan fácilmente como respirar. No tenía motivos para dudar. Sullivan era ahora viudo. Si acaso, eso hacía que el conde fuera aún más deseable como pareja de baile. Portia no sabía nada de su gran pérdida, la luz de la vida de Sullivan desaparecida del mundo.

Julian escuchó su breve conversación mientras se alejaban hacia la pista de baile, pero experimentó una sensación creciente de incomodidad al considerar su naciente relación. Sullivan sería una excelente captura, ahora que era viudo. Era un conde apuesto, rico gracias a su matrimonio con Clare, y ya había salido del luto. Julian no tenía nada que decir en contra de Sullivan como potencial cónyuge para cualquier mujer.

Muchos supondrían que Sullivan había vuelto a Londres para reemplazar a su difunta esposa con la joya de este año, también.

Mientras Sullivan colocaba a Portia en la pista de baile, sonriéndole y encantándola con pequeñas charlas, Julian se dio cuenta de que probablemente *había* vuelto a Londres para tomar otra esposa. Necesitaría un hijo y heredero pronto.

Pobre Clare. Tan pronto a ser reemplazada por otra.

Julian se dio la vuelta repentinamente cuando un amargo nudo se alojó en su garganta. No podía quedarse cerca de Portia cuando su corazón estaba tan apesadumbrado por otra mujer. Se dirigió a casa para llorar a Clare en privado, donde nadie pudiera ver la profundidad de su infelicidad.

CAPÍTULO 2



PORTIA HAYES ESCUDRIÑÓ su alcoba con exasperación. —Mary, ¿sabes dónde se ha metido mi chal de cachemira?

—Estaba justo ahí en la cama, señorita —prometió su doncella—. Lo dejé preparado antes.

Portia inclinó la cabeza hacia la cama. —Ahora no está ahí.

Mary Phillip, su doncella desde hacía unos años, corrió hacia la cama y miró a su alrededor y debajo. Se levantó lentamente, frunciendo el ceño. —Señorita, estoy segura de que lo puse justo ahí para usted, como me pidió.

Portia se acercó a la muchacha y suspiró. —Probablemente lo tenga Lavinia.

—Oh, lo siento, señorita. No vi entrar a su hermana.

Lavinia estaba desarrollando últimamente una serie de malos hábitos que a Portia no le gustaban nada. —No te preocupes por eso ahora. ¿Podrías traerme el amarillo limón? El tiempo está pasando volando esta mañana. No puedo llegar tarde.

La doncella corrió al otro lado de la habitación y finalmente encontró un chal para que Portia lo llevara abajo. Se lo puso sobre los hombros y consideró su aspecto. Llevaba un vestido nuevo, uno de muselina blanca como el que parecía llevar todo el mundo, pero no estaba del todo segura de que realmente le favoreciera a su tez. Era un poco pálido cuando Portia prefería llevar tonos más brillantes como joyas. El vestido también era modesto en su diseño. No estaba segura si era el color o el estilo lo que le hacía dudar, o ambos. —El limón no se ve nada mal con él.

—No, señorita —dijo Mary mientras miraba hacia la puerta, y luego corrió hacia ella para escuchar—. Su madre la está llamando.

Mary tenía un oído excelente, un rasgo deseable en una doncella. La discreción y la lealtad también lo eran. Portia escondió rápidamente la novela prohibida que había estado leyendo con Mary esa mañana debajo de su colchón para que su madre no la encontrara, si entraba. Madre creía firmemente que las novelas no eran adecuadas para las mentes de las señoritas solteras. Decía que fomentaban la rebeldía y la decepción. No ayudaba que la difunta Lady Scott hubiera sido una gran lectora, y también una asesina. Cualquier cosa que le recordara a madre a esa horrible mujer había sido inmediatamente denunciada como inaceptable.

Lista para enfrentarse a cualquier visita que pudiera llegar, Portia salió corriendo de su alcoba y entró en el tocador de su madre. Madre estaba frente a su espejo, admirando su reflejo. Su cabello oscuro, antes lustroso, se había desvanecido a gris con la edad, pero sus ojos verdes seguían siendo sagaces. Miró a Portia de arriba abajo y asintió con aprobación.

Portia se acercó al espejo y se giró de un lado a otro. —¿No crees que es demasiado modesto?

—Querida, un poco de misterio solo aumentará tu atractivo —murmuró su madre mientras se

preparaban juntas para las visitas del día. Este se había convertido en su nuevo ritual cada día de lo que quedaba de la temporada, desde que esos horribles asesinatos le habían arrebatado a sus amigas.

Solo de vez en cuando Portia añoraba los días en que tenía más libertad. —¿Incluso en esta época del año?

—Especialmente ahora. —Madre se pasó una mano por la frente y luego alcanzó sus tijeras. Cortó un hilo suelto en la manga de Portia y sonrió—. Eres la mujer más hermosa del mundo.

Portia sonrió con ironía. —La segunda más hermosa, después de ti.

Rápidamente le dio un beso en la suave mejilla a su madre y se dirigió a su joyero. Portia seleccionó un collar favorito que su madre poseía y usaba a menudo: una gran gota de ámbar brillante ensartada en una larga cadena de oro, y se lo colocó alrededor del cuello.

—Gracias, querida.

Portia se volvió hacia el joyero y examinó el contenido distraídamente. Las joyas de madre eran modestas, pero había muchas para elegir. Portia encontró los pendientes de ámbar a juego y se los entregó. —¿Qué interesantes cotilleos escuchaste anoche?

Madre se acercó al espejo y enroscó los ganchos dorados a través de sus orejas, luego sacudió las cuentas de ámbar para que se balancearan. —Solo sobre Lord Sullivan, y ciertamente te envidiaron por conseguir una presentación tan rápidamente. Mi único arrepentimiento fue que ya le habías prometido el baile de la cena a Lord Stephens.

—Era el turno de Lord Stephens de acompañarme. Lord Sullivan parecía muy agradable —dijo Portia—. Ciertamente bailaba bien.

—Hacíais una pareja muy elegante. —Madre se volvió—. Supongo que Lord Wade tendría algo que decir sobre él.

No lo suficiente, realmente, y ella sentía mucha curiosidad. Esperaba ver a Wade pronto de nuevo, para poder interrogarlo discretamente sobre Lord Sullivan, y viceversa. —Nada malo en absoluto. Fueron juntos a la escuela. Creo que Wade conocía a la difunta esposa del conde.

Y anoche, había visto señales de que Lord Wade también la lloraría. Estaba segura de que había lágrimas en sus ojos cuando ella se había acercado.

Las lágrimas eran la última emoción que esperaba de un cínico como él.

Madre asintió. —Ah, quizás fueron rivales por sus afectos antes del matrimonio.

Portia consideró la reacción emocional de Lord Wade ante la noticia de que Lady Sullivan había muerto y se preguntó si madre no tendría razón. Explicaría el distanciamiento, el largo intervalo desde que se habían visto, y el hecho de que no se hubiera enterado de primera mano de la muerte de la mujer. Los amigos cercanos se escribían todo el tiempo. —Wade parecía realmente afectado por la muerte de Lady Sullivan. No tuve oportunidad de saber más, ya que desapareció. Creo que incluso pudo haber abandonado el baile muy temprano.

—Eso es desafortunado. Quizás venga hoy y se le pueda persuadir para que cuente todo sobre el misterioso conde y cómo murió su esposa.

Portia se estremeció. —Ya lo sé. Murió en el parto. Lord Sullivan habría tenido un hijo.

—Ah. —Madre también se estremeció, y luego la abrazó rápidamente—. Creo que estamos tan preparadas como podemos estar para las visitas.

A madre le gustaba estar lista temprano, siempre. —Iré a buscar a Lavinia.

—Gracias, querida.

Madre se dirigió hacia las escaleras mientras Portia iba a buscar a su hermana menor. A los diecisiete años, Lavinia se estaba convirtiendo en una belleza tal que ya estaba atrayendo la atención en la calle. Sin embargo, aún no había sido presentada en la corte, por lo que a menudo

se perdía diversiones a menos que se llevaran a cabo en casa. Algunos de los caballeros que visitaban a Portia miraban con aprecio a su hermana menor cuando ocasionalmente se les unía en el salón. Lavinia no estaba oficialmente presentada en sociedad, pero nunca era desterrada al cuarto de los niños como lo eran a menudo muchas hermanas menores.

En la puerta de su hermana, llamó una vez y entró, pillando a Lavinia desprevenida. El chal de cachemira de Portia estaba envuelto alrededor de sus delgados hombros, pero ella todavía estaba en la cama, retorciéndose bajo las sábanas.

—¡Qué perezosa eres! —Portia extendió la mano—. Y ese es mi chal.

—Tenía frío.

Lavinia tenía el suyo en una silla cercana. Portia lo agarró y lo arrojó sobre la cama. —Devuélveme. El. Mío.

Lavinia refunfuñó pero lo devolvió. Al hacerlo, Portia descubrió que también había estado leyendo en la cama. —Vas a meterte en un buen lío.

—Oh, por favor, no se lo digas a nadie —suplicó mientras apretaba el libro contra su pecho—. Me moriré si no lo termino.

Portia puso los ojos en blanco.

—Te morirás si madre te pilla leyendo una novela escandalosa. Ya sabes lo que piensa ahora de ese tipo de cosas.

—¡Pero es *tu* libro! —exclamó Lavinia.

Era cierto. Portia tenía una pequeña colección de novelas que su madre desconocía, muy bien escondidas, por lo general. Las perdería todas si atrapaban a Lavinia y esta la delataba.

—Bueno, yo soy lo suficientemente lista como para que nunca me pillen leyendo uno en la cama tan tarde —dijo mientras quitaba las sábanas de encima de su hermana—. Esconde el libro bajo el colchón y levántate. Madre espera que bajes a saludar a nuestras visitas.

Lavinia obedeció a regañadientes.

—Esto es tan injusto.

—Es solo un libro.

—El mejor libro —Lavinia dio una vuelta y tiró de la campanilla para llamar a una doncella—. No puedo esperar a enamorarme.

Su entusiasmo era contagioso, así que Portia rodeó a la joven con sus brazos y la apretó.

—Algún día te *enamorarás* —le prometió Portia antes de depositar un beso en su pelo claro. Sin embargo, el amor no estaba en el futuro de Portia. La familia tenía expectativas para ella que iban más allá de los asuntos del corazón—. Te lo juro. No tardes mucho en bajar.

Portia tenía la ingrata responsabilidad de casarse bien y elevar la posición de la familia en la sociedad. Aunque muchas veces había deseado que fuera de otra manera, había aceptado que no tenía el lujo de casarse por amor. Tenía que casarse para complacer a sus padres. Aún no había cumplido los veintiuno y necesitaba su permiso y aprobación.

Su padre solo aceptaría a un conde o alguien de rango superior para Portia. Cualquier cosa menos se consideraba por debajo de ellos. No era una opinión que Portia compartiera, pero últimamente se guardaba sus sentimientos por temor a que la casaran con un hombre mayor. A sus ojos, ella había tenido casi dos temporadas sin éxito. Sus padres empezaban a preocuparse de que nunca fuera deseada como esposa por nadie.

Portia bajó las escaleras y entró en la soleada sala de estar donde su madre la esperaba. Tomó su lugar habitual, y un momento después Lavinia entró apresuradamente para entretenerlas con su práctica en el pianoforte.

Al sonido del aldabón, Lavinia guardó silencio y se movió rápidamente para sentarse al lado

de Portia.

El mayordomo anunció al visitante, y Portia miró hacia la puerta con emoción. Apareció un caballero muy distinguido, y su sonrisa se ensanchó.

—Lord Grindlewood. Qué placer que nos visite hoy, milord —exclamó su madre mientras el conde entraba a grandes zancadas en la sala de estar y hacía una reverencia.

De todos sus potenciales pretendientes, Portia se sentía particularmente atraída por el buen aspecto del conde de Grindlewood. Lo había admirado incluso antes de que recuperara su fortuna. Era alto, de pecho ancho y bastante apuesto. Hacía suspirar a muchas damas a su paso, especialmente ahora que volvía a ser rico.

Sin embargo, tener dinero tenía sus inconvenientes. Portia nunca se tomaba las muestras de amistad al pie de la letra hasta que había aprendido todo lo que podía sobre ellas. Lord Grindlewood no era diferente a cualquier otro pretendiente. Con o sin fortuna, había sido investigado y examinado a fondo tan pronto como se conocieron.

No era muy dado a la charla trivial ni a sonreír, pero ella lo encontraba una buena compañía. No presumía ni se burlaba de sus compañeros caballeros. Lord Grindlewood había quedado huérfano de joven, criado por casi desconocidos, y había merodeado por la ciudad —descripción de Lord Wade, no suya— durante varios años. Su recién recuperada fortuna lo hacía aceptable en todas partes. Grindlewood era, en cierto sentido, el material perfecto para marido.

Portia no estaba enamorada de él, pero le gustaba mucho.

Le tendió la mano y él se inclinó sobre ella.

—Señorita Hayes, qué encantadora se ve.

—Gracias —Portia hizo una perfecta reverencia—. Es muy bueno volver a verlo, milord.

Lord Grindlewood sacó de detrás de su espalda un ramo de tulipanes rosados de invernadero.

—Para usted.

Los tulipanes eran perfectos, pero lamentablemente no eran las flores favoritas de Portia. Sin embargo, se tomó su tiempo para entusiasmarse con su color y mostrárselos a su madre. Cuando fueron suficientemente elogiadas, las flores se entregaron a una doncella para que las colocara en agua en una mesa lateral cercana.

—Por favor, tome asiento, milord.

—Gracias —sonrió ampliamente—. ¿Disfrutó del baile anoche?

—Sin duda lo hicimos. Me encanta bailar —dijo con entusiasmo—. ¿He oído que asistió al concierto de Lady Porter a principios de semana?

—En efecto, lo hice. ¿Estuvo usted allí? No la vi si fue así.

—No, desafortunadamente no. No conozco a la dama, pero anhelo hacerlo. Me gustaría asistir algún día. Todo el mundo habla de las actuaciones superiores al día siguiente. Como quizás sepa, mi hermana tiene un interés particular en la música.

El conde miró a Lavinia y sonrió.

—La escuché cuando llegué, y toca muy bien.

—Gracias, milord —el rostro de Lavinia se sonrojó lentamente de vergüenza, lo cual el conde debió haber notado porque apartó la mirada de ella y encontró los ojos de Portia—. Estaré encantado de presentarlas, si se da la ocasión.

—Eso sería un sueño hecho realidad —dijo Portia con entusiasmo. Los conciertos de Lady Porter eran legendarios, pero también lo eran sus charlas políticas posteriores. Ese aspecto de la dama le intrigaba más que la música, pero se suponía que las mujeres no debían preocuparse por tales asuntos, así que por ahora ocultaba su interés.

Hubo un golpe en la puerta y cuando se le invitó a entrar, el mayordomo anunció a Lord

Sullivan.

Otro apuesto conde en la sala de estar de su madre. Su madre estaría fuera de sí de alegría. Portia sonrió felizmente mientras él les hacía una reverencia.

Charlaron juntos durante un rato, y luego Lord Grindlewood se despidió, dejando a Lord Sullivan para hacerles compañía.

En ese momento, sus labios parecieron sellarse. Hubo un silencio incómodo mientras sonreía nerviosamente. El hombre no las halagó por su apariencia, como había hecho Lord Grindlewood, y a Portia le gustó más por ello.

Su madre mandó traer té y Lord Sullivan exhaló lentamente.

Percibiendo que estaba más nervioso de lo esperado, Portia tomó el control de la conversación.

—¿He oído que usted y Lord Wade asistieron a la misma escuela?

—Eton. Durante el último año, compartimos habitación. ¿Cómo conoce a Wade?

—Fue mi primera pareja de baile después de mi debut —aquella noche había estado impresionada con Lord Wade, pero más tarde, cuando reveló algunas observaciones demasiado atrevidas, aprendió que no siempre era un caballero—. ¿Cómo era entonces?

—Más bajo —Lord Sullivan se rio—. No creo que haya cambiado mucho. Odia absolutamente hablar de sí mismo. Pero es un buen hombre, confiable.

Portia sonrió ante su elogio de Lord Wade. Evidentemente, el conde se sentía más cómodo hablando de otras personas.

—¿Cuál de ustedes destacó en la escuela, y en qué materias?

—Wade sobresalía en el deporte, mientras que yo consideraba un futuro como poeta, de todas las cosas —se rio para sí mismo.

Wade no le había parecido un gran deportista, pero *este* hombre apuesto podría tener pasión por las palabras en las circunstancias adecuadas.

—¿Escribe usted a menudo? Me encantaría leer alguna de sus obras.

—Dejé todo eso cuando me casé con mi Clare. Solía enviarle pequeños poemas cada mañana, inspirados en nuestros encuentros de la noche anterior. Me creía muy dotado, pero ella fue la única lo suficientemente valiente para confesarme que no tenía talento para ello.

—¿Así que la poesía no le ganó a la dama?

Él se encogió de hombros.

—Fue algo completamente distinto lo que me ganó su mano. Algo que nunca esperé.

Portia sonrió. Le agradaba bastante Lord Sullivan, pero era tan diferente de Lord Wade que le costaba imaginar que los dos tuvieran mucho en común. Obviamente, la difunta Lady Sullivan había elegido a este hombre por una buena razón.

—Lamento mucho enterarme del fallecimiento de su esposa. Por favor, acepte nuestras condolencias.

—Gracias —frunció el ceño y luego se puso de pie abruptamente. Su expresión era de disculpa, casi de pánico—. Realmente debo irme.

—Oh, ¿tan pronto? —exclamó la madre, apareciendo tan alarmada como Portia.

Lord Sullivan asintió con decisión.

—Espero verlas de nuevo, señora Hayes, señorita Hayes —hizo una reverencia muy elegante y luego se dirigió hacia la puerta sin mirar atrás.

—Oh, no debería haber mencionado a su esposa —se lamentó Portia en voz baja cuando la puerta principal se cerró con tanta firmeza—. Justo empezaba a sentirse cómodo.

La madre se volvió hacia ella y asintió.

—Al contrario, creo que fue sabio mencionar su pérdida al principio de la relación. Su padre, el duque, está en Dorset, pero se dice que su finca en Kent es bastante modesta. Tiene dos hermanos y tres hermanas, pero casi nunca vienen a la ciudad. No olvides que algún día será el Duque de Northport —asintió—. Se dice que su padre está enfermo. Lord Sullivan sería un excelente marido para ti.

—¡Madre! —reprendió Portia—. Acaba de perder a su esposa, ¿y ahora también deseas la muerte de su padre? Lord Northport goza de buena salud. Vaya, lo vi la semana pasada en Bond Street. El mismo Lord Wade nos lo señaló. Me pareció bastante sano y vigoroso mientras caminaba.

El rostro de la madre se desanimó.

—Entonces serás una duquesa en espera, pero solo si logras que Lord Sullivan se decida antes de que alguien más le eche el ojo. Piensa en lo que eso significaría para tu hermana.

La idea de obtener un título —quizás el de duquesa, si tenía suerte— era todo lo que importaba a la madre y al padre de Portia. Se suponía que ella debía elevar a la familia a la aristocracia y asegurar que su hermana menor también hiciera un matrimonio excepcional.

Portia, sin embargo, buscaba algo más en un marido que lo obvio. La fuerza de carácter y una modesta fortuna como mínimo eran esenciales. Aunque ella misma era heredera, su padre no le permitiría casarse con cualquiera. Muchos cazafortunas habían buscado su compañía, algunos incluso habían fingido descaradamente enamorarse de ella a primera vista en un intento por ganar sus afectos.

Sonó otro golpe en la puerta, y la madre rápidamente hizo que la criada retirara la bandeja del té. Cuando todo estuvo perfecto de nuevo, le indicó al mayordomo que entrara.

Portia jadeó al ver quién lo seguía. El Duque de Montrose estaba en su salón.

Ambas se pusieron de pie rápidamente e hicieron profundas reverencias. Nunca antes habían recibido a un duque en casa, pero habían hablado sobre qué hacer si alguna vez llegara a suceder.

Portia dio un paso adelante primero.

—Lord Montrose, qué placer inesperado. Qué amable de su parte visitar nuestro hogar.

El Duque de Montrose se erguía sobre ella, pareciendo ocupar todo el aire de la habitación. Ella se sintió agradecida cuando él se sentó, y hizo lo posible por calmar su frenético corazón. Habían bailado juntos hace dos semanas, pero no lo había visto desde entonces. Portia no podía imaginar qué podría haberlo traído a su puerta hoy.

La madre le ofreció té, que él declinó inmediatamente.

Echó un vistazo a la habitación.

—Imagino que se estarán preguntando por qué he venido.

—Cualquiera que sea la razón, estamos muy contentas de tenerlo en nuestra casa —dijo la madre muy rápidamente.

Una breve mueca apareció en el rostro del duque, y luego dirigió toda su atención a Portia.

—¿Podríamos hablar a solas? Solo unos minutos bastarán.

Portia no podría haber estado más sorprendida. Miró a su madre en busca de consejo.

—Yo...

—Su madre y su hermana pueden esperar fuera de la puerta abierta si lo prefiere —anunció él.

Independientemente de lo que esperaba mostrar en su rostro, su mente corría en todas direcciones. Se humedeció los labios.

—¿Está bien eso, madre?

—Sí, por supuesto —acordó la madre lentamente, con los ojos llenos de emoción—. Estaré

justo afuera si me necesitas.

La madre hizo una reverencia y revoloteó hacia la puerta, arrastrando a Lavinia con ella. Hizo tal alarde de dejar la puerta entreabierta que Portia quiso reír. No lo hizo, por supuesto. Nunca parecería burlarse de su madre frente a nadie. Cuando la madre ya no se podía ver, volvió su atención al duque.

Él sonrió rápidamente.

—He venido a pedir su mano.

Portia sabía que sus labios se habían separado por la sorpresa, pero no pudo cerrar la boca. Una propuesta era lo último que esperaba que el Duque de Montrose le ofreciera. Se humedeció los labios rápidamente.

—¿Podría repetir eso?

—He venido a casarme con usted.

—Hmm —murmuró Portia, y luego tragó saliva. Sí, lo había oído correctamente la primera vez, pero aun así...— ¿Me está pidiendo en matrimonio? ¿A mí?

—No hay nadie más en esta dirección de edad adecuada —dijo él con una ligera sonrisa.

El duque tenía sentido del humor.

—Seguramente está bromeando.

—No soy conocido por ello. Descubrirá que soy un hombre bastante directo. He considerado a todas las damas de la sociedad, y creo que usted sería la elección más apropiada para ser mi duquesa.

Portia exhaló lentamente, pero su mente seguía corriendo. El Duque de Montrose realmente le estaba pidiendo su mano en matrimonio. Así sin más. Sin flores, sin halagos. Sin cortejo en absoluto.

—Pero usted no me conoce.

Él asintió.

—Conozco a su padre y a su madre, y lo que he visto de usted con mis propios ojos confirma sus elogios.

Portia bajó la mirada a sus manos.

—Gracias.

—Su modestia de hoy la recomienda aún más, pero me temo que requiero una respuesta inmediata —murmuró él—. Podemos conocernos mejor después de que acepte.

Portia tragó saliva. Si aceptaba a Lord Montrose, cumpliría el sueño más querido de su madre y haría muy feliz a su familia.

Sin embargo, experimentó un fugaz instante de pesar al darse cuenta de que nunca tendría una propuesta más romántica. De niña, Portia había soñado con este momento y lo había imaginado mucho más romántico que esto. Lo había hablado con sus amigas y también con su madre y su hermana. Portia había esperado alguna vez que su pretendiente se arrodillara y declarara que nadie más le serviría.

Pero eso era el sueño y esto era su realidad.

Para esto sus padres la habían traído a Londres y gastado una fortuna en sus temporadas. Todo para que un aristócrata, rico y poderoso, pidiera su mano en matrimonio. Se esperaba que dijera que sí. Le había prometido a su madre y a su padre que se casaría lo mejor que pudiera también. Siempre había sabido que debía casarse para mejorar la posición de la familia en la sociedad. Hacerlo aseguraría que su hermana pudiera casarse como quisiera y, con suerte, por amor, cuando Portia no podía hacerlo.

Rápidamente apartó la molesta decepción por lo que podría haber sido y forzó una sonrisa.

Asintió lentamente, con aire regio. —Me sentiría honrada de ser su duquesa, su excelencia.

El duque de Montrose asintió y se puso de pie rápidamente. —Gracias.

Portia pensó que estaba a punto de inclinarse y quizás reclamar un beso, pero en su lugar se dirigió a la puerta y miró hacia afuera, a izquierda y derecha.

Al parecer, su madre no se había quedado mucho tiempo en el pasillo.

Cuando regresó y se sentó de nuevo, estaba frunciendo el ceño. —Nos casaremos la próxima semana.

—¿Qué? ¡No! No hay tiempo suficiente para que se lean las amonestaciones.

Él sonrió levemente. —Las amonestaciones no son necesarias cuando uno tiene los medios para casarse casi de inmediato.

—Pero su excelencia, es demasiado pronto. —Portia se humedeció los labios y se inclinó hacia adelante—. Apenas nos conocemos.

—Usted aceptó casarse conmigo.

—Pero solo acepté porque me prometió que tendría tiempo para conocerlo en las próximas semanas.

Él frunció el ceño, su mandíbula se tensó. —Muy bien. Las amonestaciones se leerán el domingo.

—Gracias, su excelencia. —Habría tiempo para conocerlo, tiempo para planear un suntuoso desayuno de bodas, y para que Lord y Lady Sorenson regresaran a Londres. Deseaba tanto que su amiga Anna estuviera allí para presenciar su día más importante.

De repente, su madre y su padre aparecieron en la puerta abierta, y Portia les hizo señas para que entraran. —Su excelencia me ha propuesto matrimonio, y he aceptado.

Su madre gritó y corrió a abrazar a Portia. —Estoy tan orgullosa de ti, mi querida —susurró entre lágrimas de alegría.

Su madre se volvió hacia el duque, sonriendo, pero solo le hizo una reverencia. —Ha hecho una sabia elección, Lord Montrose.

—Fue una decisión fácil —les dijo antes de partir con el padre para discutir los términos.

Portia lo vio marcharse, esperando el momento en que pudiera sentirse tan feliz como su madre parecía estar.

CAPÍTULO 3



—COMO PUEDE VER, he cuidado excelentemente la pieza —murmuró Julian mientras retrocedía con una sonrisa, pero no pudo disipar la tristeza que había sido su constante compañera desde que se levantó esa mañana.

Clare se había ido.

El señor Jones, un tipo enviado por un conocido mutuo, entrecerró los ojos y pasó la mano por el perfecto tapete de fieltro de la mesa de billar. Jones era nuevo rico, un comerciante que buscaba amueblar su nueva casa en Orchard Square. Jones se movía lentamente alrededor de la mesa, buscando imperfecciones en el roble profusamente tallado desde todos los ángulos. No encontraría ninguna. Julian se había dado cuenta hace mucho tiempo de que las imperfecciones costaban dinero.

—¿Qué me dice, Jones?

El hombre se palmeó el vientre y luego comenzó a asentir.

—La tomaré al precio que pide. No voy a regatear por una artesanía de tan alta calidad como esta. Es un buen trato, pero no entiendo por qué se desharía de ella.

—Ya no juego.

Eso no era del todo cierto. Jugaba en el club, pero solo ocasionalmente. También prefería visitar a sus amigos en sus casas cuando podía. La mesa era un lujo innecesario. Había sido comprada por el padre de Julian, junto con muchas otras cosas finas destinadas a transmitir una opulencia y riquezas que nunca habían tenido. A su padre le gustaba presumir ante sus amigos y enemigos. Desafortunadamente, la mesa de billar y muchas otras extravagancias igualmente inútiles habían supuesto un considerable drenaje de la fortuna familiar hasta el día de su muerte.

Desde entonces, Julian había estado intentando reconstruir, pero en su mayoría todo lo que había logrado era sobrevivir, retrasar la caída inevitable. Su padre no había invertido sabiamente, y las pérdidas desde su muerte no dejaban de llegar.

—La mesa solo ha estado acumulando polvo. Espero que usted la disfrute más de lo que yo tuve tiempo.

Se estrecharon las manos, y Julian se alegró enormemente de que Jones entregara los fondos de inmediato.

Metió las ganancias en su bolsillo, sintiendo un inmenso alivio. Los fondos de esta venta irían destinados a pagar el próximo salario trimestral de sus sirvientes y a saldar una factura pendiente de su tía con su modista. Lo poco que quedara después se guardaría bajo llave para cualquier gasto imprevisto del próximo mes.

Julian había aprendido a ser frugal, pero la preocupación por mantener las apariencias estaba empezando a pasar factura a sus emociones. Algunos días eran más difíciles que otros.

Jones hizo una seña a sus hombres y estos gruñeron y se esforzaron para sacar la pieza de la habitación.

—Esto iría más rápido con algunos hombres más para ayudar a llevar la carga —refunfuñó Jones, lanzando una mirada esperanzada al anciano mayordomo a su lado.

—Mis sirvientes están ocupados en otra parte en este momento —dijo Julian con toda la indiferencia que pudo antes de que el mayordomo pudiera hacer algo tonto, como ofrecer su ayuda o mandar llamar al limpiabotas. Los pocos sirvientes que Julian mantenía estaban trabajando lo suficientemente duro, llevando a cabo las tareas del doble de su número para mantener la casa de la que Julian no podía deshacerse en buen estado.

Miró por la ventana delantera hacia la bulliciosa plaza y les dio la espalda, recurriendo a hábitos familiares. Fingió la indiferencia requerida ante su lucha, como correspondía a un caballero en posesión de un título. Había nacido para ser vizconde, no un obrero, aunque suponía que podría terminar siéndolo. Por ahora, haría todo lo posible por mantener su lugar en la sociedad.

Desafortunadamente, vender un artículo tan grande como este seguramente atraería la atención hacia la casa de la ciudad. No había remedio. Solo la puerta principal era lo suficientemente ancha para sacar la mesa, y Julian necesitaba el dinero de esta venta bastante desesperadamente.

Tenía que seguir contando la misma historia, que se había aburrido del juego, para que pocos cuestionaran su verdadero motivo.

Jones había conseguido una buena ganga en su trato y afortunadamente no dijo ni una palabra más sobre necesitar más hombres o ayuda. Eventualmente sacaron la pieza a la calle y la cargaron en un carro para comenzar su corto viaje alrededor de Hanover Square, rumbo a Orchard Square.

Jones regresó, entrando apresuradamente en la habitación.

—Casi olvido las otras cosas para la mesa —exclamó disculpándose, apresurándose a recoger las bolas y los tacos de billar.

Julian asintió, pero luego recordó un descuido. Lanzó otro suspiro y se dirigió a la chimenea y cuidadosamente bajó un objeto de la pared. Regresó a Jones, forzando una sonrisa.

—Para ayudarte a llevar la cuenta contra tus oponentes, y tus enemigos también. Sin cargo.

—Gracias, milord. Muchas gracias. Pero no puedo llevarme algo sin dar nada a cambio. Tome —el señor Jones metió un puñado de billetes en la mano de Julian—. Creo que un hombre debe pagar un precio justo.

Jones apretó el contador contra su pecho y malabaró con todo el lote mientras salía por la puerta. El mayordomo lo siguió para cerrar las puertas principales y la casa finalmente quedó en silencio.

También estaba dolorosamente más vacía.

Julian se metió los billetes extra en el bolsillo cuando el mayordomo regresó. Había recibido más de lo que valía el contador, pero miró alrededor de la sala de recepción casi vacía y la pared desnuda con una punzada de remordimiento. El vacío sería notado inmediatamente por la próxima persona que lo visitara.

Afortunadamente, Julian ya había considerado qué hacer al respecto.

Se dirigió a la habitación contigua y levantó un sillón.

El mayordomo balbuceó.

—Es hora de hacer una pequeña redecoración por la casa —murmuró, mirando al hombre disculpándose—. Mosely, ¿podrías traer la mesa redonda pequeña y ponerla al lado de este

sillón?

Julian podía hacer la mayoría de los pequeños cambios él mismo, pero no debería hacerlo todo.

Había movido dos cómodos sillones y otra mesa ovalada para colocarlos frente a la ventana delantera antes de que su tía entrara impetuosamente en la habitación.

—¿Dónde está mi mesa de billar? —gritó.

—Mi mesa —la corrigió Julian—. La vendí.

El rostro de la tía Hesper decayó, y el periódico en su mano crujió al arrugarlo.

—Pero fui seducida en esa mesa después de ganar mi primera partida.

El mayordomo se atragantó y rápidamente huyó de la habitación.

Julian negó con la cabeza.

—Me alegro de que hayas esperado hasta que se cerrara el trato y el señor Jones se hubiera ido antes de mencionar ese hecho en voz alta. Aunque el pobre Mosely, puede que nunca te vuelva a mirar de la misma manera.

—Lenthall estaba muy orgulloso de mí ese día.

La tía Hesper y su difunto esposo habían disfrutado de un matrimonio apasionado. Desafortunadamente, a veces le gustaba compartir esos recuerdos en voz alta con más frecuencia de la que Julian prefería.

Su tía se acercó y suspiró mientras miraba alrededor de la habitación.

—No es justo.

El ácido le quemó el estómago.

—Es lo que hay, me temo. Necesitábamos el dinero —explicó antes de inclinarse para besar su mejilla arrugada.

Su tía guardó silencio un momento.

—Mis perlas. Podrías venderlas también.

—No, absolutamente no —Las perlas eran una posesión muy apreciada, un regalo de su marido el día de su boda, pero no valían mucho. Era mejor que las conservara el mayor tiempo posible—. Estamos bien por ahora.

—¿Por cuánto tiempo?

—El suficiente —Julian miró a su alrededor—. Necesito terminar esto por si alguien viene de visita. ¿Por qué no te sientas junto a la ventana mientras busco a un sirviente que me ayude a mover mi escritorio a esta habitación?

—Muy bien, querido —aceptó mientras se dirigía lentamente hacia la nueva disposición de los asientos. Arrojó el periódico arrugado sobre una silla antes de ocupar la otra.

Wade encontró al hombre fácilmente en el piso de abajo, apartándolo de su tarea de ayudar a la cocinera a preparar el almuerzo. Juntos, colocaron los muebles favoritos de Julian en el espacio más amplio, y luego cerró la habitación vacía contigua—. Una habitación menos que calentar y limpiar durante el invierno —murmuró, complacido con eso.

—Sí, mi señor —asintió el hombre—. ¿Puedo ayudarle en algo más?

—No, eso es todo —le aseguró—. Gracias.

Los pocos sirvientes que le quedaban habían sido lo suficientemente amables como para mantener la boca cerrada sobre las estrictas economías que había estado haciendo durante el último año, por algún tipo de afecto mal entendido hacia la familia. Desafortunadamente, tendría que despedir a otro hombre más tarde ese día, y deseaba no tener que dar ese paso. Ya no necesitaba un mozo de cuadra, puesto que ya había vendido su último caballo. Había estado posponiendo el asunto con la esperanza de que las cosas pudieran cambiar. Los establos estaban

vacíos ahora, y el hombre sin tareas que justificaran su sueldo.

—Mi pobre hermano se estaría revolviendo en su tumba si supiera los problemas que te ha causado —susurró la tía cuando él se reunió con ella en el estudio recién organizado.

A Julian en realidad le gustaba el cambio de escenario y tener dinero en el bolsillo por una vez. Ahora tendría una vista de Hanover Square. También podría leer junto a la ventana y ver quién iba y venía sin tener que molestarse en levantarse.

Julian se dirigió al mueble bar y lo abrió. Sirvió dos pequeñas medidas de whisky y le entregó una a su tía. Le dio un beso en la frente—. Padre nunca pensó en el futuro. Se divertía demasiado siendo escandaloso.

—Fue divertido mientras duró el dinero —murmuró ella—. Pero esto es deplorable. Deberíamos hacer algo.

Julian estuvo de acuerdo—. He intentado vender el arrendamiento de la casa en numerosas ocasiones, pero tú sigues fingiendo que está embrujada cuando traigo a alguien.

—Este es mi hogar —susurró—. Y sí está embrujado, además.

—No lo está. Y el hogar es donde está tu corazón y donde reside tu familia. Dondequiera que sea, yo siempre cuidaré de los vivos. Si no puedo vender el arrendamiento, estaba pensando en subarrendar el lugar la próxima temporada. Podríamos pasar la primavera y el verano con amigos.

Julian dio un sorbo, consciente de que la melancolía de su situación era peor para su tía. Ella recordaba cuando las cosas iban bien, cuando organizaban fiestas y viajaban mucho. Odiaba que la fortuna familiar estuviera en declive.

—Tendrás que casarte —anunció de repente.

Ya habían tenido esta discusión antes. Era innecesaria. Él sabía qué opciones le quedaban. Solo una, pero el momento tenía que ser el adecuado. Por ahora, optó por tomarse la situación y sus temores a la ligera—. O dedicarme al robo —respondió.

Ella se rió—. Caminas demasiado pesadamente sobre la tierra para ser un buen ladrón. Lo más probable es que te sintieras culpable y devolvieras todo al día siguiente. ¿Qué tal el juego?

—Necesitas dinero para eso, y no voy a arriesgar lo que tenemos.

Ella asintió lentamente—. Entonces una esposa. Una rica.

—Sí —dijo con pesadumbre. Portia poseía una dote que resolvería todos los problemas por el resto de su vida, pero estaba nervioso por pedirle que se casara con él. No estaba seguro de que su corazón se hubiera ablandado lo suficiente hacia él. Era muy consciente de que podría tener solo una oportunidad. Si ella se negaba, nunca podría volver a pedírselo. Estaría demasiado humillado para intentarlo.

La tía chasqueó la lengua—. Estar casado no es doloroso, al menos no para el marido.

Él puso los ojos en blanco ante su comentario—. Pero ser considerado un cazafortunas sí lo es. Porque ciertamente lo soy, incluso antes de empezar a cortejar.

La tía se inclinó hacia adelante—. Parece que ahora te favorece.

Julian sabía de quién hablaba sin que se mencionara el nombre de Portia Hayes. Ambos habían estado observando a Portia desde su debut: la tía animándola a salir de la sombra de su madre, mientras Julian mantenía alejados a los verdaderos canallas de la sociedad, particularmente a los cazafortunas, para evitar que la arruinaran solo por reclamar su ridículamente grande dote.

Desafortunadamente, no había hecho un buen trabajo recomendándose a sí mismo como posible esposo hasta que los acontecimientos recientes los habían unido. La falta de fondos significaba que no podía permitirse llevarle narcisos cuando la visitaba o enviarle notas de amor

por mensajero para demostrar que ella significaba más para él que su dote.

Buscando distracción, Julian tomó el periódico que tenía al lado y alisó las páginas. Pasó al lugar que había estado leyendo en el desayuno, esperando buenas noticias.

—Lord Mallory se casó la semana pasada mediante licencia especial —dijo la tía de repente—. Eligió a Elaine Whittaker como su esposa.

—¡Que se lo lleve el diablo! —Julian arrojó el periódico, decepcionado por este giro de los acontecimientos—. Ella me agradaba, pero él es un idiota.

—Dicen que es un matrimonio por amor —dijo la tía en tono tranquilizador—. Es mejor no interferir en esas cosas.

—Por supuesto que dicen eso. Pero él también resulta ser rico, así que por supuesto que ella se enamoró de él.

La tía chasqueó la lengua—. No te hará ningún bien compadecerte de ti mismo, querido.

Julian inclinó la cabeza. Frustrado por su vida. Si su padre estuviera vivo, le retorcería el maldito cuello—. Esto es desesperante. Si no fuera por esta maldita casa, estaríamos mucho mejor.

—Todas las mejores familias han vivido en esta plaza.

—Espero que eso sea un consuelo para ti cuando llegue el invierno y la casa esté helada.

—Te preocupas demasiado.

Él se inclinó hacia ella—. No habrá dinero para carbón, querida.

Una mirada de terca determinación cruzó su rostro—. Saldremos adelante. Hemos superado juntos momentos difíciles todos estos años.

Empezó a reírse para sí misma, y Julian gimió—. Ese tipo de cosas no era gracioso cuando yo era un niño, y ciertamente no lo es ahora.

Eso solo la hizo reír más fuerte.

Se pasó una mano por el pelo. Una vez que circularan los rumores sobre la venta de la mesa de billar, su situación sería examinada más de cerca por quienes lo conocían. Casar a una hija con un vizconde empobrecido difícilmente era el sueño de cualquier familia ambiciosa, pero no tenía tiempo para perder. —Si puedo convencerla, dejaré de preocuparme —prometió.

—Recuerda, eres tan merecedor como cualquier otro.

—Lo sé. Pero la desigualdad económica será el verdadero obstáculo. Ya sabes cuántos problemas tuvo Sullivan con la familia de Clare interponiéndose. No puedo imaginar que tendré mejor suerte. —Se puso de pie de un salto—. Empezaré a cortejarla esta noche.

—Si tiene algo de sensatez, solo le importará tu corazón.

Se acercó a las ventanas delanteras y miró hacia afuera, la impaciencia haciendo que su pie golpeará el suelo. —También está invitada al baile de los Daventry esta noche. Deberíamos llegar temprano. Lo mejor que puedo esperar es adelantarme a los demás para reclamar el baile de la cena.

—¿Y si ya se lo ha prometido a otro?

Extendió las manos. —Aceptaré cualquier otro baile que quede. Si no, el secuestro parece una alternativa razonable a un cortejo apropiado, ¿no crees?

Estaba bromeando, por supuesto. Nunca faltaría el respeto a Portia manchando su reputación. No cuando había hecho todo lo posible por mantenerla intacta.

—Eso ocurría mucho en mis tiempos —suspiró la tía—. Solo los amantes más ardientes se arriesgaban a huir hacia la frontera escocesa con la familia furiosa persiguiéndolos.

—Eso es un poco más de lo que tenía planeado —dijo, y luego miró a su tía—. ¿No deberías estar intentando evitar que la arruine?

—Sé que tu corazón está en el lugar correcto. —La tía se recostó y cerró los ojos—. Esos otros tipos solo ven su dote y lo que pueden hacer con ella. Tú no. —Empezó a reírse—. Aunque con una dote tan jugosa, hay muchas cosas que podrían hacerse por aquí.

—Aquí no. Me gusta bastante la casa de su tío.

La tía hizo una mueca. —Al menos eso es algo a tu favor. Parece que ambos prefieren ese lugar, aunque no puedo imaginar por qué. ¿De verdad te mudarías tan lejos de Mayfair?

—Lo haría. —Julian miró alrededor, haciendo una mueca—. Intenta no asustar al próximo caballero que exprese interés en tomar nuestro arrendamiento. No importa cuán grande sea la dote de Portia, no podemos ser derrochadores e intentar vivir en dos lugares a la vez.

—Oh, está bien, pero quiero tener voz y voto algún día de nuevo —refunfuñó.

—Todo menos la decoración de la casa de su tío Oliver. —Julian le dio un rápido beso en la mejilla.

—Si el chico estuviera aquí, estaría de mi lado en todo esto —se quejó.

El chico era Nigel, el hermano menor de Julian. —Nigel ya me ha asegurado que está perfectamente de acuerdo con cualquier decisión que tome. Le compré el nombramiento que quería. Creo que está feliz.

La tía hizo un puchero. —Está demasiado silencioso sin él.

—Lo volveremos a ver, tan pronto como tenga permiso para visitarnos.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. —Necesitas hijos.

—No te adelantes tanto al presente. —Julian se rio. Las cosas que decía la tía a veces eran descabelladas—. Discúlpame.

—¿Adónde vas?

—A decirle al mozo de cuadra que se haga útil en la cocina en lugar de en los establos. Podría tener suficiente para mantenerlo empleado si soy aceptado en las próximas dos semanas. —Se volvió hacia su tía—. Oh, no lo olvides, tú también vienes al baile de los Daventry esta noche. Te necesitaré allí para mantener ocupada a su madre, en caso de que logre conseguir el baile de la cena. Ponte algo bonito con tus perlas y mantente alejada de la bodega. Te veré a las ocho en el vestíbulo.

—Julian —llamó la tía—. Ella te dirá que sí.

—Lo averiguaremos esta noche —respondió antes de apresurarse—. Mi suerte tiene que cambiar para mejor pronto.

CAPÍTULO 4



—BIENVENIDOS A NUESTRA PEQUEÑA FIESTA, señor Hayes. Señora Hayes —dijo Lord Daventry a los padres de Portia cuando llegaron al frente de la fila de recepción—. Tengo entendido que hay felicitaciones pendientes también. Montrose se ha llevado a una de nuestras damas favoritas.

Portia parpadeó. *Qué rápido*. Solo habían pasado cinco horas desde que le habían propuesto matrimonio y ya todos lo sabían.

—Todavía estoy aquí —prometió Portia asomando la cabeza por detrás del hombro de su padre para mirar al conde.

No esperaba que nadie que viniera al baile de los Daventry supiera aún del compromiso. Pero debería haber sabido que la *alta sociedad* no amaba nada más que un buen cotilleo. ¿Quedaba alguien a quien pudiera sorprender con la noticia?

—Así es, pero no por mucho tiempo, me imagino —dijo Daventry con una sonora carcajada. El padre sacó pecho, sonriendo orgulloso.

—No podríamos estar más complacidos con la unión. Lord Montrose ha elegido muy bien. El conde asintió y sus padres siguieron adelante.

—Señorita Hayes, qué bueno que haya venido —murmuró Daventry antes de instar a su esposa a acercarse—. No creo que haya conocido aún a mi esposa.

—No, pero anhelo hacerlo. ¿Cómo está usted, milady? —dijo rápidamente mientras la condesa se acercaba.

—Muy bien. Un placer conocerla —murmuró Lady Daventry con una sonrisa cariñosa hacia su marido. El conde se alejó para saludar a otra pareja, dejándolas solas por un momento. Raramente se veía a la diminuta mujer en Londres, pues prefería una vida retirada lejos de las multitudes que frecuentaban los entretenimientos londinenses. Se decía que también era bastante nerviosa con los extraños.

—Gracias por invitarnos esta noche.

—No sería un baile apropiado sin usted —respondió Lady Daventry con voz suave y amable—. Mi esposo mencionó que era muy apreciada como pareja de baile. Me temo que nos enteramos de su compromiso recién esta tarde, o habríamos invitado al duque a unirse a nosotros también.

—Lo entiendo perfectamente —aseguró Portia—. Y estoy segura de que Lord Montrose habría estado encantado de asistir. —Lady Daventry era tan pequeña que Portia se encogió un poco para no parecer tan alta a su lado.

—Seguro que habría habido espacio para uno más —Lady Daventry se inclinó de repente hacia adelante—. Adoro el color de su vestido. Un tono de verde tan llamativo.

—Estaba a punto de decir lo mismo de su vestido. Ojalá pudiera persuadir a mi madre para

que me permitiera usar carmesí —admitió Portia con un profundo suspiro de admiración por la atrevida creación. Miró más de cerca el vestido de Lady Daventry, pero la condesa comenzó a inquietarse bajo su prolongado escrutinio. Apenas había corpiño o mangas, y cuanto más admiraba Portia el vestido, más notaba que era casi indecentemente transparente.

Sonrió lentamente, y Lady Daventry le devolvió la sonrisa tímidamente. Era una elección audaz y muy atrevida, sin duda.

—Elección de mi esposo —rió suavemente Lady Daventry, y Portia también lo hizo.

—Lord Daventry tiene un gusto excelente.

—Ciertamente lo tengo —dijo Daventry mientras regresaba repentinamente al lado de su esposa y deslizaba su brazo alrededor de su espalda antes de presionar un breve beso en su frente —. Te he dicho que uses lo que quieras, querida. Al diablo lo que piense la gente de nosotros.

Portia sonrió. No podía esperar a estar casada para tener un marido que la mimara así. Se despidió cariñosamente de sus anfitriones y se apresuró a alcanzar a sus padres, que ya iban muy adelantados.

Este era el primer gran baile que los Daventry habían organizado desde que se casaron, y la primera incursión de Portia en la casa. Estaba asombrada por la rica decoración del hogar y los invitados que reconocía. Absolutamente todo el mundo estaba aquí. La pareja había invitado a un gran número de personas, y parecía que todas las habitaciones de este nivel y el de arriba estaban llenas de invitados felices y parlanchines.

Pasaron por lo que ella pensó que podría haber sido una elegante sala de estar, si hubiera quedado algún mueble en ella, hasta donde la gente se reunía bebiendo champán.

A Portia se le permitía una copa, quizás una segunda hacia el final de la velada, si su madre estaba de buen humor. Aceptó su primera copa, completamente segura de que merecía una segunda más tarde para celebrar su buena fortuna, aunque bebió lentamente. Siguió de cerca a sus padres, quienes saludaban a sus amigos. Sin embargo, sus padres no estaban muy relacionados con los numerosos amigos de los Daventry, y pronto se quedaron solos. Había rostros que no reconocía en la sala, pero claramente eran importantes si estaban aquí.

Miró hacia arriba, admirando la espléndida lámpara de araña de cristal que colgaba muy por encima de sus cabezas. Se decía que Lord Daventry era obscenamente rico, así que no se sorprendió demasiado por lo que veía a su alrededor. Algún día podría vivir en una casa tan grandiosa. Debía recordar preguntarle a Lord Montrose cómo era su casa.

Portia sintió que la observaban y miró alrededor buscando la fuente. La sala estaba muy llena, pero por un segundo imaginó que Lord Wade la estaba mirando otra vez. Estiró el cuello, buscándolo con una sensación de inquietud. Debería haber oído la noticia de su compromiso de sus propios labios, y ella estaba desesperada por contarle los detalles exactos de la repentina propuesta de Lord Montrose para que conociera la verdad y no los rumores.

Le avergonzaba decir que en la prisa de la emoción al aceptar al duque, mayormente alentada por su madre y su hermana, se había olvidado de enviar una nota a Lord Wade y a su tía para informarles inmediatamente. Eran buenos amigos.

Miró alrededor de nuevo, ansiosa por verlo ahora. En realidad, lo había echado mucho de menos hoy, porque no podía superar su repentina desaparición de la fiesta de Lady Birch anoche. Estaba preocupada por cómo se sentía. Pensó que tal vez también estaría alterado por la muerte de la esposa de Lord Sullivan.

Le debía su apoyo en su hora de necesidad. Después de todo, el vizconde había velado desinteresadamente por su seguridad en las últimas semanas. Sí, en algún momento pudo haber resentido, incluso detestado, la mera visión de Lord Wade revoloteando en la periferia de su

conciencia. Se había acostumbrado a su admiración, no es que sus pequeños coqueteos pudieran haber llegado a más que eso. Pero él era su amigo. El mejor que podría esperar tener.

Aunque miró por todas partes, aún no podía verlo. Pero Lord Wade seguramente estaría aquí esta noche. Fue Lord Wade quien había presentado a su familia a Lord Daventry durante su primera temporada.

Fue solo después de haber aceptado bailar con varios caballeros esa noche que vio a la tía de Lord Wade entre la multitud. Portia la apreciaba mucho. Hablaba con una franqueza abierta que usualmente solo se experimentaba con familiares cercanos. La señora Hesper Lenthall estaba conversando, copa en mano, al otro lado de la sala. Cuando la dama mayor finalmente la notó, Portia saludó rápidamente y sonrió, esperando compartir su emoción.

La señora Lenthall pareció entrecerrar los ojos mirándola... pero luego inmediatamente volvió a su conversación sin devolverle el saludo.

Portia bajó la mano lentamente y luego miró a su alrededor para ver si alguien había notado que podría haber sido desairada. La señora Lenthall no le habría dado un corte directo, por supuesto que no, pero podría parecerlo a los demás.

Finalmente, Portia vio a lord Wade. Estaba de pie, solo, observándola como de costumbre desde la distancia, con una expresión indescifrable.

Aliviada de ver por fin su rostro familiar, Portia se disculpó con su madre y se giró hacia lord Wade, pero este ya no se encontraba por ninguna parte.

Sin desanimarse por su desaparición, Portia se dirigió hacia donde lo había visto por última vez.

Un poco más allá en el salón de baile, una puerta se estaba cerrando lentamente. Portia la siguió, segura de que lord Wade se había escabullido tras ella, aunque no podía imaginar por qué razón.

Se deslizó fuera de la sala, sumergiéndose en la casi total oscuridad de un estrecho pasillo sin iluminar. Cuando sus ojos se adaptaron, lord Wade estaba justo frente a ella.

—Aquí estás.

—Aquí estoy —dijo él en un tono gélido que la hizo estremecer.

—¿Por qué no te acercaste a saludar?

—¿Por qué crees?

¿Estaba tan enfadado por enterarse de su compromiso a través de los chismes que se pondría a hacer pucheros? —Realmente necesito hablar contigo.

Wade cruzó los brazos sobre el pecho. —No puedo imaginar sobre qué.

—Quería contarte yo misma que estoy comprometida para casarme con el duque de Montrose, pero me temo que ya te has enterado. Lord Daventry parecía saberlo en cuanto llegamos.

Wade asintió secamente. —Montrose es un aburrido.

—Es un duque —protestó ella.

—¿No me digas? —exclamó lord Wade, pero su tono destilaba sarcasmo—. Solo escuché sobre su maldito título de su boca todos los días cuando estábamos en el colegio.

—Lamento que hiciera eso. Los niños pueden ser crueles entre sí sin considerar el daño que causan a los demás. Mi propia hermana a veces me saca de quicio. Sin embargo, estoy segura de que ha cambiado desde entonces.

Lord Wade apartó la mirada. —Apenas me importa si lo ha hecho o no.

—Por favor, Wade —puso su mano en su brazo—, no te enfades conmigo por no habértelo dicho yo misma. Sé que debería haber enviado una nota en lugar de dejar que te enteraras por

terceros. Todo sucedió tan rápido, apenas esta tarde.

—¿No me digas? —repitió, obviamente aún molesto con ella.

Ella sacudió su brazo. —Quiero que mis amigos celebren mi matrimonio conmigo. Las amonestaciones se leerán el domingo, luego en cuatro o quizás cinco semanas será la boda, y más tarde habrá visitas al campo o a la casa de Londres cuando organicemos fiestas. Se supone que tiene una gran casa en el sur, pero nunca he estado allí. Imagina la aventura que será ese viaje para todos nosotros.

Su expresión se agrió aún más. —Estoy seguro de que lady Sorenson estará encantada de visitarte en cualquier lugar.

—¡Me refería a ti y a tu tía también! ¡Somos amigos!

—¡Por Dios, mujer! —exclamó lord Wade en voz alta, mirándola con una expresión horrorizada en su rostro—. ¿Te imaginas que tú y yo somos amigos?

—¡Por supuesto que lo somos! Los mejores amigos, de hecho. Me habrías salvado la vida si hubiera estado en peligro el mes pasado.

—Eso fue el mes pasado. —De repente se cernió sobre ella. Wade era de complexión delgada pero bastante más alto que Portia. Cuando ella lo miró, sintió que sus rodillas empezaban a temblar, lo cual fue un descubrimiento extraño ahora cuando él nunca la había intimidado antes—. Señorita Hayes, no somos amigos. Nunca lo fuimos.

Ella parpadeó sorprendida. —Pero...

Sus ojos se entrecerraron y de repente retrocedió. —Encontré divertidas tus ocurrencias temerarias por un tiempo —siempre estabas a un beso de distancia del escándalo—, pero esos días ya pasaron.

¿Por qué le estaba mintiendo? Él nunca se había divertido con su comportamiento o su fascinación por otros hombres. —Eso no es cierto. No puedo creer que me digas eso después de todo lo que hemos pasado estas últimas semanas. Me protegiste cuando nadie más lo intentó. Ni siquiera mis padres saben cuánto sacrificaste para mantenerme a salvo.

—Una virgen menos desperdiciada por un asesino —dijo con amargura—. La aristocracia te necesitaba viva por tu dote, y mira qué rápido Montrose te arrebató en sus amorosos brazos una vez que examinó el muy pequeño campo de opciones. Apenas le tomó una semana después de su llegada a la ciudad para entrar y reclamarte antes de que alguien más se diera cuenta de lo que tramaba.

El rostro de Portia ardió de ira. —Eso fue muy cruel de decir. No fue así en absoluto.

Él se encogió de hombros de una manera despreocupada que ella instantáneamente detestó. —Y sin embargo, tiene un aire de verdad. Hay tan pocas herederas disponibles para el matrimonio este año. Las opciones son escasas. Lady Scott te hizo un gran favor al eliminar a tu competencia.

Portia lo fulminó con la mirada. —No puedo creer que digas eso. Esas damas eran mis amigas.

—Eran tus rivales. Competencia. Es la verdad, por más desagradable que afirmes encontrarla. —Frunció el ceño—. Dime, ¿estabas tan desesperada por ser su duquesa que no te importó que Montrose ni siquiera se tomara el tiempo de cortejarte?

Portia lo había notado y en las pocas horas desde que había aceptado ya estaba un poco decepcionada consigo misma. Podría haberse tomado más tiempo para darle una respuesta al duque. Pero con su impaciencia tan obvia y sus padres esperando que dijera que sí de todos modos, se había visto persuadida a aceptar inmediatamente.

—Dime que te cortejó con dulces palabras y besos robados. ¿Poesía? ¿Algo que pruebe que

tenías motivos para entregarte a un hombre que apenas conoces?

Se miraron fijamente, y un escalofrío la recorrió. Le dolía que Wade hiciera las mismas preguntas que ella se hacía a sí misma, desde que Montrose la había visitado por primera vez para proponerle matrimonio. —Sí, puede que haya aceptado ansiosamente la propuesta de lord Montrose, pero insistí en que se leyeran las amonestaciones para que pudiéramos conocernos antes de que se celebre el matrimonio. No tomé una decisión precipitada, sino una meditada.

—Discrepo, pero ¿qué importa lo que yo diga? ¿Cuándo importó? —Wade negó con la cabeza—. Haces lo que quieres de todos modos. Vuelve al baile, Portia, y disfruta de la adulación de las masas. Vuelve donde puedas aprender a ser tan aburrida y ordinaria como todos los demás.

Ella puso las manos en sus caderas. Lord Wade simplemente no podía alegrarse por ella, sin importar lo que dijera. No debería tener que explicarse. Sin embargo, la terquedad la mantuvo allí. No dejaría que él tuviera la última palabra. —Nunca seré aburrida ni ordinaria.

—Lo serás. —Se encogió de hombros—. Vuelve donde es más seguro.

—Estoy segura contigo.

—¿A salvo conmigo? ¿De verdad no tienes sentido común? —Resopló, pero luego se movió repentinamente hacia ella. La espalda de Portia golpeó la pared y él se detuvo. Su expresión era sombría mientras la encerraba entre sus brazos extendidos y bajaba la cabeza—. No tienes la más mínima idea sobre mí, ni sobre lo que esperaba para ti. Montrose tendrá ahora la tarea de contener a los canallas lujuriosos que rondan tus faldas como perros hambrientos. Tú haces poco para evitar que vuelvan a intentar quedarse a solas contigo como ahora. Te lo advierto: Montrose es tan rígido como pueden serlo. No olvidará ni perdonará ninguna indiscreción si te sorprende en brazos de otro hombre.

Portia se quedó boquiabierta. —Estás celoso. Celoso de que él sea duque.

Wade retrocedió de repente. —No estoy celoso de su título.

Ella no le creyó. —Él no puede evitar haber nacido para ser duque. Mis padres lo aprobaron, así que seguramente mis amigos también pueden hacerlo.

Él negó con la cabeza. —No estoy celoso de su título ni de su maldito dinero. Tus padres no tienen idea de lo que te han hecho. Él destruirá todo lo que yo... —Hizo una mueca—. Todo lo que te hace ser quien siempre estuviste destinada a ser.

Portia sacudió la cabeza. —Siempre supiste que yo nunca podría casarme con cualquiera ni desafiar los deseos de mi familia. Un duque es lo más alto a lo que podía aspirar, y ellos no podrían estar más felices. Tengo que pensar en mi familia, en mi hermana.

—Podrías haber hecho algo mejor —espetó Wade—. Deberías haber pensado también en ti misma.

Se marchó furioso antes de que ella pudiera llamarlo de vuelta.

CAPÍTULO 5



JULIAN ESTRECHÓ LA mano de Sullivan de manera rutinaria una vez que su viejo amigo se hubo acomodado en el coche de alquiler, pero apartó la mirada rápidamente. No estaba de buen humor, sin embargo, la nota de Sullivan lo había sacado de su casa donde había estado rumiando sobre la decisión de Portia de casarse tan repentinamente. No podía creer que hubiera elegido a Montrose por encima de todos los demás caballeros que competían por sus afectos.

—Querías verme.

—Y buenos días a ti también —Sullivan frunció el ceño mientras miraba alrededor del coche con evidente disgusto y colocó su sombrero sobre su regazo en lugar de a su lado en el asiento manchado. Iba muy bien vestido hoy, mucho mejor que antes, y naturalmente muy por encima de la vestimenta de años de Julian. Julian temía que no le llevaría mucho tiempo notar que las diferencias entre ellos eran abismales—. ¿Qué pasó con ese armatoste destartado en el que solías moverte?

—Finalmente se hizo pedazos, así que he encargado uno nuevo —mintió, esperando que sonara convincente. Su antiguo carruaje estaba en perfectas condiciones, solo que ahora vivía en otro lugar—. Mientras tanto, me las arreglaré con lo que tenga más a mano.

—Nunca pensé que estarías sin la vieja bestia.

—Pues lo estoy —había recuperado veinte libras por el carruaje y otras diez por el par de caballos que lo tiraban. Echaba de menos tener un carruaje propio, aunque fuera antiguo y los caballos que lo tiraban fueran viejos y lentos. Era un pequeño consuelo que al menos los caballos probablemente estuvieran mejor donde estaban ahora.

—Clare me dijo que admiraba esa cosa destartada. Al principio también solía burlarse de mí por no tener uno propio. Decía que le gustaba más que no fingiera tener uno más lujoso. Por ser honesto sobre mis circunstancias. Tenías razón en eso... y en tantas cosas entonces. Fuiste tan bueno con nosotros.

La sonrisa de Julian se sintió forzada porque aún estaba triste por la ausencia de Clare. Ella había sido una Original. Portia también era una Original, o podría haber seguido siéndolo si se casara con cualquier otro. Apartó su amarga decepción antes de que volviera a apoderarse de él e intentó sentirse entusiasmado por el día.

—Así que has vuelto a Londres.

—Sí, como ves, he alquilado una casa en Upper Brooke Street, para la temporada y el próximo año también, creo. Me verás mucho más en las próximas semanas.

Así que Sullivan estaba en Londres por una razón, probablemente buscando una nueva esposa. Julian le deseó suerte.

—Me alegro de eso. Ya casi nadie interesante viene a Londres.

Sullivan se rió.

—Si te conozco bien, pronto me estarás señalando a las damas más escandalosas que debería conocer.

—Las pocas que quedan, eso sí —se lamentó Julian—. Tristemente, nuestra asesina, Lady Scott, se llevó a las mejores del rebaño.

—Leí sobre ese asunto en los periódicos. Su excelencia estaba muy preocupado por la situación.

Julian también lo había estado. Había estado lo suficientemente cerca de Lady Scott en esa última noche para oír lo trastornada que se había vuelto. No era de extrañar que su ahijado, Lord Carmichael, hubiera huido de Londres. La pregunta en boca de todos era cuánto tiempo se mantendría alejado. Julian esperaba que no fuera por mucho, porque Carmichael era un hombre al que había admirado, aunque no hubiera tenido razón para decírselo en su momento.

—¿Cómo está Northport estos días?

—Igual —Sullivan frunció los labios un momento antes de hablar de nuevo—. Preocupado por el futuro del ducado.

Sullivan nunca fue un hombre fácil de leer. Lo que no decía a menudo hablaba volúmenes para Julian. Si el duque no había cambiado —y Julian dudaba que fuera capaz de eso— estaba preocupado por la sucesión de nuevo.

—¿Ya te está presionando para que tomes otra esposa?

—¿Cómo lo adivinaste?

—Tu cara. Ha pasado un año desde que Clare murió, lo cual no es suficiente para guardarle luto. Estás aquí, donde juraste no volver jamás —Sullivan comenzó a asentir—. Fue un milagro que te casaras la primera vez, ¿sabes? —señaló Julian.

Sullivan era una rareza. Aunque era guapo y tenía título, no siempre había estado seguro de sí mismo. Podía parecer confiado y encantador para los conocidos en un baile, pero cuanto más cerca estaba una dama de reclamar su corazón, más nervioso y evasivo tendía a volverse. Había sido absolutamente necesario que Julian se entrometiera en el cortejo de Sullivan a Clare, incluso si al hacerlo la había puesto para siempre fuera de su alcance.

—Solo gracias a ti. Te debo una deuda que nunca podré pagar completamente —le aseguró Sullivan.

Julian le lanzó una mirada fulminante a Sullivan. Sí, era hábil dirigiendo a los amigos hacia la felicidad, pero impotente para asegurar su propia alegría. No esperaba nada por sus esfuerzos en nombre de otros y prefería que no mencionaran ni supieran de ninguna ayuda tampoco.

—No hice nada más que decir la verdad —advirtió.

—Hiciste más que eso, y lo sabes —Sullivan bajó la mirada—. Me temo que puede que necesite tu ayuda de nuevo. Es difícil imaginar que alguien pueda ocupar el lugar de Clare.

Se sacudió una pelusa de la rodilla, ocultando su irritación.

—Dudo que debas considerar a otra mujer como reemplazo de Clare, porque nunca podría haber otra mujer como ella.

—Tienes razón. Sé que la tienes —Sullivan se frotó la boca con la mano—. No quise que sonara como debe haber sonado. La situación tiene mi lengua hecha un nudo. Ayer visité a la señorita Hayes, y a la primera mención de Clare, apenas pude pronunciar otra palabra.

Julian gruñó en señal de simpatía. Al menos venir a Londres no parecía haber sido elección de Sullivan. Sin duda el duque estaba tirando de sus hilos una vez más.

La última vez que Julian y Sullivan habían estado juntos en Londres, habían competido por los afectos de la misma mujer. Clare Johnson había elegido con el corazón, aunque se convirtió

en condesa al casarse con el empobrecido Lord Sullivan. Julian había estado muy envidioso en ese momento, pero ¿qué sentido tenía guardar rencor ahora? Habían estado enamorados.

Sullivan lo observaba de cerca, así que Julian se encogió de hombros para alejar su infelicidad.

—¿Ya tenías a alguien en mente?

—No realmente. Todo es terriblemente incómodo. Las más ricas siempre se casarán con los de mayor título. Es difícil no saber dónde debería centrar mi atención primero, incluso si mi corazón se rebela.

Julian dejó que su mirada recorriera el atuendo de Sullivan. A juzgar por la fina calidad de sus prendas, ya había encontrado tiempo para visitar a un sastre y a un zapatero. Estaba muy bien arreglado. Las damas en busca de un título pronto estarían jadeando tras él. Podría elegir a quien quisiera.

—Estoy seguro de que encontrarás a alguien que se ajuste a tus necesidades.

—No creo que tenga prisa, pero venir a Londres apaciguará a su excelencia por un tiempo —Sullivan sonrió—. ¿Y qué hay de ti?

—¿Y yo qué? —Julian miró por la ventana, sintiendo que el corazón se le hundía hasta el suelo del carruaje. La noche anterior no había sido un éxito en cuanto a conseguir una esposa. Todo lo contrario. Tenía la peor suerte de todos cuando se trataba de mujeres.

Sullivan tamborileó los dedos sobre su rodilla. —Sabes, creo que vi un destello de interés en tus ojos en el baile de los Birch hacia cierta dama de cabello oscuro.

Se le hizo un nudo en el estómago. —No sé de qué estás hablando.

—Seguramente recuerdas lo encantadora que se veía la señorita Hayes esa noche. Apenas podías apartar los ojos de ella.

Julian miró por la ventana. —Era una amiga.

—Bueno, esas son excelentes noticias. Casi no te agrada nadie.

—En efecto —concordó Julian, haciendo una leve mueca.

Todavía estaba atónito por su repentino compromiso, aunque no debería sorprenderse. Finalmente había mostrado su verdadera naturaleza. Su familia siempre había dejado claro que querían un título para Portia, cuanto más alto mejor, y él había creído erróneamente que Portia habría tenido la fuerza para desafiarlos. Que tomaría una decisión diferente. Que se casaría por afecto en lugar de por beneficio social.

—Parecía bastante vivaz. Creo que a Clare le habría agradado su compañía.

Sullivan le sonreía, sin darse cuenta, por supuesto, de la decepción de Julian. Odiaba que una vez más se hubiera ido a casa con las manos vacías, y perdido ante alguien con un título más alto.

—Sí, me agradaba mucho —espetó Julian, y luego tomó una respiración profunda—. Más que cualquiera que haya conocido desde Clare.

Sullivan parpadeó ante la ferocidad de su tono. —Vaya, ¿hay algún entendimiento entre ustedes?

—Por supuesto que no. —Julian suspiró mientras el carruaje se acercaba a su club—. Acaba de comprometerse para casarse con Montrose. ¿Recuerdas a ese fino caballero, verdad?

—Dios mío, ¿acaso es tonta?

Negó con la cabeza. Montrose era todo lo que Portia debería detestar en un marido. Controlador y frío. Montrose amargaría cada momento de su vida. Haría que Portia fuera lo suficientemente ordinaria como para ajustarse a sus exigentes expectativas mientras él hacía lo que le placía. Ese esnob aburrido seguía las reglas sin excepciones. —No disfrutará estar casada

con él —murmuró—. ¿Entramos?

—Espera. —Sullivan levantó la mano—. No me digas que le pediste que se casara contigo y te rechazó.

—No, y me alegro de no haberme molestado. —Julian le hizo una señal al cochero para que se detuviera frente al club y bajó rápidamente. No tenía ningún deseo de hablar de Portia con Sullivan. Ciertamente no en la calle. Cualquier mujer sensata elegiría a un duque sobre un simple vizconde. Pero estaba amargamente decepcionado de que Portia no fuera la mujer valiente que había creído que era todos estos años. Había sido cegado por su propia esperanza, una tonta fantasía de que finalmente pudiera interesarse por él.

Y si no era él, había caballeros más finos en Londres que el Duque de Montrose.

Sullivan lo agarró del brazo antes de que pudieran entrar al club. —Espera. Si te gusta tanto como sospecho, ¿por qué no pediste su mano? Estoy seguro de que vi un brillo en sus ojos también.

—Definitivamente no había ningún brillo en sus ojos por mí. Por ti, quizás, y por cualquier caballero que considere apuesto. Portia Hayes me conoce desde hace tiempo suficiente como para decidir sobre mi atractivo, y nunca ha ofrecido el más mínimo aliento.

Bueno, quizás una vez... pero al día siguiente, había aceptado a Montrose, así que no contaba.

—¿Qué has hecho para conquistarla?

—Demasiado como para nombrarlo. —La había protegido, incluso de sí misma a veces. Había estado dispuesto a sangrar por ella si fuera necesario, también. Qué tonto había sido al pensar que tenía alguna oportunidad—. Necesito un trago.

Sullivan no lo soltó. —Lo que necesitas hacer es lo que me recomendaste a *mí*. ¡Sedúcela!

Julian rió amargamente. —Funcionó para ti porque Clare ya estaba enamorada y estaba siendo tonta acerca de tu falta de fortuna en ese momento. Ella no tenía padres que complacer. Ahora, no tendrás que saltar esa valla por ninguna dama nunca más. Una vez que la sociedad descubra que tus bolsillos siguen llenos hasta el borde, como supongo que deben estar, las damas se amontonarán para tenderse y ofrecerse en bandeja. Yo, por otro lado, no tendré la misma suerte.

—¿Estás diciendo que realmente estás buscando una novia?

Julian negó con la cabeza enojado. —No es asunto tuyo si lo estoy o no.

—¿Qué hay de la señorita Hayes?

Julian se calmó. *Portia*. No había nada que pudiera hacer ahora más que olvidar que existía. Lo había hecho con Clare; podía hacerlo de nuevo también. —¿Quieres beber juntos o no?

Sullivan entrecerró los ojos. —Beberemos a mi cuenta. Ya es hora de que ponga algo en ella.

—Bien. —Julian entró a zancadas en el club, inexplicablemente enojado con Sullivan sin ninguna buena razón. No era culpa de Sullivan que Clare hubiera muerto y le hubiera dejado todo su dinero. No era culpa de Sullivan que las damas prefirieran casarse con un hombre más rico de lo que Julian podría ser jamás.

A esta hora del día, se habían formado varios grupos alrededor de pequeñas mesas en el club. Encontraron un lugar apartado de los miembros más ruidosos y pidieron bebidas para ambos. A Julian no le importaba lo que bebía, pero Sullivan pidió lo mejor que el establecimiento pudiera ofrecer.

Sullivan miró alrededor mientras esperaban el regreso del lacayo. —El lugar no ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí contigo.

—El día que le propusiste matrimonio a Clare. —Julian asintió lentamente, recordando la ocasión. Aceptó una bebida del lacayo y levantó su copa—. Por tu difunta esposa.

Sullivan también levantó la suya. —Por el amor de mi vida. Que ella y nuestro hijo estén por siempre en paz.

Julian asintió, pero su estómago se retorció amargamente y sus ojos se humedecieron de nuevo. Vació su copa y pidió más para combatir la emoción. Tenía ganas de emborracharse. La primera vez en mucho tiempo que se sentía así.

—Vaya, ¿es Lord Sullivan a quien veo? —exclamó alguien de repente, y Julian gimió al reconocer la voz como perteneciente a otro viejo amigo de la escuela, Lord Grigg—. ¡Por Júpiter, sí que lo es! ¿Qué estás haciendo de vuelta en Londres, Lord Sullivan?

Sullivan se sintió atraído a ponerse de pie y se alejó unos pasos. Lord Grigg estaba en la línea de sucesión para ser duque algún día, también. Al igual que Montrose, Lord Grigg se consideraba un dios entre los hombres de menor rango. Julian permaneció sentado y bebió un segundo trago mientras Sullivan era arrastrado más lejos por Grigg para presentarle a conocidos mutuos al otro lado de la sala. Julian debería haber esperado que esto sucediera; pidió un periódico y otra ronda para pasar el tiempo.

Estaba bebiendo su cuarto trago cuando Sullivan regresó apresuradamente.

—Lo siento —murmuró Sullivan, mirando con evidente sorpresa la mesa llena de vasos. Los de Julian estaban vacíos; los de Sullivan estaban alineados en una fila ordenada—. Parece que tengo que ponerme al día.

—Siempre fuiste un diablo popular, y un bebedor lento, también —murmuró Julian sin verdadera malicia. La bebida lo había calmado lo suficiente como para poner sus pérdidas en perspectiva. Mientras siguiera respirando, aún había esperanza. Pero tendría que buscar en otra parte una esposa adecuada y olvidarse del amor—. Los futuros duques siempre están muy solicitados. Grigg no perdió tiempo en alejarte.

—La gente realmente no cambia, ¿verdad? —dijo Sullivan con el ceño fruncido hacia el otro lado de la sala. Se bebió un trago de un golpe y alcanzó otro para beber a sorbos.

Julian frunció el ceño.

—Supongo que por ese comentario serás el destinatario de una docena o más de invitaciones a compromisos privados que escandalizarán a la alta sociedad, si llegan a enterarse.

—En efecto, esa fue la sugerencia —confirmó Sullivan mientras se recostaba—. Sin embargo, solo estoy interesado en estar con mis verdaderos amigos.

¿Verdaderos amigos que no habían hablado en años? ¿Verdaderos amigos que conocían los asuntos del otro de principio a fin? Julian extrañaba esos días, pero no podía soportar compartir sus problemas.

—Podría haber mujeres hermosas allí.

—No del tipo que me interesa —Sullivan terminó su vaso y agarró el siguiente en la fila—. Además, podemos hablar de mujeres más tarde. Tengo la sensación de que esta tarde se convertirá en un día completo de animada indulgencia. Tú y yo tenemos mucho de qué ponernos al día.

Julian tomó otro sorbo de su bebida, notando que los licores realmente habían mejorado su estado de ánimo. Podía sentir una sonrisa tirando de sus labios.

—Me gustaría mucho eso.

CAPÍTULO 6



LAS AMONESTACIONES SE habían anunciado esa mañana, así que oficialmente Portia era una futura duquesa. Se anunciarían durante las próximas tres semanas, y luego, a la semana siguiente, se casaría y se celebraría una lujosa fiesta en su honor. Portia estaba segura de que tenía tiempo de sobra para conocer a su prometido antes de que se convirtieran en marido y mujer.

Revoloteaba por su habitación en un feliz aturdimiento, cogiendo cosas y volviéndolas a dejar. En realidad, no tenía muchas posesiones, sobre todo vestidos y zapatillas de noche. Antes de su presentación en sociedad, pasaba la mayor parte del tiempo con botas resistentes y vestidos prácticos. A veces echaba de menos no tener que ser tan exigente con su vestuario y su aspecto por si alguien importante, además de sus amigos más cercanos, la veía así.

Tenía que admitir que lo que más había disfrutado ese año eran los días que había pasado revisando la desordenada casa del tío Oliver con un vestido viejo que había escondido allí. La antigua casa del tío estaba sucia, llena de polvo y bastante ruinosa para cualquier cosa nueva. Así que cada vez que iba allí, se cambiaba al vestido viejo casi de inmediato y volvía a cambiarse antes de regresar a casa.

La afirmación de Lord Wade de que su tío había sido extraño, incluso para un conocido excéntrico, había dado en el clavo. El tío Oliver había vivido solo, coleccionando muchas curiosidades a lo largo de su vida. Nunca se había casado, pero había viajado mucho. Había tenido aventuras y había sido un personaje sobre el que la gente escribía. Lo único que no celebraba de su vida era que hubiera muerto solo. Debería haber tenido una familia a su alrededor.

Portia suspiró. Los remordimientos eran desagradables, y ahora ella tenía los suyos propios que preferiría no tener. Era imperativo que hablara con Lord Wade de nuevo esta noche y aclarara las cosas entre ellos.

Reflexionando, no se había comportado bien con él. Desde que lo conocía, había hablado con sinceridad, un defecto frecuente en él, y había expresado su opinión con demasiada franqueza para su comodidad. Había reaccionado de forma exagerada cuando quedó claro que no estaba contento con sus noticias. Era comprensible, pero difícil de escuchar. No le gustaba el hombre que sería su marido. Tenía derecho a expresar una opinión contraria a la suya. También lo tenían todos sus amigos.

Lord Wade había conocido a Lord Montrose durante más tiempo y desde una perspectiva muy diferente a la que ella podría tener. Pero le haría entender que lo ocurrido en el pasado no influiría en su opinión sobre él, ni sobre Lord Montrose. Seguirían siendo amigos pasara lo que pasara.

Bajó por la escalera principal y oyó el murmullo de voces bajas que llegaba desde el

despacho de su padre. Probablemente estaba reunido con su hombre de negocios, como solían hacer a esta hora del día, así que no corría el riesgo de molestarlos.

Era a su madre a quien Portia necesitaba ver inmediatamente. Llamó a la puerta del salón de la mañana, donde su madre solía estar a esta hora. La encontró examinando la revista *Ladies Monthly* y los figurines de moda del interior. —He encontrado el vestido perfecto para tu hermana. Ven a verlo —dijo su madre sin levantar la vista.

Portia se acercó y contempló un precioso diseño. Era tan bonito que se imaginó a sí misma con él puesto. —Es un poco atrevido, ¿no?

—Oh, no. ¿Tú crees?

—No me habrías dejado llevar un vestido así cuando debuté hace dos años. Habrías dicho que era demasiado revelador y te habrías negado a que me lo hicieran.

La madre levantó más la revista para ver el vestido desde otro ángulo. —Puede que tengas razón. Seguiré buscando.

Portia se sentó, echando un vistazo a los papeles que rodeaban a su madre. —¿Qué estás haciendo?

—Planeando una fiesta.

—No tienes que molestarte tanto por mí, mamá.

La madre levantó la vista momentáneamente. —Es para tu hermana. Tu padre y yo hemos decidido presentarla en sociedad este año en lugar de esperar al siguiente.

—Pero solo tiene diecisiete años.

—Diecisiete años y diez meses. Tu boda es una oportunidad para presentarla que no podemos permitirnos perder. Seguro que habrá muchos miembros importantes de la sociedad asistiendo a St. George's para la boda del duque de Montrose.

Portia quedó atónita por el comentario. —También es mi boda.

—Sí, querida. Lo sé. —Pero hizo otra anotación—. Me pregunto si se podría convencer a Lord Wade para que sea el acompañante de tu hermana en la cena de los King. Todavía no tenemos la suerte de estar invitados, pero se celebrará justo después de su presentación en la corte.

—No puedes pedirle que haga eso —advirtió Portia. No era un buen momento para pedirle nada a Wade, en realidad.

La madre le puso la mano en la manga y le dio una palmadita en el brazo. —No puedo esperar a que seas duquesa para que sea más fácil presentar a tu hermana. Por ahora, sin embargo, tantearé discretamente el interés de Lord Wade en ayudar a Lavinia la próxima vez que venga de visita. Nos ayudó enormemente en tu primera temporada.

—¿Ah, sí?

La madre asintió. —Una conexión realmente inestimable, aunque solo sea vizconde.

Portia no se había dado cuenta de que hubiera hecho nada fuera de lo común, pero si lo había hecho, no le gustaba la forma en que su madre hablaba de volver a utilizar a Lord Wade. Tendría que advertirle de lo que tramaba. —¿A qué hora debo estar lista para el baile de esta noche?

—Ah, sobre eso. No creo que debas asistir con nosotros.

—¿Pero por qué?

—Lord Montrose no estará allí, y es muy exigente con las apariencias. No conoce a nuestros anfitriones, pero tu padre y yo iremos y hablaremos de la próxima presentación de Lavinia. Ahora que pretendemos adelantar su debut, existe la posibilidad de que alguno de tus pretendientes descartados la favorezca.

Portia parpadeó y miró horrorizada a su madre. No eran "pretendientes descartados", sino sus

amigos varones. Había necesitado tiempo y perseverancia para merecer el amplio círculo de conocidos masculinos y femeninos del *ton*, y no permitiría que esas amistades se devaluaran de ese modo. El matrimonio no cambiaría nada en su círculo de amistades, salvo para aumentarlo. Lavinia haría sus propias amistades y atraería a sus propios pretendientes si se le daba la oportunidad. —Quiero ir. Le dije a Lady Young que tenía muchas ganas de estar allí. Me espera.

Su madre la miró fijamente. —Podríamos decir que tienes dolor de cabeza.

—Nunca los sufro y todo el mundo lo sabe. Pensará que la he desairado porque Montrose no fue invitado. —Portia se humedeció los labios—. Se lo prometí, y un Hayes siempre cumple su palabra.

La madre hizo una mueca. —Sí, supongo que debes ir si has dicho que lo harías, pero quizá deberías ser menos complaciente en el futuro. Deberías dejarte ver con su excelencia más a menudo que no.

—Por supuesto que pasaré tiempo con Montrose antes de que nos casemos —prometió ella. El comentario de Lord Wade anoche sobre la falta de cortejo le había estado incomodando desde el momento en que se habían separado. Lord Montrose realmente nunca había hecho nada remotamente romántico, y realmente debería tener la oportunidad de hacerlo—. ¿De qué otra manera puedo llegar a conocerlo?

La madre levantó la mirada de repente.

—Eso me recuerda. Quiere verte.

Portia sonrió y miró la hora. ¿Habría enviado una nota para llevarla a pasear en su carruaje esa tarde, o quizás en un faetón alto? Había estado ansiosa por sentarse a su lado mientras paseaban por Hyde Park.

—¿Cuándo?

La madre miró hacia la repisa donde había un pequeño reloj al otro lado de la habitación y entrecerró los ojos.

—A las dos en punto en el salón.

Eso era demasiado temprano.

—¿Estás segura de que no quisiste decir a las cuatro o tal vez a las cinco?

—No hay nada malo con mi oído, jovencita. Montrose está en la biblioteca con tu padre ahora, revisando el contrato matrimonial. Espero que regrese más tarde en el día para llevarte a pasear por el parque para que todos puedan verlos juntos si tiene tiempo.

Portia no se había dado cuenta de que su prometido estaba en la casa, pero estaba emocionada de verlo.

—Espero que lo sugiera. Me pondré mi nuevo vestido de paseo con los botones dorados.

—Perfecto —acordó su madre.

Portia se puso de pie de un salto y corrió hacia un espejo. Si iba a ver a su prometido ahora, era mejor asegurarse de que se viera lo mejor posible.

—Te ves encantadora —murmuró su madre sin levantar la vista. La madre volvió a sus papeles y a planear el repentino debut de Lavinia. Portia alisó algunos mechones sueltos de su cabello y sonrió. Viendo que aún le quedaban unos minutos, Portia se deslizó hacia el pasillo. La madre nunca la llamó de vuelta. Estaba demasiado concentrada en su trabajo.

Se movió hacia la puerta cerrada de la biblioteca donde su padre y Lord Montrose se estaban reuniendo, esperando que su presencia pareciera inocente si alguien la veía merodeando en el pasillo. Se moría por saber de qué estaban hablando ahora. Se le había asegurado que los contratos matrimoniales y los acuerdos ya habían sido redactados, muy favorablemente para Portia. No había nada de lo que su padre y Lord Montrose debieran estar hablando que no

pudiera incluirla a ella.

Se acercó sigilosamente a la puerta y sus ojos se abrieron lentamente ante lo que escuchó.

El padre estaba hablando sobre el debut de Lavinia, y Montrose estaba tratando de disuadirlo.

—Seguramente un año más no hará ninguna diferencia —se quejó Lord Montrose.

—Mi esposa insiste en que no podría haber un mejor momento para presentarla en sociedad que ahora, especialmente con la boda por venir —explicó el padre al duque—. Aprenderás que por el bien de la paz, las esposas requieren una considerable libertad para organizar tales diversiones. Estoy seguro de que no puedes objetar. Debe hacerse ahora mismo para asegurar que ella pueda casarse igual de bien.

Hubo un silencio muy largo antes de que Lord Montrose hablara de nuevo.

—Muy bien, si es solo para complacer a tu señora. Puedo esperar a que se completen las amonestaciones. Pídele que no se demore demasiado en hacer sus preparativos finales para la boda. Me gustaría ver a Portia ahora.

—Sí, por supuesto. Lamento no haber podido complacerte en el otro asunto. Está completamente fuera de mis manos. El testamento fue muy específico.

Portia frunció el ceño. *¿De qué testamento estaban hablando?*

Las sillas dentro se arrastraron por el suelo, y Portia se quedó clavada en el sitio mientras Lord Montrose hablaba de nuevo.

—Supongo que debo sacar el mejor partido del retraso. Completaré mis asuntos antes de la boda, en lugar de después.

Cuando los pasos de las botas se dirigieron hacia ella, Portia se escabulló hacia la sala de estar tan silenciosamente como pudo. La madre todavía estaba absorta en los planes para el debut de Lavinia.

Sin embargo, la madre levantó la vista y examinó a Portia de pies a cabeza.

—Oh, ya volviste. Justo a tiempo. Lord Montrose enfatizó la puntualidad por encima de todo el otro día.

El día en que Portia había aceptado al Duque de Montrose como su esposo no había incluido mención de la puntualidad. No había dicho mucho en absoluto, así que Portia podía recordar cada palabra.

—¿Cuándo dijo eso?

—Oh, cuando estuvo aquí. El lunes pasado.

Portia se acercó a ella.

—Madre, estás equivocada. Lord Montrose propuso el viernes.

—Pero vino a hablar con tu padre y conmigo varios días antes de eso. Estaba muy entusiasmado.

Lord Montrose había llegado a Londres hace una semana, un domingo. Debe haber venido a ver a sus padres al día siguiente. Lord Wade había tenido razón sobre su prisa, al parecer.

—Deberías haberme dicho que vino. ¿De qué más hablaron?

—Oh, de muchas cosas. Juro que no dije nada que pudiera causarte dificultades. Insistí en que estabas lista para casarte, preparada para los deberes de una esposa y muy capaz de manejar un gran hogar. No quería estropear la sorpresa de su propuesta para ti. Ha estado planeando casarse desde hace algún tiempo.

En el momento de su propuesta, Portia no había cuestionado qué había llevado a Lord Montrose a ese punto. Sus padres habían sido rápidos en animar su acuerdo ese día. Ya habían decidido aceptar a Lord Montrose en la familia. No había sido una sorpresa para ellos, como lo había sido para Portia.

Portia siguió a su madre al salón y se paró donde le indicaron, junto a su madre justo cuando el reloj dio la hora.

Hubo un golpe inmediatamente después de que murieron las campanadas del reloj, y el mayordomo escoltó a Lord Montrose solo.

—Buenos días, señora Hayes. Señorita Hayes.

Lord Montrose sacó un ramo de rosas de detrás de su espalda y se las entregó, no a Portia, sino a su madre sonrojada.

—Oh, son preciosas —exclamó la madre mientras hundía la nariz para inhalar el aroma empalagosamente dulce de los capullos—. No tenía que haberse molestado tanto por mí, su gracia, pero se lo agradezco.

—Es un placer —Montrose asintió y se volvió hacia Portia—. Te ves encantadora hoy.

No había flores para Portia, así que hizo una reverencia y tomó asiento en el canapé junto a su madre.

Lord Montrose tomó la silla opuesta, sentándose hacia adelante con las manos juntas.

—Confío en que gozan de buena salud.

—Oh, sí, ambas gozamos de excelente salud como siempre, su gracia —le dijo la madre rápidamente.

Una pequeña sonrisa cruzó sus labios mientras se volvía más completamente hacia Portia.

—¿Y su hermana, señorita Hayes?

—Ella también está bien —prometió Portia, mirándolo con curiosidad. ¿Por qué Montrose la había elegido a ella de entre todas las demás damas para casarse? ¿Era solo porque había tan pocas herederas entre las que elegir, como afirmaba Lord Wade? No quería que eso fuera cierto—. ¿Pasó una agradable velada anoche?

—En efecto. Fui a mi club como de costumbre y me reuní con amigos allí.

—Es usted miembro del Club Boodles, ¿no es así?

—Por supuesto.

Portia esperó que dijera algo más, pero Lord Montrose apretó los labios. No podía preguntar directamente a quién había encontrado allí, pues los clubes de caballeros eran terriblemente secretos, pero sentía mucha curiosidad por lo que ocurría en ellos. Portia miró rápidamente a su madre en busca de ayuda para continuar la conversación.

Su madre intervino con suavidad para salvar la situación.

—Le echamos de menos en el baile de anoche. El evento de los Daventry estuvo muy animado.

—Me alegra que lo hayan disfrutado —dijo él, mirando rápidamente a Portia—. ¿Bailó usted?

—Así es —sonrió ella—. Disfruto mucho de las diversiones de la temporada.

—Incluso con Lord Daventry, lo cual fue toda una sorpresa —comentó su madre con una amplia sonrisa.

—¿Y usted lo permitió? —Lord Montrose parecía horrorizado—. ¿Dónde estaba su esposa?

—Estaba allí —aseguró Portia, mirando al Duque de Montrose con consternación—. Lady Daventry no puede bailar con facilidad, así que observa a su marido bailar desde un lado. Él le cuenta cada palabra de sus conversaciones más tarde para entretenerla.

Lord Montrose se echó hacia atrás, sin parecer nada complacido.

—Aunque sea prudente que desconfíe un poco del sinvergüenza con quien se casó, no estoy de acuerdo en que deba repetir sus conversaciones. No, no lo estoy.

—Lord Daventry se comportó como un perfecto caballero —protestó Portia en defensa del

conde—. Sospecho que es un gran entretenimiento entre ellos. Es obvio que está dedicado a su dama. Ella parecía perfectamente contenta con su acuerdo.

—¿Acuerdo?

—Lord Daventry disfruta bailando, y disfrutó de varios bailes esa noche. La mirada en sus ojos hacia su esposa y la pasión de su reencuentro entre los bailes era totalmente sincera. Realmente la ama.

Lord Montrose retrocedió con un jadeo.

—No debería hablar de tales cosas.

Portia frunció el ceño.

—¿Por qué no? Ninguno de los dos oculta sus sentimientos a la sociedad.

—Bueno, yo por mi parte no quisiera que nadie discutiera nuestra unión de manera tan descuidada en el futuro —los ojos de Lord Montrose se estrecharon ligeramente al mirarla—. ¿Con quién más bailó?

Portia también entrecerró los ojos. No iba a dar cuenta de cada una de sus acciones cuando él no estaba presente, a menos que él compartiera más detalles sobre las suyas. Además, no había hecho nada fuera de lo común esa noche, excepto discutir con Lord Wade.

—Amigos.

Su expresión se endureció, y luego miró su reloj de bolsillo.

—Discutiremos este asunto en otra ocasión. Me temo que debo irme.

¿Acaso pensaba que podía simplemente aparecer, exigir respuestas a unas pocas preguntas y marcharse apresuradamente? No se ganaría su afecto de esa manera. A ella le gustaba la gente. Le gustaba bailar, reír y disfrutar de las diversiones de Londres.

—Por favor, no se vaya todavía.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Soy un hombre ocupado, señorita Hayes. Volveré mañana.

Portia se puso de pie cuando él se levantó, con el corazón hundido. Lord Montrose no era un romántico.

—Gracias por su visita, su excelencia.

—Ha sido un placer, señorita Hayes —murmuró él—. Señora Hayes.

Cuando se marchó, Portia pidió té y se dejó caer en la silla más cercana. Deseaba desesperadamente quitarse el mal sabor de boca que le había dejado ese encuentro y deshacerse de la incertidumbre que le revolvía el estómago. ¿Sería así la vida matrimonial con él? Esperaba que no.

—Harán una excelente pareja —prometió su madre, asintiendo con aprobación.

Miró a su madre, molesta porque no veía nada malo en esa breve reunión. ¿Dónde estaba su cortejo, las flores y una invitación para dar un paseo con él esa tarde?

El abandono no era en absoluto lo que había esperado. Al menos no tan pronto. Muchas parejas vivían una vida en gran medida separada de sus cónyuges más adelante en el matrimonio. Era la costumbre de la aristocracia que los lores y las damas persiguieran sus propios intereses eventualmente. Pero solo después de que la esposa hubiera producido un heredero y un repuesto para la continuación de la familia.

Lanzó una mirada suspicaz a su madre, notando su sonrisa serena. Sus padres ya no pasaban tiempo juntos. Su padre estaba demasiado preocupado por adular a cualquiera que pudiera aumentar su influencia. Su madre estaba muy involucrada en hacer amistades en los lugares correctos por el bien de las perspectivas matrimoniales de sus hijas.

Era la forma del mundo, desafortunadamente.

De repente, Portia no quería que el mundo fuera así para *ella*. Ciertamente esperaba poder enamorarse de su marido, y que él también se enamorara de ella.

Asintió para sí misma, decidiendo al instante lo que debía hacer.

Se ganaría su afecto siendo la dama más graciosa, conocedora y amable que jamás se hubiera convertido en duquesa. Haría que él ansiara su compañía y conversación. Las cosas serían muy diferentes la próxima vez que se encontraran.

Sirvió una taza de té a su padre cuando este se unió a ellas repentinamente.

Su padre dio un sorbo con un suspiro y se recostó.

—Bueno, eso lo resuelve.

—¿Resuelve qué?

Su padre asintió.

—No quiere la casa de Oliver después de todo, así que voy a arrendarla.

—¡¿Qué?! —gritaron su madre y Portia al unísono.

Su padre se encogió.

—Preferiría que la vendiera, pero es parte de su dote y está legada a su hijo nonato. Sin embargo, Montrose está de acuerdo en que podemos obtener un beneficio del arriendo durante unas semanas, y luego su administrador se hará cargo de los ingresos y la gestión del lugar.

Portia observó la expresión de suficiencia de su padre y se enfureció en silencio. La casa y los ingresos de la finca de su tío eran un regalo, la razón por la que la familia tenía dinero de sobra para una estancia prolongada en Londres.

—No puede arrendar mi casa.

—Será la casa de tu hijo, no tuya —le recordó rápidamente—. Lord Montrose ha sido informado de la naturaleza inquebrantable del testamento de tu tío. Fue una tontería de Oliver ser tan exigente. Nadie ha querido vivir nunca en su casa excepto él.

—¡Yo siempre he querido vivir allí! —exclamó Portia—. Se suponía que iba a ser mía. Debería tener voz sobre lo que se va a hacer con ella.

Su padre hizo una mueca y luego miró a la madre de Portia.

—Sobre la boda. Está muy interesado en adelantar la fecha de la boda. ¿Hay alguna manera de hacerlo sin dificultad?

—No podemos casarnos antes de que se completen las amonestaciones —argumentó Portia.

—Oh, no —exclamó su madre.

—Insinuó que podría conseguir una licencia especial.

—¿Qué hay de mis planes para Lavinia? No hay tiempo para hacer todo lo que quiero si la boda ocurre demasiado pronto.

Portia se recostó. ¿Una propuesta repentina y ahora una fecha de boda apresurada? ¿Acaso Montrose quería que la sociedad pensara que había una razón desagradable para casarse con ella?

—¿Por qué sugeriría tal cosa ahora?

Su padre apartó la mirada.

—Es un hombre ocupado e insiste en que debe regresar pronto a su finca.

Portia y su madre intercambiaron una mirada, y fue la madre quien apartó la vista primero. Por esa expresión de culpabilidad que se formaba en el rostro de su madre, Portia se dio cuenta de que ella había sabido que los deseos de Lord Montrose se oponían a los suyos de tener una celebración de boda apropiada. —¿Hay alguien en esta casa dispuesto a celebrar mi matrimonio, o solo desean deshacerse de mí lo antes posible para que Lavinia pueda ser el centro de atención?

—Hija, cálmate —espetó la madre—. Déjame pensar.

—Siempre has sido especial para nosotros —prometió el padre, mirando a su esposa en

busca de respuestas.

—¿Es así? Primero intentan mantenerme en casa, lejos de mis amigos, y ahora quieren apresurarme al altar.

—Él es muy insistente, también —el padre se encogió de hombros—. Ya llevas *dos* temporadas.

—¡Eso no es nada largo! —exclamó mientras se ponía de pie de golpe—. Apresurarse al altar ahora después de decirle a todos que esperaremos a que se lean las amonestaciones parecerá sospechoso. Después de todo lo que madre ha dicho sobre los preparativos para el desayuno de bodas, la gente se preguntará si hay alguna razón por la que deba casarme con tanta prisa. Ciertamente no la hay.

—Tu mejor amiga se casó con prisa. Todo el mundo lo aceptó, y él solo era un conde.

—Anna se casó porque temía que su vida pudiera estar en peligro. Seguramente ambos se dan cuenta ahora de lo cerca del peligro que estuvo Anna, ¿no? Lady Scott era su mentora, su confidente, y estaba completamente trastornada. Yo también estaba en peligro, ¿lo saben?

El padre se levantó ahora, con las manos suplicándole que se calmara. —Él simplemente no quiere que se haga un alboroto —comenzó el padre—. Eso no significa que estemos de acuerdo con él. La boda se llevará a cabo como se planeó y prometió. Justo como tú quieres.

—Más les vale —advirtió ella—. No permitiré que ninguno de ustedes tome más decisiones sobre mi futuro sin al menos advertirme. No soy una niña, y es mi vida la que están decidiendo.

El padre le tendió una mano. —Ahora no te alteres por este pequeño incidente y te pongas difícil. Nos mantendremos firmes. Tu madre ya ha comenzado a hacer arreglos para tu hermana también, que no pueden cambiarse sin afectar sus posibilidades de hacer un buen matrimonio.

Portia miró a su padre con sospecha. —Dime que no han comenzado ya las negociaciones con un caballero interesado en Lavinia.

—No, no —le aseguró el padre—. Pero ya hay un interés considerable, creo.

—¿De parte de quién?

—No avergonzaré a nadie mencionando nombres aquí hoy, pero diré que nos han visitado en varias ocasiones. Creo que sería un matrimonio espléndido si se pudiera lograr.

Portia consideró a los caballeros que los habían visitado esta temporada. Ninguno sería adecuado para su hermana, ciertamente ninguno de los que habían perseguido a Portia por su dote. Estaría vigilante y se aseguraría de que Lavinia no fuera forzada a un matrimonio que no deseara.

CAPÍTULO 7



JULIAN DESAYUNABA EN el salón matutino del Club White's una vez por semana como de costumbre. Había sido miembro toda su vida, pero desafortunadamente no podía permitirse esa indulgencia con más frecuencia, dado el déficit de sus ingresos. Sorbía su café, comía jamón con huevos y estudiaba las noticias en el periódico de la mañana, solo en su rincón favorito de la sala, conforme con que la cuenta llegaría después.

Había pasado unos días tranquilos a solas, evitando la sociedad, particularmente a Sullivan y a Portia. Había declinado a último momento dos eventos a los que ya había prometido asistir, simplemente porque no podía soportar enfrentarlos de nuevo. Se había mantenido en su casa, en su nuevo y espartano estudio, y había compilado una lista de las mujeres solteras que conocía que poseían una dote suficiente para sus modestas necesidades. Resultó ser una lista bastante larga, en realidad, pero encontró defectos en casi todas las mujeres por una razón u otra.

Un cazafortunas no podía ser exigente, pero descubrió que tenía conciencia. Sabía de hombres que habían seducido a herederas y luego apenas les volvían a hablar. Él también podría hacer eso, suponía, pero quizás no se gustaría mucho a sí mismo si lo hiciera. Así que eliminó los nombres de las mujeres que miraban por encima del hombro a los menos afortunados, la que ya le hacía rechinar los dientes, y las damas que sospechaba que ya estaban siendo cortejadas por otros hombres, incluso si ellas no lo sabían.

La lista se había reducido a dos nombres. Después de la cena la noche anterior —un breve asunto de sopa aguada, pan y queso— su tía había mencionado de pasada escándalos que él no había oído. Una de sus opciones se había fugado repentinamente a Gretna Green con un lacayo empleado por su padre, y la otra había sido encontrada en una posición comprometedora en la cama de una dama mayor.

Julian había regresado a sus aposentos y, antes de acostarse, había raspado la página para borrar todas las marcas y la había devuelto al cajón de su escritorio. Obviamente necesitaba conocer a alguien nuevo para tener alguna esperanza de casarse.

Después de una hora sentado solo en su rincón, los miembros comenzaron a entrar, listos para discutir los eventos de las diversiones de la noche anterior y planear los siguientes. Un par de buenos amigos entraron, discutiendo acaloradamente.

—Ahí tienes, satisfecho —dijo Lord Stephens mientras dejaba caer un puñado de monedas en la mano extendida de otro miembro con un tintineo audible—. Ganas esta ronda.

—En efecto —cantó Lord James mientras tachaba algo en el libro de apuestas del club—. ¿Cuándo aprenderás que tengo más sentido que tú?

Lord Stephens refunfuñó y pidió cerveza.

—Ah, ahí estás por fin, Wade. Y veo que otra apuesta en el libro de apuestas ha sido

completada —murmuró Sullivan mientras se dejaba caer en la silla junto a Julian—. ¿De qué se trataba esa?

—No tengo ni idea —le dijo Julian, sin el menor interés. Sin dinero de sobra, las apuestas habían perdido su atractivo.

—No sabía que estarías aquí a esta hora. He estado tratando de reunirme contigo durante días. Primero fui a tu casa, pero tu tía dijo que ya te habías ido hace rato. Gracias al cielo que siempre vienes aquí a desayunar los martes.

Julian ocultó una mueca. Había esperado que Sullivan no tuviera motivos para llamar a su casa. El desayuno solo se servía a su tía en casa, y la mayoría de los días Julian prescindía de él. —Solo estoy tomando un bocado antes de hacer las rondas de obligación social.

Los ojos de Sullivan lo recorrieron de pies a cabeza, apareciendo lentamente un ceño fruncido. —Noté que hiciste algunos cambios en casa.

Asintió con cuidado, preguntándose qué diría Sullivan o qué habría concluido sobre los cambios que había hecho, pero por lo demás no dio respuesta.

—Creo que yo también haré eso, mover mi estudio al frente de la casa. Puedo ver los beneficios de ver el desfile que pasa desde mi sillón favorito. —Sullivan entrecerró los ojos mirando al otro lado de la sala—. Entonces, ¿todavía está ahí?

—¿Está qué dónde?

Inclinó la cabeza hacia el otro lado de la sala. —Esa vieja apuesta en el libro de apuestas.

Julian dejó escapar un suave suspiro, agradecido de que el tema de su reorganización hubiera sido confundido con otra cosa. Miró por encima del hombro hacia el libro de apuestas que Sullivan estaba mirando ahora.

La primera vez que Sullivan había venido al club, había leído cada apuesta en el libro de apuestas. Una en particular le había interesado. —Oh, no tengo ni idea. Dejé de prestar atención cuando te fuiste de Londres.

Había dejado de hacer muchas cosas cuando Sullivan se casó con Clare. La mayoría de ellas costaban dinero.

—¡Pero te encantaba leer las apuestas conmigo! Vamos a mirar hoy —decidió Sullivan. Sullivan se puso de pie de un salto y se apresuró hacia el libro de apuestas antes de que Julian pudiera disuadirlo de perder el tiempo. Las apuestas eran frecuentes en el club, y había pasado bastante tiempo. Podría ser imposible encontrar la apuesta de la que estaba hablando ahora.

Julian se demoró unos momentos más con su segundo plato de comida, engullendo lo último del jamón y bebiendo rápidamente el café sorprendentemente amargo antes de seguirlo a regañadientes.

Sullivan sonrió. —Encontré la última apuesta de Lord Stephens. *Lord J apostó a Lord S que Lord M advertiría a Lord S que se alejara de la señorita H.*

Miró fijamente la inscripción y suspiró profundamente al entenderla. Había comenzado. —Lord James debe haber apostado a Lord Stephens que Lord Montrose le advertiría que se alejara de —Julian tragó el nudo en su garganta—, de Portia Hayes. No es nada si no es predecible.

—Siempre fue un bastardo egoísta y celoso.

—Cierto. —A Portia generalmente le gustaba bailar con Lord Stephens, también. Se preguntó brevemente si Portia ya sabía lo que Montrose había hecho.

—Nunca he conocido a un bastardo más infeliz en todos mis años. Siempre podía drenar la alegría de cualquier día. —Sullivan comenzó a hojear las páginas del libro de apuestas actual para llegar al principio.

—Probablemente querrás un libro más antiguo —advirtió Julian mientras bajaba ediciones

más viejas de la estantería hasta que encontró la correcta—. Ahí. Todavía está pendiente.

—*Lord W apuesta al Sr. Q cincuenta libras a que la posesión más preciada de Lord M reaparecerá durante la cena.* No puedo creer que todavía esté pendiente después de tanto tiempo.

Julian se rió entre dientes. —Esa cena definitivamente ya terminó, así que estoy seguro de que esa apuesta debería ser tachada a estas alturas.

—Las apuestas nunca caducan. Y aún quiero saber de qué se trataba la apuesta y quién la hizo —declaró Sullivan, girándose para escanear la sala con expresión esperanzada.

—Quizás nunca lo sepamos. —Sin pensarlo demasiado, Julian levantó el libro más nuevo para que pudieran revisar juntos las apuestas más recientes hechas en el club. Julian dejó que su mirada se deslizara por el último par de entradas, notando que los hábitos de apuesta temerarios de sus compañeros no habían cambiado en absoluto. Apostar grandes sumas de dinero sobre cuántas veces estornudaría otro caballero durante la cena era una locura.

Su atención se detuvo en una apuesta reciente, de hace un mes, y luego miró el libro más antiguo. Lo había dejado abierto en la página que habían estado mirando antes. Su corazón se aceleró mientras estudiaba ambos. —¿Te parece que esta caligrafía es similar?

Julian colocó los dos libros de contabilidad uno al lado del otro mientras él y Sullivan los comparaban. —¡Por Júpiter, creo que puede ser la misma caligrafía! ¿Quién escribió esta más reciente?

—*Lord W apostó a Lord B diez libras a que Lady W se escapará con un hombre más joven.*

La sonrisa de Julian se fue ensanchando cuanto más consideraba la apuesta. Hace un mes, podría haber parecido que se escabullía con una mujer casada, no para seducirla, sino para detener una seducción en curso. Qué afortunado que la apuesta se hubiera centrado en la persona equivocada esa noche. Estaba tachada, y más adelante, otra apuesta con la misma caligrafía se había hecho ayer mismo involucrando nuevamente a Lady W.

La mayoría del *ton* permanecía en cama a esta hora, recuperándose de las diversiones de la noche anterior. Se rio al darse cuenta de que podría desempeñar un papel en la apuesta. —Realmente debería leer estas apuestas más a menudo antes de salir.

—¿Quién es Lady W?

—Lady Windermere —explicó Julian—. Esme.

—Ah, claro. Por supuesto. Adiós a su fidelidad. —Sullivan sacudió la cabeza en evidente desaprobación—. Así que Windermere podría haber sido quien hizo una apuesta con el Sr. Q hace años. Me pregunto por qué nunca la terminaron.

Julian se rascó la cabeza. —No recuerdo ningún conocido mutuo cuyo nombre empiece con Q.

—Bueno, tenemos que averiguar cuál era el objeto. Vamos a preguntar —declaró Sullivan, tirando del brazo de Julian.

Intrigado, Julian se dejó empujar al carruaje de Sullivan. Experimentó una punzada de envidia por el cómodo entorno en el que se encontraba. Los coches de alquiler eran convenientes y baratos, pero el viaje podía ser condenadamente incómodo a veces. El carruaje de Sullivan olía fresco y limpio, y los cojines eran profundamente cómodos.

—¿Dónde vive Lord Windermere? —preguntó.

—Portman Square —le gritó Julian al cochero—. ¿Te das cuenta de que Windermere podría no recordar una apuesta tan antigua?

—Tiene que recordarla. Se lo recordaremos. Tengo una excelente memoria.

El entusiasmo de Sullivan podía ser contagioso, y no pasó mucho tiempo antes de que

estuvieran parados en el vestíbulo de Lord Windermere, esperando ser recibidos.

—Lord Windermere los recibirá ahora.

Entraron en una gran habitación que apestaba a dinero y tendencias librescas. Julian estaba impresionado. Rara vez envidiaba a sus conocidos, pero hoy sí lo hacía. Windermere dejó su libro a un lado y les hizo un gesto para que tomaran asiento. —¿Qué sorpresa inesperada?

—Estábamos en el club, revisando los libros de apuestas, y luego vimos una de las tuyas —le dijo Julian.

Windermere hizo una mueca cuando sus ojos se encontraron. —Estás enojado por lo del mes pasado, ¿verdad? Essie me aseguró que no te importaría.

—Por supuesto que no estoy molesto. Tu esposa es muy hermosa.

—No te hagas ideas —advirtió Windermere, cambiando repentinamente a un marido posesivo en un abrir y cerrar de ojos.

Julian se rio abiertamente ante la expresión hostil de Windermere. —Ella no me aceptaría, y yo ni soñaría con pedírselo.

—Bien. —Las plumas de Windermere se asentaron y señaló las sillas—. ¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros, esta mañana?

—Esperábamos que pudieras ayudarnos a resolver un misterio. Durante años, notamos que una apuesta en el libro de apuestas de White's permanece incompleta. Una que creemos que tú iniciaste.

Sullivan recitó la entrada con precisión hasta que Windermere comenzó a sonreír.

Julian se inclinó hacia adelante. —¿La recuerdas?

—En efecto, la recuerdo. La escribí con gran placer.

Sullivan se frotó las manos, inclinándose ansiosamente. —La apuesta sigue incompleta. ¿Puedes decirnos por qué?

Windermere suspiró. —El objeto en cuestión se perdió.

—¡Perdido! ¡No!

Julian también se inclinó hacia adelante. —¿Qué era el objeto, si no te importa decirnos? Sullivan aquí nunca deja de hablar de ello, y yo desesperadamente necesito algo de paz.

Una expresión de diversión cruzó el rostro de Windermere. —Un falo.

—¿Un qué?

—Un joven conocido mío posó para que su miembro erecto fuera inmortalizado en madera tallada. Presumió de ello una noche cuando estábamos todos bebiendo juntos. Afirmaba que lo usaba con sus amantes, y que estaban enormemente satisfechas de tenerlo en dos lugares a la vez. O dos en uno. Ninguno de nosotros creímos ninguna de sus afirmaciones descabelladas. Los jóvenes a menudo exageran sobre sus amantes y sus proezas en la cama. Así que fue *adquirido* con el interés de callarlo. Era un joven jactancioso, vanidoso y bastante lleno de sí mismo. El plan era servirlo a sus estimados invitados a cenar la noche siguiente. Nunca llegamos a saborear su reacción.

—¿Cómo se perdió?

—Mi cómplice falleció repentinamente mientras dormía. Nunca descubrí qué pasó con el objeto, así que no pude ganar ni completar la apuesta. Difícilmente podía explicar a la familia de mi difunto amigo lo que estaba buscando, dado lo que era, ¿no?

—Eso habría sido realmente incómodo. ¿Quién era Q? —preguntó Sullivan, completamente absorto en la historia.

—Oliver Quigley.

El vello de la nuca de Julian se erizó. El tío de Portia, el Sr. Oliver Quigley, había muerto

repentinamente mientras dormía, y ahora que lo pensaba, también podría haber sido amigo de Lord Windermere en algún momento. —Vaya.

—¿Lo recuerdas, Wade? Creo que estaba bastante interesado en tu tía por un tiempo.

Oliver Quigley había sido un entusiasta de las mujeres y los escándalos, según su correspondencia. La tía había dicho algo similar. Julian había leído más sobre las travesuras de ese tipo de lo que debería repetir jamás a nadie. —¿Describir el falo?

Windermere parpadeó. —Le ruego me disculpe.

—¿De qué estaba hecho?

—De nogal. Personalmente, siempre he encontrado que mis amantes prefieren el tacto del mármol.

—Nogal...

Hace un mes, Julian había estado en la casa de Oliver Quigley. Durante el período en que una asesina merodeaba por los salones de baile de Londres, Portia había huido de la protección de sus padres. Una decisión ridícula dado que no tenían idea de quién era la asesina. Él la había seguido allí temprano una mañana y se había quedado con ella unos días, aunque ella había protestado diciendo que su protección era innecesaria. La tía Lenthall y su hermano también habían estado allí y habían actuado como carabinas, así que no había habido ninguna impropiedad en absoluto.

Casi le había parecido unas vacaciones.

Julian había tenido tiempo de sobra para explorar la propiedad de arriba a abajo, y husmear un poco también en algunas de las habitaciones. Especialmente en la que él había dormido. Había habido un falo de nogal en la alcoba del tío de Portia, si recordaba correctamente. Había tenido que esconderlo rápidamente de Portia cuando ella entró de repente en la habitación para asegurarse de que estaría cómodo para dormir esa noche. Había pensado deshacerse de él más tarde, cuando no lo observaran, y ahorrarle a ella o a su madre la vergüenza de verlo. Sin embargo, se había olvidado de él hasta ahora. Aún podría estar allí, escondido bajo una pila de viejas cartas de amor en una caja. Listo para ser quemado... a menos que la casa hubiera sido vaciada.

Pero si pudiera recuperarlo, quizás podría ayudar a Windermere a ganar la apuesta.

Levantó la mirada hacia el conde y consideró si decir algo.

Lord Windermere lo observaba atentamente. —¿En qué estás pensando, Wade?

—¿Y si pudiera encontrarse, milord? Si le ayudo a localizar el objeto, ¿estaría dispuesto a ayudarme también?

—Sí, supongo que podría ofrecer una recompensa, pero solo si es el artículo genuino. Desafortunadamente para mí, lo he visto, así que ninguna copia falsificada será suficiente. — Lord Windermere sonrió lentamente—. Lord Wilmot organizará pronto una cena, y el dueño del objeto ha regresado a la ciudad. Seguramente estará allí. Si lo descubres y me lo traes, te daré el monto apostado allí mismo.

Julian había estado pensando más en obtener la ayuda de Windermere para vender el arrendamiento de la casa de la ciudad, pero el dinero era definitivamente un atractivo para llevar a cabo la apuesta también. Desafortunadamente, tendría que usar la llave de repuesto escondida para colarse en la casa del tío de Portia y poner sus manos sobre él. No había forma de que pudiera pedir permiso. Tal vez antes de su compromiso, pero no ahora. No cuando había una posibilidad de que ella corriera a contarle a Montrose lo que él quería de la casa, y lo que se haría con ello, también. No sabía cuán cercanos se habían vuelto, pero Montrose no tenía absolutamente ningún sentido del humor. —Veré qué puedo hacer.

—El doble.

—¿Qué?

A juzgar por la forma en que Windermere asintió, sabía perfectamente que Julian podría conseguirlo si lo intentaba. —Te daré el doble de la apuesta solo por ver cómo el rostro de ese presumido engreído pierde el color.

Julian se mordió el labio. Considerando el asunto cuidadosamente.

Sabía cómo entrar en la casa de Oliver sin ser detectado. Había tenido que hacerlo, en su momento. Puede que Portia aún no le hubiera dado la llave a su futuro esposo ni vaciado el lugar, destruyendo lo que él buscaba. Quizás no haría daño al menos pasar por la propiedad de Soho Square y determinar si ya estaba vacía antes de hacer cualquier tipo de compromiso. Si encontraba la casa aún desordenada, entonces podría considerar preguntar o ir por la parte de atrás y buscar la llave.

Estaría robando. En cierto modo.

Y le pagarían por hacerlo.

Sus mejillas se acalararon, y sacudió la cabeza. No, no podía tomar nada que no le perteneciera, especialmente porque ya no hablaba con Portia.

—Deberíamos irnos. —Julian se puso de pie y extendió su mano hacia Windermere, listo para partir sin comprometerse. Windermere podría terminar decepcionado de él, pero no era como si el conde hubiera imaginado alguna vez tener el objeto en sus manos de nuevo.

Tan pronto como sus manos se conectaron, Julian sintió la presión de un papel cortándole la palma.

Windermere le guiñó un ojo. —Por esa apuesta. Tu parte. Es justo; interpretaste tu papel mejor de lo que soñamos.

—Gracias —murmuró en voz baja, perturbado por ser pagado por cuidar de sus amigos. Este era dinero que no merecía. Pero incluso mientras consideraba devolverlo, se dio cuenta de que esta pequeña cantidad sería una bendición para sus finanzas en este momento.

Sullivan seguramente querría disfrutar de las diversiones de Londres, y Julian preferiría pagar su parte cuando pudiera. —Dale mis mejores deseos a tu esposa —murmuró—. Dile que siempre estoy a su servicio.

En las escaleras, Sullivan se volvió hacia él. —Tienes bastante descaro, engañándolo así. ¿Dónde imaginabas que podrías encontrar un falo de nogal? Nadie puede tallar tan rápido, y recuerda que debe coincidir con el recuerdo de Lord Windermere. ¿Notaste que nunca dijo a quién pertenecía? Me pregunto qué lo hace tan memorable.

Julian se estremeció y metió las manos en el bolsillo, ocultando el dinero que le habían dado. Sería mejor si Sullivan no supiera nada del roce de Julian con la tentación. —No tengo idea.

CAPÍTULO 8



PORTIA LLEVABA UNA hora en la velada de los Sanderson cuando finalmente vio a lord Wade apoyado en la chimenea al otro lado del salón. No podía estar más feliz de verlo. Habían pasado unos días desde su terrible conversación, y lo había echado de menos. Desafortunadamente, parecía haber declinado inesperadamente algunas invitaciones esta semana. No era propio de él ser tan difícil de encontrar.

Si no lo hubiera visto esta noche, Portia estaba lista para visitarlo en su casa, algo escandaloso para cualquier dama soltera, solo para averiguar si estaba enfermo o no. Pero parecía más o menos el mismo de siempre: su cabello negro demasiado largo para su gusto, su piel perpetuamente pálida en sus mejillas delgadas.

Dio un paso en su dirección, pero de repente una figura alta se interpuso directamente en su camino, bloqueándola por completo.

Portia miró hacia arriba con fastidio, y sus ojos chocaron con la mirada acerada de lord Montrose.

Parpadeó sorprendida al verlo aquí, y rápidamente hizo una reverencia. —Su excelencia —murmuró asombrada.

—Señorita Hayes. Señora Hayes —murmuró él después de una inclinación con un rápido asentimiento hacia donde su madre permanecía como carabina—. Me alegro de haberla encontrado finalmente en este tumulto infernal.

Ella frunció el ceño. ¿Cómo había conseguido su prometido una invitación de última hora para este baile? Estaba segura de que tenía otros compromisos para esta noche. Lo estudió y notó cómo miraba a los que estaban cerca con un ceño perpetuo. Se le ocurrió que él no quería estar aquí, aunque ahora lo estuviera.

—Me sorprende verlo aquí.

Un músculo en su mandíbula se contrajo. —Pareció prudente.

—Seguramente quiere decir placentero. ¿Le gusta bailar, su excelencia?

—No particularmente, pero lo haré si es necesario.

Había muchos bailes esta noche, aunque la tarjeta de baile de Portia aún no estaba llena. Miró discretamente la corta lista de caballeros en su tarjeta. Ahora que Montrose había llegado, tendría un espacio vacío menos. Había descubierto durante su tiempo en Londres que, a esta hora de la noche, los caballeros rara vez abandonaban las cartas para bailar con una dama comprometida.

Tampoco era la primera noche desde su compromiso que la tarjeta de baile de Portia carecía de completitud a esta hora.

Al otro lado de la sala, lord Stephens estaba hablando con lord Hector Stockwick. Lord Stephens era un excelente bailarín, pero aún no le había pedido bailar, lo cual era una curiosa

omisión de su parte. Normalmente era uno de los primeros, pero ni siquiera se habían hecho más que reconocerse hasta ahora.

Había oído hablar mucho del recién titulado vizconde Stockwick, pero aún no se los habían presentado. Por lo que había aprendido de él hasta ahora, probablemente no era prudente apresurarse a una presentación con el hombre. Stockwick había ganado rápidamente una reputación por un buen grado de imprudencia, tanto en sus gastos como en sus enredos románticos.

Su atención volvió a lord Wade, y suspiró porque todavía estaba tan lejos. Exteriormente parecía no haber cambiado, pero pensó que la forma en que permanecía junto a la chimenea era inusual en él. Normalmente merodeaba por estos eventos, hablando con sus conocidos mutuos. Quizás había estado enfermo y aún se sentía fatigado.

Tendría que buscarlo tan pronto como tuviera la oportunidad.

—Déjeme ver su tarjeta de baile —exigió Montrose de repente.

Portia se la mostró, sorprendida cuando él solo reclamó un baile, y al final de la noche, antes de devolvérsela. Eso la dejaba con dos momentos esa noche en los que permanecería al margen.

El sonido de alguien aclarándose la garganta llamó su atención, y se volvió.

—Ah, señorita Hayes, ¿es usted? —dijo sir John Singleton mientras se acercaba para mirarla a la cara.

Lord Montrose se movió inmediatamente un poco entre ellos hasta que sir John retrocedió un paso. Ella se sorprendió por su comportamiento protector, porque sir John era un hombre muy gentil.

—Sí, en efecto soy yo, sir John —Portia rodeó rápidamente a lord Montrose y extendió su mano al recién llegado.

Sir John no llevaba sus gafas de nuevo esta noche, lo cual era una verdadera lástima. Portia pensaba que se veía bastante apuesto con ellas, pero sir John tontamente resentía necesitarlas porque sentía que lo hacían parecer viejo ante las damas. Sin ellas, tendía a pararse demasiado cerca de todos cuando hablaba.

Sir John era un poco mayor que la mayoría de los caballeros con los que Portia bailaba regularmente, pero era uno de sus favoritos. La miró de arriba abajo, entrecerrando un poco los ojos ante su vestido. —Qué encantadora se ve esta noche —murmuró.

—Gracias, sir John —dijo ella, sonriendo—. Y qué feliz estoy de verlo aquí. Dígame, ¿su madre se siente mejor que la última vez que hablamos?

—Oh, en efecto lo está, y es muy amable de su parte preguntar —Sir John entrecerró los ojos hacia el prometido silencioso de Portia, y luego se acercó un poco más a ella. Sus ojos buscaron los de ella, y no apartó la mirada de su rostro mientras hablaba en voz baja solo para sus oídos—. Estará muy complacida de saber que usted la recordaría, especialmente ahora.

—Por supuesto que no podría olvidarla —concordó Portia, mirando rápidamente hacia su prometido y luego apartando la mirada. Todavía no estaba segura de con qué miembros de la alta sociedad estaba familiarizado Montrose, pero no parecía interesado en sir John—. Por favor, dele mis mejores deseos para que continúe con buena salud.

—Ella está aquí esta noche y estaría encantada de hablar con usted en persona —Su ceja se arqueó—. Tal vez me permitiría escoltarla hasta ella para una breve conversación después de nuestro baile, si es que aún tiene uno libre.

Portia asintió y le extendió su tarjeta para que la firmara. —¿Será un cuadrille o la Danse Espagnole?

Eran prácticamente el mismo baile, pero sir John todavía tenía problemas para recordar la

diferencia.

—La última —Sir John se sonrojó intensamente—. He estado practicando desde nuestro último encuentro. Estoy decidido a dominar esto de una vez por todas.

—Estoy segura de que lo logrará —susurró ella. Si usara gafas con más frecuencia, Portia creía que nunca tendría problemas en la pista de baile—. Hasta más tarde esta noche, sir John.

Sir John hizo una reverencia, lanzó una última mirada desconcertada a lord Montrose, y luego retrocedió.

Montrose se movió inmediatamente para reclamar su brazo. —La lástima tiene su lugar, pero no necesita complacer a viejos conocidos si quiere mantener la conexión una vez que estemos casados.

Ella miró su rostro, pero notó que la mirada de Montrose estaba fija en un punto distante. —¿Conoce usted a sir John?

—No lo conozco.

Miró fijamente a Montrose hasta que él bajó la vista para reconocerla. Ella sonrió forzadamente. —Sir John es un querido amigo, pero bastante miope. Muy hábil en el vals, pero terrible para reconocer a alguien que no esté justo frente a él.

—Ya veo.

Y Portia también, desafortunadamente. A Montrose no le había gustado la familiaridad con la que su amigo se le había acercado, ni la suya hacia Sir John. Pero Sir John era inofensivo. —Quizás me permita presentárselo más tarde. Es un buen amigo mío, y bailaré con él siempre que me lo pida, si mi carnet de baile tiene espacio para su nombre —insistió.

—No será necesaria una presentación —asintió Montrose, y luego se volvió hacia su madre—. Señora, ¿me permitiría presentar a su hija a Lord Forbes? Veo que acaba de llegar.

—Lo que usted diga, su gracia —accedió ella rápidamente.

Montrose condujo a Portia por la sala y la presentó a un hombre anciano y su esposa igualmente mayor. Lord Forbes y su esposa debían tener sesenta años cada uno, y ninguno de los dos sonrió a Portia al principio. Ella se enteró de que vivían cerca de la finca de Lord Montrose, y conocían muy bien a Montrose y a su familia. Hablaron de agricultura, ovejas y lana, y del último proyecto de ley ante el parlamento. Sin embargo, en ningún momento la pareja los felicitó por su próxima boda, lo cual le pareció muy decepcionante.

Cuando Portia se dio cuenta de que corría el riesgo de perderse el primer set, no tuvo más remedio que interrumpir su larga conversación. —Su gracia, debe disculparme ahora.

Lord Montrose la miró frunciendo el ceño.

—He prometido bailar con Lord Phillip para el próximo set. Es muy probable que esté esperando con mi madre mi regreso.

—Muy bien —dijo lentamente, y luego se disculpó con Lord y Lady Forbes por la inconveniencia de dejarlos—. La acompañaré, señorita Hayes. Más tarde, debemos hablar.

Portia se despidió rápidamente de sus amigos y comenzó a regresar por la gran sala con su prometido a su lado. Cuando llegó a la altura de la chimenea, lanzó una mirada de reojo a Lord Wade.

Él la estaba observando, con una copa en la mano.

Ella sonrió rápidamente y se apresuró por la sala hacia Lord Phillips. Lord Phillips era un hombre muy alto, y aceptó sus disculpas por su tardío regreso con una sonrisa fácil. —Dada la noticia de su rápido compromiso, habría entendido si se hubiera olvidado de mí —murmuró mientras dejaban atrás a Lord Montrose.

—Le hice una promesa de bailar con usted —le reprendió—. Y así lo haremos.

Encontraron un lugar en el set y Portia hizo una reverencia a su pareja. Cuando se levantó, su prometido estaba parado directamente en su línea de visión, mirándola fijamente.

Ella le lanzó una rápida sonrisa pero se concentró en bailar lo mejor posible con Lord Phillips.

Mientras su pareja le tomaba la mano y la acercaba, él susurró. —¿Está bien?

Ella parpadeó. —Por supuesto. ¿Por qué lo pregunta?

—Parece inusualmente nerviosa. Normalmente tiene algo ingenioso que decirme.

—Lo siento.

Giraron, y su mirada se posó en Lord Wade. Él ya no la estaba observando, y eso lo encontró aún más inquietante que la mirada de su prometido. —¿Cómo está su hermana?

—Molesta porque tuvo que quedarse en casa esta noche.

—¿Por qué fue eso?

—El bebé está por llegar.

—¿Qué? ¿Ahora? ¡Oh, Dios mío! —Portia vaciló pero logró contener su emoción—. Pero ¿qué hace usted aquí? Seguramente debería estar en casa esperando noticias con el resto de su familia.

—Podría haberme quedado, pero echaron a su marido. Fui con él para vigilarlo.

—¿Dónde está Lord Charles ahora?

—Bebiendo allí con los lores Wade y Sullivan. No puedo agradecer lo suficiente a Wade por la distracción. Por un momento, temí que Charles saliera corriendo a casa para entrometerse en el parto.

Ella miró hacia allá. —Lord Charles apenas parece ansioso. ¿Exactamente cómo distrae Lord Wade a su cuñado?

Incluso mientras preguntaba, vio a Wade atraer a otro caballero a la conversación, y luego otro se marchó. Los caballeros parecían ir y venir del grupo en un flujo constante. Las bebidas también abundaban.

—El futuro padre está demasiado solicitado como para pensar siquiera en la lucha de su esposa en casa. Con suerte, pronto estará bastante ebrio.

—Ciertamente parece un grupo muy animado alrededor del padre expectante —señaló antes de ejecutar un giro que la alejó de Wade. Sin embargo, se enfrentó de nuevo a su prometido.

Él estaba ahora con una dama, una mujer a quien nunca le habían presentado pero conocía de reputación. La dama no era alguien a quien Portia *quisiera* conocer. Tenía una reputación que la ponía en desacuerdo con muchos de los más exigentes. Montrose no le sonrió a la mujer, y cuando se alejó sin ella, Portia se sintió muy complacida.

Portia soltó un grito cuando Lord Phillips de repente le pisó los dedos de los pies. Saltó sobre un pie por un momento, deseando que el dolor disminuyera rápidamente para poder continuar su baile.

—¡Lo siento muchísimo! —exclamó él horrorizado.

—Está bien, milord. —Pero no lo estaba. Le resultaba difícil poner cualquier peso sobre los dedos de los pies cuando bajaba el pie. Le tendió la mano—. ¿Podría ayudarme a salir de la pista de baile?

—Lo siento mucho, señorita Hayes. Qué terriblemente torpe de mi parte. ¿Está muy lastimada?

De repente encontró una silla vacía frente a ella, y se sentó para apretar sus doloridos dedos. Podía moverlos, pero realmente le dolían mucho. —Estaré bien en un momento.

De pronto, Lord Wade estaba agachado a su lado. —No estaba prestando atención.

—No —admitió. Realmente no había estado dando toda su atención al baile. Había tenido dos caballeros en mente, uno de los cuales la había estado ignorando hasta este momento—. ¿Cómo llegó tan rápido? La última vez que miré, estaba al otro lado de la sala.

Wade frunció el ceño a Lord Phillips. —Debería tener más cuidado con ella.

—Fue un accidente —prometió Portia, lanzando una sonrisa tranquilizadora en dirección a Lord Phillips.

Wade hizo un sonido gruñón que discrepaba con su declaración, y luego se movió para arrodillarse frente a ella. —¿Me permite?

—¿Por qué? —Miró rápidamente a su alrededor, notando que estaban extrañamente protegidos de la vista detrás de una pared de personas que estaba segura no había estado allí un momento antes. Era imposible ver la pista de baile ahora, y nadie podía verlos a ellos tampoco.

—Me gustaría determinar si Phillips le rompió alguno de los dedos antes de considerar si romperle la nariz.

A regañadientes, Portia movió su pie hacia la mano extendida de Lord Wade. —Rápido.

Lord Wade sujetó con suavidad el tobillo de Portia y le quitó el zapato con cuidado.

Al ver sangre en la media, ella se aferró rápidamente al hombro de Lord Wade.

—Tranquila.

—Solo me afecta mi propia sangre —murmuró él. Wade movió con cuidado algunos de sus dedos, primero los que estaban lejos de la sangre. Se detuvo con los dedos junto a la mancha de sangre—. No grites.

Entonces tomó el dedo ensangrentado entre sus dedos y aplicó presión.

Aunque era terriblemente doloroso, ella solo siseó ante la punzada.

Él la miró.

—¿Y bien?

—No creo que esté roto.

—Gracias a Dios —murmuró. Lord Wade deslizó la palma de su mano de un lado a otro por la planta del pie. La suavidad de su tacto hizo que se le cortara la respiración, y el dolor pareció retroceder de repente.

—La está buscando —advirtió alguien de repente.

Lord Wade se apresuró a meterle el pobre pie de vuelta en el zapato.

—Estarás bien.

Portia volvió a alcanzar el hombro de Lord Wade, con la intención de darle las gracias, pero la parte superior de su cuerpo se le escapó entre los dedos. Sus dedos solo pudieron arrastrarse por su abrigo, llegando a descansar escandalosamente sobre la parte superior de su muslo cubierto de seda. También estaba bastante caliente allí, y todo era músculo magro.

—¡Cielos! —Portia retiró la mano y levantó la vista para encontrar a Lord Wade mirándola con una luz febril en los ojos. Se sonrojó—. Perdóname.

—Podrías haberme tocado así en cualquier momento antes —dijo él con una sonrisa irónica. Sacudió la cabeza y sus ojos perdieron ese nuevo brillo. Por un momento, ella vio dolor en sus ojos también, pero luego miró rápidamente a su alrededor—. Puede que tengas problemas para bailar durante un tiempo. Cuídate, Portia.

Se dio la vuelta de repente, abriéndose paso entre la multitud hasta que ella no pudo verlo más. Portia deseaba desesperadamente poder llamarlo de vuelta.

—Hola, querida.

Portia se dio la vuelta en su silla al oír la voz de la señora Lenthall, sonrojándose furiosamente al encontrar a la mujer sentada a su lado. Habría visto cómo tocaba a su sobrino.

—Hola —logró decir Portia.

La señora Lenthall asintió hacia el pie de Portia.

—¿Sufriste algún daño en el campo de batalla?

—No está roto.

La expresión de la señora Lenthall se agrió.

—No como una docena de corazones a nuestro alrededor.

Portia miró a su alrededor. El número de personas que estaban a su alrededor había disminuido, pero en efecto eran sus amigos, amigos varones, considerados una vez posibles pretendientes.

—Exageras.

—Tal vez lo haga. En realidad, solo hay un corazón verdaderamente decepcionado que vale la pena mencionar.

Portia vio a su prometido al otro lado de la sala entre las piernas de un par de caballeros. Montrose parecía estar buscando a alguien, probablemente a ella, se dio cuenta. Levantó la mano para hacerle una señal pidiendo ayuda, sin embargo, los caballeros que se movían entre ella y la pista de baile se acercaron más, formando un muro de privacidad frente a ella y la señora Lenthall.

Miró sus espaldas con asombro.

—¿Por qué están haciendo eso?

—¿Por qué crees? —resopló la señora mayor—. Sigues tan ciega a la verdad.

—Por favor —susurró Portia—. No discutamos. Quiero hablar con tu sobrino esta noche si puedo encontrarlo de nuevo, para aclarar las cosas.

—Por supuesto que deberías hacerlo. —La señora Lenthall le dio una palmadita en la mano de repente—. Qué lástima lo tuyo, después de todos los problemas que nos tomamos por tu cuenta. Yo también hago lo que puedo por los que amo. —La señora Lenthall se levantó usando un bastón para ayudarse—. Mantén la cabeza alta y sonríe, querida. No será tan malo estar casada con un estirado. Me gustaba el fuego que tenías una vez, muchacha. Intenta recordar quién eres realmente antes de que sea demasiado tarde.

La señora se alejó arrastrando los pies... y Portia de repente sintió ganas de llorar. La gente se había estado comportando de manera muy extraña con ella desde que se anunció el compromiso sin que hubiera razón para ello. Aunque se convertiría en duquesa al casarse, seguía siendo la misma mujer. Se reía, bailaba y disfrutaba de la compañía de otras personas. Pero de alguna manera, obviamente había caído muy bajo en la estima de la señora Lenthall debido a su decisión de casarse con Montrose.

Otro par de piernas largas y musculosas se detuvieron frente a ella. Cuando levantó la vista lentamente, se encontró con el Duque de Montrose alzándose sobre ella. Sus ojos eran fríos, y no vio preocupación en ellos, solo sospecha.

—Señorita Hayes, ¿no debería estar ya con su madre?

—Voy de camino —prometió rápidamente. Se puso de pie con cuidado y cojeó unos pasos para ver si podía arreglárselas sola. Tenía los dedos de los pies bastante sensibles. Esperaba que hubiera baile en su futuro esta noche, porque tenía promesas que cumplir.

—¿Por qué cojeas? —preguntó de repente.

—Un accidente.

De repente, su brazo fue agarrado con fuerza y se vio arrastrada hacia el costado de Montrose.

—Haré que tu madre te lleve a casa a descansar.

—Solo necesito unos momentos y estaré como nueva.

—Debo insistir —dijo en un tono firme que exigía el cumplimiento inmediato de sus deseos.

Portia se resintió de que Montrose actuara como si ya tuviera el derecho de decirle qué hacer. Nadie más que sus padres podía hacer eso todavía.

—No puedo irme. Mi carnet de baile está lleno.

No lo estaba, pero sabía quién debería pedirle bailar. Logró escapar de su agarre con bastante facilidad y regresó junto a su madre sin ayuda.

CAPÍTULO 9



A PESAR DE sus mejores esfuerzos, Julian de alguna manera se encontró a un brazo de distancia de Portia Hayes más tarde esa noche. También estaba mucho más cerca de Montrose de lo que jamás hubiera querido. El snob abrumador no podía evitar fruncir el ceño a cualquiera que intentara acercarse a Portia.

Julian le dio la espalda firmemente a Portia, aunque se sentía mal hacerlo. Ella había tomado su decisión y ahora tenía que vivir con las consecuencias. Montrose ahuyentaría a todos menos a los caballeros más decididos.

Se alejó paseando. Tenía otros amigos con quienes hablar. Había llegado la noticia de que Lady Charles había dado a luz a un hijo, y el nuevo padre había salido corriendo en la noche como un hombre poseído. Lord Phillips se había reído y luego lo había perseguido.

Uno de sus conocidos más recientes, Lord Hector Stockwick, se acercó en su dirección al lado de su amigo Lord Clement. Stockwick había sido una cara habitual en Londres durante algunos años, pero su elevación a vizconde tras la muerte de su padre le había traído nueva distinción y fondos de sobra.

El Conde de Clement era, para algunos, el hombre perfecto. Perfectamente indisponible la mayor parte del año, ya que pasaba la mayor parte del tiempo en el campo. Su aparición aquí seguramente sería fugaz.

Se estrecharon las manos.

—¿Era ese un nuevo faetón el que vi que conducías hoy, Stockwick? —preguntó Julian, haciendo todo lo posible por mantener su envidia bajo control. El faetón había sido muy elegante.

—En efecto, sí. Lo recogí ayer mismo. ¿Qué te parece?

—Bastante elegante, sin duda —aseguró Julian—. Noté que muchos lo admiraban mientras conducías por el parque esta tarde.

Stockwick ofreció una sonrisa presumida.

—¿Había alguna dama entre ellos?

—Varias, y no todas con maridos posesivos —señaló Julian con una risa.

Hector sonrió lobunamente.

—Ya tengo las manos llenas, o ciertamente habría pedido sus direcciones.

Muchos caballeros recién titulados llegaban a Londres con dinero para quemar y se iban de nuevo con los bolsillos vacíos. Lord Stockwick sin duda era más pobre por su elevación. Su apetito por las mujeres escandalosas parecía igualar su gasto. Julian sonrió de todos modos. No era asunto suyo frenar el placer de nadie.

—No hay que agotarse.

—Es una lástima —se rió Stockwick.

Lord Clement se aclaró la garganta.

—¿Cómo has estado, Wade?

Sobreviviendo.

—Bastante bien. ¿Y tú?

—Más o menos igual. Aunque me falta una hermana ahora. Ruth se casó el mes pasado.

Julian recordaba a Ruth con menos cariño del que probablemente debería admitir. Había sido una completa arpía con todos.

—Dale mis mejores deseos, ¿quieres?

Clement asintió.

Stockwick se acercó más.

—Digo, ¿quién es esa belleza detrás de ti? ¡Caramba, qué mujer!

Julian realmente no quería darse la vuelta, pero echó un vistazo por encima de su hombro. Portia estaba de nuevo no muy lejos, y obviamente era la única mujer a la que Stockwick podía referirse.

—Alguien fuera de tu alcance, me temo.

—¿Cómo se llama?

Julian empezó a negar con la cabeza, pero Stockwick sonrió.

—Lo averiguaré de una forma u otra de alguien más si es necesario. Quizás esté sola.

—Esa es la prometida del Duque de Montrose —anunció, aunque las palabras le dolían al decirlas en voz alta—. La señorita Portia Hayes.

La cara de Hector decayó.

—Qué lástima. ¿Quién es la otra?

Julian miró de nuevo y vio a Lavinia, la hermana menor de Portia, a su lado.

—La señorita Lavinia Hayes.

Una luz hambrienta apareció en los ojos de Hector.

—Siempre me han intrigado las hermanas. ¿Te importaría presentarme?

Julian se acercó al vizconde y bajó la voz.

—Vuelve a mirar a cualquiera de ellas de esa manera y desearás que nunca nos hubiéramos conocido.

Stockwick le lanzó una mirada de sorpresa.

—Tranquilo, hombre. No son tuyas, ¿verdad?

—Son amigas mías, y protejo a mis amigos incluso de otros amigos.

Stockwick se burló, pero después de que Clement le dijera algo al oído, apartó la mirada con una expresión disgustada.

—No vale la pena mi tiempo entonces.

—No. No lo vale.

Stockwick frunció los labios.

—Me voy a la sala de juegos. ¿Tienes ganas de probar tu suerte contra mí?

—No. Pero diviértanse. Ambos.

Julian los vio marcharse, su temperamento desvaneciéndose lentamente. No debería haber hecho eso. Amenazar a un par cuando no tenía derecho haría que la gente se preguntara sobre él, y sobre Portia o Lavinia.

Julian se dio la vuelta para observar la sala lentamente, sintiendo de repente la sensación de que ya no estaba solo.

Portia Hayes lo estaba observando desde no muy lejos, sus ojos llenos de preguntas y una

apreciación inesperada.

Confundido, apartó la mirada y estudió a los que bailaban antes de imaginar algo más tan absurdo. La fiesta estaba llegando a su fin, pero aún quedaban algunos bailes por disfrutar. No recordaba haberla visto bailar con Lord Montrose todavía. Eso era algo sorprendente para él. A ella le encantaba bailar toda la noche, cada baile si podía.

Sus ojos se encontraron de nuevo por un momento, y luego ella inclinó la cabeza hacia una salida de la sala.

Julian miró rápidamente alrededor para ver con quién planeaba reunirse ahora. Sin embargo, no parecía haber nadie prestándole la menor atención.

¿Qué estaba tramando?

De repente, Portia se inclinó hacia su madre y le susurró algo al oído antes de alejarse sola. Estaba saliendo de la sala, sin su prometido o su madre a su lado. Definitivamente se estaba llevando a cabo una cita.

Su mirada volvió a él de nuevo, y finalmente se dio cuenta de que era a *él* a quien se le pedía que la siguiera al pasillo más allá del salón de baile. Aunque la dirección en la que viajaba llevaba a la sala de descanso, estaba casi seguro de que no iba allí por las comodidades.

Julian debatió seguirla durante aproximadamente tres de sus pequeños pasos antes de darse la vuelta para salir de la sala por otra puerta. Para los demás, parecería que se dirigía a la sala de juegos, pero por supuesto nunca se molestaría.

Había un pequeño pasillo entre el salón de baile y la sala de descanso de las damas, y ella se detuvo allí, mirando desde la puerta sombreada más cercana a él.

Se acercó lentamente, bastante alarmado de que ella le estuviera sonriendo.

Portia se lanzó y lo agarró por la manga antes de que pudiera escapar, y lo arrastró al profundo umbral.

—Necesitamos hablar, milord.

—No puedo imaginar qué queda por discutir —insistió él, mirando por encima del hombro para comprobar si venía alguien—. Una futura duquesa apenas necesita la conversación de un pobre vizconde.

Ella emitió un pequeño gruñido. Algo parecido a un gato acorralado, y él casi se rió.

—¿Vas a echármelo en cara para siempre?

—Probablemente —se alejó tanto como pudo y la miró de arriba abajo. Ella era, literalmente, la mujer más impresionante aquí esta noche. Su melena de cabello oscuro estaba adornada con cintas que luchaban por contenerla. Bajó la mirada hacia sus pechos respingones, apenas contenidos en otro vestido de seda blanca humedecida, y sonrió—. Es un bonito vestido. Me gustaría verte quitártelo.

—¡Lord Wade!

—Como si no te pusieras estas creaciones embriagadoras para torturar a todos los caballeros —apartó la mirada con disgusto—. Supongo que tu prometido ya se ha dado un festín.

Portia jadeó, sonrojándose un poco.

—No lo ha hecho.

Wade sacudió la cabeza.

—Pobre Portia. Comprometida y aún no ultrajada. Con una propuesta de matrimonio pero sin haber sido cortejada siquiera. ¿En qué se está convirtiendo el mundo?

Ella puso las manos en sus caderas y lo fulminó con la mirada.

—No vamos a hablar de Lord Montrose. Vamos a hablar de nosotros, y es por eso que estás aquí.

—La inclinación de tu cabeza parecía sugerir que estabas tramando algo que probablemente te pondría en desgracia. Me encanta tener un vistazo previo de un escándalo antes de que empiecen los cotilleos —dijo con una sonrisa insincera—. Pero como parece que no está pasando nada ahora mismo, me despediré y volveré al salón de baile, donde hay damas que admirar.

No lo decía en serio, pero Portia tendía a sacar lo peor de su rencor en este momento. Sabía que tenía que dejarla para Montrose y sus pasiones insípidas. Julian simplemente no podía evitar encontrársela dondequiera que fuera. Era su propia culpa, realmente, por haberla presentado a todos los que conocía. Era una lista exhaustiva de personas, y no quería evitarlas a ellas también.

Portia lo agarró del brazo y lo arrastró a la habitación contigua. La cámara estaba tenuemente iluminada por solo unas pocas lámparas, pero bendecidamente vacía excepto por unos pocos sillones y una gruesa alfombra persa extendida frente a una chimenea fría.

—Qué cámara tan acogedora para un poco de toma y daca entre amantes —comentó—. ¿Te apetece sentarte en mi regazo y averiguar si la silla es lo suficientemente robusta para un paseo intenso?

Portia le golpeó el brazo. Fuerte.

—Esto tiene que parar.

Julian deslizó su brazo alrededor de la cintura de Portia y la atrajo contra él.

Era hora de darle el shock que tan ricamente merecía. La había protegido de los canallas durante mucho tiempo. Ahora era el momento de señalar que su mayor error había sido subestimar su naturaleza.

—A Montrose no le gustaría este pequeño encuentro que has arreglado conmigo. Se molestaría bastante si alguna vez se enterara de cuán a menudo nos hemos reunido en privado en el pasado. No tiene idea de quién eres. ¿No preferirías un amante que se tome el tiempo para complacerte?

Ella pareció desplomarse contra él.

—Deja de hablar así.

—¿Por qué? Solo estoy siendo yo mismo. Me conoces mejor que nadie. Digo lo que pienso y siempre lo haré —le dio ligeros besos alrededor de la sien—. Deberías haber traído a tu prometido a esta habitación en lugar de a mí. Te habría tumbado y habría terminado en la cuenta de tres. Bastante insatisfactorio para ti, me parece. Siempre imaginé que serías todo un desafío en la cama. ¿Quieres probar que tengo razón?

—Nunca ha pasado nada entre nosotros —se retorció, pero no lo suficiente como para soltarse—. Deja de intentar distraerme.

—¿De qué manera te estoy distraendo? —murmuró Julian mientras bajaba la cabeza. Rozó sus labios brevemente por el contorno de su oreja antes de hablar—. ¿Qué quieres de mí?

—Que seamos como éramos —exclamó ella, aunque sus dedos se habían curvado en su chaleco—. Amigos. Confidentes.

—Es demasiado tarde para volver atrás el reloj —le acarició el cuello justo debajo de la oreja, bebiendo su aroma por lo que podría ser la última vez que tuviera la oportunidad—. No puedes evitar el fin de nuestra relación, Portia. Montrose me desprecia tanto como yo a él. Es una antipatía de larga data, nada que ver con que se case contigo. Nunca podremos saber más el uno del otro de lo que sabemos ahora. Cuando seas su esposa, su duquesa, ciertamente tendrá algo que decir sobre con quién puedes coquetear en el futuro.

—¿Coquetear? Hablar no es coquetear.

Julian extendió sus dedos sobre su espalda y la atrajo más firmemente contra su cuerpo.

—Tonta Portia. No estoy hablando contigo; te estoy seduciendo ahora mismo, y me lo estás

permitiendo —susurró suavemente contra su piel—. Te he deseado así durante tanto tiempo.

—¿Qué?!

—No somos amigos.

Portia empujó débilmente su pecho.

—No te atrevas a decir eso de nuevo.

—¿Por qué no debería, cuando lo que quiero de ti es más de lo que un humilde vizconde merece? —dejó que sus labios descansaran contra su garganta y la besó suavemente allí—. No lo conoces como yo. Él no comparte nada que sienta que le pertenece.

—No le pertenezco —prometió ella—. Tampoco cambiaré.

Julian ignoró su promesa y sonrió tristemente.

—Una de tus cualidades más admirables es tu capacidad para hacer lo inesperado. Montrose no tiene un hueso impulsivo en su cuerpo y hará todo lo posible por apagar tu extraordinario brillo.

Acarició su espalda, sosteniendo a Portia en sus brazos como nunca antes lo había hecho. Ella encajaba perfectamente contra él, tan cálida, tan adorable... y aún tan fuera de su alcance.

—Wade —susurró ella, apoyándose en él a pesar de la impropiedad.

Él la soltó abruptamente y frunció el ceño.

—En el plazo de un año de matrimonio, serás tan aburrida y sumisa como cualquiera que se mueva en su círculo. Y estarás aburrida. Tomarás amantes solo para obtener la atención que ansías, pero él nunca intentará reconquistarte. No es capaz de amar a nadie más que a sí mismo. Todo lo que he admirado de ti habrá desaparecido cuando te des cuenta de que tenía razón desde el principio. Disfruta tu tiempo en Londres, Portia, mientras aún tengas un poco de libertad para ser tú misma. Si alguna vez te encuentras viuda, hablaremos de nuevo entonces. Si aún estoy disponible.

Portia lo siguió. —No me cambiará. No cambiará mi vida.

—Ya lo ha hecho —murmuró Julian. Se estaba engañando a sí misma pensando que no había comenzado ya. El brillo travieso en sus ojos ya se había apagado cada vez que Montrose estaba cerca. Ya se había advertido a otros caballeros que se mantuvieran alejados. Era sorprendente que Montrose no lo considerara una verdadera amenaza, pero podría hacerlo si Portia seguía persiguiéndolo—. El matrimonio cambia a todos, pero el grado depende del cónyuge. Disculpame. No deseo enfrentarme a tu prometido al amanecer por un malentendido.

Portia lo agarró del brazo y lo retuvo. —No se atrevería.

—Algunos dirían que está en su derecho incluso ahora. Mira, todavía está esa silla robusta allí, lo suficientemente grande para dos si realmente quieres que compitamos por el placer de tu compañía. Podría sentarte fácilmente en mi regazo y —se inclinó más cerca, permitiendo que el calor de su aliento acariciara el lóbulo de su oreja— podríamos hablar sobre por qué realmente quieres que me quede contigo. No creo que sean mis excepcionales habilidades de conversación las que te interesen ahora.

Le quitó la mano de su abrigo y le dio un beso prolongado en el dorso de los dedos, luego le dio la vuelta a su mano para besarle la esbelta muñeca.

Portia jadeó en voz alta ante su contacto, y una oleada de deseo indeseado recorrió todo su cuerpo mientras ella temblaba. Pero él estaba tratando de provocarla, no de torturarse a sí mismo. Se enderezó lentamente y miró en sus ojos familiares, pero esta noche estaban aturridos por una emoción inesperada: la lujuria. Una expresión que siempre había reservado para otros hombres antes.

—¿Wade?

Él rozó sus dedos por su mejilla. Tenía que irse. —Eres perfecta tal como eres. No te cases con Montrose a menos que su toque te excite al menos tanto como esto.

Se alejó de ella justo cuando la puerta se abrió de golpe.

Dos figuras entraron en la habitación y luego cerraron la puerta de nuevo. Lord y Lady Windermere sonrieron, y Julian maldijo por lo bajo.

—¡Querido Wade, por fin estás aquí! —exclamó Lady Windermere.

—Windermere. Lady Windermere —la voz de Julian sonó áspera al responder, y se aclaró la garganta—. Buenas noches.

A su lado, Portia hizo una reverencia al conde y su esposa.

Julian se puso ligeramente delante de ella. —¿Quieren la habitación?

—No. No —Lord Windermere y su esposa se acercaron, sin mirar a Portia—. Pero quería preguntarte si no te importaría hacerme un favor. Bueno, a mi esposa, en realidad.

—¿En qué puedo ayudar?

—¿Te importaría escoltar a mi esposa a casa esta noche?

—Por supuesto que puedo escoltar a su señora hasta su casa —prometió Wade rápidamente—. Será un placer.

—Gracias —dijo Windermere, y luego se volvió hacia su esposa. Se despidieron con un beso, y Julian oyó a Windermere susurrar una advertencia a su esposa—. Mantén a nuestro amigo fuera de problemas. No está pensando con claridad.

Lady Windermere se rio. —Confía en mí, querido. Sé qué escándalo debe difundirse esta noche.

Se volvió para estudiar a Portia, su expresión divertida, mientras su marido salía apresuradamente de la habitación. Julian rezó para que no causara problemas.

—Disculpen la interrupción de su fascinante discusión, pero el tiempo es realmente esencial —miró entre ellos, con una sonrisa creciendo en su rostro—. Ahora, rápidamente, ¿qué diremos que hablamos esta noche cuando nos pregunten sobre este encuentro mañana?

Portia frunció el ceño a Lady Windermere. —No entiendo.

—Mi querida niña, sabes muy bien que debemos crear una historia para explicar por qué dejaste el salón de baile para encontrarte aquí. Lord Wade no puede ser relacionado contigo también. No esta noche.

Julian se acercó a Lady Windermere y le ofreció su brazo para que la condesa lo tomara. —Ella nunca haría nada tan escandaloso conmigo.

Lady Windermere rio perversamente. —A mí me parece una cita, y así les parecerá a otros también. ¿Cómo va a ganar mi marido una apuesta si la gente tiene dudas?

—Estábamos discutiendo —explicó Portia innecesariamente.

—Sí, lo escuché todo. Sus voces se oían en el pasillo. ¿No han oído hablar de bajar la voz o de la discreción? Cualquier otra persona que pasara habría asumido que era una pelea de amantes y habría informado cada palabra a Montrose. Pensé que eras mejor que esto, Wade, para ser la *causa* del escándalo en lugar de prevenirlos.

Portia se acercó a Julian y apoyó ligeramente su mano en su espalda. —Encontrarnos aquí fue completamente idea mía. Él no quería quedarse más que un momento.

Lady Windermere rio con ganas ante esa mentira. —Te habría mantenido en esa silla o en esa alfombra junto a la chimenea toda la noche si hubiera tenido su malvada voluntad.

—Eso no es cierto —protestó Julian mientras miraba a Portia más de cerca. Sí, sus pies parecían haberse soldado al suelo en el momento en que la había atraído a sus brazos. Normalmente ella se deleitaba con la atención de los sinvergüenzas, y ahora aparentemente

también con la de él. Realmente no había esperado esa reacción en absoluto. Pensó que su comportamiento la habría alejado, pero ella realmente lo estaba defendiendo—. Nuestros caminos se cruzaron por casualidad.

—Vaya par de mentirosos que son, pero no importa. Me reservo el derecho de ser tan indiscreta como quiera ya que los descubrí aquí solos. Esto no está bien hecho por ninguno de los dos. ¿Qué hay de su prometido, señorita Hayes? ¿No debería estar atrayéndolo a *él* a rincones oscuros en lugar de a nuestro querido amigo Lord Wade?

Julian se encogió de hombros. Hasta donde él sabía, Portia no había atraído a Montrose a ninguna parte todavía. Pero había dejado de observar a Portia estos últimos días. El duque parecía demasiado envuelto en su propia importancia y las citas a escondidas ya no eran necesarias, ahora que Portia estaba prometida con él.

—Por favor, no le diga a Montrose —suplicó Portia, y luego hizo una mueca, sin duda imaginando los problemas en los que estaría si Montrose se enterara.

Julian casi quería que eso sucediera. Casi, pero no del todo. Montrose tenía un temperamento formidable. —No volverá a suceder —prometió, apartándose de ambas.

Lady Windermere chasqueó la lengua. —Tal vez sí. Si es así, espero que hagas lo correcto.

—No pasó nada, y no se atreva a insinuar que pasará —advirtió Julian, volviéndose—. Ya está hecho. Ella se casará con Montrose.

—¿Estás contando? Bien —Lady Windermere asintió lentamente, con una sonrisa burlona en el rostro—. Oh, supongo que hiciste bien en alejarte ahora, pero yo estaba tan ilusionada con la Navidad.

Los ojos de Portia se iluminaron.

—¿Oh?

—Todos nos dirigimos a la finca campestre del duque de Exeter. Daventry y su esposa estarían allí temprano, Wade y su tía. Sorenson también, ya que se casó con Anna, la prima de mi marido. Nuestro grupo no se ha reunido por completo desde hace mucho tiempo. Debería ser muy divertido, y yo esperaba tanto que pudieras estar allí con nosotros.

Portia lo miró acusadoramente.

—No sabía que te ibas de viaje.

Julian asintió.

—Mi tía y yo pensamos que podríamos dejar Londres pronto. No hay mucho que nos retenga aquí, ahora que mi hermano se ha unido al ejército. La fiesta de Navidad del duque de Exeter no se puede perder, pero es más tarde en el año, podríamos viajar antes y eso espero que distraiga a mi tía de la melancolía.

—No será Navidad sin ti —protestó Portia.

—Desafortunadamente, el duque de Montrose nunca sería invitado a la finca del duque de Exeter —Lady Windermere suspiró profundamente—. Lamento que tengas que perdértelo, querida.

—Yo también lo lamento, mi lady. ¿Tal vez vengan a Sherringford otro año?

—Ya veremos —murmuró Lady Windermere, aunque no sonaba entusiasmada.

El rostro de Portia palideció.

—Intenté advertirte —murmuró Julian suavemente. Ofreció su brazo a Lady Windermere nuevamente y la guió hacia la puerta—. ¿Puedo escoltarla a casa ahora, mi querida lady? Dudo que quede algo más por decir.

—Un baile primero, si no te importa —sonrió la condesa—. También hay algunas jóvenes damas nuevas en la ciudad de las que deberíamos hablar. Tú también necesitas una esposa

pronto.

—¿Haciendo de casamentera?

—Ayuda a pasar el tiempo —confirmó Lady Windermere—. Además, estoy decidida a verte tan felizmente casado como lo estoy yo.

Julian lanzó una mirada rápida a Portia para ver si le importaba. Aparte de llevar una expresión desconcertada, no percibió angustia en su rostro. Se volvió hacia la condesa.

—Esperaba que hubieras olvidado todo sobre mi estado de soltería.

—Nunca. Debes tener una novia antes de Navidad. No puedo pensar en nada mejor para ti.

—Pero siempre ha actuado como si el matrimonio fuera lo último en su mente —dijo Portia de repente.

—Había una buena razón para retrasarlo —dijo él encogiéndose de hombros, sin mirarla—. Esa razón ya no existe.

—No lo entiendo.

—No, está claro que nunca lo entendiste —acordó Julian. Portia Hayes nunca debió haber conocido la profundidad de su adoración.

—Señorita Hayes, ¿le gustaría caminar con nosotros? —le preguntó Lady Windermere de repente.

Portia parecía turbada y negó con la cabeza.

—No, gracias —su voz era débil, y Julian se sintió desgarrado al dejarla atrás.

Lady Windermere, sin embargo, sonrió ampliamente.

—Muy bien. Por favor, permítanos salir de la habitación primero. Wade tosera si el pasillo está despejado.

Julian estuvo de acuerdo.

—No queríamos que Lord Montrose malinterpretara dónde has estado todo este tiempo.

—No —dijo Portia firmemente antes de que Julian sacara a la condesa de la habitación. Pero odiaba dejarla allí. Quién sabía en qué problemas se metería después.

CAPÍTULO 10



PORTIA SE DIO la vuelta cuando una tabla del suelo crujió inesperadamente detrás de ella. Al no ver a nadie acercándose sigilosamente, volvió a examinar una caja llena de partituras que acababa de descubrir debajo de la cama de la habitación de invitados del tío Oliver. La casa solía hacer todo tipo de ruidos extraños y Portia normalmente los ignoraba. Hoy, sin embargo, se sobresaltaba con cada sonido.

Había estado aquí desde el amanecer, después de soportar una noche inquieta en la que se había visto atrapada en una habitación con Lord Wade mientras Lord Montrose golpeaba la puerta. Se había despertado sudando y con las sábanas enredadas. Lo que más le perturbaba no era el miedo, sino el hecho de no haber sentido ninguno. El brazo de Lord Wade la había rodeado y sus labios habían acariciado su garganta de una manera que hacía que su pulso se acelerara incluso ahora.

Era un sueño inquietante para tenerlo tan cerca de casarse.

Decidida a dejar atrás el perturbador sueño, había recogido a su doncella y venido aquí para ordenar más de las posesiones de su tío. Estaba apretada entre dos baúles marinos que no podía abrir por falta de llaves. A Portia ni siquiera le parecían restrictivos o embarazosos los estrechos confines de la antigua vivienda de su tío Oliver. Su tío había tardado toda una vida en acumular todo aquello, y podría llevarle toda la suya verlo todo también.

Sopló para apartar un mechón de cabello caído, frustrada porque hoy no parecía poder mantenerlo contenido con sus cintas y horquillas. Su pelo le estaba impidiendo pasarlo bien.

Y entonces Portia se quedó paralizada cuando una puerta se cerró de repente en algún lugar de la casa, debajo de ella.

Inclinó la cabeza, escuchando pasos pesados en las escaleras, subiendo desde las entrañas de la casa. Consideró llamar, pero luego recordó que nadie en casa sabía que la encontraría aquí excepto su doncella, y era demasiado pronto para que regresara del recado que le había enviado a hacer.

Nerviosa, con un ojo en la puerta, Portia buscó a ciegas el objeto pesado más cercano, lista para lanzárselo al intruso y defenderse con él si fuera necesario. Sus dedos se cerraron alrededor de una vieja pistola, pero sabía que no estaba cargada ni era realmente peligrosa. Sin embargo, la levantó en alto, agarrándola por el cañón, y se acercó a la puerta tan suavemente como pudo para que las tablas del suelo no crujieran bajo sus pies. La empuñadura era de marfil y debería hacer una marca suficiente en la cabeza de quienquiera que fuese para darle una razón para huir de ella.

Portia puso la mano en el pomo de la puerta cuando oyó que los pasos se detenían justo fuera de la habitación en la que estaba. Definitivamente no era su doncella, que habría llamado mucho antes.

Portia agarró la pistola con más fuerza y abrió la puerta de golpe, solo para llevarse una gran sorpresa.

—¡Wade!

—¡Portia! —Wade se llevó la mano al pecho, frunciendo el ceño mientras señalaba su mano levantada—. ¿Qué demonios ibas a hacer con esa cosa?

Portia bajó la pistola inmediatamente.

—Me has sorprendido. ¿Qué haces aquí?

Wade se humedeció los labios, una clara señal de nerviosismo.

—Tengo una buena razón.

—Más te vale. —Lanzó el arma de vuelta a la cómoda y salió al pasillo con él. En realidad, se alegraba mucho de ver a Wade aquí de nuevo, porque había empezado a sentirse muy sola en esta gran casa vacía. Wade se había mostrado tan intrigado por la colección de su tío como ella, y esperaba que se quedara un rato. Tenían mucho de qué hablar.

En primer lugar, quería saber cuándo había decidido que el matrimonio podría no ser tan malo como siempre había afirmado. Eso era un paso bastante grande para él, y uno que la preocupaba. No debería precipitarse. Pero entonces, mientras lo miraba de cerca y ansiaba buscar un peine para su cabello desaliñado, pensó que una esposa podría ser buena para él. También necesitaba un mejor ayuda de cámara y un corte de pelo decente—. Espero que tengas la intención de comportarte como un caballero hoy.

La comisura de su boca se elevó en una sonrisa.

—Podría intentarlo.

—Inténtalo muy duro, milord, o siempre está esa pistola. —No quería hacerle daño—. Has usado la llave de repuesto.

—Sí —dijo mientras se acercaba más—. No estás enfadada porque lo haya hecho, ¿verdad?

—¿Por qué iba a estar enfadada? No es la primera vez que llegas sin avisar. —Lo miró de arriba abajo. Necesitaba un traje mejor, uno que le quedara bien. Su atuendo actual parecía innecesariamente holgado—. Al menos esta vez no tengo una herida que atender.

La primera vez que Lord Wade había llamado a esta casa, había roto una ventana y se había cortado la mano.

—No. —Wade flexionó los dedos sobre la barandilla que agarraba.

Ella miró fijamente su mano enguantada y pensó en la piel que había debajo.

—He querido preguntarte por tu mano. ¿Se curó la herida? ¿Hay una cicatriz?

—Sí y sí.

—Muéstreme —pidió impulsivamente.

Aunque arqueó una ceja ante su petición, se quitó un guante y le presentó la mano para que la inspeccionara.

—Mira, todo mejor.

—Era la otra, Lord Wade.

Él resopló ligeramente y le mostró la otra también.

Había una tenue línea roja, pero había cicatrizado muy bien. Pasó la punta del dedo por la cicatriz, sintiendo solo un ligero indicio de irregularidad.

—Me alegro de que no fuera más profunda.

—¿Siempre eres tan familiar con tus amigos?

Portia sonrió. Se había llamado a sí mismo su amigo, y eso la hacía feliz.

—Podría serlo.

Él se rió suavemente mientras se ponía los guantes de nuevo.

—Estoy bien, Portia. En otro mes o así no quedará nada que ver.

—Pero yo lo recordaré.

—Sin duda estarás demasiado ocupada para mencionarlo de nuevo —dijo, y luego apartó la mirada—. Supongo que debería explicar por qué estoy aquí sin pedir permiso primero.

—Siempre eres bienvenido a visitarme en cualquier lugar, pero dime, ¿qué te ha traído de vuelta aquí hoy?

—Tu tío era un coleccionista excéntrico de muchas cosas.

Ella asintió.

—En efecto. Siempre me sorprende.

Él se mordió el labio un momento.

—Esperaba que pudieras dejarme echar un vistazo a uno de sus objetos, si aún está aquí. Si no es mucho pedir.

Portia no podía estar más sorprendida.

—¿Quieres algo que pertenecía a mi tío?

—No era suyo en primer lugar —señaló hacia las escaleras—. Quizás podríamos sentarnos en los escalones si no te importa el polvo mientras te explico.

—Los escalones probablemente sean la parte más limpia de la casa. Toda la casa necesita una limpieza a fondo —se movió para sentarse y Wade se acomodó a su lado—. Dime, ¿qué es lo que quieres?

—No puedo decir qué es.

Ella se inclinó hacia él.

—Entonces, ¿cómo puedo estar de acuerdo si no me lo dices?

—Me malinterpretas. Sé exactamente lo que estoy buscando y dónde podría estar, pero no puedo decirte qué es porque es bastante atrevido. Sin duda te escandalizarías.

Bueno, esa era una razón justa para no decírselo.

—¿Estás seguro de que está en esta casa?

—Creo que vi el objeto por última vez en la alcoba de Oliver cuando te escondías aquí el mes pasado, pero quería comprobarlo primero. ¿Recuerdas lo sorprendida que te quedaste con la correspondencia que leíste en el estudio del tío Oliver?

—Oh, bueno, ciertamente puedes llevarte sus cartas.

—El objeto estaba debajo de otro montón de cartas que descubrí aquí arriba en su habitación.

Portia frunció el ceño.

—Ah, bueno, si no puedes decirme qué es, seguramente puedes decir por qué lo necesitas.

—Estaré encantado de hacerlo —se giró para mirar a Portia—. Hay una antigua apuesta en el libro de apuestas de White's que quiero ayudar a resolver. A mi amigo Sullivan siempre le han intrigado las tonterías escritas allí, y mientras hojeábamos las páginas recientemente, descubrimos una pista sobre una de las apuestas más antiguas. Basta decir que descubrí que tu tío estaba íntimamente involucrado en el asunto antes de su muerte, el día anterior, de hecho, y creo que todavía tiene el objeto apostado escondido en esta casa.

—¡Entonces ve a buscarlo! —exclamó Portia, inmediatamente atrapada en la búsqueda del tesoro—. Te acompañaré y te ayudaré si quieres.

Él sacudió la cabeza violentamente.

—No quiero ofender tus delicadas sensibilidades.

—Esta es mi casa. Vamos, he leído suficientes partituras aquí para toda una vida.

Lo tomó de la mano y lo arrastró con ella por el pasillo hacia la antigua alcoba de su tío. Lord Wade miró a su alrededor mientras avanzaban.

—No has avanzado mucho desde la última vez que estuve aquí.

—Es más lento ahora que estoy sola.

Wade se detuvo abruptamente en la entrada y luego entró en la alcoba del tío Oliver para examinar de cerca la escandalosa pintura que Portia había encontrado recientemente.

—¿He visto esto antes?

Portia se apoyó en el marco de la puerta.

—No lo creo. Es bastante antigua, en realidad. La encontré escondida detrás de un gran armario en la sala de estar. Mi madre la miró una vez y se desmayó. Mi padre tuvo que atraparla. Me gusta imaginar que la dama era importante para mi tío. ¿Por qué más la guardaría?

—Podría haber muchas razones. ¿Has encontrado algo más parecido?

—Hasta ahora no. ¿Por qué?

Pasó el dedo por la inscripción del artista en la esquina inferior izquierda.

—Es notablemente buena y probablemente bastante valiosa. Podría haber más por aquí.

Por un momento, se preguntó si iba a ofrecerse a ayudarla a buscar, pero luego sacudió la cabeza. Tenerlo aquí sin su tía como carabina no era una buena idea para su reputación, si alguien se enterara. Pero él había sido muy útil en el pasado. Daría cualquier cosa por tener su ayuda de nuevo si pudiera.

Wade volvió a sacudir la cabeza y se alejó, mirando por encima del hombro un par de veces para comprobar dónde estaba ella. Portia permaneció junto a la puerta, observándolo mover objetos fuera de su camino hasta que finalmente sacó una caja de debajo de la cabecera de la cama estrecha y la colocó junto a la almohada. Puso las manos encima del objeto, con los dedos extendidos.

—Lo puse aquí para que nunca miraras el contenido.

Portia asintió.

—Bueno, adelante. ¿Qué estás esperando?

—Solo recuerda, tú lo pediste —abrió la caja, sacó un montón de viejas cartas amarillentas y miró dentro—. Estoy seguro de que tiene que ser este.

Colocó un trozo de madera oscura sobre la almohada y devolvió todo lo demás a la caja.

Portia entrecerró los ojos en la tenue luz. El objeto tenía quizás veinte centímetros de largo, pero desde la puerta no podía estar segura de qué era. Dio un paso más hacia el interior de la habitación mientras Wade se daba la vuelta y guardaba la caja de nuevo debajo de la cama.

Se inclinó sobre el polvoriento edredón y lo recogió.

—Es un palo.

Wade se atragantó cuando vio que estaba en sus manos.

—¡Suelta eso!

—¿Qué querría mi tío con un palo feo y lleno de bultos? —Portia lo sostuvo a la luz y lo giró lentamente. Sabía lo que era, por supuesto, pero nunca había visto uno de cerca, ni vivo ni hecho de madera—. Esto no es lo que esperaba. Pensé que podría ser una joya o algo valioso.

—¡Dios mío, suelta eso de inmediato! Odiaría pensar dónde ha estado eso, o en quién.

Se lo arrebató y lo puso detrás de su espalda.

—¿Qué quieres decir con *en*?

Portia se movió hacia los pies de la cama, y Wade también.

—No es un palo. Es el... de un hombre —balbuceó y señaló sus pantalones—, ya sabes.

—Oh. ¿En serio? —Portia estiró el cuello, esperando echar otro vistazo—. Te haré saber que he visto los Mármoles de Elgin, y he estudiado representaciones de la anatomía masculina en libros, pero eso no es para nada lo mismo.

—No todos son iguales —puso los ojos en blanco—. Este objeto se usa para el placer, no para el estudio. Se dice que es una réplica del miembro de cierto caballero.

Ella se estremeció un poco ante la atrevida palabra prohibida, pero no reprendió a Lord Wade por usarla. Se llevaban mucho mejor cuando ignoraba sus pequeños deslices.

—¿De quién?

—No tengo idea ni deseo de averiguarlo —sacudió la cabeza, mirando con el ceño fruncido el objeto—. No quiero saberlo, y tú tampoco deberías. Si voy a tener problemas para mirar al tipo, si algún día llego a saber su identidad, ciertamente a ti se te debería ahorrar la vergüenza.

Portia sonrió al ver lo nervioso que se estaba poniendo Wade.

—Eres muy considerado con mis sentimientos.

—La adulación no te concederá el nombre cuando lo sepa —dijo Lord Wade. Él era diferente a los pretendientes que había tenido antes de su compromiso. Cuestionaba sus decisiones, la advertía de las tentaciones, pero nunca le había negado realmente nada.

Portia sonrió aún más.

—¿Estás seguro de que no podría tentarte?

—Podrías, pero no con ese nombre —se acercó de repente y la miró profundamente a los ojos. Por un momento, ella pensó que iba a besarla... pero luego apartó la mirada y el momento pasó—. Sobre la apuesta. Si este es el objeto correcto, me han prometido una parte de las ganancias, que en realidad deben ser para ti.

—No quiero el dinero de una apuesta escandalosa por esa cosa.

—¿Estás segura? Podrían ser veinticinco libras. Eso son muchas cintas bonitas para tus ligas.

Portia consideró el asunto. Siempre había sabido que Lord Wade no era rico, pero últimamente había oído más rumores de que Wade estaba desesperadamente escaso de fondos. Ganar una apuesta como esta le sería de más ayuda a él que a ella. Al mirar su rostro delgado, deseó que él se quedara con el dinero.

—Deberías quedártelo y gastar algo en cintas para las ligas de tu tía.

Él hizo una mueca.

—Eres muy amable.

Ambos oyeron una llave insertarse en la cerradura de la puerta principal al mismo tiempo.

Se miraron sorprendidos mientras el chirrido de las bisagras protestando resonaba por toda la casa.

—¡Alguien está aquí! —exclamó ella.

—Rápido, tenemos que escondernos.

Portia agarró la mano de Lord Wade y lo arrastró fuera de la habitación. Corrieron juntos hacia la parte delantera de la casa donde había una pequeña habitación con llave, la única en toda la casa donde podían esconderse con seguridad.

El chirrido de protesta de las bisagras de la puerta principal al cerrarse de nuevo ocultó cualquier sonido que pudieran haber hecho sus pies. Se apresuraron a entrar y cerraron la puerta con llave.

La pequeña habitación no estaba completamente vacía, pero había espacio suficiente para dos si se mantenían muy cerca el uno del otro. Una diminuta ventana situada en lo alto de la pared los salvaba de la oscuridad total. Portia había prometido una vez esconderse aquí si alguna vez se creía en peligro.

Lord Wade la empujó hacia la ventana con urgencia y luego entrelazó sus dedos. Los bajó para poder impulsar a Portia a mirar afuera.

—¡El carruaje de mi padre! —susurró ella en pánico.

—No pueden encontrarte conmigo —susurró Wade, mirando alrededor del espacio con ojos desorbitados mientras la bajaba silenciosamente al suelo—. No hay forma de que pueda llegar a la puerta trasera sin alertarle de mi presencia.

—Tendremos que esperar a que se vaya. Juntos.

Se chocaron torpemente en el pequeño espacio, y luego Portia no tuvo más remedio que apoyarse en Wade, sacando el mejor partido de las condiciones estrechas. Los pasos de su padre se hacían cada vez más fuertes, acercándose cada vez más a su escondite.

Wade la rodeó con sus brazos, y eso hizo que su situación se pareciera mucho a su sueño. Wade tenía la altura perfecta para este tipo de cosas, y ella apoyó la cabeza en su pecho con un suave suspiro. Después de todo, había peores lugares donde quedar atrapada, y Lord Wade era muy familiar y cómodo.

Él apoyó su barbilla sobre la cabeza de ella y debía tener los ojos fijos en la puerta, a juzgar por la dirección en la que estaban de pie. Si se mantenían quietos y en silencio, podrían permanecer completamente indetectables hasta que su padre se fuera.

Portia se sobresaltó cuando la voz de su padre resonó.

—Como puede ver, la casa está completamente amueblada.

Lord Wade le acarició la espalda. Ella encontró su tacto muy distractor y bastante encantador también.

—Más que completamente —se quejó Montrose, y parecía que estaba al otro lado de su puerta. Portia contuvo la respiración, temblando en los brazos de Lord Wade.

—Entonces hay amplia elección en lo que se conserva o se tira —insistió su padre con una risa—. No somos sentimentales con nada de esto, así que siéntase libre de sacar a la calle cualquier cosa que no necesite.

Wade pareció presionarse más contra su cuerpo, luego sus labios rozaron su oreja.

—¿Qué está pasando?

Ella liberó una mano de su cintura y levantó el dedo hasta sus labios para silenciarlo. Se lo explicaría más tarde, después de que su padre se hubiera ido a casa con Montrose.

Él asintió, y su cálido aliento en sus dedos le provocó un escalofrío. Dejó que sus dedos rozaran ligeramente su barbilla mientras bajaba la mano, y luego la apoyó sobre su corazón. Continuaron escuchando en silencio mientras su padre alababa las virtudes de Soho Square y la casa a Montrose.

Cruzó una mirada con Wade cuando la voz de su padre se hizo más suave, viniendo de más lejos, y cuando ya no pudo oír a ninguno de los dos, tomó un profundo respiro.

—Padre alquilará la casa pronto.

Wade negó con la cabeza.

—Pero pensé que ibas a mantenerla como está.

—Algunas cosas deben irse.

—Supongo —murmuró con dudas.

—Montrose no tiene un interés real en la casa —confió ella cuando los pasos de su padre regresaron repentinamente, resonando con fuerza al pasar por su pequeño escondite. Por fin, la puerta principal se abrió de nuevo con un terrible chirrido, y luego otro al cerrarse.

Cuando todo volvió a estar en silencio, se arriesgó a decir unas palabras más.

—Han hecho un trato para comenzar un alquiler ahora, y luego el hombre de Lord Montrose se hará cargo de la administración del lugar una vez que me case con él.

—Me sorprende que Montrose no quisiera venderla.

—Lo quiso, pero no se puede hacer. El testamento de mi tío prohíbe cualquier venta.

—Ah —dijo Wade mientras suspiraba. Se apartó de ella, saltó para agarrarse al alféizar de la ventana y se impulsó hacia arriba. Portia quedó impresionada por su inesperada demostración de fuerza y agilidad. Se quedó colgado allí, con los pies balanceándose, durante un largo momento antes de caer ligeramente al suelo—. Todavía están en la acera de fuera. Así que la casa no puede venderse, pero tú no puedes vivir aquí.

—Desafortunadamente no. Ojalá hubiera alguna forma de salvar todo, sin embargo.

Wade miró alrededor de la habitación.

—Quizás no todo deba ser acaparado. Una familia necesitaría algo de espacio para vivir, para crecer.

—Es cierto, pero...

Echó otro vistazo afuera y se sacudió las manos. —Se han ido —dijo Wade en un tono normal, y luego suspiró—. Tuvimos mucha suerte.

Ser descubierta a solas con un caballero, ser comprometida, era algo que Portia había hecho todo lo posible por evitar. Sin embargo, al mirar ahora a Lord Wade, se dio cuenta de que si hubiera sido él, quizás no le habría importado tanto. Hace unos meses, se habría sentido diferente.

Él sonrió repentinamente. —Cuéntame más sobre el inusual testamento de tu tío.

—No es tan inusual. El tío Oliver murió sin hijos varones ni otros parientes masculinos vivos, así que redactó su testamento para dejar su dinero a mi madre, a mí y a mi hermana. Esta casa forma parte de un fideicomiso para mi hijo cuando lo tenga, y no puede venderse hasta que alcance la mayoría de edad. Hay disposiciones similares para Lavinia, pero su propiedad es una pequeña finca en el campo.

Lord Wade asintió, con expresión pensativa. —Un hombre de mentalidad progresista. Nunca lo hubiera imaginado. Ojalá mi propia familia hubiera pensado en el futuro y tomado decisiones sensatas —murmuró.

Lord Wade sacó la llave de su bolsillo y se apretó contra ella para llegar a la puerta.

Portia observó en silencio cómo la desbloqueaba, pero para ser honesta, pensaba que le gustaría quedarse justo donde estaba. Había sido agradable ser abrazada, y Lord Wade siempre era protector. También le gustaba que siempre se interesara por su familia y su opinión. —Mi padre no estaría de acuerdo contigo sobre lo práctico de dejar propiedades a las mujeres. Él y mi madre discuten todo el tiempo sobre qué hacer con este lugar y el otro, y nunca deciden nada al final.

Él abrió la puerta con cuidado y echó un vistazo afuera. —¿Realmente no se puede vender? Eso debe haber frustrado los planes de Montrose sobre el dinero que podría haber obtenido de la venta.

—Supongo —dijo ella evasivamente—. No sé qué se habrá discutido cuando se enteró de la restricción.

—O qué planes ha hecho ya para gastar tu dote también, sospecho. Siempre ha sido un bastardo reservado —se quejó Wade.

—Eres muy parecido a él en ese aspecto —señaló Portia, pensando en su falta de fondos y en la forma en que evitaba hablar del asunto. Nunca actuaba como si tuviera preocupaciones.

Wade no dijo nada mientras salía.

Ella suspiró, un poco avergonzada de sí misma por preferir quedarse aquí, a solas con Lord Wade, que enfrentar el futuro. Había empezado a preocuparse por Wade y por lo que le deparaba el futuro a él y a su tía también.

Wade reapareció unos momentos después, con una expresión bastante curiosa mientras la

miraba desde la puerta. —Tu padre y tu prometido se han ido. ¿Vas a salir de ahí o piensas pasar la noche?

—Oh, sí. Ya voy. —Portia exhaló y salió. Lord Wade retrocedió unos pasos mientras Portia se sacudía las faldas y miraba alrededor—. No soporto la idea de que extraños vivan en mi casa.

Él asintió. —Quizás alguna amiga tuya esté interesada en el alquiler.

—Mis amigas saben que quiero este lugar para mí. Eso no puede suceder a menos que me case.

—Y aun así, no podrías vivir aquí como duquesa. Avergonzaría a Montrose. —Lord Wade sonrió ampliamente. La perspectiva de ver a Montrose molesto debía agraderle mucho.

—¿Qué pasó realmente entre ustedes?

—Lo de siempre. Unas cuantas bromas inofensivas y nos convertimos en enemigos jurados. —Wade se dio la vuelta, mirando la vidriera sobre las escaleras—. Quiero que vivas aquí. Sé cuánto adoras este lugar, con su puerta principal chirriante y todo.

—No te olvides de la bodega asesina —añadió ella—. No he sido lo suficientemente valiente para aventurarme allí sola desde la última vez que estuviste aquí.

—Un incentivo para dejar la bebida, sin duda —dijo, y luego se rió—. Será mejor que no traiga a mi tía aquí de nuevo. Disfruté demasiado del contenido de esa bodega.

—Fue una invitada y carabina perfecta. —Portia le acarició la manga—. Sospecho que sería imposible convencer a alguien para que se mudara a este lugar destartado. Nadie querría vivir en medio de este caos.

—Tiene cierto encanto único —comentó Wade, y luego frunció el ceño—. Siempre ha sido un estirado con todo, especialmente en lo que respecta a dónde pertenece y qué puede hacer. Personalmente, me gusta el lugar.

Eso le agradó. Al menos a un caballero le gustaba. —Dime qué fue lo que realmente los separó y quizás pueda encontrar una manera de suavizar las cosas.

—Déjalo estar, Portia.

—No puedo creer que alguien pueda seguir tan enojado contigo durante tanto tiempo, sin importar lo que le hayas hecho.

Una extraña sonrisa se extendió por su rostro. —¿Qué te hace pensar que yo tuve la culpa?

—Bueno...

—Me pareció mal la forma en que trata a los que tienen menos, y lo dije en voz alta —le contó—. ¿Se levantó y me desafió? No, envió a sus amigos para hacer el trabajo sucio por él al día siguiente. Por suerte, Sullivan estaba conmigo, o el resultado habría sido yo golpeado y ensangrentado, en lugar de una pelea justa.

Se dio la vuelta. A Portia no le gustó cómo sonaba eso, aunque no creía que Wade le mintiera. Montrose le había exigido saber con quién había bailado, y tal vez fue bueno para ellos que ella hubiera guardado silencio. Admitió que solo había tenido ocasión de recomendar una presentación a Sir John, pero había planeado dar a conocer pronto a Montrose sus parejas de baile habituales.

Se apresuró a alcanzar a Lord Wade. —Puedo aceptar que a veces pueda actuar con superioridad —admitió a regañadientes.

Wade se detuvo y la miró con una sonrisa sorprendida. —Siempre —le advirtió—. Sigue observándolo y con el tiempo verás a qué me refiero. —Miró alrededor del lugar—. Será una lástima saber que toda esta historia se ha ido, y lamento no poder evitar que suceda ahora —le dijo Wade—. Tú perteneces aquí.

—Gracias por decirlo. —Sonrió, dejando de lado sus problemas—. ¿No deberías estar en

camino para cobrar tu parte de esa apuesta?

—En efecto, debería. —Blandió el falo, hizo una mueca al darse cuenta de lo que había hecho y bajó bruscamente el brazo para esconder el objeto tras su espalda.

Portia se rió.

—Supongo que tendré que acostumbrarme a tales asuntos pronto.

Las mejillas de él se oscurecieron.

—Pero no conmigo de pie en la misma habitación.

—Eso espero. Sería un poco incómodo —observó cómo Lord Wade se removía inquieto—. Juro que pareces más avergonzado que yo.

—Quizás lo esté, pero por diferentes razones. Será mejor que me vaya —dijo. Pero no se movió.

—Tal vez quieras envolver eso.

—Buena idea. No puedo simplemente entrar en la casa de un conde agitando esta cosa espantosa.

Portia soltó una risita.

—Así que la apuesta involucra a un conde, ¿eh?

—Shh —advirtió mientras quitaba una pequeña funda de un jarrón y lo envolvía cuidadosamente. Miró en su dirección y luego extendió su mano vacía.

Portia la estrechó firmemente.

—Buena suerte. Ah, y Wade, si no es el objeto que se busca, tíralo o quémalo lo antes posible. No deseo volver a ver eso jamás.

Él la atrajo hacia sí y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias —susurró antes de salir corriendo hacia la escalera en penumbra que conducía a las cocinas.

Portia lentamente estiró los dedos de los pies, que se habían curvado dentro de sus zapatillas cuando Lord Wade la besó en la mejilla. Un buen beso solía causar estragos en sus sentidos, pero hasta hace poco, nunca había sospechado que Lord Wade fuera bueno dando uno.

La puerta de la cocina se cerró con un firme estruendo, y Portia suspiró. Se sentó en la escalera desordenada entre más cajas y apoyó el mentón en la mano. Su doncella regresaría pronto, y entonces volvería a ser la futura Duquesa de Montrose, lo que sea que eso significara.

Por ahora, sin embargo, sus pensamientos viajaban con Lord Wade mientras se dirigía hacia la casa de un conde para ganar una parte de una apuesta escandalosa. Era realmente muy triste que estuviera tan desesperado por dinero como para cruzar Mayfair cargando una réplica de las partes íntimas de un hombre. Siempre había asumido que Wade era un cazafortunas, pero sus ambiciones acababan de revelarse como mucho más modestas que las de la mayoría de los caballeros que la cortejaban.

Para probarse el punto a sí misma, extendió la mano y tomó un cuchillo de mantequilla de plata de una caja cercana, uno de los dos docenas de juegos empacados que se podían encontrar en todas partes de la casa. La plata desaparecía de las grandes casas todo el tiempo, y había habido muchas ocasiones en las que Lord Wade podría haber tomado algo de valor sin preguntar. Él sabía dónde estaba escondida la llave, pero nunca había traicionado su confianza.

—Lo juzgué tan mal —susurró para sí misma con sorpresa atónita—. Es demasiado tarde para preguntarme si alguna vez me besaré... aunque creo que ya debería haberlo hecho.

CAPÍTULO 11



JULIAN DEJÓ EL paquete envuelto sobre el escritorio de Lord Windermere y retrocedió apresuradamente. Estaba extremadamente ansioso por deshacerse del objeto. Llevar consigo lo que se suponía era una réplica exacta del miembro de otro caballero resultaba incómodo, por decir lo menos. Estaba muy bien hecho, parecía real. —Como discutimos el otro día.

Windermere sonrió y desenvolvió el objeto. Parecía no tener reparos en inspeccionarlo de punta a punta. —Este es.

Julian frunció el ceño. —¿Cómo puedes estar tan seguro?

Windermere lo volteó y le mostró la base. —¿Ves estas pequeñas marcas que rodean la mitad del extremo pero no van más allá? Él mismo las hizo como una forma de llevar la cuenta de sus conquistas.

Julian hizo una mueca. —Encantador.

—Él no lo es —Levantó la mirada, con expresión emocionada—. He estado esperando tanto tiempo este momento. No puedo agradecerte lo suficiente. Supongo que no tuviste problemas para convencer a la señorita Hayes de que se deshiciera de él cuando te reuniste con ella.

—No me reuní con ella.

Windermere retrocedió con una sonrisa. —Creo que sí lo hiciste. ¿De qué otra manera habrías podido entrar en esa casa con tanta facilidad? Otros lo han intentado desde que Oliver falleció, pero Hayes siempre se niega. Y la chica heredará la casa al casarse. Además, hay un rumor de larga data que sugiere que tienes debilidad por la señorita Hayes. Dudo mucho que robaras a alguien por quien te preocupas, así que se deduce que ella debe ser una cómplice voluntaria.

Las mejillas de Julian se calentaron de incomodidad. —Está comprometida.

—Sí, sí. Mi esposa cree que la señorita Hayes hizo la peor elección que podía —comentó Windermere con un encogimiento de hombros—. Esto ciertamente demuestra que no es un caso perdido.

Julian se dio la vuelta para no revelar su acuerdo con esa evaluación. —Confío en que no le reprocharás su matrimonio en el futuro.

—Yo no lo haré, pero otros podrían. Montrose no es popular y ya ha hecho alarde de su influencia, ofendiendo a diestra y siniestra. Al menos ahora, podríamos bajarlo un poco de su pedestal. Enseñarle algo de respeto.

—¿Cómo? —Julian miró fijamente a Windermere—. Espera. ¿A quién pertenece esa cosa?

Pero ya lo sabía, incluso antes de que Windermere lo confirmara, que Montrose se había immortalizado en madera.

Se sintió enfermo. Había tocado esa cosa. Portia había... *lo haría*.

—Vamos, no finjas que no te gusta la idea de avergonzar al hombre —Windermere sonrió—. Es notable que ella lo entregara tan fácilmente. Supongo que no tiene idea, ¿verdad?

—Ninguna —¿Qué había hecho?—. Portia no tenía idea de que siquiera estuviera allí. Nunca me perdonará. No sabía a quién pertenecía, o no lo habría pedido.

—Es mejor así —Windermere envolvió la pieza de nuevo y la guardó en el cajón del escritorio.

—Devuélvelo —exigió Julian mientras rodeaba la mesa rápidamente para recuperarlo. No quería ni pensar en los problemas que esto le causaría a Portia. Montrose podría desquitarse con ella.

Windermere lo empujó hacia atrás, pero no antes de que Julian descubriera que el cajón ya estaba cerrado con llave.

—Por favor.

Windermere lo estudió y luego hurgó en su bolsillo. —Tu paga por los servicios prestados.

Julian miró el dinero que le ofrecía y luego lo apartó de un manotazo. —Si se enfurece y la lastima, te haré responsable.

—¿Qué está pasando?

Julian escuchó claramente a Lady Windermere, pero no la reconoció. —Devuélvemelo.

—No.

Lady Windermere corrió al lado de su esposo y le agarró el brazo. —Richard, ¿qué está pasando? ¿Por qué Wade está tan enojado?

Julian miró a la mujer a quien había llamado amiga durante varios años. Era una buena persona, aunque a veces un poco calculadora. Seguramente a Lady Windermere le agradaba demasiado Portia como para ponerla en peligro, ¿no? Pero podría necesitar un incentivo para ver las cosas a su manera. Julian tenía el señuelo perfecto bajo la manga.

—Le di a tu esposo un objeto que avergonzará a alguien querido para mí. No lo sabía en ese momento, y necesito que me lo devuelvan. Ahora.

—Se trata de Montrose —murmuró Windermere—. Te conté mis planes para él.

—Sí —murmuró Lady Windermere, frunciendo el ceño—. Y también te dije que lo desaprobaba. ¿Qué tiene que ver eso con Wade?

—Portia Hayes está involucrada ahora, aunque no lo sabe. Pero tu esposo ciertamente lo sabía —Julian se volvió hacia la condesa. Le agradaba, pero no permitiría que Portia fuera avergonzada por el capricho de un hombre rico—. ¿Qué edad tenías cuando posaste para Monsieur Pliat?

La condesa parpadeó. —¿Pliat? No he escuchado su nombre en años.

—Sin duda, mucha gente volverá a escuchar ese nombre pronto —Sonrió con gravedad—. Es un retrato muy bonito de ti. Fácilmente reconocible.

La condesa palideció. —¿Qué quieres a cambio?

—Haz que se detenga —Julian negó con la cabeza—. Una vez que tenga el objeto de vuelta, tendrás tu pintura.

La condesa se volvió hacia su esposo y comenzó a susurrar rápidamente. Julian esperó pacientemente. No tardó mucho antes de que Windermere se girara hacia la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho. Hubo un clic... y levantó la vista a tiempo para ver a la condesa abriendo el cajón y sacando la propiedad de Montrose.

Se lo entregó, sin desenvolver. —Debes amarla mucho.

Julian asintió. Se dirigió a la chimenea cercana y arrojó el falo directamente a las llamas. Comenzó a humear casi inmediatamente mientras se consumía. Permaneció en silencio hasta que

se quemó lo suficiente como para no ser reconocible, en caso de que Windermere intentara pescarlo de nuevo.

Asegurado de que el conde no podría usarlo contra Montrose, se dirigió a la puerta.

Windermere lo estaba esperando. —No tengas dudas, yo recordaré este día en el futuro —advirtió.

Julian asintió. —Solo mantente alejado de ella, y nunca tendrás que verme de nuevo.

—Wade —llamó Lady Windermere—. Me devolverás mi retrato, ¿verdad? En persona.

Él asintió rápidamente.

—En persona y sin mostrárselo a nadie, lo juro. No tengo ningún deseo de avergonzarte.

—Gracias —dijo ella, mientras se movía al lado de su marido y lo apartaba de la puerta por la fuerza.

Julian salió, pero el encuentro le dejó un sabor amargo en la boca.

Se dirigió a la calle y llamó a un coche de alquiler inmediatamente, sentándose al borde del asiento hasta que vio la residencia de la familia Hayes frente a él. Subió corriendo las escaleras de la casa y pidió ver a Portia, si era conveniente.

Las señoritas Hayes estaban en la sala de estar con su madre y lo recibieron con una sonrisa alegre. Sintió que se le retorció el estómago de vergüenza por su casi desliz. Las damas estaban rodeadas de telas y cintas, una imagen familiar para él en sus visitas, y así era como siempre esperaba verlas. Felices juntas.

Sin embargo, era imperativo que hablara con Portia en privado. Cuando decidió venir aquí, no se había dado cuenta de que conseguir estar a solas con Portia podría ser difícil. Se inclinó ante ellas.

—Señoras.

—Mi lord, qué bueno que haya venido a visitarnos —exclamó la señora Hayes, haciendo una reverencia, antes de intercambiar una larga mirada con Portia—. ¿No es así, Portia?

—En efecto —Portia frunció un poco el ceño—. Pero estábamos a punto de salir.

—Quizás le gustaría acompañarnos a dar un paseo, Lord Wade —preguntó la madre.

Julian consideró la petición cuidadosamente. Podría ser la única manera de robar unos minutos. Había acompañado a la familia Hayes en sus salidas antes, pero no desde que se anunció el compromiso.

—Estaré encantado de acompañarlas.

Portia le lanzó una sonrisa cautelosa, y él se preguntó si ella no habría querido que viniera. Sin embargo, una vez en la calle, Portia reclamó un lugar a su lado muy rápidamente.

La hermana y la madre caminaban unos pasos por delante. Él comenzó con cortesías.

—Confío en que su día haya sido agradable, señorita Hayes.

—Sí, en efecto lo ha sido.

—Parecía que estaban en medio de la planificación de una diversión.

—Sí. Algo para Lavinia. Madre quiere aprovechar mi boda para presentar a mi hermana en sociedad —De repente, Portia tomó su brazo—. Debo advertirte, madre podría involucrarte en sus planes para lanzar a Lavinia también.

Julian asintió.

—No me preocupa, y he hecho cosas similares antes sin que me lo pidieran. Por ti.

—Esto es diferente —advirtió Portia.

Le gustaba que ella se preocupara por él, pero no había razón para ello. Él podía cuidarse solo. Su afecto por Portia se extendía a su familia, incluida la hermana pequeña más mimada que Portia. Suspiró.

—Será un poco diferente. Ayudaré con las invitaciones tanto como pueda, pero si la anfitriona no desea invitar a una conexión de Montrose, no podré hacer nada al respecto —Miró alrededor y calculó la posibilidad de que la madre de Portia escuchara sus palabras—. Tengo que decirte algo, y no te va a gustar mucho.

—Adelante —susurró ella.

—Ese objeto que me permitiste tomar —Ella asintió rápidamente—. Sé quién es la dueña, y quiero que sepas que una vez que lo descubrí, lo quemé.

—¿Por qué? ¿Qué hay de la apuesta?

—Dadas las circunstancias, no era correcto, porque podría involucrarte en situaciones desagradables. Es muy importante que no digas nada sobre el objeto o que yo lo tomé de la casa con tu permiso. Prométeme que nunca se lo dirás a nadie, y menos aún a Montrose.

—Muy bien —accedió Portia—. Lo prometo.

—Gracias —Hizo una mueca entonces—. Sin embargo, al negar una conclusión exitosa a la apuesta, tuve que prometer devolver esa pintura que encontraste en la casa de tu tío.

—La dama desnuda —susurró Portia—. ¿La conocías?

—Reconocí una similitud y una conversación lo confirmó. La modelo desea su devolución, y le he prometido mi discreción al hacerlo.

Portia asintió.

—Si crees que debemos, entonces sí, por todos los medios cumple tu promesa.

Julian notó que Portia seguía en su brazo. Le gustaba demasiado la sensación como para recordarle que lo soltara.

—Antes de descubrir a quién pertenecía el primer objeto, se mencionó que muchos caballeros esperaban visitar la casa de tu difunto tío.

—¿Para qué?

—Supongo que tu tío Oliver pudo haber hecho otros tratos, o estaba guardando objetos para otras personas. Su repentina muerte puede haber causado inconvenientes a personas importantes. Tu padre se negó a ayudarlos, pero tú podrías ganar su favor haciéndolo. Pero quiero que lo pienses bien antes de aceptar. Debes asegurarte de que nada de lo que devuelvas se use para avergonzar a alguien.

—La casa debe ser vaciada antes de ser alquilada. Hay poco que pueda hacer para detener los planes de mi padre, no cuando Lord Montrose los apoya.

—Entonces no tenemos tiempo que perder.

Portia sonrió.

—Estaré en la casa pasado mañana, por la mañana. Podemos explorar el contenido juntos de nuevo.

Él negó con la cabeza.

—Necesito ese retrato antes. Hoy, si es posible.

—Muy bien —accedió ella—. Confío en que me harás saber cuándo se lo hayas devuelto, sin embargo.

—Por supuesto.

Portia se detuvo.

—¿Qué hay de los otros objetos? Las personas que dijiste que podrían haber sido rechazadas antes. ¿Cómo los encontramos?

—Pasaré por el club y revisaré el libro de apuestas de nuevo, y comenzaré a correr la voz discretamente sobre la posible recuperación de cualquier propiedad perdida. De lo contrario, tendrán que quedarse decepcionados.

Ella negó con la cabeza.

—Es una lástima.

—No hay nada más que podamos hacer.

Portia suspiró y agarró su brazo con un poco más de fuerza.

—Eres un buen amigo.

Julian cubrió su mano con la suya. Después de que Portia se casara con Montrose, ella sería solo otra conquista para el hombre. Ella merecía ser mucho más que eso. Tragó el nudo en su garganta.

—Prométeme que nunca le dirás a Montrose que nos encontramos en la casa de tu tío. Ni siquiera cuando te estabas escondiendo de Lady Scott.

—No planeaba hacerlo, pero ¿por qué no debería?

Julian suspiró, imaginando lo molesta que podría estar al enterarse de que su futuro esposo había sido dueño de ese falo y llevaba la cuenta de sus mujeres. Gracias a Dios que ya era cenizas. —Confía en mí en esto. No le agradará saber que nos estábamos reuniendo.

Al menos aún quedaba tiempo para que pudieran hablar entre ellos. Después de que ella se casara, nunca más podría visitarla. Incluso podría no verla por mucho tiempo. La idea era casi insostenible.

—¿Asistirás a la cena de los King mañana por la noche? —preguntó ella de repente.

—En efecto, lo haré.

—Nosotros no recibimos invitación —dijo Portia en un susurro apresurado—. Madre está miserable por el desaire. Sigue esperando una invitación tardía de todos modos, y se ha dedicado a rondar el vestíbulo principal con la esperanza de llevarse una grata sorpresa.

Julian se zafó de su agarre. Había comenzado, el sutil declive en la popularidad de Portia debido a su inminente matrimonio con Montrose. Estaba impotente para detenerlo. La señora King era una gran amiga de su tía, y su tía no estaba contenta de que Portia se casara con Montrose. Claramente algo de eso se había transmitido. Tal vez podría apelar a la señora King para un cambio de opinión de último minuto.

Pero, ¿realmente quería interceder por Portia cuando pronto se convertiría en una Montrose? Podría terminar teniendo que cenar frente a un hombre que despreciaba. No creía poder soportar ver más del semblante satisfecho de Montrose.

Caminaron unos metros más, lado a lado y en silencio, antes de que la señora Hayes anunciara que estaba demasiado cansada para continuar.

Julian ofreció su brazo a la dama mayor. Sin embargo, la señora Hayes intentó que caminara junto a Lavinia en su lugar. Afirmó haberse golpeado el dedo del pie y le aseguró que la ayuda de Portia era todo lo que necesitaba.

Eso no le dejó a Julian más opción que caminar junto a Lavinia durante casi una milla. Le agradaba la chica porque era la hermana menor de Portia, pero eso era todo. Lavinia era joven, entusiasta y muy mimada. Lo bombardeó con preguntas inofensivas sobre miembros del *ton*, los eventos a los que asistía, y Julian respondió la mayoría cuando pudo. Cuando se trataba de cualquier cosa relacionada con su opinión sobre Portia, o intentos de arrastrarle a burlarse de ella, cerró los labios herméticamente.

Al pie de las escaleras de la residencia de la familia Hayes, Julian esperó pacientemente a un lado del camino mientras las damas se despedían de él para volver adentro. La señora Hayes tomó a su hija menor de la mano y se la llevó. Al principio no miró a Portia, pero cuando finalmente lo hizo, ella lo estaba observando.

—Adiós, señorita Hayes —murmuró, deseando poder quedarse a su lado y nunca irse.

Ella extendió su mano para tomar la de él y la estrechó. —Buenas tardes, Lord Wade. Gracias de nuevo por su compañía hoy, y feliz cacería más tarde.

Él sonrió rápidamente cuando lo soltó y luego se apresuró a la casa del tío Oliver para recoger la pintura que debía devolver a Lady Windermere, para cumplir con su trato. Sin embargo, pensó que tal vez sería prudente esperar unos días antes de ver a cualquiera de los Windermere de nuevo, para que los ánimos se calmaran.

CAPÍTULO 12



UN SALÓN VACÍO era algo inquietante durante las primeras horas, cuando se esperaban visitas que nunca aparecían. Portia intercambió una mirada preocupada con su madre. La rápida retirada de los caballeros *de alta sociedad* de su compañía parecía estar directamente relacionada con la difusión de la noticia de su compromiso. Portia siempre había disfrutado de una animada mañana intercambiando bromas y cotilleos con los caballeros con los que había bailado la noche anterior. Ya no era así. Sospechaba que había sido completamente abandonada en favor de otras damas disponibles.

Madre había esperado que el compromiso de Portia con el Duque de Montrose la hiciera más popular de lo que ya era, trayendo nuevos rostros para conocer a su hermana.

—¿Más té? —ofreció Portia a su madre.

—No —dijo Madre mientras se levantaba rápidamente y cruzaba la habitación hacia donde Lavinia estaba sentada al piano, con los dedos descansando sobre las teclas en preparación para un golpe en la puerta o una señal de alguien que viniera de visita. Era una lástima. La hermana de Portia se veía absolutamente perfecta hoy, con el cabello arreglado para hacerla parecer muy elegante. Su vestido también era nuevo, la última moda de Francia, y sin una arruga o mancha—. Lavinia, querida, tal vez deberías volver arriba. Te llamaré si alguien viene.

—Sí, Madre —murmuró la chica con suficiente mansedumbre, pero sus ojos brillaron con decepción cuando cruzó la mirada con Portia.

Una vez que Lavinia se fue, Madre se volvió hacia ella.

—¿Qué has hecho para arruinar las posibilidades de tu hermana de hacer un buen matrimonio?

—¿Yo? —Portia retrocedió—. ¡Nada!

—Entonces explica por qué mi salón está vacío hoy —exigió Madre.

—No puedo imaginarlo —dijo Portia mientras dejaba a un lado su labor de aguja, tranquila y segura de que no había hecho nada malo.

—¡Esto es intolerable!

—Madre, por favor, cálmate.

—¿Cómo puedo hacer eso? —Madre comenzó a caminar de un lado a otro—. Lo teníamos todo planeado, y ahora, algo que has hecho o dicho ha disuadido a los caballeros de visitarnos.

—Madre, estás siendo injusta. Los caballeros visitan a las damas con las que bailan, y es natural que, ya que has reducido mis salidas después del anuncio del compromiso, también haya una disminución en las visitas de caballeros por esa razón.

Madre digirió eso, y luego hizo una mueca.

—Supongo que tendremos que salir más a menudo. Ven, ponte tu sombrero.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Efectivamente, ahora. ¿A quién conocemos que podríamos haber descuidado?

—Estoy segura de que no hemos descuidado a ninguno de nuestros conocidos más cercanos.

—Entonces ese debe ser el problema. No hemos hecho suficientes amigos nuevos. —Madre se mordió el labio—. Ya sé. ¿Lord Sullivan? ¿Trajo a alguna de sus hermanas a la ciudad?

—No que haya oído mencionar. —Realmente sabía poco de él además de su conexión con Lord Wade. No había visto a ese hombre desde hacía unos días, y se encontraba incapaz de dejar de pensar en él... y en cómo nunca había intentado robarle un beso hasta que se comprometió a casarse con otro.

Madre corrió hacia una mesa lateral y abrió el cajón más profundo. Dentro de ese cajón estaba su edición del Peerage. Madre debía estar seria si necesitaba consultar esa vieja cosa de nuevo. Hojeó las páginas, entornando los ojos para leer el texto.

—Oh, si solo Lord Wade estuviera aquí *hoy* en lugar de anteayer. Él nos diría lo que necesitamos saber.

Portia se movió al lado de su madre y tomó el libro, echando de menos a Wade por una razón completamente diferente. Los ojos de Madre le estaban dando problemas últimamente, y cualquier texto pequeño tendía a ponerla de mal humor si se la obligaba a leerlo. Portia estaba más que feliz de echar una mano mientras aún viviera aquí.

—Parece conocer a todo el mundo.

—Y sus secretos también. Un conocido valioso, sin duda.

Wade había sido una fuente de conocimiento para todas ellas, realmente, pero había salvado a Madre del desastre social una y otra vez cuando estaban elaborando sus primeras listas de invitados.

—Aquí está. —Portia leyó rápidamente la entrada—. Lord Sullivan tiene tres hermanas, Amelia, Caroline y Lydia. No he oído nada de ellas hasta ahora. Su matrimonio no se muestra en nuestra copia, pero sé que su esposa murió el año pasado en algún momento. Acaba de salir del luto. Su nombre era Clare.

Madre arrebató el libro, cerrándolo y dejándolo caer en el cajón abierto. Lo cerró de una patada, demostrando que su humor era realmente severo.

—Compraremos una nueva edición tan pronto como sea posible.

La respuesta de Madre a cualquier obstáculo era comprar un reemplazo.

—Deberíamos invitar a Lord Sullivan a cenar esta noche. Y a Lord Wade también, y a su tía.

—Lord Wade está comprometido en otro lugar esta noche —le dijo a su madre en voz baja—. Asistirá a la fiesta de la señora King.

Portia se estremeció cuando su madre gritó de una manera muy poco femenina.

Nunca habían recibido una invitación para asistir a la cena de los King, aunque tenían todas las razones para esperarla. Madre se derrumbó en una silla con otro lamento de desesperación.

—No puedo creer que la señora King simplemente nos haya olvidado.

Portia tampoco podía entenderlo, excepto que podría tener algo que ver con su compromiso. Montrose había sido muy evasivo sobre sus conexiones, y como había estado ausente de Londres los últimos dos días, no había tenido oportunidad de interrogarlo sobre sus amigos todavía.

Portia estaba empezando a preguntarse si tenía alguno, y si tendría que soportar una interminable ronda de desaires en su futuro. Si pocos de sus amigos apreciaban a Lord Montrose, ¿sería el sentimiento mutuo? Si era así, las cenas que esperaba organizar en el futuro como duquesa podrían ser eventos muy incómodos, si es que llegaban a tener lugar.

—Estoy segura de que es un descuido.

—Supongo que podría serlo —admitió Madre, pero no sonaba muy confiada de que lo fuera —. Tal vez organice otro entretenimiento pronto, para que podamos mostrar los buenos modales y logros de Lavinia.

Conseguir títulos para sus hijas era todo lo que Madre realmente había querido siempre. Ahora que Portia estaba fuera del mercado, a punto de casarse con un duque, hablaba constantemente de sus esperanzas de que Lavinia hiciera un matrimonio similar. Tanto Madre como Padre habían presionado a Portia para que buscara el mejor matrimonio posible. Pero últimamente, había empezado a preguntarse si habría elegido de manera diferente si ellos no hubieran sido tan exigentes.

—Madre, ¿puedo preguntarte algo?

—Cualquier cosa, siempre que no implique desterrar a tu hermana a su habitación de nuevo porque te ha molestado —advirtió Madre—. No puede casarse bien si no es vista.

Portia se rió.

—Lord Wade. ¿Alguna vez pensaste que podría haber estado interesado en mí?

—Supongo que podría haberlo hecho, pero eso apenas importa.

Portia hizo una mueca de dolor.

—Ha sido muy amable y servicial, y nos cae muy bien. ¿Alguna vez me propuso matrimonio o insinuó que estaba considerándolo?

—No. No que yo recuerde. Tu padre nunca te habría permitido casarte con un cazafortunas, de todos modos.

—¿Realmente es un cazafortunas? Nunca se ha comportado como los otros que venían a visitarnos.

—Mi querida niña, la familia Wade está prácticamente sin un centavo. Nunca pude entender al principio cómo la *alta sociedad* seguía acogiendo a la familia.

—Tal vez le hizo un favor a alguien.

—Debe de haber hecho muchísimos favores para recibir tanto apoyo. No tiene caballos ni carruajes y nunca organiza eventos. Pero aún así sigue en la lista de invitados de todos. ¿Cómo es eso justo, cuando yo tengo una hija que necesita un marido?

—La verdad es que no sé mucho sobre su pasado. —Durante gran parte de su relación con Lord Wade, lo había considerado una molestia, empeñado en estropearle la diversión. La forma en que la había observado, interrumpiendo sus conversaciones al pasar, le había hecho desagradar su atrevimiento.

Sin embargo, rápidamente había apreciado su lealtad cuando una asesina andaba cazando debutantes de virtud cuestionable. Portia podría haber sido asesinada de no ser por la constante presencia de Wade cerca de ella.

Ella no le había pedido que la vigilara. Él se había encargado de ser su protector por iniciativa propia. Por la bondad de su corazón, a pesar de su argumento de que no había hecho nada extraordinario. Se había convertido en su amigo, un consejero en quien había llegado a confiar. Probablemente le debía la vida.

Al menos ahora tenía un medio para recompensarlo a través de la ecléctica colección de su tío. Permitirle tomar objetos de la casa de su tío incluso podría ayudar un poco a sus finanzas. Esas pequeñas victorias podrían evitar que tuviera que vender el arrendamiento de su casa en Hanover Square esta temporada. No le gustaba pensar en estar en Londres sin su presencia constante.

Portia se sirvió una taza de té, pero lo encontró frío. Dejó la taza a un lado y se puso de pie.

—¿Adónde crees que vas? —exigió su madre.

—Creo que también he terminado por hoy. Iba a subir a mi habitación y...

—¡No, no, no! —exclamó su madre—. Debemos esperar hasta las tres para recibir visitas.

—Pero enviaste a mi hermana fuera.

—Eso es parte de mi plan, querida. Ella va y viene para que su llegada parezca no planeada. Destinada. ¿Quién sabe lo que podría suceder en las circunstancias adecuadas?

El corazón de Portia se hundió. Al comienzo de su primera temporada, su madre había intentado orquestar varias presentaciones improvisadas. Un pañuelo caído en el parque, un tobillo torcido junto a un gran carruaje. En retrospectiva, su comportamiento entonces era mortificante. Había esperado que Lavinia se librara de tales tonterías.

Ahora que lo pensaba, Lord Wade había estado cerca en los primeros días cuando su madre intentaba congraciarse con extraños, y siempre negaba con la cabeza antes de intervenir para hacer las presentaciones. Era sorprendente que no hubiera huido de ellas, en realidad. Conocía a mucha gente en la sociedad porque él no lo había hecho. Como consecuencia de esas primeras presentaciones, su familia había tenido asegurada una interesante velada de conversación variada cada vez que salían.

Y ahora, quizás debido a Montrose, no mantendrían esas amistades.

Miró a su madre con consternación.

—Las mejores presentaciones nunca han ocurrido en nuestro salón, madre.

Se había encontrado por primera vez con Lord Wade a pie en Green Park. Recordaba el momento claramente, porque él había abierto la boca y maldecido en voz alta sin ninguna razón aparente. Una presentación formal había llegado unos días después en un baile. Se había sorprendido mucho al verlo de nuevo; no sabía que tenían conocidos en común en ese momento.

—Deberíamos salir —declaró su madre—. Tu futuro puede estar resuelto, pero debemos pensar también en Lavinia. Ve a buscar tu chal y haz que traigan el carruaje.

Portia se levantó, sabiendo que debía obedecer a su madre por el bien de la paz.

—Sí, madre.

—Mientras viajamos, pensaremos en nuestro círculo de conocidos y veremos a quién podemos visitar. No podemos dormirnos en los laureles. Debemos aprovechar el momento, por así decirlo.

—E intentar no quemarnos las ligas en el proceso —bromeó Portia.

Su madre la fulminó con la mirada.

—Intenta pensar en alguien más que en ti misma por una vez, Portia Hayes.

Portia se acercó a la ventana camino a la puerta, justo a tiempo para ver el carruaje de su prometido detenerse frente a su casa. Los lacayos bajaron rápidamente del reluciente carruaje negro de la ciudad y desplegaron con destreza el estribo. Uno abrió la puerta y la mantuvo abierta, manteniéndose en posición de firmes. Montrose, sin embargo, se tomó su tiempo para salir. Una vez en la acera, miró arriba y abajo de la calle, y luego subió decididamente las escaleras hasta su puerta principal.

—Montrose ha venido —susurró con urgencia.

—¡Oh! —se lamentó su madre—. ¡Oh, Dios mío! Ahora debemos quedarnos para darle la bienvenida.

Portia se apresuró a sentarse de nuevo, esponjando sus faldas y luego tomando su labor de costura.

Contuvo la respiración, mirando la puerta cerrada del salón, pero pronto se dio cuenta de que Montrose había sido conducido al estudio de su padre. Portia bajó su costura cuando la puerta lejana se cerró con un fuerte chasquido. Sin embargo, se abrió poco después, y entonces su padre

entró apresuradamente, seguido por el duque. Montrose todavía llevaba su sombrero y guantes y, por la forma en que miraba ceñudo a todos, parecía muy molesto.

Portia se apresuró a hacer una reverencia.

—Su gracia. Qué placer verlo.

—Señorita Hayes —dijo Montrose mientras hacía una elegante reverencia, y luego miró a su padre.

—Sí, sí, por supuesto. —Enganchó a su madre por el brazo y la arrastró fuera de la habitación—. Vamos, querida.

Sorprendida y complacida de quedarse a solas con su prometido, le sonrió cálidamente.

—No esperábamos que nos visitara hoy, su gracia.

—La necesidad obliga.

Ella miró su rostro y no vio ni una pizca de placer por su cálida bienvenida. Tragó saliva.

—¿Ocurre algo malo?

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Por qué pregunta eso?

—Parece muy alterado.

—No estoy alterado.

Portia asintió rápidamente. El hombre estaba mintiendo. Estaba increíblemente enojado, pensó. Sobre qué, Portia no podía imaginarlo, pero decidió que animarlo para sacarlo de ese estado de ánimo sería su primer deber como su futura esposa.

—Quizás podríamos sentarnos y hablar. Han pasado unos días desde que nos vimos. Confío en que haya estado bien de salud y que sus negocios hayan ido sin problemas mientras estuvo fuera.

Él asintió y se sentó en una silla frente a ella, estirando los faldones de su abrigo. Se inclinó hacia adelante, estudiando su rostro.

—No la conozco hace mucho tiempo, pero creo que usted es una mujer honesta.

—Lo soy —le aseguró ella.

—Su padre me ha informado que la casa que anteriormente pertenecía a Oliver Quigley es parte de su dote.

—Sí. Solía visitar al tío Oliver cuando era niña, y como no tenía hijos propios, me la dejó a mí cuando murió. Era el mejor de los hombres.

—Una decisión inusual, pero supuse que su padre se encargaba de administrarla.

—Hasta que me case, sí. Después, esperaba tener voz en lo que se hiciera con ella. Mi hijo, después de todo, heredará la casa. Quiero que se la deje en buenas condiciones.

Su mirada se endureció.

—Su padre tenía la intención de vaciar completamente la casa y arrendarla antes de que nos casáramos, pero parece que alguien más ya podría estar haciéndolo por él. Sin que se lo hayan pedido.

Aparte de la familia y los sirvientes, solo Wade y su tía y hermano habían estado en la casa desde la muerte del tío Oliver, y Anna y su esposo también, pero ellos estaban lejos ahora. Recordaba muy claramente la advertencia de Wade de ocultar su amistad al duque y no quería causar problemas a nadie, incluida ella misma.

—Eso no puede ser. No se ha retirado nada sin permiso.

—Ya veo. —Entrecerró los ojos mirándola—. Y sin embargo, un objeto que se sabía estaba en posesión de su tío antes de su muerte ha reaparecido de una manera muy inapropiada.

Ella palpadeó varias veces.

—Le ruego me disculpe.

—No la agobiaré con los detalles, pero basta decir que causó una considerable vergüenza a varios de mis conocidos. —Inclinó la cabeza, su expresión dura como el hielo—. ¿Cuándo fue la última vez que estuvo en la casa de Soho?

Varias cosas encajaron de repente, y casi gimió en voz alta. *Oh, Wade. ¿Por qué no me dijiste que Montrose estaba involucrado en la apuesta?* Lord Wade había tomado dos cosas de la casa del tío Oliver. Ambas eran escandalosas. Había afirmado haber quemado una y que devolvería la otra a la dama pintada pronto, si es que no lo había hecho ya. Pero ¿de qué objeto estaba hablando Montrose ahora? ¿El retrato o el falo? No le agradaba que pudiera querer cualquiera de los dos en su posesión. Especialmente el último.

—El domingo —dijo, levantando la barbilla, decidida a no sacar conclusiones apresuradas—. Estaba revisando algunas partituras antiguas de la colección de Oliver para dárselas a mi hermana.

—¿A qué hora del día fue esto?

Portia se llevó un dedo a la barbilla, fingiendo pensar en su respuesta. Pero su mente iba a toda velocidad. ¿Qué importaba cuándo estuvo allí o qué hizo con cualquier cosa que encontrara? De todos modos, el contenido de la casa sería desechado. Seguramente él no podría querer un cuadro de una mujer desnuda para colgar en sus paredes, una réplica del miembro de otro hombre. Sus mejillas se sonrojaron al pensar siquiera en esa palabra.

—Fue después de mi visita a la modista que usted me recomendó, pero antes del almuerzo.

—¿Se encontró con alguien en la casa? ¿Vio a alguien salir o actuar de manera sospechosa en los alrededores?

Se había encontrado con Wade allí, y él le había hecho prometer que nunca lo mencionaría a Montrose.

—Por supuesto que no. Estaba con mi doncella.

Y afortunadamente, Mary mantendría la boca cerrada sobre las horas que habían estado separadas entre medio. Padre despediría a Mary si alguna vez se supiera que visitaba rutinariamente a su hermana, que vivía y trabajaba a poca distancia de la casa del tío Oliver. Era su secreto, y Portia quería que siguiera siéndolo para siempre.

Montrose asintió lentamente, luego sus facciones se suavizaron.

—Le agradecería que mantuviera el tema de esta conversación entre nosotros.

—Por supuesto —le prometió.

Su mirada recorrió su cuerpo y luego volvió a su rostro. Había un brillo en sus ojos que nunca antes había visto.

—Se ve muy bonita hoy —dijo de repente, antes de lanzarse hacia adelante y plantar un beso duro en sus labios.

Sorprendida, Portia no respondió inmediatamente al beso. Estaba demasiado ocupada manteniéndose en su asiento. Montrose pasó sus manos por su espalda y la encerró en sus brazos. Portia presionó sus manos contra sus hombros, pero nunca consideró moverlas para abrazarlo. Empujó un poco cuando el beso se prolongó demasiado y necesitaba respirar.

Él se apartó con un gruñido.

—Perdóneme, han sido unos días difíciles.

—Lamento oír eso —susurró ella, y luego intentó sonreír al comprender que el hombre arrodillado frente a ella no besaba bien. Tomaba y saqueaba, y ella se sentía muy insatisfecha—. Me alegro mucho de que haya venido hoy. Por favor, ¿no quiere sentarse y hablar de su viaje? ¿Adónde fue tan repentinamente?

Tal vez si Montrose estuviera más calmado, más en control, podría darle un beso mucho mejor si se le diera una segunda oportunidad. Se lamió los labios, pero él frunció el ceño en lugar de complacerla siquiera con una sonrisa.

—Debo irme, desafortunadamente —dijo mientras se ponía de pie.

Portia se levantó de un salto.

—¿Ya? Pero si acaba de llegar.

Él negó con la cabeza firmemente.

—Me temo que debo hacer una visita a un viejo conocido que no puede esperar.

Portia tragó saliva ante el tono duro que había vuelto a su voz.

—¿Quién?

Pero Montrose volvió a negar con la cabeza, plantó otro beso algo más suave en sus labios y se apartó.

Ninguno de los dos besos había despertado sus pasiones de ninguna manera, se dio cuenta.

—Vístase de blanco la próxima vez que nos veamos —exigió, antes de salir a grandes zancadas de la habitación.

Portia lo miró con enojo, pero Madre entró en la habitación al momento siguiente, sosteniendo una carta y sonriendo ampliamente.

—¡Sabía que debía haber sido un terrible error!

—¿Qué? —espetó Portia.

—La señora King nos ha enviado una invitación para unirnos a ella esta noche, con sus más humildes disculpas por el descuido y la entrega tardía del correo. Parece que Lord Wade la visitó y mencionó de pasada lo decepcionado que estaba de que no estuviéramos allí también. Se realizó una búsqueda y se encontró nuestra invitación en su sala de estar. ¡Qué maravilloso es tener tan buenos amigos! Oh, ¿ya se ha ido Lord Montrose?

Portia asintió, sin ganas de hablar del duque en ese momento.

—Bueno, no importa, encontrará su invitación lo suficientemente pronto.

Afortunadamente, madre la dejó para comenzar sus preparativos para la noche que se avecinaba.

Portia se cubrió el rostro cuando finalmente se quedó sola, horrorizada y profundamente preocupada por lo que había descubierto sobre Montrose hoy. Aquello que Wade había tomado debía haber pertenecido a Montrose y ser devuelto a pesar de la promesa de Wade de lo contrario. ¿Qué otra cosa podría haber enfurecido más a Lord Montrose?

¡Wade!, gritó en silencio, deseando que estuviera aquí para reprenderlo.

Si Montrose alguna vez se enteraba de quién había sido responsable de su vergüenza, temía cómo reaccionaría. Esperaba que la persona a quien Lord Wade le había dado ese objeto pudiera ser discreta sobre la participación del vizconde, y la suya también. No podría soportarlo si Montrose y sus amigos volvieran a atrapar a Wade solo. Ya no estaban en la escuela. Los desacuerdos entre caballeros a menudo se resolvían en duelo, con pistola o espada.

CAPÍTULO 13



JULIAN BESÓ LA mejilla arrugada de Martha King. —Te ves encantadora esta noche, Martha —le aseguró.

—Eso es lo que me dijiste ayer. —Martha King arrugó la nariz—. Las palabras dulces no cambiarán nada. Me debes una por esto.

—Te deberé una si sonríes y no le dices nada a nadie.

La dama le lanzó una mirada de reproche. —Es una suerte que me caigas tan bien. Sabes que no es demasiado tarde para ponerte sobre mis rodillas otra vez.

Martha había sido el ama de llaves de la familia de Julian cuando era niño, pero se había casado muy bien. —Me gustaría verte intentarlo.

Martha se rio y lo envió a saludar a la siguiente pareja que entraba por la puerta.

A Julian le había caído muy bien Martha, y se alegró cuando se casó con un hombre que la adoraba y le dio hijos propios. Las familias habían mantenido el contacto a lo largo de los años.

Ahora también era influyente.

Julian acompañó a su tía al salón. —Te acosará hasta que le des lo que quiere —le advirtió la tía Hesper en voz baja.

—No te atrevas a decírselo, pero me gusta la ópera. Ella cree que me arrancaré el pelo.

La tía lo miró con expresión preocupada. —¿Has pensado cómo vas a pagar el palco?

—Aún no, pero estoy seguro de que se me ocurrirá algo eventualmente. —No había una fecha fija para llevar a Martha a la ópera, así que tenía algo de tiempo para resolver todo.

—Espero que la familia Hayes aprecie tu sacrificio —se quejó la tía.

—Estoy seguro de que lo harían si planeara decírselo. Tú también mantén la boca cerrada al respecto.

La tía Hesper refunfuñó y se alejó para hablar con unos amigos cercanos.

Julian vio a Sullivan no muy lejos y se acercó a él. Se estrecharon las manos. —No esperaba verte esta noche.

—Tu tía dijo que tenía que venir, o nunca más me hablaría —se quejó Sullivan.

Julian sonrió a su amigo. —Algunos hombres habrían dado la bienvenida a ese silencio por su parte.

—Tonterías, me cae bien tu tía. Ya no es el mismo sargento que solía ser.

—Los años definitivamente la han suavizado, eso y el vino que consume constantemente —murmuró en voz baja.

Sullivan se rio. —Solía darnos sermones sobre los peligros de la indulgencia excesiva. Debería enviarle un barril para ver qué dice en respuesta.

Probablemente le daría las gracias a Sullivan y mencionaría que estaría encantada de recibir

también el resto de su bodega. —Estoy bastante seguro de que te dejaría las orejas ardiendo —murmuró Julian mientras sus ojos se clavaban en una vista bienvenida: nuevos invitados.

El señor y la señora Hayes habían llegado, con Lavinia entre ellos. Detrás venía Portia, tan encantadora como siempre... del brazo de Montrose.

Julian miró consternado al otro lado de la sala. —¿Qué diablos hace él aquí?

—La señora King olvidó mencionar que vendría, pero esto debería hacer que la velada sea interesante —murmuró Sullivan—. Podría habernos advertido.

—Ciertamente debería haberlo hecho —concordó Julian. Esperaba poder mantener la cena en el estómago. Tenía mucha hambre esta noche, pero ver la mano de Portia en cualquier parte de Montrose le revolvía el estómago.

De repente, la tía Hesper estaba a su lado. —¿Qué hace él aquí?

—Nos estábamos haciendo la misma pregunta —sugirió Sullivan—. Quizás ha venido con la esperanza de que se rían de él en este comedor también.

Julian no les quitaba ojo a él y a Portia, sobre todo. —¿De qué estás hablando?

—Seguramente has oído el último chisme. —Sullivan se acercó para susurrar—. Anoche, Lord Windermere sirvió a Lord Montrose en bandeja. ¡Lo encontró, Wade! Encontró el objeto de la apuesta y se lo devolvió frente a *todos*. Montrose estaba tan avergonzado que se marchó furioso.

Julian se quedó boquiabierto. —No, no puede ser.

—Te lo digo, fue lo más divertido que he visto desde la escuela, cuando tropezó con sus propios pies y cayó de cabeza en ese estanque fangoso que tienen.

Julian miró a Sullivan con una sensación de hundimiento. —¿Lo viste? ¿Viste cómo se lo devolvían? ¿En público?

Sullivan asintió. —Windermere estaba en su elemento. Toda la mesa estaba alborotada. No me había reído tanto desde que murió mi Clare.

Julian maldijo por lo bajo y volvió a mirar en dirección a Portia. Ahora estaba sola y lo miraba con una pregunta en los ojos. ¿Lo sabía? ¿Había oído hablar del incidente con Montrose? Negó con la cabeza, tratando de transmitir mil disculpas a la vez.

La tía Hesper rio suavemente. —Qué velada tan encantadora está resultando ser. Deberíamos hablar con ella ahora antes de que anuncien la cena.

La tía se aferró al brazo de Julian y prácticamente lo arrastró al otro lado de la sala para hablar con el señor y la señora Hayes. Sullivan también vino y fue recibido con entusiasmo cuando lo presentaron a la chica más joven. Lavinia llevaba un bonito vestido azul y una sonrisa acogedora, pero Julian solo tenía ojos para Portia.

Esta noche llevaba un vestido blanco que él había visto y admirado muchas veces antes. Con ese vestido ella había reído y bailado, fingiendo que no tenía ninguna preocupación en el mundo, y más tarde se había aferrado a él, preocupada de que se desmayara al ver la sangre de otra persona. Era un vestido que le gustaba mucho porque, desde cierto ángulo y con la cantidad adecuada de luz detrás, revelaba la forma larga y esbelta que se escondía debajo.

Se metió el dedo bajo la corbata cuando ella se movió entre él y la chimenea distante, permitiéndole un breve vistazo de su fantasía. —Lord Wade, qué gusto verlo de nuevo —murmuró ella.

—Igualmente, señorita Hayes. Veo que ha traído a su prometido con usted esta noche.

—Fue idea de mi madre que el duque nos trajera aquí —susurró ella, lanzando una mirada preocupada por encima de su hombro—. No lo sabía cuando lo vi la última vez.

Bueno, al menos no era el único sorprendido. —Veo que su madre se preocupó por nada

sobre su invitación perdida.

—Sé que lo arreglaste para nosotros —murmuró ella—. Pero no entiendo por qué lo harías.

—Querías estar aquí, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—Eso es todo el incentivo necesario para arreglar las cosas.

Una sonrisa fugaz cruzó sus labios cuando tía intervino.

—Ah, aquí estás, querida.

—Señora Lenthall. Qué gusto verla de nuevo.

La tía sonrió y acarició la mejilla de Portia.

—Ha pasado mucho tiempo, querida. Te ves tan hermosa como siempre con ese vestido.

—Gracias —murmuró ella antes de ser llamada al lado de su madre.

Lavinia Hayes permaneció allí e hizo una reverencia a Julian.

—Es un placer volver a verlo, milord.

—Es un placer verte de nuevo, Lavinia —murmuró él—. ¿Cómo has estado?

—Muy bien, gracias. Me pregunto si tendremos la oportunidad de continuar nuestras conversaciones recientes esta noche.

—Me gustaría —murmuró Julian sin compromiso, mirando alrededor de la sala. No quería quedarse atrapado conversando con la hermana pequeña de Portia toda la noche si podía evitarlo.

De repente, Lavinia deslizó su brazo a través del suyo.

—¿Conoces a los Plumpton?

—De hecho, sí. Cenamos juntos no hace mucho.

—Yo no he tenido esa suerte. ¿Estarías dispuesto a presentarnos?

Difícilmente podría haber algún daño en ello. Los Plumpton eran suficientemente bien considerados, y tenían un hijo de la edad adecuada para considerar el matrimonio.

Julian la llevó allí y extendió su mano al señor Plumpton.

—Señor. Señora. ¿Cómo han estado ambos?

—Muy bien. Muy bien, en efecto —El señor Plumpton sonrió. El hombre mayor tenía una edad cercana a la de su anfitrión, el señor King, pero hacía tiempo que había perdido cualquier rastro de cabello en su cabeza muy calva. A pesar de la pérdida de cabello, era un buen tipo y obviamente muy agudo—. Debo agradecerle por la información que me dio en nuestra última reunión.

—¿Fue útil? —preguntó Julian, aunque ya sabía la respuesta.

—Estoy en deuda con usted por su oportuna intervención. Me ahorró muchos problemas.

Julian asintió.

—No es nada, señor. Fue la providencia la que trajo el asunto a mi atención y una maldita buena suerte encontrarnos en la cena la noche siguiente.

Plumpton se rio.

—Si todos mis encuentros con caballeros titulados fueran tan bien cronometrados, sería un hombre más rico de lo que ya soy.

Ambos rieron, y Julian se ofreció a presentar a Lavinia Hayes a los dos. La señora Plumpton era una mujer amable, y pronto ambos entablaron una conversación con la joven. Él retrocedió ligeramente y miró alrededor mientras la señora Plumpton también cantaba sus alabanzas.

Portia se acercó para unirse a él, parándose cerca de su lado y escuchando.

—¿Qué ha hecho Lord Wade ahora?

El señor Plumpton se rio.

—¿Recuerdas que teníamos una pequeña granja entre aquí y Nottingham?

—Creo que sí —asintió Portia.

—La que nadie parecía querer comprar —añadió la señora Plumpton—. Estaba en medio de la nada.

—Oh, sí, ahora la recuerdo.

—Bueno, alguien la ha comprado... y no cualquiera, además.

—Daventry la compró —le dijo Julian antes de que la señora Plumpton pudiera alargar la revelación toda la noche.

—Es el tipo más extraño. La compró para su esposa, de todas las cosas, y por más de lo que pedí, además —Plumpton sacudió la cabeza como si estuviera desconcertado—. Más dinero que sentido común. No está cerca de sus otras propiedades. Disculpen. Debo hablar con Lord Montrose mientras está libre.

Julian se quedó solo con Portia por un momento mientras Lavinia continuaba hablando sin parar con la señora Plumpton. Inhaló su perfume y sonrió.

—La compra de Daventry tenía perfecto sentido cuando conoces los detalles.

—¿Oh?

—La propiedad estaba exactamente a mitad de camino entre su finca de campo y Londres. Hacen una parada allí para que su esposa se ahorre las incomodidades que se encuentran en una posada.

—Eso es muy sensato de su parte —murmuró Portia—. El viaje es largo, y se dice que Lady Daventry encuentra difícil viajar. Me pregunto cómo se las arreglará para el viaje a la finca de Exeter. Es el doble de distancia.

—Ya veremos —murmuró él, mirándola por fin.

—Tendrás que hacérmelo saber después de Navidad —murmuró ella, apartando la mirada rápidamente.

Parecía preocupada. Debía saber que lo ocurrido no había sido intencional por su parte. Windermere, sin embargo, era otro asunto.

Estaba a punto de ofrecerse a hablar con Exeter en nombre de Portia también, pero entonces Montrose llegó a su lado, y una mirada a su expresión altanera silenció la lengua de Julian. Haría cualquier cosa por Portia, pero solo si Montrose no estuviera involucrado con ella.

Julian de repente notó un par de lacayos corpulentos con librea parados en el fondo. Su presencia imponente era inusual, incluso para un duque. Muchos invitados les lanzaban miradas incómodas.

—Mis hombres —anunció Montrose.

—¿Traerías a tus propios sirvientes para sentarse a cenar en la casa de un amigo? —exclamó Sullivan—. Vaya, tienes agallas.

—Me pareció prudente.

Montrose de repente notó a Julian parado junto a Portia, y frunció el ceño severamente.

—No sabía que tenías conocimiento de nuestros anfitriones o de mi prometida.

Debía ser ciego además de tonto, entonces.

—Nos conocemos desde hace algún tiempo —admitió Julian, notando que Montrose no parecía complacido de escucharlo. Eso era simplemente demasiado malo.

—Disculpen —murmuró el duque—. Señorita Hayes, vendrá conmigo.

Portia se fue con el duque, pero no parecía feliz de ir con él. Eso era un pequeño consuelo para Julian, quien nunca le habría hablado de esa manera.

El duque marchó hacia sus anfitriones y comenzó a hablar con ellos en voz baja. Julian lo siguió discretamente... y escuchó que mencionaban su propio nombre, y el de Sullivan también.

La señora King le lanzó a Julian una mirada que hablaba de extrema incomodidad entonces.

Julian sonrió y asintió para tranquilizarla de que todo estaría bien.

Sullivan se inclinó hacia él. —Creo que todavía no le caemos bien.

—A ti más que a mí —sugirió Julian, mirando alrededor de la habitación con el ceño fruncido—. No fui yo quien metió estiércol de oveja entre las páginas de sus libros en la escuela.

—Eso fue solo después de que robara toda la ropa del chico nuevo y lo llevara afuera mientras dormía. Un castigo bien merecido por semejante acto —dijo Sullivan con una suave risa—. Me pregunto si hay algo que podamos hacer para obligarlo a irse temprano esta noche.

—No lo hagas —murmuró Julian, notando que la señora King empezaba a verse muy angustiada. Montrose la había alterado, y Julian le lanzó una mirada de desaprobación a su espalda ancha y costosamente vestida—. Las bromas escolares deberían haber quedado atrás.

Sullivan exhaló un pesado suspiro, y entonces llegó la última pareja, con retraso, y la señora King visiblemente se relajó. Una vez hechas las presentaciones, era hora de pasar al comedor.

Julian acompañó a la señora Plumpton al comedor, que había sido despojado de todo menos lo esencial para extender la mesa y acomodar a todos los invitados. Julian tomó su lugar en un extremo, notando que lo habían sentado lejos de Sullivan, la tía Hesper y Portia.

Permitió que un sirviente le colocara la servilleta en el regazo, notando que Montrose le hizo un gesto a su propio criado para que lo hiciera en lugar de uno de la casa de los King.

Mientras le servían el primer plato, Julian se esforzó por escuchar la voz de Portia. Estaba inusualmente callada esta noche, pero su prometido hablaba lo suficiente como para llenar cualquier silencio. Julian se volvió hacia la señora Plumpton y sonrió. —¿Tuvo suerte con el entrenamiento de sus perros, señora Plumpton?

—De hecho, sí. Todo lo que se necesitaba era paciencia. En unos pocos meses, la pequeña bestia dejó de gruñirle al pobre Plumpton y ahora lo sigue por todas partes, totalmente devota a su nuevo amo. —Se inclinó más cerca—. Ayudó enormemente que él dejara caer trozos de hígado picado por donde quiera que iba.

—Los animales aprenden quién los cuidará mejor. —Julian sonrió, aunque notó que Portia parecía fascinada con su cena. Normalmente hablaba más—. A veces pasa lo mismo con las personas.

La señora Plumpton estuvo de acuerdo. Hablaron del clima, viajes y eventos en su vecindario durante el resto de la cena. Al parecer, su calle era un lugar animado para vivir. Había habido vecinos en guerra, disputas maritales y niños mal comportados de los que hablar. Julian se mantuvo callado sobre su propia vida y tenía poco chisme que compartir de Hanover Square.

Sin embargo, al final de la mesa, la voz de la tía Hesper se elevó por encima de todas las demás. Levantó su copa vacía a los labios y luego frunció el ceño al encontrarla vacía. Julian suspiró mientras un lacayo se apresuraba a rellenarla. Una vez reforzada, comenzó a hablar de nuevo. En voz alta. Incluso más emocionada que antes.

Dios mío, esperaba que no bebiera tanto. Su espalda apenas se había recuperado de la última vez que tuvo que acostarla porque no podía subir las escaleras por sí misma.

Captó la atención de Montrose. —Esto me recuerda a otra cena. El querido Oliver Quigley, que en paz descansa, organizaba las reuniones más divertidas, y tu padre, el viejo y querido Montrose, estaba allí, de pie sobre la mesa solo en ropa interior —dijo con una sonora carcajada, mirando a lo largo de la mesa y asintiendo.

Montrose le lanzó una mirada fulminante a la tía Hesper. —Debe estar equivocada.

—No, en absoluto. No es un recuerdo que una dama pueda olvidar fácilmente. Incluso estaba... Bueno, ya sabes. —Aunque se rió, la tía Hesper pareció darse cuenta de que había dicho

algo muy inapropiado y tosió varias veces. Julian estaba simplemente demasiado lejos para ofrecer cualquier ayuda para desviar la conversación. Hizo una mueca.

Mañana, ella estaría llena de arrepentimiento y muy probablemente caería en otro triste episodio. Echaba de menos los días de su juventud, cuando había sido testigo de primera mano de sus amigos y sus escándalos. La mayoría de ellos ya se habían ido.

Sullivan hábilmente redirigió la conversación hacia los caballos y la última oferta en Tattersalls. Habló de un caballo en particular que tenía en la mira e insinuó que lo compraría pronto.

La mirada de Montrose se dirigió repentinamente hacia Julian. —¿Y qué hay de ti, Wade? ¿Todavía juegas al billar?

Julian mantuvo su mirada e intentó mantener una expresión neutral. Alguien había hablado. Montrose no vivía en Hanover Square. —Últimamente no.

—Oh, es cierto. Escuché que lo vendiste. Causó bastante conmoción en Hanover Square. Todo el mundo ha estado hablando de ello también.

No amigos míos, hasta donde yo sé. Julian se encogió de hombros para alejar la incomodidad. —Solo estaba acumulando polvo.

La sonrisa de Montrose creció. —Por eso un caballero de verdad emplea suficientes sirvientes para ocuparse de esos tediosos asuntos que están por debajo de su atención —se burló—. Todavía tienes algún que otro sirviente por ahí, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Pero ahora sin caballos, carruaje ni mesa de billar.

—Está esperando uno nuevo y un par de caballos a juego —comentó Sullivan, bastante incorrectamente.

Julian gimió por lo bajo ante la gran exageración. ¿Cómo diablos se suponía que iba a pagar algo así, o fingir que había cambiado de opinión? Prestó atención a su cena, que era bastante de su agrado y abundante.

La señora King se puso de pie inmediatamente después de que él terminara el último bocado de su plato, su expresión era de desaprobación hacia el duque.

Portia se unió a la tía Hesper y ambas se dirigieron hacia el salón del brazo.

Con las damas fuera y las puertas cerrándose, la sonrisa burlona de Montrose empeoró. El bastardo sabía que las finanzas de Julian estaban en mal estado y no tenía reparos en restregárselo en la cara. No había nada que realmente pudiera hacer para tomar represalias además de mencionar el regreso de su falo. Hacerlo terminaría avergonzando a Portia, así que no tenía más opción que morderse la lengua.

Sullivan deambuló alrededor de la mesa, cigarro en mano, pasando cerca de la espalda del duque.

Montrose se estremeció, dándose una palmada en el cuello con una maldición. Sullivan simplemente siguió caminando, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios. Sullivan nunca había estado impresionado por Montrose, ni por su elevado título, ni en la escuela ni ahora tampoco, aparentemente.

Montrose se puso de pie de golpe y miró duramente a sus lacayos. —¿Vieron lo que hizo?

Ambos negaron con la cabeza, avergonzados.

Sullivan tomó la silla junto a Julian, sostuvo su cigarro entre los dientes y cruzó los brazos sobre el pecho. Ambos se miraron con furia, y fue Montrose quien cedió primero. Se acercó para hablar con el señor King.

Julian suspiró. —Te pedí que no lo provocaras.

—Él empezó. ¿Desde cuándo te importa que Montrose esté infeliz?

—Mi tía lo inició al mencionar a su padre bailando sobre las mesas —susurró Julian—. Puede que sea cierto, pero las historias solo se vuelven más escandalosas cuanto más bebe.

Sullivan se burló. —Me he encontrado en esa condición una o dos veces. No te enojés con ella por divertirse un poco.

—No lo estoy. Solo me preocupo por ella.

—Muy bien —prometió—. Entonces no la retaré a beber hasta que me gane esta noche. —Sullivan le dio una palmada en el hombro y luego aspiró su cigarro. Inhaló y sopló un anillo perfecto a través de la mesa del comedor—. Estos son excelentes.

—De Friburg y Treyer, me imagino. King siempre va allí.

—Deberíamos visitarlo alguna vez —sugirió Sullivan—. Hacer algunas compras por nuestra cuenta.

—Tú puedes ir. A mí ya no me gustan los cigarros.

Sullivan lo miró, con una expresión llena de curiosidad. —¿Es otra indulgencia que tuviste que abandonar recientemente?

—No. Hace ya algunos años.

—Mi Clare podía soplar un anillo y luego otro para que flotara a través del primero. —Aunque Sullivan hizo varios intentos, no pudo hacerlo él mismo—. Ella tenía talento.

—Sin duda lo tenía.

El señor King regresó y comenzó a moverse por la habitación, invitándolos a pasar al salón. Al pasar, mencionó que Montrose lamentablemente había sido llamado.

Sullivan empezó a reírse maliciosamente, pero luego controló sus facciones cuando vio el ceño fruncido de Julian. —Parece que la velada puede salvarse después de todo. Vamos a disfrutar de la compañía de las damas.

—Sí —asintió Julian, siguiendo a su amigo.

Sullivan había cambiado un poco desde su matrimonio con Clare. Parecía mucho más cómodo con todo lo que antes le aterrorizaba. Sin embargo, los errores y escándalos eran recordados durante mucho tiempo por el *ton*. Montrose recordaría esta noche, y sin duda algún día trataría de causar problemas a Sullivan, y probablemente también a Julian.

Julian respiró profundamente, dejando a un lado esas preocupaciones para otro día. Tenía unas horas más en compañía de Portia, lo que no le haría ningún daño. Incluso podría intentar olvidar que estaba prometida a otro por una noche más.

Pero al entrar en el salón y mirar alrededor, descubrió que la familia Hayes ya se había ido. Había olvidado que habían viajado aquí con Montrose y, por supuesto, se irían con él también.

CAPÍTULO 14



—No, gracias —repitió Portia—. No estoy cansada en absoluto ni necesito una silla.

De lo que sí estaba cansada era de que Montrose estuviera revoloteando a su lado y arruinando su diversión esta noche. Ella no era una flor marchita que necesitara descansar constantemente. Lo que agotaba su energía eran sus intentos de mimarla y su ceño fruncido que ahuyentaba a sus buenos amigos. Apenas tenía nombres en su tarjeta de baile esta noche, gracias a su comportamiento, y estaba muy decepcionada con él.

—¿Te gustaría un vaso de ponche?

—Eso sería encantador, gracias. —Le sonrió, agradecida por la sugerencia que lo alejaría. Necesitaba un respiro de sus atenciones. No es que hubiera ocurrido mucho desde que la besó el martes. Algunas reverencias sobre su mano, un breve toque en su espalda, una sonrisa más suave que la que dedicaba a los demás. No era un hombre demostrativo en absoluto.

Y eso no serviría en absoluto.

Por el momento, sin embargo, estaba contenta de verlo alejarse. Le susurró a su madre que volvería enseguida.

Afortunadamente, su madre no era una mujer que prestara atención a cada minuto de la existencia de Portia. Se abrió paso entre la multitud, evitando la mesa de refrigerios donde estaba su prometido, y se deslizó hacia el pasillo. Técnicamente, se dirigía al tocador de damas, pero primero haría una breve parada en la biblioteca.

Portia abrió las puertas y se deslizó dentro. Miró a su alrededor algo nerviosa, asegurándose de que no hubiera figuras merodeando en rincones oscuros o detrás de puertas o cortinas. La última vez que había estado en la biblioteca de un caballero, un asesino decidido a destruir a las jóvenes en busca de una aventura inofensiva andaba al acecho. Lady Scott estaba muerta, pero su recuerdo seguía vivo. Era una noche que nunca olvidaría.

Se estremeció cuando la puerta se abrió y cerró rápidamente, y una figura familiar se unió a ella.

La expresión de Lord Wade era difícil de leer, pero no sonreía, lo que le daba una buena indicación de su estado de ánimo esta noche. —¿No has aprendido la lección sobre escabullirte sola? Especialmente a una biblioteca.

Ella le sonrió. —Sabía que me seguirías.

Él frunció aún más el ceño. —No para siempre. ¿Qué quieres esta noche?

Sin dejarse desanimar por su irritación, Portia rió suavemente. —Tengo un favor que pedirte.

Una ceja se alzó. —¿De qué se trata esta vez?

Portia se acercó a él. —La señorita Regina Waters.

La confusión brilló en sus ojos. —No la conozco.

—Es una joven encantadora. Muy dulce y gentil.

Wade cruzó los brazos sobre el pecho. —Quieres decir que es otra flor de pared, aferrada a las faldas de su madre y babeando por un título, con los ojos llenos de estrellas ante las opciones que tiene delante.

Portia frunció el ceño. —No es agradable decir eso de nadie, especialmente de alguien tan nuevo en la ciudad. Tiene una dote, y es muy bonita. Con un poco de atención masculina, seguro que brillará.

Wade miró hacia el cielo. —¿Qué esperas que haga con ella? ¿Pulirla como si fuera un trozo de plata?

—Primero hay que hacer las presentaciones, y luego deberías invitarla a bailar. —Portia volvió a sonreír. No era mucho pedir a ningún caballero, en realidad, pero confiaba en que el baile de la señorita Waters con Lord Wade atraería mucha atención de los otros invitados. El tipo adecuado de atención aseguraría que la señorita Waters captara la mirada de las personas correctas.

Él la miró con sospecha. —¿Cómo voy a lograr la presentación si no la conozco a ella ni a sus conexiones?

—Oh, eso es fácil —le dijo Portia—. Tiene una relación con Lady Ettington, al igual que tú.

Wade empezó a negar con la cabeza. —Imposible.

—¿Por qué?

—Porque simplemente no puedo hacerlo.

—Pero ¿por qué ni siquiera pedirás una presentación?

—No estoy exactamente en los mejores términos con la marquesa —admitió—. Ettington es particularmente sensible con respecto a su esposa, así que he mantenido la distancia.

—¿Pero pasarás la Navidad con ellos?

—Una proposición delicada, sin duda —reflexionó—. Había planeado mantenerme alejado de ellos tanto como fuera posible.

Su postura se relajó un poco, y ella continuó. —No te estoy pidiendo que hagas nada impropio con la marquesa, ni con la señorita Waters tampoco. Solo salúdala, charla un poco y pregunta si sabe quién es la nueva cara entre la multitud. Estoy segura de que estará encantada de presentártela si indicas que tienes interés. Pensará que eres un posible pretendiente.

Lord Wade la miró, su expresión ilegible por un momento. —Nadie creería eso. —Pero asintió, y ella supo que tenía una oportunidad—. ¿Qué gano yo con esto?

Se sorprendió ante su pregunta. —Bueno, me haría feliz, para empezar.

—No es razón suficiente. —Frunció el ceño y volvió a cruzar los brazos—. Tienes otros admiradores aquí esta noche. Encanta a uno de *ellos* para que haga el trabajo que quieres que se haga.

Atónita por su negativa tan absoluta, Portia buscó un mejor incentivo. Realmente le había caído bien la señorita Waters desde el momento en que se conocieron esta noche, pero Regina era tan tímida y su tía tan abrumadora, no solo por su perfume. Portia temía que Regina nunca se divirtiera. ¡La casarían con el primer hombre que pidiera su mano, aunque tuviera sesenta años!

Pero ¿qué podía darle a Lord Wade que pudiera tentarlo a aceptar? Nunca había necesitado hacer más que pedir un favor antes. Probablemente debía favores por esos favores pasados también. De repente sonrió cuando se le ocurrió la forma perfecta de pago. —¿Lo harías por un beso?

Wade se rió duramente y negó con la cabeza. —Ni hablar. El valor de esa moneda ha disminuido considerablemente desde tu compromiso.

—Oh —susurró, desanimada. Había asumido que después de su encuentro del otro día, estaría tan ansioso como todos los otros caballeros que le habían robado besos—. Algo más, entonces.

Tenía suficiente dinero para gastos menores consigo esta noche, si fuera necesario. Sin embargo, sería extremadamente incómodo darle dinero a un caballero. Que Lord Wade se quedara con las ganancias de una apuesta era una cosa. Aceptar monedas frías de una dama era algo muy distinto. Pero él necesitaba dinero más que cualquier otra cosa. Levantó su bolsito, lista para contar lo que tenía.

Sus ojos se entrecerraron de repente, y una sonrisa amarga torció sus labios.

—Tu liga.

Ella parpadeó y el bolso se le escapó de los dedos.

—Te ruego me disculpes.

Wade se acercó, bajando la voz.

—Estoy arriesgando mi salud al acercarme a Lady Ettington. Si hago esto, bien podría encontrarme en el extremo receptor del disgusto del marqués nuevamente. No es algo insignificante, déjame decirte.

Portia no sabía que Lord Wade estaba en desacuerdo con los Ettington o no habría depositado sus esperanzas en él. Sin embargo, no había nadie más a quien se atreviera a pedir. Todos los demás caballeros en quienes confiaba parecían mantener las distancias. No obstante, conseguir la ayuda de Lady Ettington era la única forma de sacar a Miss Waters de su rincón oscuro esta noche.

Definitivamente le debería un favor por sus esfuerzos. Cuanto más personal, mejor.

—Muy bien.

Sus cejas se alzaron.

—¿Muy bien qué?

—Mi liga. Te la mostraré. Solo una, eso sí.

Él parpadeó y retrocedió un paso, mirando hacia abajo.

—¿Por cuánto tiempo?

Portia lo consideró.

—La cuenta de cinco.

—Veinte. Recuerda, podría terminar con la nariz ensangrentada.

Ella se quedó boquiabierta. Lord Wade se desmayaba al ver su propia sangre, desafortunadamente.

—Diez, y ni un momento más.

—Hecho —dijo él con entusiasmo.

Portia dio unos pasos atrás y luego giró. Levantó un lado de su vestido y lo subió poco a poco mientras adelantaba una pierna. Se quedó en esa posición incómoda, con el vestido recogido más alto de lo que jamás podría considerarse propio de una dama.

—Diez, nueve...

Wade exhaló lentamente.

—Y el resto.

—Te ruego me disculpes.

—Solo puedo ver una pequeña parte de la liga. Todo o nada.

Ella puso los ojos en blanco y ajustó el vestido para que pudiera ver toda su rodilla y la parte inferior de la pierna. Se quedó allí, continuando la cuenta regresiva en voz baja hasta que llegó al final. Luego soltó su vestido y sonrió.

—Eso fue incluso más largo que nuestro trato.

—Pero valió cada momento. —Wade suspiró—. Eres una mujer decidida, Portia Hayes, pero tendrás tu deseo.

Portia aplaudió con sus manos enguantadas, sabiendo que el sonido no viajaría.

—Sabía que podía contar contigo para ayudarla.

Lord Wade se acercó, sus ojos demorándose en la parte inferior de su vestido. Su atención subió lentamente hasta que finalmente se encontró con su mirada. Portia experimentó un pequeño escalofrío ante la mirada ardiente en sus ojos. Muchos hombres la habían mirado de esa manera, pero por una vez, su primer instinto no fue retroceder hacia la seguridad. Se quedó... y no pudo apartar la mirada.

—Te estoy ayudando esta última vez —advirtió él, la punta de su lengua asomándose brevemente para humedecer sus labios antes de continuar—. Hay límites para mi generosidad.

—Lo sé —prometió ella, estudiando la plenitud de sus labios. Una lástima que no estuviera interesado en los besos. De repente quería saber si era bueno en ellos. Algunos caballeros necesitaban práctica, otros parecían nacidos para pecar—. Gracias —susurró, acercándose más a él.

Él señaló la puerta de repente con un gesto enojado de su mano.

—Será mejor que regreses, y asegúrate de que nadie te vea.

—Necesito señalártela —dijo ella, agarrando su brazo—. Podemos ir por aquí y nadie nos verá. Lo prometo.

Él emitió una pequeña protesta pero tropezó tras ella. Portia estaba segura de su camino. Había estado en un baile en esta casa antes y había usado esta ruta para evitar a un pretendiente desagradable que la perseguía.

Llegaron a un lugar desde donde podían echar un vistazo a la mayor parte del salón de baile. Portia escaneó los rostros, y luego encontró a Miss Waters. Se la señaló a Wade, y sus ojos se abrieron de sorpresa.

—Por favor, Wade —susurró ella, asomándose por detrás de una cortina—. La chica es un caso perdido. Mira cómo se está escondiendo. Ha estado así toda la noche.

—Ah sí, esa. —Asintió lentamente—. Puede parecer que se está escondiendo, pero su tío es más ancho que una casa y bloquea todo ese lado del salón de baile.

Portia le golpeó el brazo con su abanico bastante fuerte.

—Deberías haber mencionado que sabías de quién estaba hablando.

—No me han presentado, pero cualquier cara nueva es objeto de chismes. A primera vista, los había tomado por paletos recién llegados a la ciudad. Una inspección más cercana cuando caminé por el perímetro para encontrarme contigo reveló que sus modas son de primera clase, pero parecían incómodos en ellas. Concluí que la familia obviamente tiene dinero y una conexión importante en el *ton* si están asistiendo a este baile. Sin embargo, parece que solo conocen a unos pocos aquí hasta ahora. Podría ser su primera noche en un baile de Londres. Parecen estar boquiabiertos con todos los que pasan junto a ellos.

Ella se aferró a su brazo.

—Eso es lo que yo también había concluido. Eres el único que puede ayudarla.

—Solo tú me pedirías que lo hiciera. —Lord Wade la miró, y luego sus párpados se bajaron sobre sus ojos. No los había cerrado, pero parecía estar inspeccionando su vestido de nuevo. Su atención se demoró en sus pechos varios latidos más de lo que podría ser apropiado y su ritmo cardíaco se aceleró.

Los pezones de Portia se endurecieron bajo su escrutinio, también, y consideró cerrar la

distancia entre ellos para robarle un beso incluso si él no lo quería. Sus mejillas se calentaron cuando él volvió a encontrarse con sus ojos y se miraron fijamente.

Sus dedos se deslizaron sobre los de ella de repente. Su toque era ligero, y su respiración se entrecortó de nuevo.

Una sonrisa juguetona curvó sus labios.

—¿Realmente quieres que la gente piense que estoy interesado en ella?

—Nosotros sabemos la verdad —susurró Portia—. Solo estás siendo un caballero servicial.

Él volvió a mirar hacia la sala.

—¿Y si no lo soy? ¿Y si descubriera que me gusta lo suficiente como para cortejarla? ¿Es eso lo que quieres que suceda también?

Portia se quedó inmóvil, pero estudió su expresión. No había hablado en broma. Portia mordisqueó la punta de su guante mientras recordaba su conversación con Lady Windermere. Sintió una inquietud mientras observaba a la familia distante. La señorita Waters solo podría beneficiarse de la presentación de Wade, y si surgía algo más...

Tomó una respiración profunda y la dejó salir lentamente. Ya no se sentía bien. —Consigue una presentación y pídele que baile. Eso es todo lo que necesitas hacer.

Wade asintió lentamente, apretando la mandíbula brevemente.

—Tengo que volver con mi madre antes de que se dé cuenta de cuánto tiempo he estado fuera —murmuró Portia, percatándose de repente de que Wade aún cubría su mano. Se liberó suavemente de su agarre—. No olvidarás tu promesa, ¿verdad?

—Después de esa muestra de valentía tuya, ni hablar. Sin embargo, solo necesito unos minutos para reajustar mi mente al acto mundano de bailar.

Portia frunció el ceño. —¿Por qué?

—Tu esbelta pierna es mucho más tentadora de lo que la señorita Waters podría ser jamás.

Portia sonrió radiante a pesar de que la imagen que pintaba era escandalosa. —Eso fue muy dulce de tu parte.

Wade la agarró bruscamente por los hombros, la giró y la empujó con fuerza hacia la lejana puerta de la biblioteca. —No me tientes a decir lo que realmente pienso.

Portia se deslizó dentro de la habitación y la encontró aún desocupada. —No veo a nadie. Rápido ahora.

Wade la agarró del brazo y la atrajo hacia él de repente.

Se quedaron en la puerta a escasos centímetros el uno del otro, y Portia tembló bajo su agarre. Se humedeció los labios. —Cuida tus modales con la marquesa, y el marqués también. No me gustaría que te hicieran daño.

Una pequeña sonrisa jugó en sus labios, y asintió. —Por cierto, me habría conformado con saber el color de la liga que llevabas esta noche —susurró, antes de esquivarla—. La pierna fue un regalo inesperado. Te agradezco el placer.

Antes de que pudiera golpearlo con su abanico de nuevo, él ya se había ido, corriendo hacia la puerta más lejana.

Portia lo siguió, riendo por su audacia y deslizándose hacia el pasillo. Caminaría audazmente de vuelta al salón de baile tan rápido como fuera decoroso y, dado que tenía pocos bailes esta noche, mantendría un ojo en los acontecimientos.

Lord Montrose se acercaba a sus padres con una copa de champán llena en la mano cuando ella se reunió con ellos.

Sus padres estaban enfrascados en un vigoroso debate sobre el valor de criar faisanes en lugar de conejos cuando regresó sin que la notaran. Su padre se oponía enérgicamente al conejo,

negándose a comerlo, pero su madre estaba harta del faisán y amenazaba con no volver a servirlo nunca más. Este era el tipo de conversación fascinante que Portia había soportado toda su vida. ¿Era de extrañar que hubiera accedido a casarse tan rápidamente?

No podía esperar para escapar de sus padres. Nunca estaban de acuerdo en nada. No era de extrañar que Lord Montrose nunca se quedara mucho tiempo cuando venía de visita.

Portia escaneó los límites del salón de baile, buscando a la señorita Waters.

Una vez que la encontró, aún pegada a las sombras de su tía, Portia buscó a Lord Wade y lo encontró no muy lejos. Su tía estaba a su lado, copa en mano como era habitual. Él se inclinó para hablarle, pero ella lo apartó, como si le hubiera contado un chiste grosero o la hubiera regañado.

La atención de Lord Wade se desvió hacia donde estaba la señorita Waters, y pareció estudiar el aire a su alrededor y a los invitados más cercanos a la joven.

Portia descubrió entonces que se estaba poniendo ansiosa por su encuentro. *Ella* había sido una vez esa tímida flor de pared, aterrorizada de dar un paso en falso. Lord Wade había sido el primer caballero que realmente intentó hacerla sentir que merecía estar allí. También le había preguntado si era tan virginal como parecía. Su indignada respuesta después de un largo momento de silencio atónito solo había hecho que su sonrisa se ensanchara. Entonces le dijo que esa sería la pregunta que todos los caballeros que conociera se morirían por saber, simplemente porque poseía una dote tan grande.

Wade realmente la había preparado para lo peor de la sociedad. *Le habían* hecho la misma pregunta de muchas maneras, también, pero ninguna tan audaz o inmediatamente. Caballeros — con título, ricos o cazafortunas desesperados— habían estado intentando atraerla a rincones oscuros para robarle su virtud desde entonces.

Si la señorita Waters podía sobrevivir a un baile con Lord Wade, y sus inevitables preguntas atrevidas, podría hacerlo con cualquiera.

Wade, a pesar de su molestia con él en años anteriores, tenía buen ojo para las buenas mujeres, especialmente aquellas en su primera e importante temporada. Portia se preguntó brevemente qué le habría dicho a Lady Ettington para haberla molestado tanto. ¿Habría sido también la primera temporada de esa dama?

Tendría que preguntarle otro día, porque Wade finalmente se había movido para hablar con la diminuta marquesa, y no pudo evitar notar que su reverencia fue ciertamente muy profunda. Realmente necesitaba averiguar qué había hecho, y pronto.

CAPÍTULO 15



JULIAN HIZO UNA MUECA. —Lamento haberte ofendido la última vez que hablamos. Esperaba que lo hubieras olvidado o, si no, perdonado.

La mirada pétrea de Lady Ettington sugería que no lo había hecho.

—En mi defensa, sabía que no podías ser en absoluto adecuada para Lord Louth, aunque no debería haber expresado ese sentimiento de la manera en que lo hice. No cuando Ettington miraba con ojos asesinos a cualquiera que te admirara por demasiado tiempo. Cualquiera con ojos y mente podía ver lo perfectos que eran el uno para el otro desde el principio.

Ella frunció el ceño aún más. —Eso es un cuento chino.

Él negó con la cabeza. —No, en absoluto. Ettington y Louth son amigos, y si hubieras puesto tus ojos en Louth, los habrías enemistado. Créeme, todos los caballeros deberían evitar provocar a un tipo territorial como tu marido. —Extendió las manos—. Y veo que todo ha salido de la mejor manera. Estás casada, y ahora él puede amenazar abiertamente a cualquiera que se acerque demasiado al deseo de su corazón.

Ella entrecerró los ojos mirándolo. —También eras amigo de esa mujer atroz.

Él suspiró. —Intenté advertir a la señorita Scaling que sus ambiciones con respecto al marqués estaban destinadas al fracaso. Repetidamente, de hecho. No quiso escuchar.

—¿Y el estanque? Jugaste un papel en mi caída.

—Sin querer, sí. —Hizo otra mueca—. Desafortunadamente, estaba distraído ese día y fui torpe. Había intentado tocar el pie de la señorita Scaling para hacerla retroceder, alejándola de ti, y en su lugar yo...

—Me hiciste tropezar. Caí hacia atrás en ese estanque de agua sucia y arruiné un día perfectamente encantador. Ambos me hicieron quedar como una tonta, justo como ella quería. Me enfermé por el frío que pescué.

Wade negó con la cabeza. Estaba equivocado. Total y completamente. No todos sus primeros intentos de hacer de casamentero habían sido sutiles o llevados a cabo con éxito. Miró rápidamente a su alrededor, notando que estaban atrayendo la atención. El Duque de Exeter, el tío de su esposo, lo observaba con los ojos entrecerrados. Afortunadamente, su protector marido aún no había notado que estaban hablando.

Ettington había dejado claro rápidamente su disgusto con él poco después de que el matrimonio se llevara a cabo, pero eso había sido hace ya algún tiempo. Esperaba que el hombre se hubiera olvidado de su existencia. —Después de los acontecimientos de ese día, temí que vendría algo peor. Solo mantuve la amistad, actuando como su amigo, con la esperanza de saber de antemano cuáles podrían haber sido sus próximos planes. No había contado con que fuera más astuta que yo.

La marquesa lo miró con sospecha y luego asintió. —Estás perdonado.

—Gracias. —Sonrió rápidamente aliviado. La Marquesa de Ettington había conquistado completamente a la *alta sociedad* desde aquel lejano día. Ahora la gente acudía a ella en busca de ayuda con bastante frecuencia—. Sobre el favor que te pedí...

—Quieres que te presente a una joven dama.

—En efecto. Su nombre es la señorita Waters. Es nueva en la ciudad. Creo que tienes una relación con ella y con sus tíos.

—El señor y la señora Lowell son viejos conocidos míos del norte. —Lady Ettington miró más allá de él y frunció el ceño—. Oh, cielos. Regina está escondida entre las sombras detrás de su tía otra vez. Nadie la notará allí. Pero dime, ¿por qué la has notado tú?

La marquesa era perspicaz, lo que la había convertido en la pareja perfecta para el marqués. —Le prometí a un amigo que bailarían con la señorita Waters, pero debe ser esta noche —explicó rápidamente.

La marquesa lo miró de arriba abajo y luego sonrió. —Estaré encantada de ayudarte. ¿Cómo te gustaría proceder? Sería extraño simplemente acercarse a ella.

Él pensaba lo mismo. Apresurarse hacia ella sería impropio y sugeriría que estaba desesperado por ganar su favor. —Tal vez te gustaría dar una vuelta por la sala, para que nuestra presentación no parezca tan obvia —dijo rápidamente.

—Ya has hecho esto antes —murmuró Lady Ettington mientras deslizaba su brazo a través del suyo—. ¿Cuántas veces has bailado con una chica tímida para hacerla notar?

Él se encogió de hombros. —Una o dos veces.

—Oh, más que eso, me atrevería a apostar. —Se rio suavemente—. Desde nuestra última conversación hace todos esos años, me he asegurado de prestar atención a dónde estás, por seguridad, ya entiendes.

Él asintió, pero se preguntó cuánto tiempo le reprocharía su comportamiento anterior. —Nunca volveré a hacerte daño, lo juro. Nunca fue mi intención hacerlo en primer lugar.

Ella lo miró, sus ojos perforando los suyos. —Bailas con muchas chicas tímidas pero nunca terminas casado con ninguna. ¿Por qué?

Él se encogió de hombros nuevamente. —¿Qué puedo decir? Su gusto en hombres es espantoso.

La marquesa miró al frente, saludando a los conocidos mientras pasaban. —Las que noté que pasabas más tiempo con ellas terminaron casándose por amor.

—Tonterías —murmuró, esperando que la dama no lo cuestionara tan de cerca sobre sus asuntos. Usualmente era muy rápido para detectar los signos de una ardiente infatuación en sus amigos y conocidos. Incluso podría haber empujado a más de unos pocos hacia una conclusión satisfactoria. Era un hábito familiar. La tía Hesper lo había perfeccionado hasta convertirlo en un arte refinado.

—Conocía muy bien a los padres de la señorita Waters. Eran vecinos de mi hogar de la infancia, pero ambos murieron el año pasado en un accidente de carruaje. Regina es mayor de edad, pero permanece bajo la protección de su tía y tío maternos. Son buenas personas, pero no están familiarizados con las costumbres de la *alta sociedad*. Tiene una dote, por supuesto, suficiente para interesar a muchos caballeros que podrían cortejarla. Se está quedando con nosotros como nuestra invitada durante el mes.

—Tener la aprobación de la Marquesa de Ettington asegurará que se case rápidamente —murmuró.

—La velocidad no es importante siempre y cuando sea feliz —respondió Lady Ettington—.

Confío en que tendrás eso en cuenta y no la llevarás a imaginar que tienes intenciones cuando no las tienes.

—Nunca haría algo así —prometió. Miró a la dama en su brazo y sonrió—. Eres muy sabia.

Una sonrisa traviesa cruzó sus labios, y luego se rio. —Lo sé.

Julian rio con ella y miró hacia adelante con un renovado entusiasmo por la velada. Si acababa de recuperar la aprobación de la marquesa, quizás su ayuda pudiera verlo a *él* felizmente emparejado algún día también. Por el momento, estaba más interesado en este nuevo plan de casamentera. No tenía idea de quién sería adecuado para la señorita Waters, pero al final de la noche, podría saberlo.

Finalmente llegaron al lugar donde se encontraba su presa, y la tía fue muy rápida en captar la atención de la marquesa y comenzar a hablar. La marquesa fue muy amable y gentil con una mujer claramente fuera de su elemento en tal compañía.

Lady Ettington dio unas palmaditas en el brazo de la mujer y sonrió.

—Mi querida, confío en que esté disfrutando de la fiesta.

—De hecho, lo estamos —se entusiasmó el tío, mirando alrededor con asombro.

Wade mantuvo su posición, esforzándose por parecer aburrido pero notando todo. La debutante se sonrojó ante la primera mención de su nombre en la conversación, pero habló bien por sí misma. Cuando finalmente Lady Ettington lo presentó, describiéndolo como un caballero fino y un amigo cercano, Regina Waters se ruborizó bastante.

Él se inclinó sobre la mano de la señorita Waters para ocultar su diversión. Las vírgenes eran tan fáciles de detectar en una habitación en comparación con las mujeres más experimentadas y aburridas.

Cuando le pidió bailar, la señorita Waters miró a su tía en busca de permiso.

—Es un amigo de la marquesa, así que por supuesto estamos encantados —dijo la tía audazmente, guiñando un ojo a la marquesa.

Julian se movió incómodo. Solo estaba tratando de bailar con la chica, no comprometerse a casarse con ella. Tenía una dote considerable, y si eso hubiera sido lo más importante, podría haber hecho todo lo posible por deslumbrarla allí mismo.

Se despidieron, prometiendo volver para el baile antes de la cena, pero después de unos pasos de su brazo, Lady Ettington comenzó a reír.

Julian la miró inquisitivamente.

—¿Me perdí el chiste, mi lady?

La sonrisa de Lady Ettington se volvió positivamente malvada.

—Oh, perdonarte valió la pena solo por presenciar tu terror hace un momento.

Él suspiró, lo que la hizo reír aún más fuerte.

Mientras continuaban su paseo por la sala, deteniéndose para hablar con conocidos mutuos, la marquesa poco a poco se calmó.

—No es como si nunca hubieras sabido que algún día te casarías. Juro que todos los hombres piensan que está tan lejos en su futuro que no les concierne en absoluto. Sin embargo, cuando se enfrentan a una dama que les resulta interesante, se quedan sin palabras. Solías hablar más.

—¿Lo hacía? —Echó un vistazo por encima del hombro, notando que la señorita Waters lo observaba. Asintió y apartó la mirada. Era bonita, pero... no agitaba su sangre. No de la manera en que Portia siempre lo había hecho. Quizás un conocimiento más prolongado mejoraría su atracción hacia ella—. Tal vez la próxima vez.

Cuando llegaron junto al Marqués de Ettington, el estómago de Julian se agitó momentáneamente con ansiedad. La expresión del marqués era absolutamente gélida esta noche.

Ettington no era un hombre al que ofender, y todos lo sabían. Sin embargo, su esposa se apresuró hacia su marido y le dio un rápido beso en la mejilla.

—Sé amable. Volvemos a ser amigos.

—Si tú lo dices —murmuró Ettington, y el hielo se derritió mientras sonreía a su esposa—. ¿Qué has estado haciendo?

—Un poco de esto, un poco de aquello. Te lo contaré todo más tarde —prometió ella, dando unas palmaditas en el pecho lujosamente vestido de Ettington.

Julian hizo una profunda reverencia y se excusó rápidamente. Se dirigió hacia el sirviente más cercano que llevaba champán y tomó una copa de la bandeja. Encontró un lugar tranquilo para esperar su turno de bailar con la marginada y observó el progreso del baile en silencio.

Aunque Portia Hayes salió a la pista con un pícaro distinguido, Julian estudió a la señorita Waters en su lugar. Era bonita, a pesar de sus sonrojos. Luego fue presentada a otro caballero y añadió otro compañero de baile a su tarjeta.

Sus ojos buscaron los de él de repente, y Julian asintió, animándola. Sus hombros subieron y bajaron, y ella se dio la vuelta para despedirse de su nuevo conocido luciendo otro sonrojo.

Se rio para sí mismo. Las chicas vírgenes eran una fuente continua de diversión. Solo esperaba que cuando finalmente llegara a la pista de baile con la señorita Waters, la pobre chica no se desmayara por la sobreestimulación de ser vista.

Hubo cierta agitación detrás de él, y echó un vistazo brevemente por encima del hombro.

El Duque de Exeter se había movido.

Julian volvió a reír y prestó atención a los invitados que estaban cerca de él. Las damas, jóvenes y mayores, tenían los ojos prácticamente pegados a la ubicación del Duque de Exeter. Pero no era solo por el título que su gracia poseía o sus bolsillos sin fondo; era la cualidad atemporal de su rostro y figura lo que mantenía a las damas jadeando tras él. Cuando se paraba cerca de su sobrino, el Marqués de Ettington, Julian juraba que algunas de ellas se desmayaban.

Probablemente esperaban tener la suerte de que las invitara a bailar. Julian no creía que tuvieran muchas posibilidades. El duque era selectivo y nunca se había casado, ni parecía probable que lo hiciera a su edad. Ya tenía más de cincuenta años, pero aún parecía un hombre en su mejor momento. Algunos hombres nunca se molestaban en casarse, aunque el duque estaba dedicado a su familia.

Un nervioso murmullo recorrió la multitud y una presencia se detuvo inesperadamente al lado de Julian.

—Buenas noches, Lord Wade —murmuró el Duque de Exeter.

Julian se volvió para enfrentar al duque e hizo una profunda reverencia.

—Su gracia.

El duque le indicó que se levantara con un suspiro impaciente.

—Confío en que está teniendo una velada agradable.

—En efecto. —Vio a Portia observándolo desde el otro lado de la sala y sonrió, recordando los acontecimientos de antes en la noche. Desafortunadamente, ahora todos los demás también lo estaban mirando. Su gracia rara vez rondaba los salones de baile sin compañía—. ¿Y usted?

—Aceptable.

Julian hizo una mueca. Su anfitriona estaría destrozada por ese tibio elogio.

—Confío en que aún vendrá a visitarnos en Navidad —preguntó el duque.

—Sí, en efecto, y espero con muchas ganas las festividades —prometió Julian—. Mi tía también.

—Sí, lo mencionó la última vez que hablamos —el duque suspiró de nuevo y echó un vistazo

a los presentes. Algunos notaron la atención del duque sobre ellos y los abanicos se abrieron de golpe mientras las damas le ofrecían todo tipo de aliento para que se acercara. Algunas incluso saludaron y se arreglaron el cabello. El duque, sin embargo, negó con la cabeza y volvió a dirigirse a Julian—. ¿Todo esto te parece tan tedioso como siempre me ha parecido a mí?

—A veces —aseguró Julian mientras una dama ejecutaba un desmayo perfectamente artificial. Cayó en un montón ordenado sobre el parqué, esperando que el duque corriera a través de la sala para levantarla. Él no lo hizo, por supuesto—. Obviamente no provocó el mismo nivel de adoración universal que tú.

Su excelencia soltó una carcajada.

—Probablemente te estés preguntando por qué realmente me detuve a hablar contigo.

—Soy todo oídos —prometió.

La expresión del duque se volvió pensativa.

—Me temo que tengo un favor que pedirte.

Hacer favores a los amigos no era inusual para él, pero ahora le prestó toda su atención al duque, porque era la primera vez que Exeter se le acercaba para pedirle uno. Percibió una extrema incomodidad en el duque, y eso le intrigó. ¿Con qué frecuencia un duque parecía reacio a exigir algo a alguien y esperar que se hiciera sin cuestionamientos?

—¿En qué puedo ayudarte?

El duque miró rápidamente a su alrededor, con expresión agria.

—Aquí no, ni esta noche. ¿Montarías conmigo en Hyde Park mañana por la mañana?

El duque montaba todas las mañanas, pero Julian no. Hace un año, habría saltado ante la oportunidad, pero ya no tenía un caballo para sacar. Hizo una mueca al darse cuenta de que debía negarse.

—Me temo que mañana por la mañana no es conveniente. Tal vez podríamos hablar en White's más tarde en el día.

—Tengo un compromiso mañana por la tarde que no puede posponerse —el duque frunció el ceño—. ¿Sería posible apartarte de toda esta alegría esta noche para nuestra discusión?

—Solo tengo un baile con la señorita Waters, el penúltimo antes de la cena —le dijo al duque.

—Después de la cena entonces —asintió, girándose para irse—. Estaré en el estudio de Northam.

Julian estaba lo suficientemente preocupado por la prisa del duque como para detenerlo.

—¿Ocurre algo, excelencia?

El duque se volvió, con expresión preocupada.

—No. Sí. Quizás. Hablaremos más tarde, y entonces lo entenderás.

—Por supuesto. Hasta luego, entonces —prometió Julian.

El duque giró y se dirigió hacia su sobrino, dejando a un número de damas suspirando a su paso. Julian no tenía idea de lo que el duque podría querer de él, pero no podía esperar para averiguarlo. Se frotó las manos. Debía ser algo muy delicado o muy escandaloso.

CAPÍTULO 16



PORTIA DESLIZÓ LOS dedos entre las cintas de seda, admirando la variedad de colores entre los que una dama podía elegir. Posó sus dedos sobre un tono particularmente hermoso de azul suave, y Lavinia rápidamente lo arrebató.

—Me gusta este —exclamó Lavinia.

—Tenemos un gusto sorprendentemente similar —murmuró Portia, pero ocultó una sonrisa. Había estado guiando a su hermana por la tienda durante la última media hora, y estaba muy satisfecha con las adiciones que había hecho al guardarropa de su hermana sin que la chica se diera cuenta de que estaba siendo manipulada. Por muy astuta que pudiera parecer la acción de Portia, ambas se beneficiarían, pero principalmente era para mantener a salvo las posesiones de Portia.

Una rápida mirada al otro lado de la habitación confirmó que su madre estaba bien ocupada, hablando con el propietario. Sin duda, Lavinia estaba siendo consentida, pero era por una buena causa. Merecía ser notada.

—¿Es suficiente para llevar con los nuevos vestidos que Madre encargó que te hicieran?

—Creo que sí. ¿Crees que necesito más?

Portia consideró a su hermana de nuevo.

—Tal vez otro trozo de cinta blanca. El blanco combina tan bien con todo y siempre se ve encantador en tu cabello.

Lavinia volvió a la selección de cintas blancas y eligió una tira de un cuarto de pulgada para atarse alrededor de la cabeza, luego se la mostró.

—Una buena elección —aseguró Portia—. Tenemos mucha de la más ancha en casa.

Lavinia miró las manos vacías de Portia.

—¿Qué vas a comprar tú hoy?

—No necesito nada, ahora que mi hermana tiene sus propias cintas —puso sus manos sobre los hombros de Lavinia y los apretó—. Siempre puedo pedirte prestado si necesito algo.

Lavinia apretó sus selecciones contra su pecho, protegiéndolas.

—Oh, no lo hagas.

—Solo estoy bromeando —Portia rio suavemente y regresaron con su madre.

El propietario de la Mercería Cabot la saludó con una sonrisa.

—Señorita Hayes, qué placer verla visitar el emporio de nuevo.

—Gracias, señor Cabot.

—¿Puedo felicitarla por la ocasión de su futuro matrimonio?

Portia asintió. No era la primera vez esa mañana que un negocio que frecuentaban mencionaba su próxima boda.

—Gracias.

—Si hay algo que pueda necesitar, por favor no dude en avisarnos. Día o noche, estamos a su servicio, y con mucho gusto —sonrió rápidamente, y luego miró más allá de ella, frunciendo el ceño. Asintió y miró hacia su madre—. ¿Hay algo más que necesite en este momento, señora? Debo atender las necesidades de otro cliente.

—No, en absoluto. Estamos contentas de seguir mirando un poco más antes de completar nuestras compras.

—Gracias —hizo una reverencia—. Con permiso.

Portia miró por encima de su hombro para verlo irse, y vio a Lord Wade entrar en la tienda.

Se giró completamente para mirarlo, observándolo realizar rápidamente su transacción. Compró algo bastante pequeño pero lo guardó en su bolsillo antes de que ella pudiera determinar qué podría haber sido.

Una vez concluido su asunto, se dirigió a su lado.

—Buenos días, señoras —dijo con una sonrisa indulgente—. Todas están fuera temprano y radiantes hoy. ¿Disfrutaron de su velada anoche?

—En efecto lo hicimos, pero pensé que había muy pocas sillas para sentarse.

—Ah, siempre es así en los eventos de los Northam —se inclinó cerca de su madre—. Lo hacen para que todos tengan que mezclarse en lugar de acomodarse.

—Oh, eso es tan astuto —exclamó la madre, pero luego se volvió hacia Portia—. Debes recordar ese truco, querida, para cuando organices tu primer baile como duquesa.

Portia notó que la sonrisa de Lord Wade se deslizó un poco antes de hablar de nuevo.

—Estoy seguro de que su pista de baile será un mar de cuerpos sin importar cuántas sillas coloque.

—Estoy totalmente de acuerdo —murmuró la madre, y luego se alejó para completar sus compras para Lavinia.

Portia estaba feliz de quedarse con Wade para confiarle sus temores.

—Esperaba que ese fuera el caso, pero ahora temo que me abandonen.

Lord Wade sacudió la cabeza rápidamente.

—Nadie desairará a una duquesa, pero podrías encontrarte con un conjunto completamente nuevo de conocidos.

Ella lo miró a los ojos, admirando su semblante. Era uno de los pocos caballeros que conocía que parecía el mismo por la mañana y por la noche. Nunca lo había oído quejarse de levantarse demasiado temprano o acostarse demasiado tarde.

—¿Disfrutaste del baile que compartiste con la señorita Waters?

—Lo hice —prometió Lord Wade—. Tiene una disposición vivaz.

—¿Y Lady Ettington estuvo feliz de presentarlos?

—En efecto —cambió de posición—. La dama también disfrutó bastante de mi incomodidad. Portia se quedó boquiabierta.

—¿Fue mala contigo?

—No, nada de eso. Fue muy amable y me ha perdonado.

Portia se calmó rápidamente.

—¿Qué otra incomodidad podrías referirte entonces?

—Creo que se le ha metido en la cabeza que mentí sobre mi razón para pedir la presentación. Le conté sobre la promesa que te hice, sin decir que era para ti, pero me temo que imagina que estoy verdaderamente interesado en Regina Waters.

—Pero no lo estás —replicó Portia rápidamente—. Me estabas haciendo un favor.

—No es así como ella lo vio, ni probablemente nadie más. La señorita Waters tiene una pequeña dote ordenada y el favor de la marquesa. A pesar de mi reticencia inicial a acercarme a ella, encontré a la señorita Waters muy agradable para bailar, y creo que el salón de la marquesa estará lleno de la crema y nata hoy.

—Estoy tan contenta por la señorita Waters —dijo Portia, poniendo su mano en su brazo—. Toda dama debería estar abrumada de opciones cuando se trata de elegir marido. ¿Sientes que ella favorece a algún caballero en particular ya?

Wade entrecerró los ojos mirando su mano.

—No tengo idea, pero espero saberlo pronto cuando le haga mi visita, y en las próximas semanas.

—Bien. Hazme saber lo que descubras —susurró, retirando su mano—. Quizás podríamos ayudar a hacer un match para ella.

Lord Wade parpadeó.

—Creo que la señorita Waters tiene toda la ayuda que podría necesitar en la Marquesa de Ettington.

—Cierto, pero nunca se sabe. Podría elegir a alguien bastante inesperado.

Wade negó con la cabeza. —Ojalá. Sin embargo, sospecho que al final se casará muy sensatamente. La mayoría de las mujeres ya han formado una opinión sobre el caballero que desean antes de que comience su temporada.

—¿Eso no es cierto?

—¿No lo es? —Se volvió hacia ella—. ¿Acaso un título no era todo lo que tu corazón realmente deseaba en un marido? Hubiera pensado que el amor o incluso un poco de afecto tendrían un lugar más alto en tu lista que la fría alianza que has elegido. Personalmente, elegiría el amor sobre el dinero y el poder cualquier día.

Portia lo miró con asombro. —Nunca me habías dicho eso antes. ¿De verdad lo crees?

—Lo creo. —Apartó la mirada—. Es posible ser feliz cuando se tiene muy poco para vivir.

Una extraña tensión invadió a Portia. No tenía idea de que Wade tuviera opiniones tan fuertes sobre el matrimonio, o el amor, para el caso. Nunca hablaba realmente sobre sus propios planes para el futuro. Ella simplemente había asumido que sería como todos los demás. Él *necesitaba* dinero, pero afirmaba que no se casaría para conseguirlo.

La madre regresó en ese momento, y Lord Wade se vio presionado a unirse a ellas de una manera que no pudo rechazar. La madre reclamó su brazo cuando salieron juntos de la tienda, y lo arrastró en su excursión.

Fueron luego a una librería, y Lavinia desapareció entre la primera fila de estanterías con un chillido de alegría.

Lord Wade se rio. —Cuando tu familia se siente a elegir qué tipo de marido le convendría a Lavinia, asegúrense de que el interés por los libros esté en lo alto de la lista de requisitos esenciales.

—No hay lista, pero estoy segura de que Lavinia se asegurará de que su marido lea.

Lord Wade se acercó a una estantería y sacó un delgado volumen. Lo inspeccionó, leyó la introducción... y entonces ella notó que sus dedos se deslizaban sobre la esquina marcada con lápiz, donde estaba escrito el precio. Wade volvió a colocar el libro en el estante con evidente reluctancia y se movió más adelante en la fila.

La miró mientras ella lo seguía.

—¿De qué hablaban tú y el duque anoche?

—De la Navidad en su finca.

Portia tomó un libro al azar, sintiéndose molesta por no poder estar allí con él. No quería un nuevo grupo de conocidos cuando se casara, solo porque se hubiera casado con Montrose. Le gustaban los amigos que ya tenía, incluido Wade. —¿Devolviste el cuadro?

—No.

—¿Por qué no?

Él se volvió y una expresión de fastidio apareció en su rostro. —Es complicado.

—Oh, ¿y crees que soy demasiado tonta para entenderlo?

—Oh, sé que eres tan inteligente como cualquiera, probablemente más inteligente que yo. —Asintió—. Estás en medio de esto, y de todos modos deberías escucharlo todo de mí. Confío en que no lo repetirás.

—Nunca te traicionaría —prometió ella.

Él le hizo señas para que lo siguiera más adelante en la fila de libros, lejos de donde su madre y su hermana estaban hojeando los estantes.

—El objeto que tomé, el bastón tallado, pertenecía a Montrose, aunque no lo supe hasta el momento en que lo entregué. Una vez que me enteré, rechacé el dinero de Windermere y logré hacer un trato para recuperarlo. Luego lo arrojé a las llamas. Windermere debe haberlo sacado de nuevo después de que me fui y completó la apuesta la noche siguiente.

—Windermere te traicionó —dijo Portia lentamente, y luego se enfureció en nombre de Lord Wade—. ¿Qué tiene que ver Windermere con el cuadro que querías?

—El retrato era de su esposa, mucho antes de que se casaran. Lady Windermere estaba muy ansiosa por recuperarlo, e hicimos un trato... o eso creía yo. No tengo idea de por qué tu tío lo tenía, y lo entregaré, eventualmente.

—Deberías hacer que los Windermere se retuerzan primero —anunció ella—. Montrose vino a ver a mi padre, y a mí también, y exigió saber si alguien había estado en la casa del tío Oliver.

—¿Qué dijiste?

—Nada sobre ti, por supuesto —prometió. No le había gustado la forma en que Montrose la había interrogado sobre la casa o su contenido—. Fue un error inocente el que cometimos.

—Verdaderamente lo fue. —Hizo una mueca—. Sin embargo, es poco probable que lo olvide. Sé que debería haberte contado todos los detalles antes, pero, bueno... como vas a casarte con el duque, pensé que era mejor mantenerte en la ignorancia. Es más fácil negar algo cuando no tienes conocimiento de ello.

—Lo había descubierto antes de verte en la cena de los King. —Portia se estremeció—. ¿Por qué habría mandado hacer algo así?

—No es inusual que los amantes usen tales implementos para aumentar su placer. Para Montrose, sin embargo, es... No, olvida eso ahora.

En efecto, Portia no quería saber sobre Montrose ahora mismo. Ya estaba dudando de su decisión de casarse con él cada dos días, al parecer. Giraron hacia otro pasillo donde Lavinia buscaba febrilmente en los estantes, y el tema se dejó de lado hasta que estuvieron más o menos solos de nuevo.

—Hay otra razón por la que he retenido el cuadro en mi posesión —admitió él.

Ella lo miró rápidamente. Portia había pensado que algún día a ella también le gustaría posar sobre un largo diván y no llevar casi nada. —¿Admiración?

—Montrose ha estado en tu casa y puede haberlo visto. Si reconoció a Lady Windermere en el cuadro, podría querer usarlo para extraer venganza. Si te lo devuelvo, él acabará poseyéndolo eventualmente. Puede que esté enojado con Windermere, pero no seré cómplice de la humillación de Lady Windermere si puedo evitarlo.

Ella sonrió a Lord Wade, admirando su determinación. —¿Incluso aunque te hayan traicionado, aún los protegerías?

Él asintió. —A ella sobre todo.

Portia se dio la vuelta, incapaz de dejar de sonreír. Había mucho que le gustaba de Lord Wade, ahora que finalmente había dejado de lado sus prejuicios sobre las razones por las que siempre estaba cerca. —¿Encontraste otra apuesta para completar en el libro de apuestas del Club White's?

—No, y tampoco necesitaré buscar una —admitió.

Ella lo miró sorprendida. —¿Por qué no?

—Por fin he tenido un golpe de buena fortuna, y pronto recibiré algo de dinero.

—No me digas que finalmente vendiste el arrendamiento de la casa de Hanover Square.

—No —prometió, con expresión desconcertada.

Ella hizo una mueca. —¿Se suponía que no debía saber eso?

—Suponía que no lo sabías.

—La gente habla.

Él se encogió de hombros. —He aceptado un encargo que debería detener los chismes sobre mi situación en un futuro cercano, afortunadamente.

La idea de que se marchara de Londres le desgarraba el corazón. —Le romperás el corazón a tu tía cuando la dejes atrás como lo ha hecho tu hermano.

Y el mío también.

Él rio suavemente. —No me voy al ejército, si es eso lo que temes.

Ella suspiró aliviada y le sonrió. —¿Entonces qué?

—Tiene que mantenerse en secreto, en realidad —advirtió él—. Me han pedido que ayude a un caballero a encontrar esposa.

—¿Qué?

—Me pagarán por ser casamentero —dijo riendo—. Créeme, sé lo absurdo que suena, pero por alguna razón confía en mi juicio y creo que puedo ayudarlo.

—¿Y te pagará lo que mereces?

Él asintió. —Y algo más.

Portia le agarró del brazo. —Tienes buen ojo para la gente. ¿Cuándo empiezas?

—Ya he empezado.

Portia estaba tan contenta por él que no podía dejar de sonreír. —¿Te veré esta noche en la cena de los Marks?

—No, desafortunadamente. Tengo una cena en la residencia de Lord Sullivan esta noche.

Portia entrecerró los ojos mirándolo. —Quieres decir que te emborracharás con tu amigo otra vez.

—Fue solo una vez —protestó él, deslizando otro libro de vuelta a la estantería—. No he visto a Sullivan en años.

—Pensé que erais amigos.

—Viejos amigos. —Lord Wade se movió al siguiente pasillo y cogió otro volumen—. Cuando se casó, nos distanciamos.

—¿No te caía bien su esposa?

—No, me caía muy bien. —Una extraña mirada apareció en sus ojos, y luego se encogió de hombros—. Quizás demasiado, en ese momento... y ellos estaban tan enamorados.

Y Lord Sullivan era un conde de mayor rango.

Lord Wade se dio la vuelta repentinamente, y Portia lo siguió por la habitación. Ciertamente

tenía un gusto ecléctico en libros, pero ella notó que al final no compró ninguno. Su corazón se dolía por él cuando pensaba en su situación y lo que este acuerdo secreto para hacer un emparejamiento podría significar para su futuro. Era muy inteligente y astuto. Ya se había perdido la oportunidad de casarse una vez, y eso también le dolía. Sin embargo, no tenía idea de cómo había llegado a tener tan poco dinero. Nunca había parecido un hombre extravagante. Era demasiado sensato en sus hábitos para eso.

—¿Cómo eran tus padres?

Él pareció muy sorprendido por su pregunta. —Mi madre murió cuando yo era muy joven. Apenas tengo recuerdos de ella.

—¿Y tu padre?

Una expresión de disgusto cruzó su rostro. —Un derrochador. Apostaba, hacía apuestas insensatas, compraba cosas caras que apenas necesitábamos. Estaba empeñado en mantener la apariencia de tenerlo todo incluso cuando las arcas estaban llenas de polvo.

Había un tono tenso en sus palabras, y Portia finalmente entendió a Lord Wade. Estaba avergonzado y disgustado por lo que había sucedido antes de que él asumiera el título.

Ella puso su mano en su brazo de nuevo y la mantuvo allí. —¿Cuándo vino tu tía a vivir contigo?

—Después de que mi padre muriera, decidimos que una sola casa nos vendría mejor. Ella había enviudado hacía un tiempo y estaba luchando con la soledad en una casa vacía. Anhelaba tener familia de quien ocuparse. Cuidó un poco de mi hermano menor, se encargó de la casa, y todo lo que yo tenía que hacer era pagar las facturas. No me arrepiento de esa decisión.

—Estoy segura de que has hecho lo mejor que has podido. Es maravilloso tener una tía así.

—Bebe demasiado cuando está sola —se quejó Wade—. Lo que parece ser muy a menudo últimamente, como habrás notado.

—No lo he notado —mintió Portia, y vio inmediatamente que Wade no la creyó realmente—. Me cae muy bien.

—Tú también le caes bien —prometió Wade.

Le *caía* bien, pero Portia se guardó ese pensamiento para sí misma. Wade solo negaría que hubiera algo mal entre ellas. Todo volvía a su decisión de casarse con el Duque de Montrose. Los cambios en su popularidad habían sido sutiles al principio, pero cuanto más se acercaba la fecha de la boda, más se ampliaba el abismo entre la vida que tenía y la que le esperaba. La gente ya esperaba que se comportara de una manera diferente.

Bueno, ella no iba a permitir nada de eso.

Portia dio media vuelta y se dirigió a la estantería donde Lord Wade había admirado aquel primer libro. Lo llevó al mostrador de la tienda y lo pagó con su dinero para gastos personales.

Cuando se dio la vuelta, Wade estaba de pie a unos metros de distancia, con una expresión ligeramente alarmada.

Ella le tendió el libro. —¿Podrías llevarlo por mí?

Él asintió lentamente, y para entonces su madre y Lavinia estaban listas para pasar a la siguiente tienda de su recorrido.

Una vez fuera, Lord Wade dio vuelta al libro en sus manos. —Pensé que no leías muy bien el francés.

Ella fingió sorpresa. —¿Está en francés?

Él frunció el ceño. —Sabes que lo está.

—Bueno, leo un poco de francés —murmuró ella mientras levantaba su sombrilla sobre su cabeza—. Quizás podrías leerlo primero y decidir si tengo alguna posibilidad de entenderlo.

Sus ojos se estrecharon. —Portia —gruñó—. No deberías hacer tales cosas. Montrose no lo aprobaría.

Razón de más para haber hecho lo inesperado. —Confío en que me proporcionarás un informe completo a más tardar a final de mes, Lord Wade —dijo ella para dar por terminada la discusión.

Disfrutaría escuchando el relato de Lord Wade sobre el libro, pero le importaba poco si lo veía devuelto al final. Era un regalo para su amigo porque él no podía permitirse comprarlo por sí mismo, y porque ella quería mimarlo.

Portia se mordió el labio mientras él la miraba demasiado tiempo, obviamente debatiendo si aceptar el regalo o no. Parecía que iba a protestar, pero cuando ella enlazó su brazo con el suyo y lo arrastró tras su madre, él se quedó bendecidamente en silencio.

Pasaron el resto de la mañana en compañía mutua, observando cómo Madre y Lavinia vaciaban las tiendas de sus mercancías. Pero se sentía como si algo hubiera cambiado entre ellos. Algo significativo. Algo que sabía que debía guardar para sí misma por un tiempo.

CAPÍTULO 17



UNA CASA VACÍA era una vista lamentable, pero no la de Soho Square. Julian entró en la casa del difunto tío de Portia en la tarde del domingo y exhaló un suspiro de alivio por no haberse cruzado con nadie conocido al llegar. Luego estornudó debido al polvo que había levantado con su llegada. Escuchó atentamente para determinar si estaba solo o no antes de dar otro paso.

Convencido de que había silencio sobre su cabeza, serpenteó entre cajas y posesiones que abarrotaban los aposentos de los sirvientes, y luego comenzó a subir la escalera para llegar al vestíbulo principal. Esta zona estaba un poco más despejada de escombros, pero se mantuvo bien alejado de las ventanas por si alguien miraba hacia dentro cuando él mirara hacia fuera.

Siempre le preocupaba que lo vieran allí, entrando o saliendo. No quería que lo confundieran con un ladrón o que le llegara la noticia a Lord Montrose ahora. Nadie entendería lo difícil que era para él mantenerse alejado de Portia Hayes y de esta casa. Ella solía estar aquí los domingos, después de los servicios, y él planeaba esperar con la esperanza de verla de nuevo.

Se movió por el abarrotado primer piso, mirando a izquierda y derecha para ver qué había cambiado o qué se había descubierto recientemente. Lamentaría mucho cuando ya no tuviera una excusa para venir aquí. El matrimonio de Portia con Montrose ponía fecha de caducidad a su amistad, así como a estas aventuras secretas.

Se apretujó entre unos viejos baúles de té apilados en el pasillo, preguntándose brevemente qué habría dentro, antes de subir por la gran escalera antigua hasta el piso de arriba. La luz del sol atravesaba la penumbra desde una ventana alta, bañando el camino por delante con una luz violeta. Se giró y miró hacia arriba, admirando los colores como siempre hacía.

En muchos aspectos, prefería esta casa a la suya. Era un edificio antiguo y sólido, lleno de rincones y recovecos que anhelaba tener tiempo para explorar.

Se dirigió hacia el dormitorio del viejo Oliver y se detuvo en la entrada. La habitación era grande, pero no tan abarrotada como el resto. Llena de pesadas piezas de caoba, había codiciado esta habitación para sí mismo desde el primer día que vino aquí. Sería una excelente cámara para el futuro dueño de la casa.

Al menos ese no sería Montrose. Nunca se rebajaría a pasar una noche en esta humilde morada con Portia.

Había una cámara contigua, imagen especular de esta. Oliver Quigley nunca se había casado, pero el estado de la cámara contigua le hacía parecer que sí a Julian. Parecía habitada, como el dominio de una mujer, aunque Portia nunca había mencionado la historia de la casa más allá de que Oliver era su propietario.

Tal vez había estado en la familia Quigley durante varias generaciones.

Wade oyó claramente cómo se abría y cerraba la puerta principal debajo de él, y corrió hacia

la barandilla. Miró hacia abajo, esperando ver a Portia y su doncella, pero vio hombres en su lugar.

Cuando empezaron a subir las escaleras instantáneamente, huyó de vuelta a la habitación contigua a la de Oliver porque esta vez no había tiempo suficiente para llegar a la pequeña habitación con la llave, y luego se deslizó silenciosamente debajo de la vieja cama, levantando una nube de polvo.

Se tumbó boca abajo, asomándose por debajo del edredón, mientras quienquiera que fuese entraba en el dormitorio contiguo.

Hubo un breve momento de silencio, antes de que se oyera:

—¿Dónde diablos se ha ido?

Montrose.

—No tengo ni idea, su excelencia —se disculpó el Sr. Hayes—. Tal vez mi esposa lo haya quitado.

—¿Quitado para llevarlo adónde?

—Puedo preguntarle —prometió rápidamente el Sr. Hayes.

—Hazlo —espetó Montrose—. Voy con retraso. Envíame un mensaje cuando encuentres el cuadro. Vendré a buscarlo personalmente.

Así que Montrose *sí* se había fijado en el cuadro en su última visita, y obviamente había reconocido a Esme en él. Claramente tenía planes de usarlo también.

Julian odiaba cuando las personas muy malas le daban la razón.

Unos pasos pesados se alejaron corriendo, resonando por la escalera, moviéndose a un ritmo rápido.

Aunque solo un par de ellos.

Aunque le lloraban los ojos y le picaba la nariz por el polvo, Julian permaneció donde estaba hasta que se abrió y cerró la puerta principal. Al no oír más que silencio, Julian salió rodando de debajo de la cama tan silenciosamente como pudo para investigar si Hayes también se había marchado.

A estas alturas, Julian conocía la mayoría de los puntos que crujían, y se movió casi en silencio hasta la puerta.

Oyó un ruido en la habitación contigua y rápidamente se escondió detrás de la puerta más cercana y esperó.

Después de un rato, Julian se arriesgó a asomarse de nuevo a la habitación.

El Sr. Hayes estaba de pie en el pasillo, mirando hacia la habitación del tío Oliver. El padre de Portia se rascó la cabeza.

—No voy a echar de menos este maldito lugar, pero ese cuadro sí. Maldita mujer. Espero por Dios que no lo haya quemado. Montrose montará en cólera si lo ha hecho.

Julian sonrió con suficiencia, muy contento de que Montrose nunca pusiera sus manos sobre Lady Windermere en óleo. No se sabía qué podría haber hecho con él. Estaba a salvo por ahora, pero Julian tendría que hacerle saber a Lady Windermere que Montrose también lo buscaba.

El Sr. Hayes husmeó un poco más por el piso superior, completamente ajeno a la presencia vigilante de Julian, y luego se marchó también.

Julian consideró qué hacer. No era imprescindible que hablara con Portia hoy. No había nada en particular que quisiera decirle que no pudiera esperar otro día. Debería, en justicia, devolver el retrato de Lady Windermere. No tenía ningún deseo de permanecer en medio de la creciente disputa entre Windermere y Montrose.

Se sacudió el polvo y salió por la puerta trasera como de costumbre y se dirigió a casa a

recoger el retrato envuelto.

Windermere no vivía muy lejos de él, pero llamó a un coche de alquiler para poder pasar desapercibido por las calles. Hizo que el carruaje se detuviera en su puerta y envió a un hombre a ver si Lady Windermere lo recibiría.

Mientras esperaba en otro coche de alquiler nada notable, vio pasar el escudo del Duque de Montrose en un carruaje. Julian volvió la cara para ocultar su identidad, y luego vio al hombre regresar a su carruaje. Asegurado de que ella estaba en casa y disponible, Julian salió del carruaje con su paquete y se apresuró a entrar.

Lady Windermere había envejecido muy poco desde que debió pintarse el retrato. Todavía había un brillo en sus ojos y una flexibilidad en su figura que pocas mujeres conservaban tan tarde en la vida. Lady Windermere lo miró con cautela, y luego su atención se dirigió a sus manos.

—¿Por fin lo has traído?

—Lo he traído —prometió él—. Nunca falto a mi palabra.

—Es una de tus cualidades más entrañables —murmuró Lady Windermere con aprobación.

Se lo llevó a ella, pero se sobresaltó cuando sonó un fuerte golpe detrás de él.

La dama se desplomó con aparente alivio mientras echaba un rápido vistazo al cuadro y luego hacía un gesto detrás de ella. —Bien, ponlo detrás de esa puerta de allí. Rápido, y luego ven y siéntate a mi lado y no me contradigas.

Confundido por su exigencia, Julian hizo lo que le pidió.

Y no un momento demasiado pronto. Hubo un golpe en la puerta, y su esposo se unió a ellos, seguido por Lord Montrose.

El duque frunció el ceño cuando notó a Julian sentado en la habitación.

Julian saludó a Lord Windermere con un frío asentimiento. —Buenos días, milord.

Sus ojos se entrecerraron. —¿Todavía es por la mañana?

—Yo diría que sí —confirmó Julian.

Lord Windermere parecía inusualmente agitado. Miró entre Lord Montrose y Julian con una pregunta en sus ojos.

—Nos conocemos —informó Lord Montrose en tono represivo.

—Del colegio —se disculpó Julian.

—Ah, ya veo. —Windermere hizo un gesto para que el duque tomara asiento.

Lady Windermere sonrió. —¿Le apetece un té, su gracia?

—No, gracias —dijo Montrose, declinando.

Lady Windermere pidió té de todos modos y, mientras esperaba, comenzó a hablar del clima. Julian añadió una opinión cuando fue necesario, pero pasó el tiempo observando cómo el rostro de Montrose se oscurecía cada vez más.

Cuando llegó el té, ella sirvió para sí misma y para Julian, pero ignoró a su esposo.

Cuando ofreció pastel a todos menos a él también, Montrose la fulminó con la mirada. —Esta no es una visita social. Me hicieron creer que íbamos a hablar. A solas. Es un asunto de negocios, después de todo.

—Oh, no hay necesidad de ese tipo de conversación ahora, su gracia.

—Hay todas las razones. No malinterprete la situación, ni sus opciones —advirtió Montrose—. Son bastante limitadas.

Lady Windermere sonrió con coquetería a Montrose. —Oh, me temo que encontrará que la situación se ha resuelto por sí misma sin su ayuda, su gracia. No habrá escándalo ni vergüenza involucrados aquí.

Montrose dedicó a Julian una breve mirada. —No estoy de acuerdo. Sería prudente que no dudara de mí en este asunto.

—Esté de acuerdo o no, realmente no nos queda ningún asunto por discutir. —La condesa sopló para enfriar su té y dio un delicado sorbo. Julian pudo ver la sonrisa en su rostro y supo que definitivamente lo estaba disfrutando.

¿Montrose había amenazado a los Windermere también? Parecía estar haciendo un hábito de molestar a bastantes personas.

Montrose miró en dirección a Julian nuevamente, y Julian mantuvo su rostro inexpresivo para mostrar poca comprensión cuando sus ojos se encontraron antes de inclinarse un poco hacia adelante. —¿Qué asuntos podría tener posiblemente con esta hermosa dama?

La mandíbula de Montrose se tensó y sus ojos se entrecerraron. Negó con la cabeza y se levantó abruptamente. —Nada que concierna a alguien como tú.

Salió a grandes zancadas de la habitación... y Lord Windermere se derrumbó. —Estamos arruinados.

—Tonterías. Estamos salvados, y no gracias a ti.

La pareja intercambió una larga mirada, y luego Lady Windermere se volvió hacia él. —Lord Wade, ¿le importaría tranquilizar a mi esposo de que la situación es como se prometió?

—Estaré encantado —murmuró Julian mientras rápidamente recuperaba el cuadro.

Lo descubrió y se lo mostró al conde.

El conde se llevó la mano al corazón. —Mi querida. ¡Luces exactamente igual!

Lady Windermere soltó una risita. —Ojalá fuera así. —Controló sus facciones, pareciendo repentinamente molesta mientras miraba a su esposo—. Puedes irte.

—Pero Esme...

—Me mentiste, y a Lord Wade también. Nunca tuviste la intención de cumplir esa promesa —argumentó ella.

—Sí la tenía —protestó Windermere—. Sí, lo saqué de las llamas y lo limpié. Solo estaba un poco chamuscado en el extremo inferior. Había planeado guardarlo como una diversión privada. Luego lo vi pavonearse en el comedor de Wilmot como si fuera el dueño del lugar, lo escuché menospreciar la hospitalidad de Lady Sanderson en su último baile, y a otras anfitrionas también. Tus amigas. Incluso Lady Birch fue criticada. Envié a un sirviente a buscarlo cuando la cena iba por la mitad.

Julian asintió. —Parece que no ha cambiado.

Lord Windermere cruzó para sentarse junto a su esposa. —Montrose afirmó tener el cuadro en su posesión. El bastardo estaba positivamente satisfecho de que tendría que ceder a sus demandas e intercambiarlo por la tierra que quería. De lo contrario, iba a subastarte al mejor postor.

—Tan encantador como siempre —murmuró Julian con disgusto.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Siempre he podido confiar en mis amigos para obtener ayuda. —Hizo un gesto hacia Julian—. Le debes una disculpa a Lord Wade por romper nuestro acuerdo. Al menos él cumplió su palabra.

Windermere se puso de pie. —Lo siento.

—Me debes una, Windermere —advirtió Julian—. Volveré para reclamar un favor tuyo pronto.

—Lo que sea con tal de tener ese cuadro colgado sobre mi cama esta noche.

Lady Windermere besó la mejilla de su esposo. —Lo clavaremos a la pared también, solo en

caso de que empieces a deambular de nuevo.

—Probablemente sea una buena idea.

Lord Windermere la besó, y Julian se dio la vuelta para apoyar el cuadro con seguridad contra una silla. Cuando se volvió, la pareja seguía besándose. Aunque se aclaró la garganta varias veces, Lady Windermere y su esposo estaban demasiado absortos en sus pasiones para notar que aún tenían compañía.

Julian retrocedió de la habitación y dejó que la puerta se cerrara silenciosamente tras él. La pareja era peor que los recién casados. Esperaba que eso nunca cambiara.

—Yo no entraría ahí —advirtió al mayordomo cuando llegó con el sombrero de Julian.

—No pensaba hacerlo, milord. No hasta que me llamen. —El joven sonrió—. Lord Montrose solicita hablar con usted, milord. Está esperando afuera.

Julian miró por la ventana y vio el carruaje del duque estacionado frente a la casa. Se colocó el sombrero en un ángulo desenfadado y se tomó su tiempo para prepararse para salir. El bastardo probablemente ya estaba hirviendo en su propio jugo. Esperaba al menos amenazas, probablemente algo peor. A Julian no le apetecía que lo molieran a golpes por ayudar a un amigo, pero no tenía elección. No era un cobarde.

Cuando estuvo debidamente preparado, descendió a la calle y se detuvo frente al carruaje. —¿Qué quieres, Montrose?

Un mozo abrió la puerta a Julian. —Su gracia desea una conversación privada.

—¿Ah, sí?

Escudriñó el oscuro interior y se acercó un paso, manteniendo un ojo en los sirvientes del duque por si se movían a su alrededor. —No puedo imaginar qué podrías tener que decir.

—Sabes lo que les pasa a quienes se cruzan en mi camino.

—Bueno, *solías* correr a buscar a tus tres amigos y los mandabas a golpearme mientras tú mirabas. Siempre odiaste ensuciarte las manos. Dos de ellos están muertos, y el otro probablemente esté borracho en alguna cuneta. ¿Qué harás ahora? ¿Fulminarme con la mirada un poco más?

Montrose cerró la mano en un puño. —No deberías haberte entrometido en mis asuntos con Windermere.

—No tengo ni idea del juego que estás jugando, pero mi *amistad* con los Windermere no tiene absolutamente nada que ver contigo. De hecho, no tengo ni idea de cuáles son tus asuntos con ellos, y poco me importa saberlo. Si me interpose en tu camino, fue enteramente por casualidad... ¿o acaso fue la providencia por el mal que les haces a los demás?

La expresión de Montrose se ensombreció. —Disfrutaré arruinándote, Wade. Oh, espera, no puedo hacer eso. Ya tienes los bolsillos vacíos.

Ya había perdido a Portia, aunque Montrose no imaginaría que tuviera alguna oportunidad con ella. Lo habían etiquetado como un cazafortunas casi desde el momento en que conoció al padre de Portia.

—Que tenga un buen día también, su excelencia —murmuró Julian con todo el insulto posible, y luego le dio la espalda al hombre enfurecido.

CAPÍTULO 18



LORD WADE ESTABA bailando de nuevo con la señorita Waters y, a los ojos perspicaces de Portia, parecía estar disfrutando mucho. Sintió una punzada de envidia por no estar divirtiéndose tanto como él. Wade sonreía, reía y evidentemente se llevaba de maravilla con la hermosa debutante.

Portia miró de reojo a su prometido, que finalmente había hecho acto de presencia tarde, y exhaló un suspiro. Montrose había prometido reunirse con ellos aquí hacía horas, y ella había dejado espacio en su tarjeta para bailar con él más temprano en la noche. Debido a que había reservado ese espacio y él había llegado tarde, Portia había perdido varias oportunidades de bailar con sus amigos.

Ahora estaba de pie junto a Montrose y deseaba desesperadamente estar en cualquier otro lugar.

Portia se quedó muy quieta. Si se sentía así ahora, ¿qué esperanza tenía de un matrimonio feliz? Él le ocultaba secretos, y ella también a él. Eso no auguraba nada bueno.

Se aclaró la garganta.

—¿Dónde estuviste más temprano esta noche?

Montrose la miró brevemente.

—Con amigos.

Montrose casi siempre respondía a sus preguntas con respuestas asombrosamente cortantes. Al principio, ella había asumido que a él no le gustaba hablar de sí mismo, pero ahora sospechaba que su brevedad era algo completamente distinto, aunque esperaba estar equivocada.

—¿Haciendo qué?

—Hablando. No te interesarían los temas que tratamos.

—Podría haberme interesado —murmuró ella—. Su Gracia, he sido paciente, pero si voy a ser su duquesa, debo saber en quién confía. ¿Cómo puedo planear cenas si no sé a quién puedo invitar?

—Rara vez recibo invitados, y nunca en Londres.

Portia parpadeó.

—¿Me está diciendo que de todos los residentes de Londres, no tiene ni un solo amigo aquí?

—Mis intereses están fuera de la metrópolis. Casi nunca vengo aquí si puedo evitarlo.

A Portia no le gustó cómo sonaba eso. Ella había estado ansiosa por pasar tiempo aquí durante la temporada y había asumido que su marido también lo haría. Al parecer, se habían asumido muchas cosas que no iban a ser.

—Me gustaría dar una vuelta por el salón, Su Gracia.

—Por supuesto. —Lord Montrose le ofreció su brazo y se alejaron a un paso majestuoso.

—¿Nos quedaremos mucho tiempo en Londres después de casarnos?

—No veo razón para hacerlo.

—¿Y cuándo volveremos la próxima temporada?

—No tengo necesidad de volver a la capital el año que viene. Normalmente manejo los asuntos del parlamento por correo o por delegación.

Portia se humedeció los labios y miró alrededor a los rostros felices y sonrientes. Tanto los conocidos como los desconocidos no tenían idea de su tormento interior. Mantuvo la voz baja para que su conversación no llegara a otros oídos.

—Tengo una hermana a la que estoy muy unida. Esperaba usar mi influencia como su duquesa para ayudar a Lavinia a hacer un matrimonio conveniente.

Él suspiró profundamente.

—No deberías dejar que otros se aprovechen de tu generosidad.

—Mi familia no hará nada semejante —le prometió ella. Amaba a su hermana, aunque a veces quisiera estrangularla. Así era la relación entre hermanas en todas partes.

Caminaron en silencio unos pasos más, y Portia se irritó por el paso lento y la falta de comunicación de Montrose. No estaban llegando a ninguna parte, y el día de la boda se acercaba rápidamente. Dado todo lo que había aprendido de Montrose, y las pocas confidencias que había compartido, se estaba dando cuenta rápidamente de que había poco que lo recomendara excepto su título y riqueza.

—Hábleme de Sherringford.

—Ya te lo he contado antes.

Lo había hecho. Ella conocía la extensión de la finca Sherringford, el tamaño de la casa, el número de habitaciones y ventanas, incluso podría haber refunfuñado sobre los impuestos una vez. Pero eran hechos escuetos sin ningún sentimiento. No podía imaginarse viviendo allí.

—Cuénteme qué es lo que ama de su hogar.

—Mis antepasados construyeron el lugar —le dijo.

De nuevo, hechos escuetos y sin sustancia. Lo intentó una vez más.

—Pero esa no es la razón por la que lo ama.

—Es mío —dijo secamente. Estaban al final del salón, lejos de sus padres pero no lejos de Lord Wade, observó ella—. Es el único lugar donde me siento a gusto.

—Bueno, eso es bueno saberlo —dijo ella, sonriendo cuando Lord Wade la miró. Levantó la vista hacia Montrose—. ¿Tiene alguna habitación en particular donde pase la mayor parte del tiempo?

Él la miró de reojo, con una pregunta en sus ojos.

—Los dormitorios.

Las mejillas de Portia se sonrojaron y bajó la mirada, tragando saliva.

—A mi hermana le gusta leer. ¿Tiene una gran biblioteca de libros?

—Naturalmente.

—Y la viuda de su primo también vive allí. Supongo que es una gran lectora.

—No lo sabría decir.

Sherringford no había sido descrito como un lugar tan vasto como para perderse en él. Seguramente él lo sabía, pero ¿por qué no lo diría?

—Estoy ansiosa por conocerla. Su nombre es Ophelia, ¿verdad? Tal vez nos hagamos amigas.

—La señora Shaw actúa como ama de llaves y se mantiene bastante ocupada.

—Ya veo. —Poner a la esposa de un primo al servicio se hacía, por supuesto, pero Portia esperaba que la mujer fuera tratada mejor que una mera sirvienta—. ¿Y sus otros parientes?

¿Dónde viven?

Él negó con la cabeza.

—Tengo un primo varón en Brighton y otra prima casada que vive en el norte.

Bueno, eso era algo.

—¿Con qué frecuencia vienen a la finca?

—Saben que es mejor no molestarme cada año. No tendrás que entretenerlos muy a menudo.

—¿Y qué hay de sus vecinos más cercanos?

Él se detuvo y dio media vuelta.

—Deberíamos volver con tu madre.

—Pero apenas estábamos empezando a conocernos —protestó ella.

—Ya sabes suficiente. El resto lo aprenderás después de que nos casemos y nos alejemos de este lugar miserable.

Varias personas cercanas los miraron con brusquedad. La crítica de Montrose debía haber llegado a sus oídos. Portia hizo una mueca y se enfureció en silencio mientras volvían para reunirse con su madre. Levantó la vista y vio a Lord Wade acercándose a ellos.

Se hizo a un lado para dejarla pasar, pero ella sintió su roce en la mano, y luego desapareció.

Portia miró por encima del hombro, deseando haber podido detenerse a hablar con él.

Regresaron junto a su madre y permanecieron allí varios minutos más hasta que anunciaron un vals. —Ah, creo que este es nuestro baile.

Portia lo miró sorprendida. No era su baile. Se suponía que debía bailar con Sir John a continuación.

Montrose le tomó la mano y la llevó firmemente a la pista de baile antes de que pudiera protestar.

Sir John se quedó a un lado, mirándola con desconcierto.

Portia ni siquiera pudo transmitirle una disculpa con la mirada que él pudiera ver o entender.

El duque la tomó en sus brazos y Portia tropezó. Montrose soltó una maldición sobre la torpeza y la obligó a bailar con él, sujetándole los dedos con fuerza.

Ella hizo lo mejor que pudo dadas las circunstancias para ocultar su conmoción, mientras su futuro esposo la manejaba casi con brutalidad por la pista de baile. Los ojos de Portia volaron hacia la salida más cercana y tragó saliva.

Quería huir.

Y Portia nunca antes, ni siquiera en sus primeras salidas en sociedad, se había sentido intimidada por los modales de un caballero como lo estaba ahora.

Siempre se había defendido, haciendo que los hombres la trataran como su igual. Montrose tenía los modales de un buey.

Se le secó la boca y tragó saliva. ¿Realmente podría casarse con un hombre así?

Montrose se aclaró la garganta, y ella lo miró lentamente. Lo que posiblemente pasaba por una sonrisa cruzó sus labios, y él arqueó una ceja en señal de interrogación. Portia forzó una sonrisa, pero sus pensamientos estaban lejos de ser agradables. Había aspirado a casarse con un caballero de posición y riqueza, alguien a quien quisiera admirar. Lord Montrose tenía un título, su propia fortuna, aunque su estima en la sociedad parecía ser menos que la mejor. Era apuesto, y cualquier dama podría estar contenta de haber ganado su propuesta. Portia podría seguir adelante con el matrimonio y convertirse en duquesa.

Sus padres podrían desheredarla si no lo hacía.

Sus piernas se sentían de madera después del baile mientras caminaba a lo largo del salón de baile hacia el lado de su madre. Habló automáticamente. —Gracias por el baile, su gracia.

—Encantado de complacerla, señorita Hayes.

Portia se mordió la lengua con fuerza mientras su madre parloteaba sobre lo bien que bailaban juntos. Claramente, su madre necesitaba usar gafas tanto como Sir John. Lo buscó rápidamente y lo encontró con Lord Wade, no muy lejos. El par hablaba en susurros, y Sir John asentía.

Cuando dejó el lado de Lord Wade, Sir John nunca miró atrás.

Portia se estremeció y cruzó el brazo sobre su pecho para abrazarse a sí misma.

Su gracia.

Señorita Hayes.

Dos besos duros y ninguna conversación. Estaban a una semana de la boda y todavía eran extraños el uno para el otro. Se sentía más cercana a Lord Wade que al hombre que daría la bienvenida a su lecho.

Portia casi sollozó ante la idea de lo que estaba por venir. Miró a Lord Montrose... y se dio cuenta con conmoción de que le repugnaba.

Había cometido un terrible error al aceptarlo antes de llegar a conocer quién era realmente.

Portia lo oyó disculparse diciendo que debía dejarlas para hablar con un viejo conocido, y se sintió aliviada cuando se fue.

Su madre sonrió, sin ver nada malo en absoluto. —Qué modales tan encantadores.

Educado ahora, pero ella había visto un atisbo de su temperamento, y eso la asustaba. Se frotó la frente con los dedos y su madre vio el gesto. —¿Qué te pasa?

—Un repentino dolor de cabeza —murmuró.

—Pero si nunca sufres de dolores de cabeza.

—Ya lo sé —espetó Portia—. Perdóname. Creo que necesito un poco de aire.

—Iremos juntas. En efecto, hace calor esta noche.

Su madre la tomó del brazo y la condujo a través del conjunto de puertas abiertas más cercano. Afuera hacía tanto bochorno como adentro, y Portia se abanicó el rostro, mirando al cielo nublado. —Solo necesito un momento.

Sentía como si no pudiera respirar adecuadamente. ¿Cómo podría rechazar la oportunidad de ser duquesa? Se frotó la frente de nuevo y casi lloró de frustración. Durante dos años, había estado trabajando para casarse bien, por encima de su posición, para mejorar la suerte de su familia. Para asegurarse de que Lavinia pudiera casarse con quien quisiera.

¿*Qué hay de mi vida*, gritó silenciosamente al cielo nocturno. Ya era miserable y los votos aún no se habían pronunciado. El matrimonio podría hacerla aún más infeliz.

Un lacayo pasó cerca de la puerta y su madre consiguió un par de copas de champán. Portia tomó un sorbo de la suya, y luego otro, vaciando la copa rápidamente. Para su considerable decepción, la bebida no la hizo sentir mucho mejor sobre su situación, y su dolor de cabeza solo empeoró.

Se volvió para mirar de nuevo hacia el salón de baile y vio a Wade cruzar la pista de baile. —¿Qué querías para tu vida cuando eras joven, madre?

—Oh, muchas cosas, imagino.

Miró a su madre, quien siempre estaba más feliz cuando el padre de Portia estaba en otra parte. —¿Cuáles eran?

—Un hogar, un esposo y mis hermosas hijas.

—¿Amor?

—Sí, supongo que también quería eso.

Portia quería todo eso. Especialmente amor, pero eso parecía estar aún más fuera de su

alcance que antes de haber aceptado a Lord Montrose. No quería vivir una vida de arrepentimiento o duda. Había dado su palabra de casarse, pero nunca imaginó que la promesa significara sacrificarse a sí misma.

Una lágrima rodó por su mejilla y la limpió rápidamente.

Desafortunadamente, su madre la vio. —¿Qué te pasa?

Portia se volvió hacia su madre y la abrazó con fuerza. —Lo siento mucho. Lo siento muchísimo.

—Vamos, vamos —la reprendió su madre, acunando su rostro con suavidad—. ¿Qué te ha pasado esta noche?

—Creo que solo estoy cansada, y realmente me duele mucho la cabeza. —También le dolía el corazón—. ¿Te importaría si nos fuéramos a casa antes de lo planeado?

La madre estudió su rostro y luego sonrió. —A mí también me están agotando las rondas. Le informaré a tu padre y él podrá explicarle la situación a Lord Montrose después de que nos hayamos ido. —La madre pasó el brazo por sus hombros y la dirigió hacia el salón de baile. No lo cruzaron, sino que lo rodearon. El pasillo era más fresco y silencioso, y otra lágrima se deslizó por su mejilla antes de que pudiera evitarlo.

—Es muy natural que las dudas y los miedos te dominen antes de casarte. Yo casi me escapé.

Portia miró a su madre con brusquedad. —¿Por qué no lo hiciste?

—La vergüenza habría avergonzado a mi familia.

Portia se hundió más en la miseria y abandonó el baile sin ver realmente nada ni a nadie en su camino. Una vez en el carruaje, se acurrucó contra el costado de su madre como una niña. —Nunca quise avergonzarte.

La madre la abrazó con fuerza. —Querida, no ha pasado un día sin que yo haya sido la madre más orgullosa de toda Inglaterra. Nada de lo que pudieras hacer cambiaría eso.

Portia cerró los ojos para borrar la certeza de que haría precisamente eso. Incluso sugerir que podría romper su compromiso con el duque sin duda disgustaría a sus padres. Necesitaba pensar, decidir cómo podría hacerse de la manera menos dolorosa posible, y el único lugar donde creía que podría dar sentido a su mente conflictiva era lejos de todos.

Levantó la cara lentamente. —Madre, me gustaría pasar mañana en la casa del tío Oliver. Podría ser la última vez. ¿Puedo ir sola por el día?

La madre asintió. —Lleva a tu doncella y quizás también una pequeña cesta de picnic. Ya sabes cómo pierdes la noción del tiempo cuando estás hurgando por ahí. Te necesitamos en buen estado de salud para cuando te conviertas en la Duquesa de Montrose.

Aunque Portia lo intentó con toda su considerable imaginación, no pudo visualizarlo. Se acomodó de nuevo contra su madre con un suspiro cansado. —Iré muy temprano y regresaré justo antes de que nos sentemos a cenar.

—Montrose prometió unirse a nosotros mañana por la noche.

—Bien. —Pero eso le dejaba solo un día para decidir la profundidad de su locura, y no estaba segura de que fuera suficiente.

CAPÍTULO 19



LA MAÑANA SIGUIENTE trajo una llovizna que amortiguó la creciente sensación de fatalidad inminente de Portia. Ella y su doncella se apresuraron a subir al carruaje que las esperaba a pesar de la hora temprana y se sacudieron las gotas de lluvia de sus capas una vez dentro. Mientras se alejaban, Portia se inclinó hacia su doncella.

—Puedes hacer lo que quieras hoy, pero vuelve a las cuatro de la tarde.

—¿Está segura de que no quiere que me quede un rato, señorita? Se ve terriblemente pálida.

Eso sería porque apenas había pegado ojo en toda la noche.

—Estaré bien sola. Mantendré todas las puertas cerradas y me alejaré de las ventanas también hasta que regreses. Tengo la cesta de picnic, no lo olvides.

—Muy bien, señorita Hayes —suspiró la doncella.

Portia se mordió los labios mientras giraban hacia Soho Square y el carruaje se detenía frente a la casa. No era la mejor dirección en Londres, pero era la más querida para su corazón. No podía soportar renunciar a ella.

Salió a la acera y juntas se dirigieron adentro. Su doncella llevó la cesta y la colocó en el salón delantero sobre una mesita. Tenían pastel, sándwiches y pollo frío, y también algo de vino de mora. Luego, la doncella se dirigió hacia la parte trasera de la vivienda con un alegre saludo. Portia la vio descender por las escaleras de servicio, dirigiéndose a la cocina abandonada y la puerta trasera. Exhaló un suspiro cuando el sonido de la pesada puerta al cerrarse retumbó por toda la casa.

Finalmente sola, dejó caer su sonrisa y se arrojó boca abajo en el diván más cercano y gritó. Nada estaba saliendo como ella esperaba.

Un paso sonó detrás de ella, y Portia supo instantáneamente que era *él* antes de darse la vuelta.

Lord Wade se acercó, con los ojos llenos de preguntas.

—Te vi salir anoche y me preocupé.

—Tenía dolor de cabeza —explicó ella.

—Dijiste que eran tonterías de niña mimada y que nunca los tenías.

Tragó saliva. Él la conocía mejor que nadie.

Y ella también lo conocía a él. Por el estado arrugado de su ropa y su cabello despeinado, había estado aquí durante horas, esperando la oportunidad de hablar con ella a solas. Era típico de él notar que ella no había sido ella misma la noche anterior. No lo merecía, pero deseaba tanto que él estuviera siempre a su lado.

Portia tembló cuando él se sentó en el diván junto a ella y tomó su mano entre las suyas. Le besó el dorso.

—¿Te sientes mejor?

—No realmente. ¿Por qué estás aquí?

—Estoy aquí porque tú estás infeliz.

—*Estoy infeliz. Estoy miserable y no sé qué hacer* —admitió con un gemido desdichado y se arrojó contra su pecho. Las lágrimas llenaron sus ojos—. ¿Qué me pasa?

Sus brazos la rodearon, y Wade la sostuvo fuertemente contra él.

—No te pasa nada, Portia. No ahora. Tienes dudas sobre casarte con Montrose —sugirió—. Y estás tratando de decidir qué hacer al respecto, y si tus padres te perdonarán si no te casas con el duque que eligieron para ti.

Ella asintió, y la estrecha banda de ansiedad alrededor de su pecho explotó.

—¡No puedo casarme con él! ¡Simplemente no puedo!

—Hay otros.

—Tampoco los quiero a ellos.

—Gracias a Dios —susurró él.

Portia inhaló profundamente y se acurrucó de nuevo contra el pecho del vizconde. El latido de su corazón era rápido, y ella lo miró lentamente.

Había una mirada en sus ojos que nunca había visto antes. Anhelo.

Portia tembló ahora por todas las razones correctas. Sabía exactamente lo que él quería, lo que *siempre* había querido de ella.

Y ahora ella quería lo mismo también.

Sonrió a través de sus lágrimas, asombrada por lo desesperadamente que lo necesitaba y por su notable amor y paciencia.

—No estoy loca, ¿verdad?

—Ni un poco.

Lord Wade tomó su rostro y finalmente besó sus labios. Portia no opuso resistencia antes de levantar los brazos alrededor de su cuello y devolverle el beso.

Encontró todo lo que le había faltado en sus experiencias previas con otros caballeros en su beso, y lloró aún más. Pero eran lágrimas felices, lágrimas de alegría tan profunda que se sintió transformada. No en alguien nuevo, sino de vuelta a la persona que siempre había sido.

Se apartó de él, asombrada de haber estado tan ciega. Tan desdeñosa. Se secó las lágrimas rápidamente para que él no las malinterpretara y agarró las solapas de su abrigo y lo sacudió.

—Bésame otra vez —exigió.

Inmediatamente, Portia se derribó bajo otro tierno asalto a sus sentidos mientras él la besaba tan apasionadamente que sus dedos se curvaron dentro de sus zapatillas. Entrelazó sus dedos mientras saqueaba su boca hasta que todo su cuerpo comenzó a temblar. Ella lo dejó hacer a su antojo, porque lo deseaba también, disfrutando cada momento de su arrebató.

Cuando se apartó, Wade respiraba con dificultad. Le besó la frente y luego simplemente la abrazó.

—No quiero perderte —susurró.

Qué tonta había sido al negarse la pasión de un espíritu afín. Portia le sonrió y luego apartó el cabello de sus ojos que parecían inusualmente brillantes.

—No me perderás. Me estoy entregando a ti.

Él bajó la mirada.

—Pero no puedo quedarme contigo. Tu padre no te permitirá casarte con un cazafortunas.

Ella le levantó la barbilla, sonriendo aún.

—No creo que alguna vez fueras un cazafortunas. Pero creo de todo corazón que eres un

hombre interesado en robar mi virtud.

La mirada de Julian se deslizó hacia sus pechos y luego volvió a subir. Sonrió lentamente.

—No lo haces fácil ignorar lo que ha estado tan cerca y, sin embargo, tan condenadamente lejos. Vestidos húmedos, escotes bajos, sonrisas coquetas para todos menos para mí. Es suficiente para volver loco a un hombre de anhelo por ti.

Portia se sonrojó pero se reclinó, levantando las manos en señal de rendición.

—No pretendía atormentarte, pero soy toda tuya si aún me quieres.

—Esa es una invitación que nunca pensé escuchar de ti —Julian comenzó a reír suavemente y sacudió la cabeza—. Sin embargo, no deberíamos quedarnos en esta habitación mucho más tiempo si vamos a continuar esta conversación. Esta vieja casa vacía recibe un número sorprendente de visitantes inesperados. Necesitamos un lugar más íntimo si vamos a decidir qué hacer a continuación.

—Sé lo que tengo que hacer. Debo hablar con Montrose antes de la cena esta noche. Sin embargo... —Portia se lamió los labios, anticipando muchas cosas—. Como faltan varias horas para la cena y mi madre ya sabe dónde estoy, creo que estoy feliz justo aquí. A solas contigo.

Él empezó a sonreír.

—¿Ah, sí?

—En efecto. Tenemos todo lo que podríamos necesitar bajo este techo, incluso comida.

Levantó la cesta para mostrársela, luego se la pasó y se puso de pie. Portia lo guió hacia la escalera.

—La habitación principal aún no ha sido despejada, pero estoy segura de que podemos encontrar un lugar donde nadie nos encuentre.

—No la habitación donde nos escondimos juntos —empezaron a subir las escaleras—. ¿Qué tal la buhardilla? Es muy privada.

Portia asintió rápidamente.

—Desde allí podemos ver el cielo.

—Y las estrellas también.

El rostro de Portia decayó.

—No puedo quedarme tanto tiempo. Mi madre me espera en casa para la hora de la cena.

Él sonrió. Las escaleras se ensancharon lo suficiente para que pudiera rodearle los hombros con el brazo.

—Me refería a otro tipo de estrellas. Entenderás a qué me refiero en unos veinte minutos, supongo.

Ella no lo entendió, pero sus ojos brillaban de anticipación, así que le creyó. Mantuvo su mirada mientras caminaban, sabiendo que lo que sucedería entre ellos la cambiaría para siempre.

—¿Me seguirás mirando así cuando sea vieja y canosa?

Él dejó la cesta y le tomó las manos, llevándolas a sus labios para besarlas.

—Todos los días de tu vida.

Julian la sorprendió alzándola en sus brazos.

Portia soltó una risita.

—Qué galante.

—También es práctico —murmuró, mientras la cargaba a ella y la cesta de picnic por el siguiente tramo de escaleras y luego por un pasillo estrecho—. Sabes, en las novelas románticas, esto siempre suena como algo fácil.

—¿Estás diciendo que peso mucho, milord?

Él gruñó.

—Estoy diciendo que ojalá no hubiera dejado el boxeo.

La dejó en el suelo cuando llegaron al estrecho rellano del ático. Le pidió que pasara primero, pero le recordó que se agachara para pasar por la puerta baja.

Portia miró alrededor de la pequeña habitación con sorpresa. No era así como recordaba el estado de la habitación. Ahora había poco más que un colchón cubierto con sábanas limpias en el suelo, además de una botella de vino y dos copas.

En la ventana, habían puesto un ramo de narcisos en un jarrón bajo. Sus ojos se llenaron de lágrimas nuevamente al descubrir que Julian, de alguna manera, conocía su flor favorita. Nunca antes le había traído flores, y ella tampoco le había dicho lo que le gustaba. Si se las hubiera dado antes, podría haberles ahorrado a ambos muchas tonterías.

Se volvió para mirarlo, sintiéndose muy insegura sobre qué hacer a continuación. Era un escenario adecuado para entregar su virginidad a alguien en quien confiaba y amaba con todo su corazón. También era romántico.

Pero, ¿cómo había sabido hacer todo esto?

—¿Cuánto tiempo estuviste aquí antes de que yo llegara?

—El suficiente para hacernos una cama —murmuró detrás de ella, antes de deslizar sus manos sobre su cintura y rodearla fuertemente con sus brazos—. No te lo reprocharé si prefieres esperar.

—¿Cuándo he cambiado de opinión?

—Ahora. Estar aquí conmigo. No podría estar más sorprendido.

Ella se volvió para mirarlo de frente.

—Nunca te dije que no te consideraría.

Una tímida sonrisa cruzó su rostro.

—¿Así que sí me considerabas uno de tus pretendientes?

—Sí, pero quiero ser honesta. Quería complacer a mis padres más que nada, pero solo últimamente, Julian, te he considerado más que un amigo.

—¿Desde cuándo?

—Desde el momento en que me dijiste que nunca habías sido mi amigo, supe que ambos estábamos equivocados. Siempre fuiste más que eso —le besó la mejilla y se volvió para mirar la habitación de nuevo. Se había esforzado tanto por ella. Era sorprendentemente entrañable que hubiera hecho planes para seducirla, especialmente aquí en su lugar favorito—. Creo que el vino es un buen detalle, pero solo si bebes conmigo.

—Tenía planeado hacerlo —le aseguró Julian mientras cerraba la puerta con la cadera. La cerró con llave por si acaso—. Dudo que nos sorprendan aquí arriba, dado cómo cruje y gime la casa, pero no corramos riesgos.

—Nadie nos imaginaría juntos. Estaban todos demasiado ocupados felicitándose por casarme, y ahora tramando cómo exhibir mejor a Lavinia para que capture un marido. Van a estar tan decepcionados.

—Todo saldrá como tu madre quiere, estoy seguro. Quizás incluso mejor de lo que soñó —murmuró con un rumor masculino, dándole escalofríos a Portia. Este era un lado de Julian del que quería mucho más.

—¿Qué tratos has hecho ahora, milord?

—Ninguno aún, y cuando lo haga, serás la primera en saberlo.

—Lo agradecería.

Portia levantó las manos hacia su cabello. Había terminado de perder el tiempo y rápidamente se quitó las horquillas. Las largas hebras cayeron por su espalda. Julian retrocedió y

ella empezó a sonrojarse. Sin embargo, ahora se deleitaba con la emoción prohibida de su escrutinio. Quizás siempre había disfrutado la forma en que la observaba todo el tiempo.

Él se movió a su alrededor, y ella se estremeció cuando le levantó el cabello y su aliento caliente rozó la parte posterior de su cuello. Comenzó a mordisquear su garganta mientras ella desabrochaba algunos botones en la parte superior de su vestido.

—Eres tan hermosa —le prometió—. Y sé que no te merezco.

Portia sonrió.

—Solo dices eso para que siga desvestiéndome.

—Absolutamente —rio en voz baja—. No quiero arriesgarme a despertar de este sueño.

—No soy un sueño. Puede que sea mimada, ocasionalmente tonta, y casi haya cometido el peor error de mi vida, pero esto es honestamente lo más correcto que he hecho jamás. Soy yo quien ha estado soñando que podría ser feliz como duquesa. Yo no te merezco a ti —le prometió.

Cuando su vestido estuvo desabrochado lo necesario, Portia se retorció para salir de él y lo dejó caer a sus pies. En lugar de dejarlo allí, Julian lo recogió y lo colocó sobre el respaldo de una silla tan pulcramente como lo haría cualquier doncella.

Cuando se volvió, estaba sonriendo. La rodeó con sus brazos nuevamente. Fue muy gentil, pero deslizó sus manos arriba y abajo por sus costados en una caricia hechizante.

—Impresionante.

Portia se miró a sí misma. Todavía llevaba el corsé y la camisola interior. —Espera a ver el resto de mí. Puede que suene un poco vanidoso, pero me he visto desnuda. Soy tan buena o mejor que el retrato de Lady Windermere.

—No lo sé. Ese retrato estaba muy bien hecho —los brazos de Julian se ciñeron alrededor de ella, atrayéndola hacia sí—. ¿Me concederías el honor de desvestirte el resto más tarde para comprobar tu afirmación?

—Solo si tú también te desnudas.

—Si debo hacerlo —dijo con una pequeña risa. Se quitó la chaqueta y el chaleco, tratando sus prendas con el mismo cuidado que había tenido con la ropa de Portia. Ella se sonrojó y apartó la mirada por un momento, pero volvió a mirar justo a tiempo para verlo bajarse los pantalones.

Las piernas de Julian eran largas, pálidas y muy delgadas mientras se movía. Ella levantó la mirada y vio que aún llevaba puesta una camisa de lino casi transparente que había conocido días mejores. Alzó la vista aún más y notó que él la estaba estudiando.

Portia retrocedió unos pasos y sonrió. —Quiero que te desnudes completamente.

—Puedo hacer eso —sonrió él, quitándose la camisa por la cabeza.

Portia contuvo la respiración y luego se mareó un poco. Su forma masculina era simplemente hermosa. Julian estaba bien musculado, pero oh, tan delgado. Pero cuando se acercó a él, su corazón dio un vuelco al notar que sus costillas eran visibles. Probablemente podría contarlas.

Julian extendió la mano y deslizó un dedo bajo su barbilla, levantándole la mirada. —Estoy aquí arriba, cariño.

Portia ignoró su reproche y pasó las manos por su cuerpo, aprendiendo su piel. Estaba demasiado delgado, pero por ahora no había nada que pudiera hacer al respecto. Se movió hasta que estuvieron muy cerca y deslizó lentamente su mano por su espalda. Cubrió los redondos glóbulos de su trasero con ambas manos y apretó, mientras él hacía lo mismo con ella. Se rieron.

—Encantador —susurró ella, y luego se estiró hacia arriba.

Julian la besó durante varios minutos, deslizando su talentosa lengua dentro y fuera de su boca hasta que ella jadeaba. La llevó a la cama que había preparado para ellos. —Pareces

cansada.

Portia se acomodó, pero tiró de la sábana para cubrirlos a ambos. Se acostó de lado, frente a Julian. —Últimamente he tenido los sueños más extraños. Estoy encerrada, con Montrose golpeando las paredes, exigiendo que lo dejen entrar.

Él le apartó el cabello del rostro con suavidad. —Los sueños a menudo son un reflejo de la verdad que no queremos escuchar.

—Tú estabas conmigo, y me sentía tan segura gracias a ti.

Besó sus dedos suavemente. —Por supuesto, nunca dejaría que te pasara nada malo.

—Lo creo —prometió ella. Entonces Portia bostezó de repente, sin poder evitarlo. Julian la atrajo con fuerza entre sus brazos. Permanecieron acurrucados así por un rato, y Portia nunca quiso que terminara.

CAPÍTULO 20



EL CORAZÓN DE Julian latía tan rápido que temía que se le rompieran las costillas. Cuando había llegado aquí temprano esa mañana, nunca imaginó este tipo de recepción, pero sin duda eliminaba cualquier duda.

Portia no se casaría con Montrose.

Su libertad era lo único que le importaba. Pasó suavemente una mano por su espalda, tratando de despertarla del profundo sueño en el que había caído repentinamente cuando su cabeza tocó su hombro. Le gustaba que se sintiera tan segura con él, pero aún tenían mucho de qué hablar y por hacer.

Finalmente, Portia se movió en sus brazos y se estiró. —¿Todavía está lloviendo?

—Así es —murmuró Julian mientras encontraba su mano y entrelazaba sus delgados dedos con los suyos—. No ha parado en toda la mañana. Has estado dormida durante varias horas.

Su estómago gruñó, y deseó que su hambre desapareciera. Sin embargo, Portia lo había escuchado y rápidamente se sentó para acercar su cesta de picnic.

Un sándwich aterrizó en su regazo y también le sirvió una copa de vino. Portia encontró algo para ella y mordisqueó una pata de pollo mientras lo miraba de reojo. —¿Has estado despierto todo este tiempo?

Había estado demasiado nervioso para dormir. Lo que habían comenzado esa mañana podría tener un efecto devastador en otras personas. Los padres de Portia estarían enojados con ambos, y las posibilidades de su hermana de hacer un buen matrimonio sufrirían a menos que hicieran las cosas de la manera correcta. Sobre todo, aún no sabía cómo ni cuándo Portia tenía la intención de romper su compromiso con el Duque de Montrose.

—He estado despierto la mayor parte de la mañana. No quería perderme ni un momento de tenerte solo para mí.

Ella rió suavemente mientras echaba un vistazo bajo la sábana a su estado de desnudez, y luego a la de él también. —Has tenido más de mí de lo que nadie más tendrá jamás.

Eso sonaba prometedor, pero no quería asumir nada cuando se trataba de Portia. Comió rápidamente, incluso tomando una segunda porción a instancias de Portia. Dormir con él era una cosa. Casarse con él rápidamente, otra muy distinta. —Debo admitir que me sorprende mucho que fueras tú quien sugiriera esto.

Portia se dejó caer de espaldas y lo miró con el ceño fruncido. —¿No quieres estar conmigo?

Ella podría estar mirándolo con el ceño fruncido, pero Julian estaba mucho más interesado en disfrutar de la vista de sus hermosos pechos.

Trazó la punta de un dedo sobre cada curva y el valle, y luego lo hizo de nuevo. —Has besado a muchos caballeros durante las dos temporadas que te conozco.

Ella se sentó, frunciendo el ceño ferozmente. —Espero que no estés sugiriendo que he hecho esto antes con uno de ellos.

Como su tono se elevaba con furia, él negó rápidamente con la cabeza. —Sé que no lo has hecho, pero no te he vigilado cada minuto de tu vida. He notado que eres bastante hábil para escabullirte por tu cuenta, y entiendo muy bien tu necesidad de libertad. Has admirado abiertamente a los caballeros más atractivos del *ton* con bastante frecuencia.

—Tú eres uno de ellos.

—Oh no, no lo soy —la corrigió. No necesitaba ni quería falsos halagos. Sabía que su aspecto carecía de ese cierto encanto que hacía que las mujeres se desmayaran cuando pasaba junto a ellas—. Tampoco me resiento por ello. Los guapos suelen ser tontos.

Ella volvió a su posición anterior, medio recostada sobre él. —Cierto —admitió—. A veces era difícil no reírse de la forma en que se miraban en cualquier espejo para admirar sus propios rostros.

—Deberían haber estado admirando el tuyo en su lugar.

Ella extendió la mano y sus dedos se deslizaron bajo su cabello para jugar con el lóbulo de su oreja. Eran un poco grandes, y había sufrido suficientes bromas por ellas en el pasado como para haber aprendido a ocultarlas bajo un corte de pelo atrasado. Podría no estar de moda, pero servía a un propósito. —Para que conste, no me habría importado si hubieras dormido con un ejército de caballeros. Difícilmente soy virginal.

Los ojos de Portia se fijaron en los suyos, y se entrecerraron peligrosamente. —¿Y con quién has dormido tú, milord?

Él se encogió de hombros, tratando de no reírse de su repentino arrebató de mal humor y la pregunta indiscreta. —Tal vez solo un puñado de mujeres han compartido mi cama, cuando era joven. Nada parecido al número que Montrose tenía inmortalizado en su desagradable bastoncillo de madera. Las mías eran todas de vida alegre. Bien pagadas por sus molestias. Apenas puedo recordar sus rostros, fue hace tanto tiempo.

Portia levantó un hombro, y él pudo tocar su pecho más fácilmente. —¿Alguna vez estuviste enamorado?

Él movió su mano hacia arriba hasta que sus dedos descansaron sobre su pezón. Una lástima que aún estuvieran encerrados en la camisa y el corsé. La respiración de Portia se entrecortó mientras él comenzaba a desatarla, y ella no intentó detenerlo. Suavemente le quitó el corsé y también la camisa.

Un rubor carmesí tiñó sus mejillas, y ella bajó la mirada mientras él deslizaba la punta de su dedo alrededor de sus pechos, acariciándola de una manera que siempre había esperado hacer.

—Pensé que sí una vez, pero ahora sospecho que fue simplemente un enamoramiento —le aseguró. Era mejor que Portia no tuviera dudas sobre el estado de su corazón. Estaba a punto de lanzarse al ojo de una tormenta, y el escándalo podría ser difícil de soportar si ella tenía dudas sobre su sinceridad. Ella era dueña de su cuerpo y su alma. Lo había sido durante años, aunque ella aún no se hubiera dado cuenta completamente. No creía que eso fuera a cambiar nunca.

Su respiración se aceleró cuando él pellizcó su pezón. Pasó una mano por su cálido cuerpo, deteniéndose sobre la suave y flexible curva de su cadera. La movió ligeramente para que más de su cuerpo descansara sobre él.

Portia estaba moviendo lentamente su cuerpo contra el suyo también, y él consideró si deberían detenerse. Aunque Portia estaba con él ahora, obviamente, su familia podría tratar de mantenerlos separados al final. Todo se reduciría al dinero, y si podría convencer a su padre de que su afecto por Portia no tenía nada que ver con el tamaño de su dote.

De repente, Portia se sentó a horcajadas sobre sus caderas y miró alrededor con una risa. — Finalmente entiendo lo que querías decir ahora. Sobre los caballeros que siempre quieren ir a cabalgar con una dama.

—¿Lo entiendes? —Julian agarró sus caderas y la movió hacia atrás. Su miembro ya estaba bastante grueso, y con un poco de maniobra, descansó debajo de sus pliegues. Ella tenía un cuerpo hermoso, y Wade estaba bien abrazado por ella.

Llevó sus manos hacia adelante hasta su vientre plano y muy lentamente movió las puntas de sus dedos más abajo, hacia sus rizos. —Podría mostrarte las estrellas.

De repente, ella gimió cuando él se adentró entre sus pliegues. —Ya conozco este tipo.

Le gustaba que ella tuviera un poco de experiencia en complacerse a sí misma. Algún día le gustaría verla hacerlo también. Sin embargo, Julian necesitaba llevarla a ese punto él mismo. Después de todo, había esperado mucho tiempo para tener a Portia. Pero no había necesidad de apresurarse.

—Wade —se quejó ella cuando él retiró sus dedos.

Él volvió a llevar sus dedos a sus pliegues y encontró fácilmente su clítoris. Ella comenzó a retorcerse mientras él jugaba con ella con más intensidad.

Sonrió. —Probablemente debería detenerme.

—Ni se te ocurra —le advirtió ella, mientras levantaba las manos bajo su cabello. Se estiró, se retorció y se mecía contra sus dedos. La humedad de su cuerpo cubría el miembro de él, y Julian gimió.

Portia lo miró y sonrió. —¿Qué estás esperando?

—No puedo apartar la mirada de ti.

Ella separó un poco más las piernas y comenzó a moverse contra sus dedos y su miembro. Casi lo volvió loco.

Él agarró sus caderas con fuerza, la levantó y sostuvo la punta de su miembro contra su entrada. —Seré gentil contigo —prometió, antes de empujar hacia arriba.

Portia soltó un pequeño grito, quedándose inmóvil sobre él. Julian rápidamente volvió su atención a su clítoris y reanudó las caricias. Después de un momento, Portia hizo algunos movimientos tentativos que lo llevaron más profundo en su cuerpo. Sin embargo, parecía que su experiencia solo llegaba hasta cierto punto, y se movía con incertidumbre.

Julian agarró sus caderas de nuevo y le mostró el camino.

Mantuvo su mirada mientras el rostro de ella se sonrojaba lentamente. Sus pezones se endurecieron hasta convertirse en puntas mientras rebotaban libres y sueltos sobre él. Era glorioso hacer el amor lentamente, cada uno usando su cuerpo para excitar al otro.

Encontró su clítoris endurecido, y Portia jadeó cuando la acarició allí. —Oh, ese es el punto —susurró.

Ella comenzó a moverse con un poco más de propósito. La fricción de su delicado sexo apretando su miembro era incomparable. El deseo de Julian se intensificó. Podía acostarse con cualquiera si quisiera, pero hacer el amor era un arte que solo necesitaba a Portia para practicar.

Capturó su pecho con una mano y acarició su sexo con la otra. Un pequeño pellizco en su pezón hizo que Portia gimiera. —Julian, ayúdame —suplicó.

—Estoy aquí, amor. Estoy profundamente dentro de ti, donde siempre he querido estar.

Abandonó su pecho y agarró firmemente su trasero. Con cuidado, mecía sus caderas contra las suyas. Portia gimió de nuevo, y ella también continuó trabajando su cuerpo contra él. Sus movimientos eróticos casi lo desestabilizaron. Se la había imaginado apasionada por el hombre adecuado, pero no de esta manera por él.

La mirada de Portia bajó, y tan pronto como sus ojos se encontraron, ella gritó su nombre. Se sacudió, llegando al clímax fuerte y prolongadamente encima de él. Julian apretó los dientes, pero sus movimientos giratorios eran más de lo que podía resistir. Alcanzó el clímax dentro de su pequeño y apretado cuerpo, empujando una y otra vez, incapaz de detenerse.

Portia se derrumbó, sus extremidades cubiertas de sudor pegándose a las de él.

Lamió sus labios nerviosamente, esperando quejas. Se había dejado llevar mucho en el calor del momento, pero ella también lo había hecho. Sin embargo, estaba claro que el placer y Portia estaban muy bien familiarizados.

Ella levantó lentamente la cabeza. Sus mejillas estaban sonrojadas, sus labios ligeramente entreabiertos. Parecía haber sido verdaderamente arrebatada. Una lenta sonrisa se extendió por su rostro, y luego se estiró para besarlo completamente en los labios. —Eres maravilloso.

Aliviado más allá de toda medida de que su encuentro amoroso hubiera cumplido con sus expectativas, Julian la atrajo a sus brazos y la abrazó con fuerza. —No, *tú* eres maravillosa —susurró, presionando un beso en su frente.

Eventualmente sus cuerpos se enfriaron y él se ablandó lo suficiente como para deslizarse fuera de ella.

—Julian —susurró ella, con el rostro aún presionado contra su pecho—. ¿Qué sientes por mí?

Julian acarició su cabeza y su cabello, su corazón latiendo rápidamente ante la obvia respuesta. Le quemaba la lengua, y esperó solo un momento para explicar. —Siempre te he amado —dijo simplemente.

—Pensé que debía ser así. —Presionó un beso en su pecho—. ¿Qué hora es?

—Casi las tres, me imagino. —Alcanzó su reloj de bolsillo y entrecerró los ojos—. En realidad, casi las cuatro.

—Tenemos que vestarnos. Date prisa. Mi doncella podría regresar en cualquier momento.

Portia se incorporó y luego saltó sobre sus pies. Julian se esforzó por sentarse y se apoyó contra la pared para observarla moverse. Parecía inusualmente enérgica a sus ojos.

Portia se sirvió algo de vino y bebió con sed. —Tengo que volver a casa. Madre ha organizado otra cena con Lord Montrose.

Julian frunció el ceño. —¿Con Montrose?

—Oh, no digas su nombre en ese tono.

Julian usaría el tono que quisiera para describir a ese bastardo inmerecedor. —¿Estás ansiosa por verlo?

—De hecho, lo estoy, ahora. —Se rió mientras intentaba apretar sus lazos—. ¿Puedes ayudarme con esto?

Julian se puso lentamente de pie y se acercó a ella. Contuvo su lengua, inseguro sobre su estado de ánimo actual. No le gustaba que sonara feliz de ver a Montrose justo después de haber hecho el amor.

Apretó los lazos que ocultarían su hermoso pecho de su vista como le había pedido. ¿Pero sería para siempre?

Cuando terminó, ella se giró y atrajo su cabeza hacia abajo para un beso rápido. —Gracias.

Correteó por la habitación y siguió hablando mientras se vestía. —Tengo tanto que hacer para prepararme para esta noche. ¿Puedes ver una de mis ligas por ahí? Parece que solo tengo una aquí.

Julian miró alrededor y la encontró encima de su zapato. La agarró pero la sostuvo. No estaba seguro de lo que pasaba por su mente en ese momento, pero obviamente Portia ya no estaba

pensando en él.

Sus manos se elevaron para deslizar su vestido sobre su cabeza, retorciéndose salvajemente para volver a ponerse el vestido. Cuando emergió de nuevo, estaba prácticamente perfecta. Solo su cabello parecía como si acabara de salir de la cama. Lo cual era cierto.

Ella le sonrió, —¿La encontraste?

Julian la levantó. —Sí.

Portia levantó el pie y lo apoyó en el borde de la silla. —¿Me ayudarás a vestirme?

Julian se movió hacia ella, y luego se arrodilló a sus pies. Tiró de su media hasta que quedó ordenada y ató lentamente la liga justo encima de su rodilla. —¿Está lo suficientemente apretada?

Miró hacia arriba y encontró a Portia mirándolo con una expresión ardiente en su rostro. Movié su mano a lo largo de su muslo interno hacia sus rizos.

Portia hizo un pequeño sonido, mitad aliento, mitad frustración, y sus caderas retrocedieron de su toque. —Julian, no hay tiempo para eso ahora. Si llego demasiado tarde, Madre enviará a alguien a buscarme, y no quiero que nadie te encuentre aquí conmigo.

—Supongo que no, en efecto.

—No, de hecho. Nadie puede saber sobre nosotros. —Acarició su mejilla y lo levantó para que se pusiera de pie—. Hoy será nuestro secreto para siempre.

Él dio un paso atrás, completamente destrozado. —Como quieras.

Trabajando sin espejo, Portia alisó su cabello y lo sujetó en un arreglo ordenado.

Julian se puso su propia ropa entonces, tirando de ella sin importarle si estaba bien hecho o no. Si ella había cambiado de opinión sobre él, difícilmente importaba cómo se veía, ¿no?

—¿De verdad dejé mis zapatillas abajo?

—Creo que sí.

—Hmm —resopló ella—. Me estoy adelantando un poco. La cena será a las ocho el miércoles por la noche, asegúrate de traer a la tía. No quiero que se pierda nada.

Julian se giró lentamente.

—¿Cena?

Portia se dio la vuelta rápidamente.

—Sí, ambos vendrán a cenar.

Cuando ella dio un paso hacia él, Julian retrocedió.

—¿Qué hay de nosotros?

—No hay un *nosotros*. No puede haberlo ahora mismo —explicó ella.

Le atrajo la cabeza y le plantó un beso fuerte en los labios. Cuando se apartó, estaba frunciendo el ceño.

—Cometí un error al dejar que esto llegara tan lejos contigo.

¿Acaso pretendía fingir que nunca habían hecho el amor?

—¡No puedes deshacer lo que hicimos hoy, Portia!

Ella se removió inquieta.

—Lo sé, pero tengo que asegurarme de que nadie sufra por lo que he hecho. Ven a cenar mañana por la noche y verás a qué me refiero.

Portia le dio un último beso de despedida y luego huyó, dejando a Julian aún más confundido que antes.

CAPÍTULO 21



LA CENA EN la que Portia esperaba terminar su compromiso tuvo que posponerse en el último minuto. Lord Montrose había enviado un mensaje mientras ella yacía en los brazos de Julian diciendo que no podría asistir después de todo. Madre no había tomado muy bien el desaire y se había ido a la cama, alegando que tenía migraña. Padre había salido a su club al enterarse de lo de Madre, y probablemente no regresaría hasta el amanecer.

Portia no tendría oportunidad de abordar el tema de Montrose con él hasta mañana, muy probablemente.

Presionó un paño frío sobre la frente de Madre. —¿Eso ayuda?

—Aún no —susurró ella—. Oh, todo se está desmoronando.

Cuánta razón tenía su madre. Portia temía decirle la verdad. Humedeció el paño nuevamente y lo volvió a colocar en su frente, tratando de decidir si debería advertirle sobre su falta de sentimientos hacia el duque. Su única preocupación era cuán enérgicamente su madre podría tratar de disuadirla de romper el compromiso con Montrose.

Portia no cambiaría de opinión.

Ahora que había decidido no comprometerse con Montrose, Portia quería terminar la asociación con él lo más rápida y directamente posible. Eso no podía hacerse sin mirar a Lord Montrose a los ojos. Le debía ese respeto al menos. Era absolutamente imperativo que nunca se diera cuenta de que ella había decidido dejarlo porque amaba a Lord Wade en su lugar. Quería que pareciera no planeado y, por lo tanto, menos peligroso para Julian. —¿Lord Montrose indicó cuándo volvería a Londres?

—No realmente. Me parece muy inconveniente.

Portia estaba totalmente de acuerdo, pero probablemente no por la misma razón que su madre. Había preparado un discurso, consultando libros de etiqueta esa tarde también, pero no podría ser libre para tomar una mejor decisión hasta que viera al duque. Por supuesto, podría escribir su cambio de opinión en una carta, pero eso parecía cobarde.

Jugó con la idea de nuevo y la descartó. Julian le había advertido una vez que no escribiera ninguno de sus sentimientos. Dijo que podrían ser usados en su contra si caían en las manos equivocadas. Probablemente tenía razón en eso.

Le gustaría escribirle a Julian, sin embargo, y decirle cómo se sentía ahora. Se sentía mal por haber dormido tanto y haber tenido que dejarlo atrás. Quería gritar al mundo que su corazón finalmente había encontrado un hogar. Estaba enamorada de un hombre que nunca esperó que le gustara... hasta que casi lo había perdido.

Ni siquiera sabía por qué lo amaba tanto como para tirar por la borda su única oportunidad de ser duquesa. Lo único que sabía en lo profundo de sus huesos era que no podía perder la

oportunidad de ser la dama de Lord Wade.

Las cosas que habían hecho esa tarde en la casa de su difunto tío eran su secreto, su placer oculto. Y quería hacerlo todo de nuevo con él, y pronto. Cuando finalmente le dijo que la amaba... el corazón de Portia casi estalló de alegría.

A él no le importaba su fortuna, ni lo horrible que ella pudiera haber sido con él en el pasado. Habían superado eso, se habían disculpado, y ella había descubierto a un hombre digno de su admiración sin freno. Francamente, estaba encantada, y le costaba trabajo mantener la sonrisa fuera de su rostro.

Dándose cuenta de que había estado mirando groseramente al vacío e ignorando la incomodidad de su madre, reclamó el paño y lo humedeció a fondo.

Madre tocó su brazo de repente. —¿Estás enamorada de él?

Portia se sobresaltó, sorprendida por la pregunta directa. Miró a su madre rápidamente. ¿Estaba hablando de Montrose o de Julian?

Madre sonrió suavemente. —Solo pregunto para saber con certeza que serás feliz con Lord Montrose.

Portia dejó escapar un suspiro de alivio. Era demasiado pronto para revelar que sus sentimientos hacia Lord Wade habían cambiado irreversiblemente ese día. En cuanto a Lord Montrose, temía decepcionar a su madre. Madre había soñado que su hija se casaría bien y había dejado muy claros sus sentimientos.

Sin embargo, la conciencia luchaba con la verdad. La verdad ganó al final. No deseaba mentir a su madre más de lo necesario. Sería mejor prepararla para lo que Portia eventualmente admitiría. —No. No lo amo, y no creo que alguna vez lo haré.

El rostro de Madre se nubló de confusión. —Había esperado que hubiera una buena razón por la que sigue presionando para casarse por licencia especial.

—¿Qué?

—Vino más temprano hoy para pedir de nuevo una boda expedita. Tu padre estaba bastante molesto por la forma en que el duque no acepta un no por respuesta en ese tema.

Portia se mordió el labio. No era amor lo que impulsaba al duque a presionar por una boda temprana. Ni siquiera era deseo, porque ella había visto poca evidencia de que él la deseara. No de la manera en que Lord Wade lo hacía.

Su corazón se hundió un poco más al darse cuenta de que había juzgado mal al duque. Él no la quería a *ella*, realmente. Quería poseerla, como un cuadro o un caballo fino. Cuanto antes mejor, en lo que a él concernía. —Wade dijo que estaba acostumbrado a salirse con la suya. Desde la escuela ha sido algo así como un matón.

Madre se mordió el labio preocupada. —Nos mantendremos firmes y le haremos entender que nuestra decisión es definitiva. Si no nos respeta ahora, nunca lo hará.

—Aprecio mucho tu apoyo, Madre. Sé que no puede ser fácil negar a un hombre tan poderoso.

—Las mujeres Hayes debemos mantenernos unidas. Y no imagines que tu padre podría ceder bajo la presión. Tu padre hará lo que yo desee a menos que quiera vivir solo.

—Seguramente no dejarías a Padre —bromeó ella.

El rostro de Madre se ensombreció, y se cubrió la frente con una mano. —¿Por qué no? Él me deja sola todo el tiempo.

Portia se humedeció los labios. —¿A dónde irías?

—Siempre pensé que me gustaría vivir en la casa de Oliver, pero tu padre no lo consideraría antes. Supongo que ahora que te vas a casar sigue siendo imposible, ya que el duque la cuidará

hasta que tu hijo sea lo suficientemente mayor para heredar.

Portia sonrió ante la idea de tener un hijo. Un hijo para Lord Wade. La maternidad aumentaría su felicidad, pero solo si se casaba con Julian.

Imaginó vivir con él en Hanover Square pero anhelaba Soho en su lugar. A él parecía gustarle la casa del tío Oliver, y era muy grande. Julian le había asegurado una vez que había espacio suficiente para albergar a dos familias adentro. Por supuesto, no había considerado la posibilidad de combinar sus familias bajo el mismo techo hasta ahora, pero tal vez hubiera una manera de acomodar a todos. Soho Square no estaba tan lejos de Mayfair.

—Quizás haya una manera. Cuando me case, hablaré con mi esposo al respecto.

Madre sonrió tristemente. —No creo que el duque ofrezca demasiados favores a sus conocidos.

—Imagino que no —asintió Portia. Sin embargo, Julian era un hombre muy diferente, y parecía agradarle su madre. Tal vez se le pudiera persuadir para que compartiera—. Hablemos de esto en otro momento, después de que veamos de nuevo a Lord Montrose.

—No puede ser demasiado pronto en lo que a mí respecta. La gente está empezando a hablar sobre su falta de atención hacia ti —Madre cerró los ojos—. Me gustaría dormir ahora.

—Por supuesto —murmuró Portia y le cubrió los hombros con una manta ligera—. Descansa y hablaremos más tarde.

—¿Podrías enviar una nota a la señora Lenthall de mi parte?

—¿Por qué?

—Había algo de lo que quería hablarme el otro día, y estaba tan preocupada por la visita del duque a cenar que se me olvidó por completo.

Olvidar a una amiga tan buena no era correcto y absolutamente debía disculparse. En persona habría sido mejor que una nota—. Quizás podría ir yo en tu lugar.

—¿Oh, podrías? —Madre suspiró y se giró de lado, colocando las manos bajo su mejilla—. Te estaría eternamente agradecida. No olvides llevar a tu doncella. Y el carruaje pequeño también.

Portia sonrió y pasó suavemente la mano por el hombro de su madre. Era Portia quien debería estar agradecida. Nunca antes había tenido motivo para visitar la residencia de los Wade.

Portia salió de la habitación en silencio, se apresuró a la suya para cambiarse y ordenó que prepararan el pequeño carruaje de la ciudad. Con su doncella a su lado, emprendieron el corto viaje a Hanover Square muy rápidamente. Su corazón latía acelerado mientras miraba la fachada. Desde fuera no había indicios de que la familia estuviera en apuros. La casa de la ciudad se veía como todas las demás alrededor de la plaza.

Un mayordomo entrado en años la recibió y la condujo hacia una sala de estar escasamente amueblada, mientras Portia indicaba con un gesto a su doncella que se sentara en una silla en el pasillo para esperarla.

Portia se detuvo en seco a pocos pasos de entrar en la habitación. La señora Lenthall parecía estar dormitando. Miró rápidamente buscando al mayordomo, pero este ya se estaba retirando.

Sin saber qué hacer, Portia fingió un estornudo.

La señora Lenthall se despertó sobresaltada y, al reconocer a Portia, sonrió—. Supongo que has venido a ver si los rumores son ciertos.

—Estoy aquí en nombre de mi madre —prometió Portia—. Le envía sus más cálidos deseos y se disculpa profusamente por no poder venir hoy.

—¿Su cabeza otra vez?

—Sí, me temo. Se siente demasiado mal como para dejar la cama.

La señora Lenthall asintió—. La preocupación de casar a una hija hace que un número notable de damas se queden en cama en algún momento —confió la señora Lenthall—. Supongo que Montrose no está ayudando.

—No estoy segura de qué lo provocó —dijo Portia rápidamente, dándose cuenta de que realmente no quería hablar del duque ni siquiera un poco—. Unas horas de descanso y una buena cena deberían mejorar su salud.

—A todas nos vendría bien una buena comida de vez en cuando.

En un impulso repentino, Portia cambió de asiento para sentarse junto a la mujer mayor—. He querido venir a verla muchas veces antes de hoy.

—¿Oh? —La señora Lenthall entrecerró los ojos mirándola.

—Puede que haya sido un poco tonta. He llegado a entender que usted y Julian me han ayudado a abrirme camino en la sociedad sin que yo lo supiera. Presentaciones, fiestas y conocimientos a los que nunca habría accedido por mi cuenta. Debería haberles agradecido a ambos mucho antes por su ayuda —Colocó su mano sobre la de la anciana, sintiendo el frío de su piel y también su fragilidad—. Muchas gracias por toda su ayuda a lo largo de los años desde que la conozco.

La señora Lenthall sorbió y le dio unas palmaditas en la mano—. Fue por una buena causa. Eres una chica brillante. No quedan tantas Originales, en realidad.

Portia exhaló un suspiro y apretó más la mano de la señora Lenthall—. Yo también echo de menos a las damas que nos fueron arrebatadas. ¿Las ayudó usted de la misma manera que me ayudó a mí?

Una pequeña sonrisa tiró de sus labios—. En algunos aspectos, quizás, pero nunca estuvieron a tu altura.

—Fui criada casi igual que las demás. Una dama de nacimiento y bien dotada.

—Si crees que tu dote tuvo la más mínima influencia en mi opinión, entonces sigues siendo tan tonta como antes.

La dama se volvió hacia la mesita lateral y sirvió una pequeña medida de vino en una copa vacía. Había una sola copa en la mesa y a Portia no se le ofreció nada. Tomó un sorbo y luego suspiró—. Sé una buena chica y tira de esa campana de allí. Al menos debería poder ofrecerte té.

—Es usted muy amable —murmuró Portia y se apresuró a cumplir su petición.

Una criada anciana apareció al cabo de un rato y trajo consigo una bandeja de té y algunas galletas. El té estaba muy diluido, notó. Portia no dijo nada al respecto, y declinó tomar una galleta, pero ofreció el plato a la señora mayor.

La señora Lenthall tomó una y la mordió con una mueca—. Solíamos tener amigos que venían a tomar el té todos los martes por la tarde cuando estaba casada.

—¿No podría seguir haciéndolo?

La señora Lenthall levantó su copa—. Todos mis amigos están muertos. ¿De qué hay que hablar con nadie ya?

—De su familia.

—Esos sobrinos míos no me causan más que disgustos.

Portia no conocía muy bien a Nigel, el hermano menor de Lord Wade, solo que se había ido recientemente al ejército, y eso era algo por lo que preocuparse y de lo que hablar—. El mayor está muy preocupado por usted.

De repente, la señora Lenthall levantó su lornón y estudió a Portia con más detalle, hasta que esta empezó a inquietarse—. ¿Cuándo vas a decirle la verdad?

—¿A quién?

—A Montrose, por supuesto. Realmente deberías sacarlo de su miseria.

Portia se removió inquieta—. Es complicado. Mi padre...

—Es un tonto, y tiene demasiado miedo de perder el favor de Montrose, aunque de poco le servirá. Pero entonces ya sabes sobre los defectos de Montrose, ¿no es así?

Portia asintió rápidamente.

—Arrogancia, impaciencia, un temperamento espantoso como el de su padre —La señora mayor sonrió con tristeza—. El viejo Montrose se casó tres veces en su vida. Agotó a cada mujer de una manera u otra. Personalmente, creo que al final estaban felices por la paz del más allá.

Portia se estremeció.

—Al menos mi sobrino nunca ha intentado atarte. Siempre respetó tu opinión y te dejó seguir tu propio camino desde el momento en que te vio por primera vez en tu presentación en la corte.

Portia se sonrojó—. Nunca me dijo que me había visto allí.

—Bueno, por supuesto que no admitiría haberse enamorado a primera vista. Los hombres, en mi experiencia, nunca lo hacen.

Portia podía sentir cómo sonreía ampliamente, aunque intentaba no reaccionar. Cuánto apreciaba ahora la moderación de Julian. No le había gustado que la siguiera, pero al menos nunca se había interpuesto realmente en su camino. Cuánto debió dolerle cuando ella aceptó a Montrose.

—Supongo que la noticia te complace, querida —dijo la señora Lenthall mientras alargaba la mano hacia su copa de vino nuevamente.

Portia se la quitó y la dejó a un lado.

—Necesita dejar de beber.

La anciana frunció el ceño severamente.

—A veces te encuentro demasiado opinante. Todavía no eres duquesa, jovencita.

—Y nunca lo seré —prometió Portia. Se inclinó hacia adelante y besó la mejilla de la señora Lenthall antes de susurrarle al oído—: Querida tía, no discuta conmigo. Me niego a ser menos de lo que soy. Pero recuerde, no puede sostener a un bebé y una copa de vino al mismo tiempo. Yo lo prohibiré. Y Julian también, sospecho.

Se recostó y observó el impacto de sus palabras en el rostro de la mujer mayor. Tardó mucho tiempo, pero la señora sonrió ampliamente hasta que hubo lágrimas en sus ojos.

—No has venido hasta aquí para mentirle a una anciana, ¿verdad?

—No —admitió—. En realidad, vine a pedirle que me ayude una vez más. Pronto terminaré mi compromiso con Montrose, y no quisiera que mi hermana sufriera por mi decisión.

La anciana parpadeó furiosamente y luego se secó los ojos.

—No tienes idea del bien que le hace a este viejo corazón saber que me darás la razón. Temía que hubieras perdido tu oportunidad de casarte felizmente.

Portia tomó las manos de la mujer mayor.

—Entonces, ¿me ayudará con Lavinia?

—No hay nada que no haría por ti, querida. Casi somos familia. Qué chica tan extraordinaria estás resultando ser. Necesitamos... —La anciana se puso de pie de un salto y luego se desplomó de nuevo en la chaise en un montón desordenado.

Portia la enderezó y la rodeó con almohadas.

—Creo que necesita dormir primero. Recuéstese y cierre los ojos. Estaré aquí cuando despierte.

—No, he estado sintiéndome lástima por mí misma durante demasiado tiempo. —Lanzó una mirada desdeñosa a la botella de vino y su expresión se endureció—. Tráeme mi escritorio de allí

y mi copia del Debrett's Peerage también. Es hora de cobrar algunos favores que me deben, y sé qué familias esconden los mejores escándalos. Te ayudarán a ti y a tu hermana si eso me hace callar.

—No quiero chantajear a nadie —protestó Portia.

—Vamos a necesitar un plan si vamos a entrar en batalla con los estirados de la alta sociedad. —Entrecerró los ojos mirando el escritorio cuando Portia lo colocó en su regazo, y luego miró su mano. La movió hacia adelante y hacia atrás, entrecerrando los ojos como si no pudiera ver con claridad—. Pensándolo bien, será mejor que llames al mayordomo primero. Vamos a estar en esto por un buen rato. Esto requiere café. Deberían preparar una tinaja a toda prisa.

CAPÍTULO 22



JULIAN AYUDÓ A AUNTIE a bajar del carruaje, notando que su tez estaba algo verdosa. —Dime, ¿te encuentras mal?

Auntie frunció el ceño severamente. —No quiero hablar de ello.

—¿Por qué no? —cuestionó él, impidiéndole dar otro paso—. Normalmente me cuentas más de lo que jamás quisiera saber. No empieces a guardar secretos ahora.

Ella miró rápidamente a su alrededor y se enderezó. El carruaje alquilado se estaba alejando, y el mayordomo de la familia Hayes esperaba en la escalera. Nadie debería oír una palabra de lo que dijeran si ella mantenía la voz lo suficientemente baja. Si no estuviera en condiciones de sentarse a cenar, él intentaría llamar a un coche de alquiler y llevarla de vuelta a casa. Portia entendería que su familia era lo primero.

Julian se acercó más. —Dime qué te pasa.

Auntie resopló y adoptó una expresión altiva. —Si tanto quieres saberlo, dejé la bebida ayer. Ya me duele la cabeza.

Julian casi vitoreó. Actualmente no podía permitirse comprarle más vino, y odiaba decepcionarla. —Me alegra mucho oír eso. No lo del dolor de cabeza, sino lo otro.

—Baja la voz, muchacho —se quejó ella, llevándose los dedos a la frente y masajeándose las sienes—. No hace falta que lo grites para que todos se enteren.

Julian luchó por no reírse. Él mismo había estado en esa condición algunas veces, no últimamente, por supuesto, pero sí cuando era más joven. Entendía cómo cada ruido se amplificaba. Tomó su mano y la colocó sobre su brazo. —Te sentirás mejor después de comer algo sustancioso.

—La muchacha me prometió cerdo asado para la cena. Hace tanto tiempo que no lo como.

—Hmm, y es tu favorito, lo que hace que esta noche sea tu noche de suerte —murmuró Julian, y luego miró a Auntie con agudeza—. ¿Cuándo te prometió Portia cerdo asado para la cena?

—Ayer.

—¿Por qué no me dijiste que la habías visto? —A Julian le habría gustado hablar con ella sobre Montrose, averiguar si seguía comprometida o no. Hasta ahora no había habido ni un susurro sobre la ruptura, y se estaba preocupando de que ella hubiera cambiado de opinión. Si no estaba comprometida, estaría encantado de besarla hasta dejarla sin sentido en cuanto estuvieran a solas. Si lo estaba, Julian no estaba seguro de qué hacer, o si deberían siquiera estar cenando con su familia esta noche.

Auntie dio un paso adelante, arrastrándolo con ella. —Vino a verme a *mí*. Difícilmente es culpa mía que estuvieras ocupado en otra parte todo el día.

Julian tragó saliva e hizo una mueca. Había estado con el Duque de Exeter, discutiendo cómo podría serle de utilidad. Sus conversaciones habían sido exhaustivas, pero sus pensamientos nunca se habían alejado mucho de Portia.

Miró hacia la casa y vio a Portia de perfil, de pie junto a una ventana. No estaba mirando hacia afuera, pero su corazón latió un poco más rápido. —Confío en que solo viera la sala de estar.

Auntie sonrió rápidamente. —A la muchacha no le interesa en lo más mínimo tu riqueza, hijo mío.

—Eso es bueno porque no hay ninguna. Se está casando con un duque y no le faltará de nada —advirtió. No iba a decirle a Auntie que había hecho el amor con Portia Hayes hasta... bueno, nunca. Estaba decepcionado consigo mismo. Le había quitado algo a Portia que nunca podría devolverle. Suspiró profundamente—. Me imagino que esta podría ser nuestra última cena con ella y su familia también. Montrose no ha cambiado, así que dudo que tengamos el dudoso honor de una invitación a cenar con ella después de que se case.

—Creo que podrías sorprenderte de lo a menudo que verás a la muchacha para cenar.

Julian negó con la cabeza y subieron las escaleras lentamente.

Los llevaron a la sala de estar, una bonita estancia llena de ricos muebles y flores. Una habitación digna de una dama y su familia. La familia Hayes estaba allí para recibirlos: la madre parecía cansada, el padre malhumorado, la hermana pequeña ajena a todo mientras los entretenía con el pianoforte desde lejos. También parecía que Lord Sullivan iba a cenar con la familia de nuevo esa noche.

Pero los ojos de Julian se dirigieron a Portia y su amplia sonrisa de bienvenida. Le dolía no poder correr a besarla.

Él hizo una reverencia, ella una cortesía. No había nada que pudiera hacer abiertamente para demostrar que la había echado de menos como un condenado sin llamar la atención sobre ellos.

—Estamos tan contentos de que puedan acompañarnos esta noche —anunció la señora Hayes.

—Es un placer para nosotros, como siempre.

—Tengo buenas noticias —susurró la señora Hayes solo para sus oídos—. Hemos recibido una invitación para el evento del año. ¡Estoy fuera de mí de felicidad!

No tuvo tiempo de preguntar a qué se refería porque el mayordomo anunció de repente que Montrose había llegado.

Julian controló sus facciones para ocultar su consternación y retrocedió para dar espacio a Montrose para saludar a Portia.

Si Montrose estaba aquí, ella seguía comprometida con el duque.

Sin embargo, los saludos del duque hacia los padres de Portia fueron, en el mejor de los casos, superficiales, casi groseramente hechos. La señora Hayes era una buena mujer, aunque un poco miope en lo que concernía a su hija. El padre, excesivamente ambicioso.

Julian miró a su tía y la encontró sonriendo a Montrose. —Su gracia, qué agradable sorpresa encontrarlo aquí.

—Señora Lenthall —dijo él, mirándola por encima de la nariz—. Qué interesante encontrarla de nuevo lista para cenar en la mesa de otra familia en lugar de la suya.

Julian dio un paso adelante, pero su tía le puso una mano restrictiva en el brazo. —Fuimos invitados a cenar con la familia, su gracia. A diferencia de otros, yo nunca me invitaría a ningún lado —señaló.

Julian la miró con agudeza y la vio sonreír lentamente al duque.

—La familia Hayes es la más generosa y amable que he conocido —añadió Julian.

La señora Hayes le dedicó una sonrisa radiante. —Es usted muy amable, milord.

—Es amable —concordó Portia, acercándose al otro lado de Julian—. Vaya, nunca he conocido a nadie tan generoso para ayudar a los demás como la familia Wade. Fueron la primera familia de la alta sociedad en acogernos con los brazos abiertos y lo han hecho con muchas familias.

Wade no pudo evitar sentirse confundido por lo que estaba pasando. Auntie y Portia parecían estar perfectamente sincronizadas. —¿Vamos a pasar la noche haciéndonos cumplidos unos a otros?

—En efecto, no. Tenemos asuntos mucho más importantes que discutir, y hemos prometido un festín y pretendemos cumplir con esa promesa también —Portia deslizó su brazo a través del de Julian—. Esta noche estás conmigo, mi señor.

Montrose balbuceó.

El sueño máspreciado para Julian era tener a Portia solo para él durante la cena, pero no con Montrose mirándolo con puñales en los ojos.

La señora Hayes ofreció su brazo al duque, y Julian y Portia entraron juntos al comedor.

Portia lo retuvo un poco para no seguir tan de cerca a los demás. —Se suponía que vendría el día que te vi por última vez —le dijo, frunciendo el ceño a la figura oscura que iba delante—. Prometió venir hoy también, y luego modificó su aceptación para decir que estaría aquí para la cena. Madre está muy molesta por todo esto.

—Él sabe que ella no rechazará el honor de tener a un duque cenando en su mesa —negó con la cabeza—. Ese hombre es incapaz de ser agradable. ¿Qué están tramando tú y la tía?

—Nada que necesites saber —prometió con una dulce sonrisa que él desconfió al instante.

Sus dedos juguetearon con el escote, atrayendo su atención hacia sus pechos. Esos que habían llenado sus manos, y su cuerpo se había unido al suyo en perfecta simetría. —Me gusta tu vestido —susurró.

Portia lo empujó suavemente hacia la biblioteca y lo presionó contra la pared. Él agarró sus caderas mientras ella presionaba sus labios contra los suyos y le robaba un beso. Su lengua salió para encontrarse con la de él, y se quedaron besándose así por un momento o dos. Sin embargo, no podían quedarse en esta habitación. Se esperaba que se unieran a los demás pronto.

Él miró hacia su busto y se humedeció los labios mientras deslizaba sus dedos sobre los duros picos de sus pezones a través del vestido.

—Me gustan tus botones —dijo ella, mirando su chaleco.

Él frunció el ceño y miró hacia abajo. —¿Solo los botones?

—Solo hay cuatro en tu chaleco. Cuatro menos de los que tuve que lidiar la otra tarde —murmuró.

Julian consideró eso y sonrió. —¿Menos es mejor?

—Más eficiente —susurró, y la mirada ardiente que le lanzó casi lo hizo caer de espaldas. Ella se rio maliciosamente y le dio otro beso rápido en los labios—. Creo que haré de eso el primer requisito de mi marido, que economice en botones.

—Lo consideraré una prioridad.

—Por favor, hazlo —murmuró.

Julian la llevó de vuelta al pasillo y hacia el comedor. Todos notaron su llegada tardía.

—Aquí están —exclamó Montrose, entornando los ojos.

Portia miró al duque, pero fue una sonrisa peligrosa la que cruzó sus labios. —Un asunto urgente de negocios me retuvo.

Julian la ayudó a sentarse, tratando de no reírse de la expresión de asombro en el rostro del duque, y tomó la silla a su lado. Colocó su propia servilleta en su regazo y se recostó, mirando a todos en la mesa nuevamente. La tía bebía agua. La señora Hayes, vino. El señor Hayes parecía no encontrar palabras, mientras que la hermana menor de Portia jugueteaba con su servilleta, mirando tímidamente a Sullivan.

La conversación se reanudó lentamente, y Julian se volvió hacia Portia. —¿Oíste que Lord y Lady Windermere dejaron Londres esta mañana?

—No lo sabía —Portia sonrió—. ¿Sabes qué lo provocó?

—Lord Windermere envió una nota diciendo que ha decidido llevar a su esposa a la costa por el resto del verano. Un viaje de luna de miel.

—Qué romántico. Me gusta escuchar de maridos y esposas que viajan juntos después de tantos años de matrimonio.

Julian asintió. —Parece... económico.

—Ah —dijo Portia, justo cuando Montrose se rio por lo bajo.

La mano de Portia se posó repentinamente sobre la de Julian. —¿Te contó madre nuestras noticias?

—Mencionó algo pero no entró en detalles. ¿Qué la hace sonreír tan felizmente?

—Exeter ha enviado una invitación para que nos unamos a él durante un mes este invierno.

—¡Oh, qué bendición para Lavinia! —exclamó Julian, y luego lanzó una mirada hacia donde estaba sentado Montrose. Los duques no se llevaban bien, y Exeter había estado más que feliz de recompensar la futura ayuda de Julian con la promesa de invitar a la familia Hayes al campo. Julian miró rápidamente a Portia—. ¿Para todos?

—Para madre, papá y Lavinia —sonrió y tomó un pequeño sorbo de la sopa que habían puesto frente a ella mientras hablaban—. Espero que mi inclusión se resuelva eventualmente. Una vez que me case.

Julian se inclinó ligeramente hacia Portia. —Yo diría que sí.

—¿Cómo te parece tu sopa de langosta, milord?

Julian miró su plato y se dispuso a comer. El primer bocado derretió sus sentidos. —Esto es verdaderamente excelente.

—Pensé que te gustaría esa. Escuché que es tu favorita.

Julian y Portia hablaron en fragmentos durante toda la comida. Lamentó mucho cuando retiraron los últimos platos. No quería separarse de Portia, y casi lo dijo. Sin embargo, pronto notó que Lord Montrose los miraba con el ceño fruncido.

Tan pronto como la señora Hayes sugirió que las damas se retiraran al salón, Montrose se puso de pie y rodeó la mesa para tomar el brazo de Portia. —Yo te llevaré.

Julian se quedó boquiabierto ante la falta de etiqueta. El duque no tenía modales para la compañía delicada y solo empeoraba cuanto más envejecía. Julian también se puso de pie, y Sullivan se unió a todos ellos.

Portia se liberó. —En realidad, Lord Montrose, ¿podría molestarlo con unas palabras en privado, ahora que finalmente tiene tiempo para verme?

Su mandíbula se tensó. —Creo que es una buena idea, también.

Julian tragó saliva ante el tono duro de las palabras de Montrose. Estaba furioso. Julian no quería que Portia estuviera sola con este hombre, no cuando estaba de mal humor, y estaba a punto de decirlo cuando, para su completa sorpresa, la tía se acercó a Portia, entrelazó sus brazos como hermanas, y la sacó de la habitación.

—Por aquí, su gracia —llamó la tía.

El señor y la señora Hayes se acercaron para susurrar, pareciendo muy preocupados. Sin embargo, no siguieron a su hija y a Montrose.

Julian se sentó lentamente pero siguió con la mirada a las figuras que se alejaban hasta que oyó que se cerraba una puerta al final del pasillo.

Sullivan se deslizó en una silla junto a Julian. —¡Pensé que iba a explotar! Bien hecho.

—Solo estábamos hablando.

Sullivan se rio entre dientes. —Eso siempre fue suficiente para que se pusiera celoso de cualquiera que se acercara demasiado a sus amantes.

—Ella no es eso para él.

—Ya sabes a qué me refiero —le reprendió Sullivan.

Desafortunadamente, lo sabía. Si Montrose se enteraba de que él y Portia habían hecho el amor, podría lastimarla. Julian se puso de pie y se escabulló de la habitación para seguir a Portia, por su propia tranquilidad.

CAPÍTULO 23



PORTIA ENTRÓ RÁPIDAMENTE a la biblioteca con la señora Lenthall a su lado sin esperar a ver si el ceñudo duque de Montrose las seguía. Todo era culpa de él que las cosas tuvieran que ser así. Era un pretendiente tardío y esperaba que todos se doblaran hacia atrás para complacerlo en todo momento. No importaba cuán grosero fuera o cuán inconveniente fuera su llegada, se esperaba que Portia y su familia se sintieran *honrados* de ser incomodados.

Se dio la vuelta y lo enfrentó. El duque era un hombre apuesto, pero arrogante, inflexible y grosero con sus amigos y familia. Apretó los dientes. Había tenido la intención de ser gentil al terminar su compromiso, pero después de escucharlo aguijonear a Julian y a su tía sobre sus circunstancias reducidas una vez más, bueno... estaba demasiado enojada como para molestarse con las cortesías.

Tía se sentó en una silla cercana para actuar como protectora y chaperona con una amplia sonrisa en los labios.

Su presencia le dio a Portia todo el coraje que necesitaba.

—Excelencia —comenzó—. Me alegro de que haya venido esta noche.

Él se acercó y asintió.

—He descuidado mis responsabilidades, así que aquí estoy.

Ella hizo una mueca.

—¿Es eso lo que ya crees que soy? ¿Una tarea que debe completarse por deber?

—No es eso lo que quise decir.

—Pero es lo que escuché y lo que siento. —Se irguió—. Tengo algo que decirle que es muy inesperado. Durante las últimas semanas, me he esforzado por conocerlo, y debo decir que ha resultado imposible. Me prometió que tendría tiempo para conocerlo, pero no ha hecho más que descuidarme.

—No serás descuidada después de nuestro matrimonio —prometió él.

—El después del matrimonio no me interesa. Después del matrimonio, lo más probable es que haga lo que quiera con quien quiera también. Pero antes del matrimonio, esperaba algo mejor: esperaba ser cortejada. Imaginé que sería un hombre que al menos intentaría hacer que me enamorara de usted antes de que nos casáramos. Con dos besos mediocres, ha fallado por completo.

El rostro del duque se oscureció.

—¿Qué sabes tú de besos?

—Lo suficiente para saber que usted es terrible en ello —insistió ella—. No disfruta besarme, ni parece querer hacerlo, y preferiría que no lo hiciera ahora. ¿Pensó en lo que yo podría haber querido de mi futuro esposo? ¿Se esperaba que simplemente soportara los largos silencios y las

miradas de desprecio que dirigía a mis compañeros de baile?

La mandíbula del duque se tensó y ella sintió que estaba al borde de un arrebató. Ahora parecía un buen momento para detenerse. Ya había dicho suficiente.

—Lord Montrose, es mi deber informarle que no somos compatibles.

Él la miró sin decir una palabra.

—¿Me entiende? Ya no deseo convertirme en su duquesa.

Dio un paso hacia ella, alzándose sobre ella tan alto e imponente ahora. Cualquier rastro de cortesía desapareció, para ser reemplazado por una mirada de completa conmoción.

—No.

—Sí.

Dio otro paso amenazador hacia ella, y ella no tuvo más remedio que dar un paso atrás. No quería que su cuerpo tocara el de él.

—Estás equivocada —anunció él.

—No lo estoy. He terminado nuestro compromiso, y como caballero, debe aceptarlo.

Su mirada se volvió fría.

—Podría aplastarte. ¡Podría arruinar a tu familia!

—Estoy segura de que hará todo lo posible —murmuró ella—. Pero esa declaración solo demuestra cuán extraño es usted. Las reglas de la sociedad educada exigen que acepte la situación y se retire. Las amenazas no funcionan en asuntos del corazón. No le importo yo ni el bienestar de mi familia.

Él la miró fijamente durante un minuto completo, y Portia mantuvo la lengua mientras él reflexionaba sobre sus palabras en silencio.

Entrecerró los ojos aún más.

—De todos modos, hacías demasiadas malditas preguntas.

Montrose giró sobre sus talones, se alejó y cerró la puerta de golpe tras él.

Portia esperó, temblando de alivio mientras él exigía su sombrero y guantes, y finalmente se fue de su vida.

—Eso estuvo muy bien hecho, querida —murmuró la señora Lenthall—. Habrías sido una duquesa formidable.

Portia sonrió.

—Yo también lo pensé una vez. ¿Nos unimos a los demás?

—En efecto, deberíamos. Julian parecía un poco preocupado por un momento.

Portia se dio la vuelta y vio a Julian retirándose de vuelta a la sala de estar, donde todos los demás debían estar ahora.

La parte fácil había terminado. Decirles a sus padres que ya no sería duquesa estaba destinado a ser la discusión más difícil de su vida. También estaba destinado a amargar la noche y hacerlos muy enojados con ella.

La única chispa brillante era que Julian estaba aquí, y debía saber que ahora estaba libre para escuchar su propuesta. Ya era hora. Se presionó las manos contra las mejillas y rió suavemente mientras seguía a la señora Lenthall hacia el pasillo. Se detuvo afuera para escuchar, dándose cuenta de que Lord Wade, e incluso Lord Sullivan en cierta medida, ya encajaban en la familia, mucho mejor de lo que Lord Montrose había intentado alguna vez.

Entró en la habitación con Tía y sonrió a todos.

—¿De qué nos hemos perdido?

—Nada importante —prometió Julian—. Sullivan nos estaba invitando a todos a unirnos a él durante unas semanas de aire campestre.

Ella se movió para sentarse junto a Julian.

—Un viaje al campo es justo lo que todos necesitamos.

—Como decía —continuó Lord Sullivan—, ¿qué les parece si todos visitan mi finca durante unas semanas el próximo mes? Podríamos dar largos paseos, hacer picnic junto al río e incluso pescar si les apetece.

Tía suspiró.

—Los jardines de Northport son encantadores en verano. Los visité hace mucho tiempo, cuando era una niña. Dudo que haya cambiado mucho, pero no sé si Wade estaría dispuesto a unirse a nosotros.

—Oh, qué lástima —murmuró Madre—. ¿Estás seguro de que no puedes?

Portia miró a Julian, captándolo observándola con una sonrisa jugando en sus labios.

—Creo que en realidad podría tener las manos ocupadas el próximo mes. Tal vez podría el mes siguiente.

El verano en el campo tampoco era su deseo. Quería casarse con Julian lo antes posible. Todavía tenía que preguntarle sobre Soho Square y si podrían vivir allí en lugar de en su propia casa de la ciudad. Había tanto que hacer en esa casa y nada en la otra salvo decorarla. En cuatro semanas, o quizás menos si él pudiera obtener una licencia especial, esperaba que fueran recién casados.

Lavinia se aclaró la garganta.

—¿Pesca usted, milord?

—Por supuesto que sí —le aseguró Lord Sullivan—. ¿Y usted?

—Oh, sí. Soy una ávida pescadora. Una vez pesqué más que mi papá, pero era solo una niña pequeña en ese momento.

Lord Sullivan sonrió con indulgencia.

—¿De verdad?

La pareja entonces discutió sobre la pesca como si no hubiera nadie más en la habitación.

Julian se inclinó un poco más cerca de Portia, sus dedos descansando en el borde de sus faldas.

—¿Tú también pescas, Portia?

—Podría aprender —dijo ella, notando el movimiento de su mano. La pesca no era su pasatiempo favorito, pero aprendería a que le gustara si Julian quería que lo hiciera.

—Nunca tendrás que ensuciarte las manos con tripas de gusano por mi culpa —prometió Julian con una risa mientras acariciaba rápidamente su muslo—. Me parece tan aburrido como ver secar la pintura.

—¿Qué harás entonces si no estás pescando?

Sus cejas se elevaron de repente.

—Lo que hicimos el otro día me vendría muy bien.

Una emoción recorrió el cuerpo de Portia ante su tono grave.

—A mí también.

Su madre miró hacia la puerta.

—¿Se unirá pronto Lord Montrose a nosotros, querida Portia?

Ella suspiró, sabiendo que su paz había llegado a su fin. Tenía que decírselo ahora.

—No, se ha ido.

—¿Sin despedirse?

—Por mi parte, me alegro de verle partir —aseguró Sullivan.

Julian asintió.

—Por cierto, estuviste magnífica.

—Gracias —miró a sus padres, animada por su elogio—. Madre, Padre. Tengo un anuncio importante que hacer. Esta noche he terminado mi compromiso con Lord Montrose.

El padre de Portia se puso rojo, y luego palideció.

—¿Qué?

La madre jadeó.

—Portia, ¿qué has hecho? Ibas a casarte. ¡Lo tengo todo arreglado! ¿Y qué hay de tu hermana?

—Hice lo que creía necesario. Aceptar su propuesta fue un error. No era lo que parecía al principio —tomó un respiro profundo—. También deben saber que Lord Montrose amenazó con causarnos problemas si no me casaba con él, pero eso solo me hizo estar más decidida a no hacerlo. No es un caballero.

La madre se desmayó.

Portia corrió a ayudarla.

—¿De verdad no vas a casarte ahora? —preguntó Lavinia de repente.

Sonrió a su hermana.

—Habría sido muy infeliz si me hubiera casado con Montrose.

Lavinia frunció el ceño.

—¿Qué importa la felicidad? Habrías sido duquesa.

—Créeme, la felicidad es lo *único* que importa cuando te casas —explicó Lord Sullivan suavemente, y luego le guiñó un ojo—. Creo que hizo algo muy valiente y muy correcto.

El padre salió furioso de la habitación. Portia suspiró profundamente y se preguntó si debería seguirlo y explicar, o al menos estar allí para ser regañada.

—Ni siquiera me miró.

—Lo entenderá eventualmente. Me dio la impresión de que ya no estaba tan entusiasmado con Lord Montrose, de todos modos. Sucede una vez que la gente conoce la verdadera naturaleza de Montrose. Es un hombre duro, impaciente y muy exigente. Es el peor tipo que jamás haya heredado ese exaltado título. Lo que has hecho esta noche *fue* muy valiente, Portia. Nunca lo dudes —murmuró Julian—. La *alta sociedad* probablemente te culpará al principio, pero no por mucho tiempo, me imagino. Tu popularidad y carácter afable traerán de vuelta a tus verdaderos amigos a tu lado y asegurarán que tu lugar en la sociedad permanezca inalterado.

Ella miró a Julian con cariño.

—Es solo gracias a ti y a tu tía que me volví popular.

—Tonterías —argumentó él—. Habría sucedido eventualmente. Tienes un gran corazón y nunca has tenido miedo de hacer amistad con cualquiera. La mayoría de las mujeres en tu posición no lo hacen. No si sueñan con atrapar un título.

—Tengo sueños de sobra.

—Haré todo lo que pueda para ayudar —murmuró con un brillo en sus ojos.

La madre gimió de repente y se cubrió el rostro con ambas manos.

—Oh, Dios. ¡Oh, cielos! Sufriremos por esto.

—Puedo asegurarle que les importará poco al final, querida —la tranquilizó la tía Hesper—. La *alta sociedad* tiene memoria corta, especialmente cuando se les recuerda sus propias fechorías. La perdonarán para cuando se case con otro y pasarán al siguiente escándalo casi de inmediato.

La madre miró a la tía Hesper con obvia exasperación.

—¿No has entendido *nada*? ¿Quién se casará con mis hijas ahora que una se ha mostrado tan

exigente? Si un duque no es lo suficientemente bueno para Portia, ¿quién le pediría siquiera que se case?

La tía se puso de pie lentamente.

—No tienes nada de qué preocuparte en ese aspecto. Vamos tú y yo a tener una pequeña charla antes de que te preocupes por problemas que no existen. ¿De casualidad tienes algún polvo? Me duele la cabeza como un demonio.

La madre inmediatamente ayudó a la tía Hesper a ponerse de pie y susurraron entre ellas todo el camino hasta la puerta.

Portia se acercó más a Julian.

—¿Qué le pasa a la tía?

—Dejó la bebida ayer.

—Oh, esperaba que tomara mi consejo.

—¿Lo hizo por ti?

—Le advertí que ninguna madre permitiría que una mujer ebria sostuviera a sus hijos. Anhela ver a la próxima generación de Wade en la guardería.

Los ojos de Wade se desviaron por la habitación hacia donde aún tenían público.

Lord Sullivan y Lavinia todavía estaban sentados con ellos, observándolos ávidamente, pero Julian tomó su mano de todos modos. Ya era hora de que hiciera lo que debería haber hecho hace mucho tiempo. Llevó los dedos de Portia a sus labios y los besó suavemente.

—Ahora estamos en el camino correcto.

—Sí, lo estamos —estuvo de acuerdo, aferrándose fuertemente a su mano. Portia levantó su mano libre para tocar su rostro—. Juntos.

Él asintió.

—Juntos.

—¿Qué estás haciendo sosteniendo la mano de mi hermana de esa manera? —preguntó Lavinia, interrumpiendo el tierno momento con una pregunta inoportuna.

—Silencio ahora, señorita Lavinia —advirtió Sullivan—. Su hermana está en medio de algo sumamente importante.

—En efecto —prometió Julian con otro brillo en sus ojos para Portia.

—Te lo explicaré más tarde —le prometió Portia a su hermana sin apartar la mirada del rostro de Julian.

—Él no debería estar sosteniendo su mano, y ella no debería estar despeinándolo —declaró Lavinia en voz alta—. A madre no le gustaría. No es apropiado.

—Está a punto de proponerle matrimonio —comentó Sullivan—. Algo que no requiere testigos. ¿Por qué no buscamos un libro para mirar en tu biblioteca? Tengo entendido que eres una gran lectora.

—¿Te gusta leer?

—Cuando tengo tiempo —respondió él, y sorprendentemente, Lavinia salió de la habitación con él.

Portia, ya perdida en Julian y el hechizo de anticipación que estaban tejiendo juntos, no se preocupó por ninguna posible falta de decoro. El deseo, la atracción, el amor y la honestidad la obligaban a quedarse justo donde estaba sentada ahora. Humedeció sus labios, impaciente por lo que vendría a continuación.

—He esperado tanto tiempo por este día —murmuró Julian.

—Fui terriblemente lenta en comprender. Perdóname.

—Ya está hecho. Además, algunas alteraciones no se pueden apresurar. Prefiero hacer las

cosas bien cuando puedo.

Portia arqueó una ceja.

—Como los largos cortejos y las extravagantes fiestas de bodas.

—No tengo objeción a ninguno de los dos. —Se inclinó y besó su mejilla—. Lo que sea que requieras es tuyo. Solo dime qué te complacería.

Portia flexionó sus dedos en su cabello, amando la sensación de que se deslizara entre sus dedos.

—Ya he sido cortejada por ti, si consideras nuestra historia. Largos paseos, bailes, conversaciones y confidencias compartidas. Incluso mis flores favoritas.

—Ha sido un cortejo muy largo, en efecto, si así ves nuestra historia. Casi tres años desde que te vi por primera vez. Aunque hay algo que debo decir primero. —Lord Wade acunó su rostro suavemente y se acercó más—. Estoy completamente sin fondos, con los bolsillos vacíos, un cazafortunas. Mi casa en Hanover Square también se irá pronto, espero. He vendido todo lo de valor solo para poder quedarme en Londres y verte. No tengo ataduras con nada más que contigo y mi pequeña familia. Mi futuro está en tus delicadas manos.

—Bien. —Sonrió a pesar del dolor que le causó su confesión—. Resulta que tengo una buena dote, y eso incluye una casa destinada para mi hijo. Me gustaría que viviéramos allí cuando nos casemos. Tu tía, y tu hermano cuando nos visite, también podrían quedarse, si quieren, y espero que mi madre y mi hermana nos visiten a menudo. Podríamos ser muy felices allí.

—Siempre soy más feliz cuando estoy contigo —prometió. Se deslizó del sofá y se arrodilló a sus pies—. ¿De qué color es tu liga esta noche? —susurró mientras sus dedos rozaban sus tobillos.

Portia sonrió y lentamente levantó su vestido por una pierna para mostrárselo. Su mano se posó firmemente en su rodilla, pero entonces unos pasos se apresuraron hacia la habitación.

Padre tenía un terrible sentido de la oportunidad.

—¿Qué diablos estás haciendo de rodillas?

Julian discretamente bajó el vestido sobre su pierna mientras se levantaba.

—Quizás podríamos hablar en privado, señor Hayes.

Aunque su padre frunció el ceño, y ella temía que fuera demasiado pronto para esta conversación, padre aceptó salir de nuevo con Julian.

Portia le deseó buena suerte a Julian en un susurro y luego se recostó, exhalando un suspiro de satisfacción. Padre podría decirle que no a Julian hoy; estaba en la ruina, y padre aborrecía a los cazafortunas. Pero eventualmente cedería, porque Portia no le diría que sí a nadie más.

Madre y la señora Lenthall regresaron, seguidas por Lavinia y Lord Sullivan. El conde parecía inusualmente callado, y Lavinia parecía estar sonrojándose furiosamente.

Pasaron dos tazas de té antes de que Julian y su padre regresaran. Padre se dirigió al whisky, pero Julian una vez más se sentó a su lado con un firme asentimiento.

—Olvidé decirte que cuando estaba hablando con la marquesa de Ettington el otro día, juró organizar un baile cuando me casara.

La licorera de whisky aterrizó pesadamente en la bandeja de plata. Padre se dio la vuelta, con los ojos muy abiertos.

—¿Un baile en la Casa Ettington? —exclamó madre con asombro—. ¡Qué honor!

—En efecto. En realidad, fue más una amenaza, ahora que lo pienso detenidamente. —Julian sacudió la cabeza—. Creo que la marquesa de Ettington aún no ha terminado de hacerme pagar por aquello que le dije antes de que se casara.

—Pobre Julian. Debes aprender a contener tu lengua más a menudo alrededor de las mujeres

apropiadas. —Portia rió suavemente—. Afortunadamente, ya no tienes que preocuparte por ofenderme más.

—Ni una sola vez lo hice —admitió con una risa—. Aunque subestimé gravemente la naturaleza de la marquesa en aquel entonces. Su inclinación por la venganza es bastante inesperada.

—Definitivamente necesito profundizar mi amistad con Lady Ettington —declaró Portia—. Parece alguien con quien podría ser amiga.

—El invierno en la finca de Exeter debería ser interesante. ¿Tú, Anna, Lady Windermere y Lady Ettington juntas durante un mes bajo el mismo techo? Probablemente debería estar asustado —susurró—. Los problemas en los que ustedes, damas, podrían meterse desafían la imaginación.

—Estarás allí para cuidarme. —Portia suspiró y tomó su mano entre las suyas—. Vamos a estar bien, mi lord.

Él la miró fijamente.

—¿Te casarás conmigo, Portia Hayes?

Los ojos de Portia se humedecieron con la amenaza de lágrimas. Estaba tan feliz que no pudo hablar durante varios segundos muy largos.

—¡Sí!

—¡Oh, Dios mío! —exclamó madre mientras volvía a colapsar.

Esta vez realmente se desmayó, aunque intentaron reanimarla.

La señora Lenthall guiñó un ojo.

—Ha tenido demasiadas impresiones por hoy. Denle tiempo, y creo que esto merece una celebración tan pronto como despierte. Continúen con lo que necesitan hacer.

Portia sostuvo la mano de Julian contra su mejilla.

—Te amo, Julian, con todo mi corazón.

Madre se reanimó entonces.

—David, ¿dónde estás? —llamó madre, extendiendo su mano ciegamente hacia su esposo.

Padre suspiró y se movió para pararse sobre su esposa. Intercambiaron una larga mirada, y luego él tomó su mano. La acarició suavemente.

—Está bien, querida. Todo estará bien ahora —prometió—. Lord Wade la cuidará lo suficientemente bien.

—Pero es un cazafortunas —gimió madre en un susurro escandalizado.

—¡No lo es! —declaró Portia en su defensa—. Nunca le ha importado mi fortuna. ¡Me ama!

—Tampoco creo que vaya tras su dinero —anunció Padre, mirando a Julian con los ojos entrecerrados. De repente, una media sonrisa se dibujó en sus labios—. Pero ahora es su problema, milord. No deje que cambie de opinión por segunda vez.

—Jamás. Tengo una buena idea de cómo mantenerla feliz.

Portia se sonrojó mientras Julian le sonreía.

Él le guiñó un ojo y luego la tomó por la cintura y la puso de pie. La hizo girar en un círculo cerrado.

Portia se inclinó hacia él y pasó sus brazos sobre sus hombros. Lo miró a los ojos. —Te amo.

—Eso es todo lo que siempre quise —la sonrisa de Julian se ensanchó, y luego sus labios estaban en su oído—. Pero necesitaré echar un vistazo a esas ligas tuyas otra vez antes de irme esta noche.

¡Qué delicioso era susurrar intimidades escandalosas en una habitación llena de gente con alguien a quien amabas! —Había planeado mostrarte más que solo mis ligas.

Lord Wade suspiró profundamente. —Mientras sea el único al que tienes.

Ella le guiñó un ojo. —Puedo garantizártelo, milord.

De repente, Julian enmarcó su rostro y presionó sus labios contra los de ella en un beso ardiente que parecía no tener fin.

EPÍLOGO



PORTIA JADEÓ CUANDO el nuevo carruaje giró en una esquina, lanzándola contra el acolchado lateral. —Julian, por favor —suplicó.

Él se rio entre dientes. Como esposo de tres semanas, Julian estaba muy complacido con la desesperación en la súplica de su esposa. Deslizó sus dedos en su sexo nuevamente y volvió a atormentar sus pliegues húmedos con besos hambrientos. Portia estaba tan cerca que casi podía sentir su cuerpo vibrando de lujuria.

El carruaje estaba envuelto en oscuridad, con las luces interiores apagadas mientras se movían por las calles oscuras, apenas a un brazo de distancia de otras personas.

Portia disfrutaba del peligro de ser descubierta, casi tanto como de su toque. Aunque no podía ver su cuerpo, la conocía muy bien. Lo más probable es que estuviera un poco avergonzada por su postura, pero no lo suficiente como para detenerlo en su placer. Adoraba ser un esposo y nunca dudaba en volver loca a Portia cuando veía la oportunidad de ser travieso.

Había aportado poco al matrimonio, salvo su hambre por ella.

Este ni siquiera era el primer encuentro en el carruaje que habían disfrutado, pero era el más atrevido. Julian tenía un apetito insaciable por su cuerpo, pero el tiempo era escaso. No había nada que le gustara más que sorprenderla susurrándole dulces seducciones al oído en cada oportunidad. La forma en que ella parecía derretirse ante la mera sugerencia de intimidad los mantenía a ambos muy satisfechos en el dormitorio, en el pasillo y en los armarios de almacenamiento en ocasiones.

Sin embargo, esta noche había poco tiempo para entretenerse. Iban a su primer compromiso social desde su matrimonio. Deberían estar llegando a la velada de Lady Fox en cualquier momento.

De repente, Portia presionó sus manos sobre la cabeza de Julian, instándolo a satisfacerla rápidamente. Él redobló sus atenciones, lamiendo el pequeño botón en la unión de sus muslos y retorciendo sus dedos dentro de su cuerpo una y otra vez, hasta que Portia finalmente soltó un suave gemido.

Se quedó con ella hasta que se calmó y luego se retiró a su lado del carruaje, obligando a su erección a disminuir. No sería apropiado presentarse ante el anfitrión de esta noche con su espada en plena atención.

Portia se incorporó lentamente, frunciendo el ceño. —No juegas limpio, esposo.

—Necesitabas la distracción, esposa —sonrió—. Imagino que tus mejillas tienen ahora un brillo encantador. Te veías un poco pálida cuando salimos de casa.

—Por supuesto que estoy ansiosa por esta noche —se enderezó y luego presionó las palmas contra sus mejillas—. Es nuestro primer compromiso social como marido y mujer.

—A nadie le importa nada de lo que Montrose haya dicho sobre ti. Él ni siquiera sabe la verdad sobre nosotros.

Montrose había intentado desacreditar a Portia, y la alta sociedad se había levantado en su defensa de una manera que raramente hacían por alguien. También había tenido mucho que decir sobre su matrimonio. Sin embargo, con las felicitaciones del Duque de Exeter, la alta sociedad de repente no vio nada malo en absoluto.

Ampliamente ignorado —y enfadado por ello— Montrose había regresado al campo para lamerse las heridas.

El carruaje se detuvo de repente y, afortunadamente, cuando Julian descendió, tenía pleno control de su cuerpo. Extendió su mano para ayudar a Portia a bajar, pero ella trastabilló en la acera como si sus piernas aún estuvieran débiles por su clímax.

—Cielos —exclamó mientras el carruaje se alejaba. Se paró a su lado, se esponjó el traje y respiró profundamente, levantando sus pechos sin querer.

Julian estuvo muy tentado de llamar de vuelta al carruaje. Seguramente podría encontrar el tiempo para deleitarse con la abundancia dentro de ese trozo de corpiño. De todos modos, estaba a punto de salirse de él. —Me quitas el aliento.

—Al igual que tú, mi señor. Bastante a fondo.

Ella entrelazó su brazo con el de él y la condujo por las escaleras para entrar en la casa.

Sus anfitriones, amigos suyos desde hacía años, los recibieron con exuberancia y calidez. Nadie más que Montrose había declarado aún que Julian se había casado por encima de sus merecimientos, aunque había momentos en los que se preguntaba si realmente no lo había hecho. Ya no tenía preocupaciones sobre el dinero. El gran peso de la aprensión sobre el futuro se había levantado de sus hombros en el momento en que se mudó a la casa del difunto tío de Portia y la declaró suya.

Eso no quería decir que hubieran terminado de mover cosas dentro y fuera de las habitaciones. El viejo tío Oliver había acumulado todo lo que parecía haber llegado a sus manos. Una semana después de su ceremonia de matrimonio, habían colocado el aldabón en la puerta. Un goteo de visitantes se había convertido en un diluvio a medida que se corría la voz de que Julian y Portia estaban felices de devolver cualquier objeto perdido que pudieran haber heredado sin saberlo.

Julian atrajo a Portia a su lado mientras saludaban a los anfitriones que esperaban. —Estamos encantados de estar con ustedes esta noche, Lady Fox. ¿Ya conocen a mi esposa?

La pareja se rio porque ya conocían bien a Portia, incluso habían asistido a su boda, pero aun así los felicitaron por su matrimonio. Julian no se cansaba de decirle a la gente que Portia era su señora.

Lady Fox se acercó. —Ya era hora de que alguien bueno te sacara del mercado.

—No eres la primera en decirlo —susurró en respuesta—. Nunca supe que mi soltería era de tanta preocupación para los demás.

—Para aquellos a quienes ayudaste a encontrar la felicidad, lo es.

Julian sonrió.

—Puede que no lo creas, pero Exeter nos ha honrado con su presencia esta noche —susurró ella.

—Excelente —Julian no había terminado de ayudar al duque, y tenía una pregunta.

Se anunció la llegada de Julian y Portia y la asamblea vitoreó. Él condujo a Portia al baile, rebosante de orgullo por tenerla finalmente en su brazo. Puede que nunca se acostumbrara a la sensación de satisfacción que experimentaba cuando otros hombres miraban su rostro sonriente.

Por fin era el hombre más afortunado en cualquier habitación.

No habían avanzado más que unos pocos pasos en el salón de baile cuando se vieron rodeados de personas que les deseaban lo mejor y les felicitaban. A Portia le pidieron bailar una y otra vez, y no pasó mucho tiempo antes de que anunciara que su tarjeta estaba llena. Los que se habían quedado sin baile intentaron reclamar uno para un futuro baile allí mismo. Julian reía junto con todos los demás y se deleitaba en despedirlos.

Echó un vistazo a su tarjeta de baile.

—Entonces, ¿quién es el afortunado galán que bailará primero con Lady Wade esta noche?

—Ese sería Lord Grindlewood —murmuró ella con un ligero ceño fruncido—. Siempre pensé que tendría menos demanda como mujer casada.

—Sin duda, alguno de ellos intentará robarte de mi lado antes de que termine la noche —le dio un beso en la frente—. ¿Quién es tu pareja para el baile de la cena?

Ella se volvió hacia él, con una sonrisa tímida en los labios.

—Ese serías tú, mi lord.

—¿Me guardaste un baile?

—Por supuesto. ¿No querías llevarme a cenar?

Él acercó a Portia.

—Supongo que podría hacer eso, o podría hacer lo que siempre he anhelado hacer contigo durante la cena.

—¿Y qué era eso?

—Atraerte a un rincón oscuro y besarte hasta dejarte sin sentido —prometió.

Portia se rio y se inclinó un poco más hacia él.

—Creo que me gustaría eso. ¿Cómo lo hacemos?

—Encuétrame en la terraza tan pronto como termine tu baile con —tomó su tarjeta y miró la lista de sus parejas— Sullivan. Estaré pendiente de ti, como siempre.

Ella se mordió el labio y sus ojos brillaron de lujuria. Él había planeado solo robarle un beso y abrazarla esta noche, pero quizás su esposa preferiría que fuera más minucioso en su seducción.

Exhaló lentamente, y sus ojos se posaron en el pecho de él. Sus dedos jugueteaban con los botones de su nuevo chaleco. Tal como se le había indicado, él había economizado alegremente en botones cuando visitó a su sastre. Solo había tres en este, fáciles de desabrochar, también. Llevó la mano de ella a sus labios y la besó.

—No deberías mirarme como si fuera un manjar, querida. ¿Qué dirá la gente?

—Quiero que digan que somos un matrimonio por amor.

—Lo dirán pronto —prometió.

Su primera pareja se acercaba, pero Portia de repente se levantó para susurrarle al oído:

—No puedo esperar a estar a solas contigo otra vez más tarde.

Él la mantuvo cerca un momento más.

—Puede que para entonces esté desesperado por ponerte las manos encima otra vez, así que no me hagas esperar.

Ella sonrió.

—Mi lord, me dices las cosas más emocionantes.

—Mientras sea el único bribón al que escuchas.

Ella asintió.

—El único.

Portia fue arrastrada por Lord Grindlewood para bailar bajo las brillantes arañas, sonriendo

alegremente. Julian observaba cómo pasaba de hombre en hombre, pero siempre la traían de vuelta a él al final de cada baile. Portia se deleitaba con su atención, y no podía evitar coquetear con sus parejas y otros hombres. Pero justo cuando temía haber sido olvidado, los ojos de ella se fijaban en los suyos, y sonreía de una manera que llenaba su corazón de amor.

Era muy afortunado, sin duda.

Fin

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

